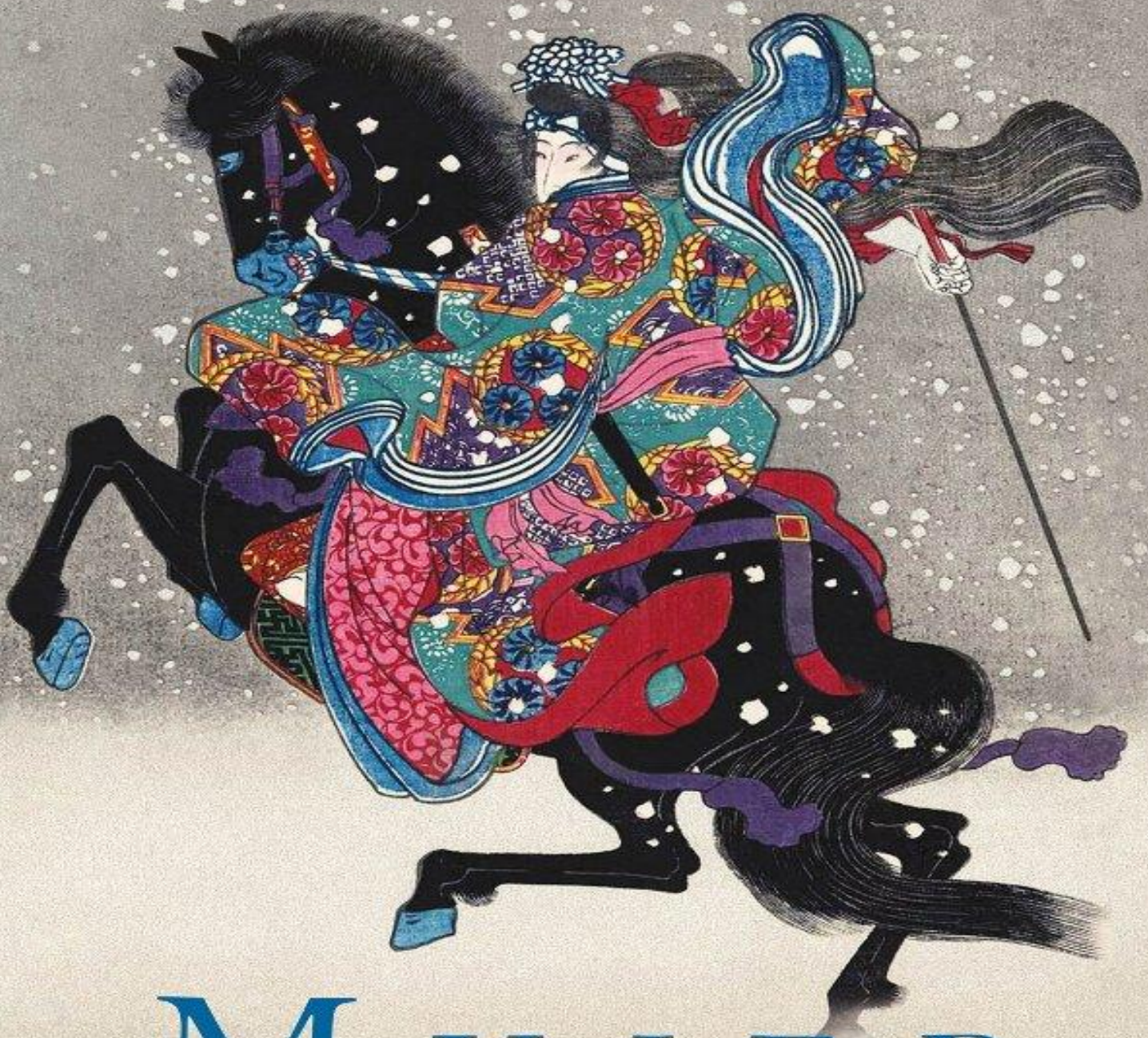
CRISTINA PÉREZ



MUJER SAMURÁI

EN BUSCA DE TOMOE GOZEN, LA MÁS CÉLEBRE GUERRERA DE JAPÓN

CRISTINA PÉREZ

MUJER SAMURÁI

EN BUSCA DE TOMOE GOZEN, LA MÁS CÉLEBRE GUERRERA DE JAPÓN



Dedicado a mi padre,
José Antonio Pérez Valiente,
un guerrero en su ley.



"Para comprender el mundo de hoy,
comparémoslo con el mundo de hace mucho
tiempo".

KAMO-NO-KOMEI, *Hojoki*, Japón, 1212

LAS HORAS DEL DÍA

DÍA

RATA	BÚFALO	TIGRE	CONEJO	DRAGÓN	SERPIENTE
九	八	七	六	五	四
					

NOCHE

CABALLO	CABRA	MONO	GALLO	PERRO	CHANCHO
九	八	七	六	五	四
					


MAPA 1
PROVINCIAS
DE
JAPÓN
MEDIEVAL
MAR DE JAPÓN
Echigo
Dewa
Mutsu
Shinano
Mino
Kai
Hitachi
Iyo
Aki
Izumo
Iwami
Kyoto
Kamakura
NOMBRES COMÚNMENTE
UTILIZADOS PARA
GRANDES REGIONES
OCÉANO PACÍFICO



Los monjes ciegos, conocidos como *biwa hōshi*, son los que narraron los relatos que dieron forma a *El Cantar del Heike*, la épica guerra civil que enfrentó a los dos principales clanes militares entre 1180 y 1185, y de la que emergería un nuevo Japón: el Japón de los samurái.

Biwa es un instrumento parecido al laúd, introducido al país nipón con el budismo. *Hōshi* significa "maestro de las doctrinas" y designa a un monje o a un sabio. De estas narraciones vinieron historias de una tierra distante en la que nace el sol y enigmas que aún esperan ser descifrados.

Un *biwa hōshi* toca su laúd, tendido al costado del camino. La luna se derrama sobre los bosques de pino de Awazu. El agudo poder de audición, desarrollado por su imposibilidad de ver, le permite al monje saber que alguien está removiendo la tierra. Presta atención. Reconoce bien los materiales que friccionan. Alguna vez tuvo entre sus manos cuero, lienzo y metal. Pero los movimientos ágiles del que ejecuta esa ceremonia tienen una particular delicadeza. Los pies que pisan no son los de una persona fornida. El pequeño ladrón sabe perfectamente dónde está escondido el tesoro que está a punto de llevarse.

—He sido guardián de este lugar desde la trágica muerte de un guerrero impetuoso —advierte al extraño con voz ominosa y con los ojos ciegos buscando el cielo—. ¡Cuidado si con tu robo te llevas los lamentos de un fantasma!

Al monje lo sorprende la respuesta en voz de una mujer.

—No juzgue mi necesidad, viejo maestro.

—Mujer, deberías saber de la que reprimió el mandato de su honor aquí mismo antes de osar tocar tu botín.

—Muchos se beneficiarán de lo que la tierra no necesita. ¿Esto tiene una dueña?

—No habrá ninguna mujer como ella en la Tierra del Sol Naciente. Podía enfrentar con su espada a un dios o a un demonio. Era una guerrera que valía por mil hombres…

El ciego parece verla al describirla y, al darse cuenta de que la artera ladrona se detiene con curiosidad, decide contarle la historia de Tomoe. Quizás —piensa el maestro— puedo persuadirla de no continuar con su profanación.

I
TOMOE



*T*omoe fue su segundo nombre. Nunca sabremos el primero. Ella misma decidió olvidarlo. Tomoe significa "coma", igual que en la caligrafía. Y, porque tienen la forma de una coma, también se llaman "tomoe" los protectores de cuero que llevan los guerreros para evitar que el brazo con que toman el arco reciba un latigazo cuando lanzan la flecha.

Un cobertor de esos, quemado como sus ropas, llevaba colgando de su diminuta muñeca cuando, siendo sólo una niña, le salvó la vida a un hombre muy importante.

En uno de los primeros levantamientos que condujeron a la gran guerra, tan sólo ella había sobrevivido entre los suyos. Ella y un hombre que no era de su casa, cuya pierna herida le impedía escapar. La pequeña comarca de montaña había sido arrasada a sangre y fuego el triste año de 1164. Parecía no haber existido nunca cuando ella abrió los ojos tras la ocasional defensa en que se convirtieron las rocas laminadas de lo que alguna vez había sido un jardín.

No hubiera podido desandar sus pasos escapando entre las llamas. ¿Desde dónde había corrido hasta allí? ¿En qué momento las voces conocidas se habían callado para siempre? ¿En qué noche se habían perdido los rostros familiares? Cuando caminó entre las ruinas pudo adivinar vestigios de lo que alguna vez fue. Y cerca de lo que era el camino principal, en un amasijo de materiales irreconocibles, dos paredes de lo que había sido una habitación le daban refugio al herido. Al descubrirlo y verse descubierta se ocultó como esos animales pequeños que temen ser cazados. Cuando percibió que no se movía, volvió a asomarse. El reconocimiento metódico y mutuo con el extraño fue ganando cercanía y ya podía mirarlo a los ojos cuando un estruendo sorprendió la mutua contemplación.

Al pasar una horda de pillos sedientos de venganza para rapiñar entre los muertos, la pequeña se acercó al camino contra toda conveniencia de alejarse. Arrojo o inconsciencia, la maniobra distrajo a los hombres de buscar en otro sitio en medio de su prisa y fue a ella a quien indagaron. ¿Había alguien con vida entre las ruinas humeantes de su casa? Demasiado apresurados para requisar el lugar, y sin interés en llevarse otra boca por alimentar, buscaban rehenes o despojos entre las armaduras de los caídos.

—¿Algún atacante agoniza o yace en tu morada? —le demandaron saber con temibles gritos.

Sin bajar la mirada ante esos hombres rapaces, que tapaban sus caras y ceñían como cuchillos los ojos al esperar su respuesta, ella negó lentamente con la cabeza, una y otra vez, sin titubeos.

Del otro lado, tras los restos calcinados de lo que había sido una pared, Nakahara Kanetō se sintió desconcertado al ver que no lo

entregaba. Cuando los jinetes ya se habían perdido en el horizonte, la pequeña caminó rodeando el muro chamuscado en busca de su prisionero.

Él escuchó los pasos leves pero firmes. Miró a su alrededor donde todo eran cenizas. Su pierna sangraba. El hedor de los muertos y la quemazón habían tapado en el aire la huella oliente del herido. Pero ante la niña no podía ocultarse ni huir.

Cuando la vio aparecer, con ese protector de cuero colgando, supo que ese brazo había sido entrenado para tirar, como ocurría con algunas niñas de las familias de los *bushos* o guerreros que servían a algún samurái. Ella, astuta, primero dirigió la mirada hacia la mano de él, la observó tensa en la empuñadura de su espada y también pensó bien. Ese hombre estaba preparado para ser dueño de su vergüenza quitándose la vida antes de que alguien más osara hacerlo por él, despojándolo de lo más valioso que tenía: el honor.

—¿Por qué no les avisaste de mí? —le preguntó.

—Porque no eres un atacante.

Al gobernador de Shinano lo sorprendió la respuesta. Era cierto que había quedado en medio de la pelea cuando era trasladado y que al prenderse fuego la litera en que viajaba no tuvo otra opción más que bajarse e intentar ponerse a salvo. Ahí fue cuando una flecha hirió su pierna. La había arrancado con frialdad a pesar del dolor, pero no podía caminar. La niña podría haberlo entregado por temor, pero había elegido hacer lo correcto.

—¿Dónde están tus padres?

—Muertos.

Nakahara Kanetō la miró fijo, pero no encontró su mirada, perdida en alguna memoria inenarrable. Ambos quedaron en silencio. Luego

de un tiempo que no pudo determinar si fue breve o extenso, la niña se sentó a su lado. No supo qué pasó después. El sol y un ave negruzca que merodeaba su herida lo despertó al día siguiente. Pero ella ya no estaba.

El pajarraco embestía con obsesión sobre la llaga de su presa indefensa. En el lapso ínfimo de un pestañeo, él creyó distinguir a la pequeña avanzando con su arco tenso, listo para disparar, aunque dudó de sus ojos cansados. ¿Veía eso o era un producto de su imaginación? Había perdido demasiada sangre y la debilidad física lo hacía vacilar.

Cuando la tuvo de frente ya no dudó y entendió que venía lo peor. Su ojo en la flecha era la flecha. Ella y el pájaro compartían la misma obsesión. Acaso ya era hombre muerto y había malogrado su única oportunidad. Un estremecimiento que le recorrió el cuerpo le avisó de la flecha surcando el aire. Apretó los ojos como si no quisiera mirar nada más en su vida.

Sólo segundos después, sorprendido de poder abrirlos, se descubrió a salvo. La destreza de la niña la hizo más temible y más honorable. Había aniquilado al pájaro que yacía sobre su regazo. Le debía su vida por segunda vez.

Al poco tiempo la pequeña se acercó con agua. Le dio de beber y le limpió la pierna. Los días que siguieron le llevó alimentos que habían quedado entre las ruinas, raíces comestibles que recolectaba y jugosas frutas silvestres. El paso de jornadas idénticas cultivó una silente alianza de supervivencia. ¿Cuántos días habían sido? ¿Cuántas lunas? ¿Cinco, diez, doce o quince? Hay situaciones en las que el tiempo pierde inclusive sus divisiones convencionales. Hasta que, por fin, como si hubiera sido un momento y no una sucesión de

días interminables, él pudo caminar, y, simplemente, la levantó en sus brazos sin encontrar resistencia y empezó el regreso hacia su pueblo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó varias veces sin recibir respuesta.

Mirando su brazo y el protector de cuero siempre listo para tomar el arco, le dijo:

—Serás Tomoe.

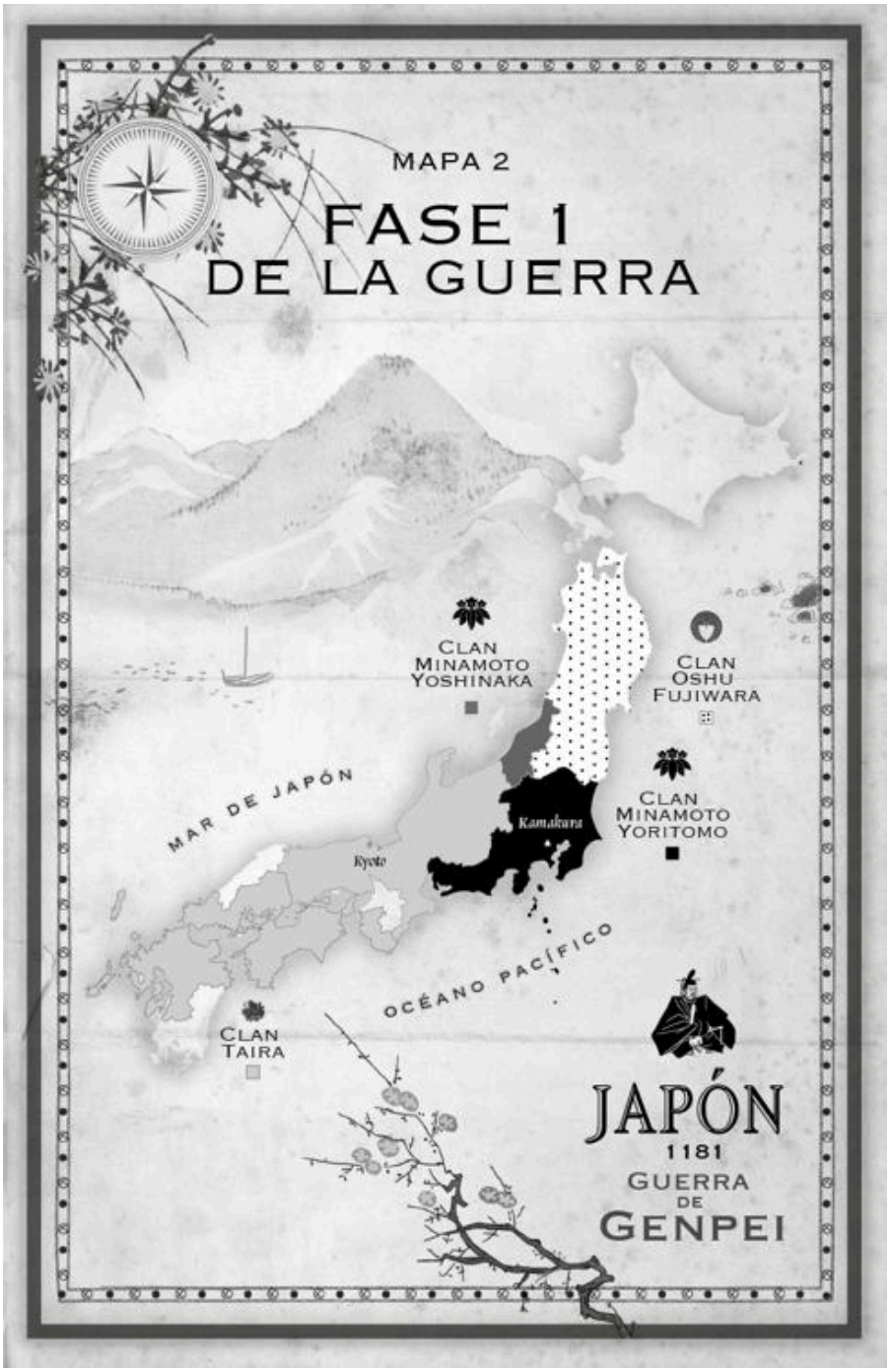
—Tomoe —repitió ella, haciendo una leve reverencia.

Mientras la cargaba, liviana y segura, con el recado de una manta, su arco y pocas flechas, la observó mirando el horizonte, sin ceder a la curiosidad con alguna pregunta. Su pelo negro, parecido a la seda y casi tan extenso como ella misma, cortaba el viento como una flecha. Su cara, tostada por la intemperie, tenía las marcas de su primera batalla. Tres veces le había salvado la vida a él, acaso porque estaba sola en el mundo. Acaso porque una guerrera se prueba en su propia naturaleza. O porque simplemente hablaba su mismo idioma, el del honor, sin miedos ni favor. Sin decirse más palabras, sabían que se había consumado entre ellos un ritual de fidelidad.

El destino de la niña contenía una contradicción de origen que iba a acompañarla por siempre. Las circunstancias le habían dado a ella el poder sobre lo que le aconteciera. Y ella lo había tomado. Viéndose sola, supo con prístina sabiduría que debía usar su minúscula ventaja y aliarse con la única persona que la rodeaba. Ese extraño que momentáneamente no podía hacerle daño era su única esperanza de salvación. Secretamente, Nakahara Kanetō vislumbró su astucia y su nobleza. Pero el poder de controlar su propio destino

no era algo que correspondiera a una mujer. Su sello, desde pequeña, fue esa contradicción.

El *tomoe* aparece en diversas figuras heráldicas o religiosas. A veces en un mismo círculo hay dos, tres o cuatro comas, dos, tres o cuatro *tomoes*, que se enlazan como delfines y se persiguen uno a otro dentro de la esfera. Son como gotas de agua que en vértigo total desatan un torbellino. Es el mismo círculo donde el Yin y el Yang, inseparables, se contradicen y se explican. Pero el nombre de Tomoe lo convierte todo en un movimiento indómito. Lo femenino y lo masculino se confunden, se aparean, se abrazan. Así era ella. Tomoe: un torbellino.


MAPA 2
FASE 1
DE LA GUERRA
CLAN
MINAMOTO
YOSHINAKA
CLAN
OSHU
FUJIWARA
MAR DE JAPÓN
Kamakura
CLAN
MINAMOTO
YORITOMO
Kyoto
OCÉANO PACÍFICO
CLAN
TAIRA
JAPÓN
1181
GUERRA
DE
GENPEI

II
FLORES DE CIRUELA BAJO LA NIEVE



Tomoe era hija de su tiempo. Había llegado a la vida en 1156, el mismo año de la muerte de Toba, el emperador en retiro. Su partida hacia la Tierra Pura del Más Allá había coincidido con el fin del antiguo equilibrio. El viejo orden se desmoronaba. Su decadencia devenía en caos, abusos y violencia. Enfrentamientos armados, sublevaciones de monjes, destierros, sentencias de muerte y revueltas entre clanes guerreros eran el signo de una transición convulsionada que dejaba atrás la larga paz del imperio y preanunciaba una lucha a todo o nada por el poder. Incluso el oráculo de los templos llegó a predecir disturbios en el Estado.

Como recuerdan los sabios, fue un tiempo en que "el mal gobernó el corazón de los hombres". Pero aun antes de que los monjes budistas del sagrado monte Heiji se negaran a ser humillados por "la era de la degeneración", el nuevo emperador Go-Shirakawa debió recurrir a los clanes guerreros para no ser destronado. Uno de ellos era la Casa de Taira, que vería emerger entonces a su nuevo líder, Kiyomori, cuya ambición iba más allá de lo que la mente puede

comprender. El clan Minamoto, en cambio, había perdido influencia en la corte y se había replegado lejos de la antigua capital de Kyoto.

La incertidumbre que Tomoe había vivido temprano en su vida era la marca de su época, pero, circunstancialmente, el destino la alejaba de esas convulsiones. Cuando llegó como una hija más a la *yakata* o pequeña fortaleza del gobernador de Shinano, ya era una sobreviviente de sólo diez años. La provincia estaba en el centro de la isla de Honshū hacia el noreste. Era una zona de fértiles valles bañados por el agua que se derramaba por las laderas de las altas cumbres de uno de los mayores cordones montañosos de Japón.

A la hora del Mono, poco antes de caer la tarde, los niños de la familia, que como todos los días practicaban técnicas de lucha, saltaron de alegría al reconocer la silueta de su padre que volvía con vida. Durante semanas habían temido lo peor. No les extrañó verlo avanzar con dos *bushos* enviados a buscarlo. Habían sido largos días y eternas noches. Lo que sí los sorprendió fue verlo con una niña en brazos que se tomaba de su cuello.

Ya seguro en su propia tierra como para permitirse algo de alivio, Nakahara Kanetō soltó a la pequeña y la puso de frente a sus muchachos.

—Ella es Tomoe y será su hermana.

Imai y Kiso se miraron y la miraron. La examinaron con cuidado, sobre todo por el arco y flecha que portaba y las marcas de haberlo usado en su brazo. También notaron que la tela blanca del estuche del arco estaba dañada por el fuego. Tomoe ensayó una reverencia y les dedicó una lánguida mirada sin demasiada expresión. Su cansancio era inocultable.

A unos pocos pasos presenciaba en silencio la escena, intentando reprimir las lágrimas por ver con vida a su marido, la fiel Chiruzu. Comprendiendo la mirada de su esposo, se inclinó hacia adelante, y, sin decir nada, simplemente le estiró los brazos a la niña.

—Ven, Tomoe —la llamó.

Los niños la observaron caminar hacia la mujer intentando mantenerse firme y sin dedicarles una última mirada. Esa niña tenía el andar de un guerrero. Arisca, se negó a que la dulce mujer que la recibía la despojara de sus armas y, al hacerlo, consciente de que los muchachos observaban, los miró con el ceño fruncido. Chiruzu supo al instante que sería difícil enseñarle las tareas de una niña y recordó un poema que alguna vez había escuchado en labios de su madre:

¿Qué trae el futuro?
No lo sé.
Pero la luna brillará esta noche
aunque no pueda verla
tras las nubes de mis preguntas.

—Tengo hambre —murmuró la criatura en sus brazos.

La mujer sintió el temblor de las pequeñas piernas y la tensión de sus músculos. Era como un astuto animal que había huido de su cazador y se sumaba a una manada desconocida. Al bañarla en agua tibia, vio las marcas en su espalda y su brazo, y pensó en las flores de ciruela que abren sus pétalos en el invierno a pesar de la nieve que no las perdona.

Y como el gobernador de Shinano era un hombre justo, prometió en silencio que recompensaría a esa niña por salvar su vida. No había vuelto a preguntarle por su familia y ella no había dejado ver su dolor por haberla perdido. En eso también parecía un *busho*.

III
UNA NOCHE CON LOS MUERTOS



La fogata iluminaba sus caras. El crepitar de las llamas no tapaba del todo el rechinar de sus dientes. Empuñando sus espadas de madera, apoyados con una rodilla en el suelo, escuchaban sin pestañear las crueles historias de los desterrados. Fue ahí que el relincho de uno de los caballos que los había trasladado hasta el cementerio sobresaltó a Imai que inmediatamente se puso en guardia. Antes de que el joven reaccionara, Kiso y Tomoe ya habían rodado cuerpo a tierra hasta posicionarse con sus espadas tras un árbol. El maestro que los instruía, en cambio, permanecía inmóvil y hablaba de espaldas a la luz. En la oscuridad y entre las tumbas, su cara se encontraba frente a frente con las sombras.

—El tiempo es cambio. Todo decae. Aquí, en este lugar, se revela lo evanescente de la vida. Es difusa la línea que la separa de la muerte. No deben exaltarse. Salgan de sus escondites, bajen sus espadas y vuelvan. Los muertos no los atacarán, aunque pasen la noche con ellos.

Kiso miró a Tomoe con ojos urgentes y esbozó el comienzo de una sonrisa incompleta. Ella sostuvo sus ojos en los de él por unos segundos y buscó a Imai que era el mayor de los tres. Instintivamente se pusieron de pie y se acercaron a él.

—¿Pasar la noche? —preguntó la niña en un hilo de voz.

—Deben guardar la comida que les dejo para tomarla por la mañana, cuando hayan salido. Los esperaré al lado de la entrada del bosque donde se abre el camino que conduce a las antiguas tumbas —les ordenó el maestro ya de pie y señalando en dirección al ingreso—. El sendero de piedras los guiará de vuelta. Yo no los buscaré —completó, volviéndose inquisidor hacia ellos, antes de partir. Era la hora del Búfalo, cuando la noche se ensancha.

La preparación de los guerreros comenzaba en la niñez. La resistencia a la adversidad, el desarrollo de la fuerza física y vencer al miedo ante lo terrible formaban parte de esa instrucción. Pasar la noche en un lugar que podía ser aterrador tenía que ver con eso. Las leyendas sobre fantasmas de guerreros que deambulaban entre las tumbas, o sobre lagos que presagiaban la muerte si no devolvían el reflejo de quien los miraba, resonaban en la imaginación febril de los aprendices. El maestro también los adoctrinaba sobre los principios budistas de respeto a los mayores y de la fugacidad de la vida. Había tres reinos: el de los deseos, del que había que saber desapegarse; el de la forma, que era la vida; y el reino sin forma donde esperaba la Tierra Pura del Más Allá.

Minutos antes les habían referido la triste historia de un destierro, en la que, ya desolado en una isla y confinado en un paraje rocoso, el condenado había sido arrojado por un acantilado para caer sobre picas especialmente dispuestas para incrustarlo. Le había dolido más

la carta de su esposa expresándole el dolor por la forzada distancia, que la muerte brutal. Los niños habían contenido las lágrimas al escuchar el relato para demostrar su fortaleza.

La calma llegaba al atravesar lo atroz, cuando ya no quedaba más que la serena aceptación. Ahí nacía la fuerza.

A Imai y Kiso no los hermanaba la sangre sino la leche: la misma mujer los había amamantado. Kiso tenía linaje de samurái y su breve prehistoria también era la de un destierro. Había nacido de un guerrero del poderoso clan Minamoto y una prostituta, pero la muerte de su padre, Yoshikata, capitán de la guardia del príncipe heredero, lo había convertido en un exiliado a corta edad. Con sólo dos años, entre lágrimas de infinita pena, su madre lo había puesto en manos del gobernador de Shinano, Nakahāra Kanetō. "Por favor, cría a mi niño como consideres mejor", le había rogado. "Haz de él un hombre". Su arribo a una familia de crianza, para ser formado entre sus hijos, constituía una costumbre frecuente para la progenie diversa de los guerreros. Su origen rústico y su infancia accidentada le habían dado ventajas y desventajas de temperamento. Era demasiado impetuoso y a veces irreflexivo. Pero era preciso y veloz por naturaleza, como un águila de las altas rocas.

Kiso había tomado el nombre de la montaña y de la familia que lo había adoptado, pero eso no borraba de su sangre la estirpe de un Minamoto. Todo lo contrario: la fortalecía. Minamoto Yoshinaka era su nombre familiar y determinaba un destino. El destino de un samurái.

Cuando los pasos arrastrados del maestro ya se percibían distantes, Kiso volvió a tomar su espada de madera y la acercó a sus ojos contemplando su forma. Ya promediaba su educación con doce

años y, un día, no lejano, esa hoja sería de hierro como su voluntad. Imai, aunque era un poco mayor, ya reconocía el liderazgo de Kiso y lo observaba en silencio, hasta que algo los sacó bruscamente de la extasiada contemplación. De pronto la espada volaba por el aire tras un asalto intempestivo. Gritaron secamente y de un salto se pusieron de pie, abriéndose hacia los costados.

Las miradas de los niños se llenaron de espanto y fueron como mil ojos alrededor hasta que la risa de Tomoe, que empuñaba su *naginata*, les delató que había sido ella, con su arma larga con forma de asta, también de madera, la que había provocado el golpe fulminante para lanzar la espada hacia la alta noche. Kiso montó en cólera al escucharla reír irreverente y se abalanzó sobre ella.

Ambos se trenzaron en un forcejeo dispar. El niño se montó dominándola sobre el piso mientras ella luchaba boca abajo. La sujetaba del pelo cuando la pequeña, logrando arrojar tierra a sus ojos, con una inesperada maniobra pudo librarse de él y correr hasta la arboleda. Había olvidado que estaban en un cementerio hasta que el reflejo del agua la hizo gritar de terror y quedarse sin aire en el mismo segundo en que hacía equilibrio con uno de sus pies para no caerse al lago. Tirándose hacia atrás mientras cerraba los ojos para no mirar el agua, quedó con su pelo negro extendido y brillante bajo la luna. Al acercarse de prisa, los muchachos la observaron ahí tendida con el rostro resplandeciente y frenaron atropellándose mientras certificaban que en realidad no había peligro.

—No puedes desobedecerme —le advirtió Kiso, terminante.

Aunque eran casi niños los tres ya respetaban la jerarquía establecida. Los principios de honor eran inamovibles. Y Tomoe lo sabía, aunque su naturaleza la contradijera demasiado a menudo.

Las leyes del decoro prohíben desobedecer al emperador, al señor y al padre. Japón es tierra de los dioses, y los dioses no toleran lo impropio. Así es como las cosas son. Ese es el orden.

Al día siguiente, los tres aprendices y el maestro se encontraron. Después de romper el largo ayuno de una noche poblada de inquietudes, caminaron en silencio hasta el templo de Zenko Ji. De pie frente al Buda de la Luz Infinita, le pidieron renacer después de la muerte en la Tierra de la Suprema Felicidad.

Tomoe no se preguntó cuántas batallas por pelear habría para ellos en el futuro antes de que Buda les concediera ese día.

De regreso en Shinano, para uno de ellos la aventura no había terminado. Con rostro grave, el propio gobernador de Shinano esperaba al joven Kiso Yoshinaka para emprender una nueva travesía. Juntos llegarían a Kyoto, donde, por primera vez, el chico que ya tenía trece años sentiría el reclamo interior de una injusticia. El jactancioso poder de los Taira era la otra cara de la humillación de su clan. Luego de recorrer la ciudad y observar con asombro y distancia la pompa de las cortes y comprobar cuán relegados resultaban los de su familia, el adolescente fue escoltado por su fiel guardián hasta un lugar inimaginado para él en ese momento y absolutamente fundamental.

Cuando llegaron al imponente templo de Hachiman, el dios de la guerra, Kiso sintió que se encontraba como nunca con su identidad. Al terminar su ceremonia de mayoría de edad, su padre de crianza escuchó su promesa a la deidad de su clan: “Mi tatarabuelo se convirtió en el hijo menor de esta augusta divinidad. Prometo que seguiré sus pasos”, dijo con solemnidad.

—El primer paso es enviar una carta circular, que ponga a todos en aviso —agregó Kanetō, que se sentía testigo de la consagración de un predestinado.

IV
LA HIJA DEL VACÍO



La noche en el cementerio también había tenido profundas consecuencias para Tomoe. La niña llevaba dos días de febriles alucinaciones. Chiruzu, la mujer del gobernador de Shinano, le había rogado a su marido:

—Por favor, llama a los maestros del Yin y el Yang. Lo que le pasa a la niña pertenece a los oráculos.

Cuando Tomoe se retiraba a dormir había algo que volvía a ella en el momento del sueño. Veía volar hacia el cielo y perderse en la noche la espada de madera de Kiso. Pero en el instante en que esta descendía al suelo ya no era su espada y tampoco le pertenecía. Volvía una *naginata*. Oscura, forrada en lienzo y cuero negro, con un filo irresistible en su destellante hoja curva, más alta que ella misma y capaz de confundirse con su pelo y con su piel. Y ella saltaba para tomarla en el aire. Y en ese instante, gritaba. Había noches en que llamaba a su hermano Imai, y él salía corriendo a auxiliarla. Y toda la casa se despertaba. Su *tatami* aparecía empapado y el apoyo de su cabeza parecía haber tomado el lugar de la *naginata*. Tomoe lo

empuñaba y si alguien osaba despertarla, se erguía inexplicablemente hasta ponerse en guardia, lista para enfrentar a quien fuera necesario.

Un día, el pobre Imai, al acercarse, recibió un golpe defensivo que lo dejó tendido contra la pared.

—¡No me llames si piensas golpearme, Tomoe! —se quejó el niño aturdido, pero sin lograr que la pequeña respondiera.

En cada caso, él se quedaba esperando a que ella pudiera hablarle. Y, cuando por fin Tomoe despertaba del torbellino de sus sueños empuñando su almohada, y caía agotada al suelo desplomándose de rodillas al descubrir que sólo había sido una pesadilla, el niño se cercioraba de que estuviera bien y le preguntaba inequívocamente:

—¿En qué batalla estuviste hermana? ¿Quién venció?

—Hombres a caballo aparecían detrás nuestro y nos tomaban por sorpresa —le relató ella—. Pero cuando te buscaba no te encontraba, Imai —le reclamaba.

Los niños parecían entender como algo natural que los hechos pudieran trasladarse a esa dimensión onírica, pero a los monjes consultados les generaba sorpresa.

"Es en los sueños que estas cosas le ocurren. Pero ella las conecta con las acciones de su cuerpo estando dormida. Como si no hubiera una frontera entre dormir y estar despierta", concluían enigmáticos.

La noche en que uno de los maestros del Yin y el Yang lo atestiguó no tuvo duda. Hay cinco elementos que explican el mundo: Aire, Tierra, Agua, Fuego, y el Vacío. El elemento en el que se originan todos los otros. Si ninguna combinación de elementos explica la sustancia de lo creado, su origen es el anterior a las cosas,

el éter. Tomoe era hija del vacío. En muchos sentidos. Nunca había explicado su origen luego de la muerte de los suyos. Pero además era distinta a las otras niñas y lo que la hacía diferente se manifestaba en ella con certeza. Por todo esto su futuro también aparecía ante los sabios como un enigma.

Habitar el vacío también era una condición inescindible de los guerreros. Era en el vacío donde más ágilmente podía ejecutarse el ataque o la defensa. Cualquier movimiento latía en potencia en ese estado de suspensión. Pero esa habilidad requería años de formación para ser alcanzada. En Tomoe era como una condición natural.

También había en ella una innata desobediencia, aunque eso conviviera con una devota fidelidad que demostraba día a día a la familia que la había recibido como una hija más. Desobediencia y fidelidad. ¿Cómo podían coincidir elementos tan contradictorios? Una niña que rompía los moldes establecidos con total seguridad pero que al mismo tiempo se arraigaba con incondicionalidad. En los hechos, nadie comprendía o anticipaba mejor que ella las acciones de Kiso, el joven guerrero en el que todos depositaban sus esperanzas.

"Cada día que pasa demuestra más y más tener la estirpe de los grandes guerreros", refería orgulloso su padre de crianza. Su rapidez natural, su precisión en el ataque y la manera en que se fusionaba con su espada generaban asombro y lealtad. Y ella lo seguía con la observancia de los guerreros como si ya se hubiera establecido un código entre ellos.

—Ella servirá como nadie a Minamoto Kiso Yoshinaka.

Nakahara Kanetō, el gobernador de Shinano, se sentía artífice inesperado de la unión entre sus niños. Y, cuando evocaba la caminata en la que, con la pequeña en brazos y exhausto, había regresado a su *yakata,* no tenía dudas. Siempre había sentido que la niña tenía un destino diferente a las mujeres de la casa. La había cuidado como a una hija, pero la había criado como a un hijo. Había una predestinación que venía del mismo momento en que ella había salvado su vida. Sus misteriosos sueños algún día iban a tener explicación.

V
¿LA MARIPOSA O EL BAMBÚ?



¿La Mariposa o el Bambú? El clan Taira, cuyo emblema era una mariposa con sus alas por remontar vuelo, crecía en influencia. El clan Minamoto, cuyo emblema eran las hojas de bambú, perdía ascendencia en el poder imperial y quedaba relegado. "El que no es un Taira es menos que un hombre", se escuchaba de un prominente miembro de la familia.

Pronto los aires de superioridad conducirían al desborde en vez de a la prudencia. El abuso de poder era la semilla del resentimiento y la madre de la conspiración. "Esto es la consecuencia de permitir que el clan Taira lo domine todo", murmuraban los rebeldes. Eran cada vez más los que deseaban verlos destronados, pero nadie osaba siquiera considerar cómo podía llegar a ocurrir eso.

Taira Kiyomori había cruzado todas las fronteras jamás imaginadas. Era el primer samurái en convertirse en *kugyo*, un noble señor. Y hasta él nadie de su clase había obtenido el título de *daijo daijin* o primer ministro, reservado para el más alto rango que un emperador pudiera otorgar a pesar de que era sólo el líder de un

clan guerrero. Su dominante personalidad no intentaba ocultar la ambición como hubieran indicado los preceptos.

Secretamente, buscaba para los suyos la vindicación de una estirpe noble perdida cuando la vieja casa imperial los había dejado sin títulos nobiliarios arrojándolos a un destino secundario en los márgenes de la corte.

"¿Qué está pasando en Japón que los samurái osan hacerle sombra al emperador?". Su propio hijo Shigemori lo había notado. Estallando en lágrimas le había recriminado: "No doy crédito a mis ojos cuando te miro. Aunque la nuestra sea una tierra remota, de oscuras, ínfimas y dispersas islas, ¿no ha sido un límite para el decoro de un hombre que, como tú, ha logrado ser primer ministro, el hecho de llevar una armadura y un casco de samurái? Has ignorado los principios de benevolencia de Confucio y has perdido todo sentido de vergüenza. Las leyes del decoro son las que nos prohíben desobedecer al soberano. Cuando lo correcto y lo incorrecto están en juego, no hay opción. Sólo podemos hacer lo correcto. Tenemos Cuatro Obligaciones en este mundo: nuestras deudas con el cielo y la tierra, con el soberano, con nuestros padres, y con todos los seres vivos. Los más importantes son nuestros deberes con nuestro soberano. Por eso, definitivamente, no podemos desobedecerle, padre".

Kiyomori tenía en su propio hijo el más severo de los jueces. Lo consideraba excesivamente apegado a las normas, aunque también capaz de liderar una revuelta. Había estado a punto de aislar al emperador en retiro, Go-Shirakawa, considerándolo parte de una conspiración en su contra, pero ahora veía en su propio primogénito

un abierto desafío. No era sólo una latente rebelión sino algo peor: su hijo le enrostraba la letra de la ley.

En cuanto al emperador, el retiro le había permitido gobernar contrarrestando la influencia de la clase guerrera, pese a que el poder formal recayera en su hijo. Este sistema hacía que la autoridad se bifurcara entre el emperador en retiro y el emperador en funciones. Pero, ante todo, demostraba una situación fáctica: el decreciente poder del soberano frente a los clanes que proveían servicios militares a la corona y que controlaban de hecho al emperador en funciones.

A Kiyomori, los dos emperadores lo tenían sin cuidado. "Llegó a su residencia de Nishihachijō en Kyoto a la hora del Gallo, avanzando a paso firme por los corredores, con un rostro terrible, y portando una espada corta cuyo mango estaba cubierto por un lienzo con dibujos de serpientes de metal", contaron quienes lo vieron una tarde. Él decía haber recibido esa espada directamente de una deidad, en un sueño, y que al despertar la había encontrado en la almohada. ¿Quién podía contradecirlo? Ese era el hombre que acababa de encontrar un límite en su propio heredero, que tenía el atrevimiento de pedirle algo ridículo para alguien como él: respetar al emperador.

VI
EL MISMO RAYO



Los dos corren. Compiten. Luchan. Se vencen el uno al otro. Se entrelazan hasta parecer uno solo. Ruedan en la tierra. Por un momento él queda encima y la mira. Siente otra cosa que no es la tensión de la pelea. Se inquieta, se levanta y la deja. Ella se queda inmóvil. Luego lo persigue, lo derriba. Él reacciona. La domina. No hablan. Forcejean. Se ponen de pie. Se caen. Se levantan. Corren. Van a buscar sus caballos. Montan. Se urgen en carrera. Uno busca derribar al otro. Los animales se buscan, compiten, se enciman, se empujan. Ellos también. Son uno con el animal y uno con la velocidad. El mismo rayo. El mismo viento. Juntos vuelan, juntos caen. Él la toma para que ella no logre levantarse antes. Y ella lo traba para que no logre reducirla. Uno arriba. El otro arriba. Ella toma el cuello de él. Sus ojos se abren. Él sabe que con su fuerza puede matarlo. Un silencio aterrador abre un abismo. Pero ella lo suelta abruptamente y ríe. Vuelven polvorientos a la casa.

Chiruzu los mira llegar corriendo al jardín y seguir la contienda entre las rocas. Los ve alcanzar de un salto la galería. Se mueven al

unísono. Ella se siente la madre de ambos, pero es el futuro de Tomoe el que le preocupa, no el de Kiso. Él tiene todo lo que se espera de un señor de la guerra, de un samurái. Ella también.

Pero de una mujer se espera otras cosas: devoción al esposo, al soberano y a los dioses. Ser esposa y madre, servir en la corte o consagrarse como religiosa en un convento. Como lloró alguna vez la hija de un desterrado: "Notable o vulgar, nada es peor que ser una mujer". Tomoe parecía hecha para otras leyes. Dicen que el karma trae consecuencias en esta vida o en futuras reencarnaciones. Ella traía un karma tan poderoso que las mismas restricciones que hubieran cerrado el camino a cualquier mujer se volvían inertes a su paso.

Como siempre pasa cuando las cosas son esenciales, era de las profundidades de un misterio que llegaba su certeza. ¿Cómo saber si esa energía que se daba en abundancia era fortuna o desgracia? Sólo los dioses sabían.

Había noches en que Chiruzu, su madre de crianza, vigilaba su sueño, atenta al consejo de los monjes. A veces la veía despertar de madrugada y caminar hacia la galería que daba al jardín. Erguida en el *tatami*, con su ágil cuerpo mimetizado con el arco —el arma más antigua del imperio— y con flechas imaginarias, apuntaba a las cuatro direcciones como decidida a ahuyentar los malos espíritus que pudieran intentar cercarla. Y vaya si los ahuyentaba.

Día a día, Tomoe iba convirtiéndose en una joven bella y fuerte. Su disciplina en la formación que recibía a la par de sus hermanos, le resultaba natural. ¿Pero quién podía prestarle atención a una niña reclamada por nadie? El único mandato en su historia venía del

agradecimiento al gobernador de Shinano y de la fidelidad a su inmediato señor, el joven Kiso, del linaje del clan guerrero Minamoto.

VII
UN ALTO REFUGIO



Las distantes montañas de Shinano habían protegido a los jóvenes del creciente poder del clan Taira, cruel y despiadado. Sin saberlo, vivían en un alto refugio. De tanto en tanto, algún fugitivo aterrorizado de ser descubierto los anoticiaba del clima de sospechas que envenenaba las relaciones en los dominios de Kiyomori. En la corte, el temor a ser desterrado era mayor que el temor a morir. Hombres conocidos por su fortaleza y temple cubrían sus ojos llorosos con las anchas mangas de sus ropas como niños temerosos a la hora de partir hacia lo recóndito y hacia el olvido. El destierro era una forma de muerte en vida.

Aunque Kiso y Tomoe también eran desplazados, entendían más del arraigo que del desprendimiento porque en su propia infancia habían sido rescatados en medio de dolorosas pérdidas. No habían tenido nada para perder al ser conducidos a las montañas, sino todo lo contrario. Pero quienes eran desterrados bajo sospecha de traición desde alguna posición de poder sabían, en cambio, que les esperaba nada más que desgracia. Por esto, algunos huían a riesgo de ser

fugitivos para siempre y, despojados de toda historia, eran capaces de cualquier cosa.

Las altas montañas del noreste eran la corona de un muro que protegía de las planicies donde la refinada corte se extendía. Las cumbres escapaban al control del emperador. Eran un territorio indómito donde la autoridad recaía en quien la ganaba.

Cuando en una de las verdes praderas regadas por el deshielo, Tomoe luchaba para domar un caballo tan majestuoso como salvaje, fue que descubrió al intruso. Intentaba robar otro de los caballos sujeto a los árboles a sólo unos metros.

Montada en el reticente animal que se negaba aún a su mando, ajustó las riendas, se pegó a su torso, tomando el control con su cuerpo y lo hizo correr embravecido hacia el ladrón que empezaba a darse cuenta del estado indomable de su presa cuando ya era demasiado tarde. Veloz e intrépida, Tomoe apretó sus piernas en los costados del equino y elevó sus caderas hasta cabalgar virtualmente de pie y levemente inclinada sobre las crines.

Con el animal estabilizado, torció la cintura sin dejar de mirar hacia adelante, cruzó la mano derecha por detrás del hombro, tomó una flecha, la posicionó en el arco y la lanzó como si fuera una sola acción, hiriendo al extraño en el brazo. El animal que lo llevaba no tardó en notar su ventaja para desprenderse de él con un violento corcoveo que lo expulsó dos metros hasta caer a los pies de su captora, que aún luchaba por mantener calmo al caballo negro como la noche, que acababa de vivir su bautismo de combate casi al mismo tiempo que dejaba el estado salvaje.

Tomoe no sentía haber domado al animal: experimentaba una secreta comprensión, una espontánea sociedad, una inexplicable

comunicación con la bestia. Ese lenguaje instintivo en cuya frecuencia podía adentrarse era una capacidad que jamás entenderían los que le temían por sus dotes de jinete.

Cuando el forajido escapaba aterrorizado, Tomoe lo miró alejarse con su sola presencia como señal de advertencia. Sólo cuando dejó de estar al alcance de sus ojos y segura de que no volvería a intentar pillaje alguno en los establos emprendió el retorno.

La figura silenciosa de Nakahara Kanetō la sorprendió tras un árbol. El gobernador de Shinano, el hombre con el que se habían prodigado mutuo rescate cuando ella era sólo una niña, era un padre y un maestro. A él le debía las licencias para cultivar la maestría en el camino de la espada y en el dominio de los caballos. Al escuchar su voz, entendió cuánto le faltaba por aprender.

—Si ese ladrón hubiera sido más sagaz, no lo hubieras visto, como no me viste a mí.

—Padre… —le dijo reconociendo su voz, pero sorprendida al descubrirlo detrás de la arboleda.

—La vigilia es constante para un guerrero Tomoe.

—Lo sé. Siento haber fallado —contestó bajando los ojos y haciendo una reverencia que denotaba la admisión de su error.

—No debes "saberlo". Tu mente debe ser una con tu cuerpo. Cuando respiras no piensas para hacerlo. Sólo respiras.

—Lo siento padre.

—Lo importante es tu entrenamiento hija, no que me pidas disculpas. Debes entrenar hasta que tu propio cuerpo se convierta en estrategia. Que de los pies a la cabeza te enfoques en la acción sin que medie el pensamiento.

—Cuando forcejeo con los caballos todo desaparece.

—Lo sé. Eres la mejor jinete, aunque eso no debe halagarte. Sólo hoy eres la mejor jinete.

—¿Sólo hoy?

—Hoy debes ser victoriosa sobre la que fuiste ayer. Hoy puede ocurrir la derrota o la victoria sobre ti misma.

Por unos segundos Tomoe se quedó mirando a su padre quien seguía allí de pie, inofensivo, calmo, e implacable. Supo cuánto la valoraba como una guerrera por los conocimientos que le compartía. Era así, de boca en boca que el camino de la espada pasaba entre los samuráis. Las palabras de Nakahara Kanetō eran un reconocimiento, una iniciación. No necesitaba explicaciones para entenderlo.

El hombre, que aún caminaba con dificultad tras aquella herida que ella misma había curado siendo una niña, vio en los ojos de la bravía joven un mundo de batallas. No quiso transmitirle el temor. Pero tampoco era necesario. La existencia misma de una guerrera como Tomoe era la razón de los hechos que le darían sentido. Él no tenía que enseñarle eso. Que entre las causas y las consecuencias el karma se revela. También notó cómo ella, que siempre se mostraba inconmovible, no podía contener la emoción que brillaba en sus pupilas. Sin decirse nada más, iniciaron el camino de regreso.

Los dos se aproximaban al muro trasero de la fortaleza. En un movimiento imposible de seguir con los ojos por su rapidez, Tomoe había dominado a un guerrero que, de no interponerse ella, se hubiera abalanzado sobre su padre. Lo tenía absolutamente dominado. Estaba montaba sobre él inmovilizando sus brazos mientras el asaltante comenzaba a pedir clemencia.

—¡Señor! ¡Señor! ¡No lo conocí! ¡Por favor, termine usted con mi vida! ¡No ella! ¡Ella no!

—Déjalo, hija…

Cuando el hombre salió caminando hacia atrás y temblando como una hoja en la lluvia, Nakahara Kanetō observó el semblante triunfal de Tomoe que no había tardado en aprender lo que acababa de enseñarle.

—Yo mismo no vi al guardia lanzarse hacia nosotros desde el árbol.

—Tenías razón padre.

—¿Razón?

—La vigilia es constante hasta en los lugares donde nos creemos a salvo.

Por un momento, al ver su cara sucia con lodo, su pelo enredado por los recientes forcejeos —con el caballo, con el fugitivo y ahora con el guardia—, el anciano volvió a ver a aquella niña indómita que le había salvado la vida. Su brazo ya no era el de una niña, pero aún llevaba el protector por el que le había puesto el nombre. Eso no se lo diría. No quería interferir en ese momento de fortaleza con una sensiblería. Pero al caer la noche, aún tomado por una honda melancolía, le pediría a Chiruzu que recitara algún poema.

He muerto muchas veces
como las flores que ya son cenizas.
No las tuve entonces,
tampoco las pierdo ahora,
como los recuerdos que persisten.

La primavera será otro ensueño,
y lo será mi próxima vida.
He muerto muchas veces,
incluso, cuando no morí.
El que sobrevive
no sabe que ha vuelto a nacer.

VIII
EL ZORRO NO CRUZA LAS GRANDES AGUAS



—Es un error muy común creer en lo que escuchamos y dudar de lo que vemos —le dijo calmo el enviado del emperador en retiro a Kiyomori para ahuyentar las habladurías. Y prosiguió con una advertencia: "Pero la mente de los cielos es inescrutable y vasta, como la del emperador en retiro que aprecia la magnitud de tus logros y así te lo ha demostrado con enormes favores".

El ambicioso samurái lo miraba con sospecha. Era su forma habitual de mirar. Incluso cuando lo que observaban sus ojos era la cabeza de un enemigo ya derrotado, antes de ejecutarlo. De hecho, en esos momentos, hacía una pausa ínfima, que en el tiempo acelerado de la batalla era un verdadero estipendio. En esa pausa, contemplaba la obra de su espada aliada con su fuerza. Como si pudiera poner ese instante en suspensión. Convencerse y gozarlo.

La advertencia que acababa de recibir no había hecho mella en él. Era cierto que Go-Shirakawa lo hacía depositario de honores sin precedentes para uno de su rango. Pero el jefe del clan Taira ya no podía ocultar su propia intención de disputarle la autoridad. El

monarca, que siendo muy joven había abdicado para tener más poder él mismo, entendía muy bien ese juego. ¿Quién abdica para reinar? Go-Shirakawa había dejado el mando formal en su pequeño hijo para manejar el gobierno detrás de la escena y escudarse de las feroces ambiciones que lo rodeaban. ¿Quién podía cuestionarlo ahora a él si lo legitimaba la línea de sucesión?

Kiyomori había asegurado un plan que se inmiscuía con el plan de sucesión "que viene de los cielos".

Entre los incontables favores y emolumentos recibidos, había logrado casar a su hija Tokuko con el emperador reinante Takakura, hijo del emperador en retiro. Y, luego de años de paciencia y estrategia, la joven por fin le había dado un heredero. Ese niño le permitía la consagración real que ya palpaba: que su sangre corriera en la sangre de los reyes. ¿Por qué ese funcionario osaba ahora hablarle así, si él tenía el mismo nivel que el emperador? Era padre de un heredero al trono. Y no era un débil regente como el escurridizo e intrigante Go-Shirakawa a quien conocía bien por haberlo servido protegiéndolo de que le arrancaran el trono una y otra vez. Kiyomori, en cambio, jamás necesitaría buscar guerreros que lo custodiaran. Él se servía a sí mismo. El momento había llegado. Por fin. Acechaba su destino con apetito y determinación. Estaba ahí, al alcance de su mano.

Él sintetizaba un nuevo tiempo y una nueva ley. Hasta los oráculos habían anunciado su ascenso: "La Ley Budista y la Ley Imperial declinarán; habrá una sucesión de disturbios militares". Y con los oráculos habían coincidido incluso los hallazgos de los adivinos del reino. Ahora sólo restaba una cosa: encarnar los designios.

La Casa de Taira volvería a estar en el lugar que su estirpe merecía. Eso era una vieja revancha luego de la depuración de las familias nobles siglos atrás, que había dejado a varios clanes fuera de la sucesión, y relegados de la corte. Pero por eso mismo su ascenso también implicaba una evolución. En su nieto se uniría la sangre real con la capacidad militar. Al fin y al cabo, el gran error de Go-Shirakawa había sido dejar en evidencia su falta de poder. Como el zorro que avanza sobre las grandes aguas congeladas, pero encuentra a mitad de camino que la capa de hielo no puede ya sostenerlo y que un paso atrás o un paso adelante es lo mismo que la muerte: así de indefenso estaba el emperador en retiro y, con él, el destino de su hijo.

IX
HIELO Y FUEGO



Kiso vivía en alerta, como el guerrero que espera entre los juncos el momento de su emboscada. Su prisa lo ponía siempre un paso adelante de lo necesario. Ese ímpetu podía ser la gloria o la perdición. Pero en los ojos de sus hombres era pura bravía. Kiso aparecía ante ellos como alguien capaz de lograr todo lo que se propusiera. Y querían ser parte de esos propósitos. Más de una vez, sólo su carácter bastaba para mover fidelidades.

En la montaña su nombre crecía en prestigio. Su naturaleza indómita estaba hecha para esas alturas, donde la roca es el ejemplo a seguir, donde la vida es pura destreza. Muy lejos de la corte, sin sus formalidades ni delicadezas, llevaba adelante misiones sin ley más que la propia. Un general se medía por su capacidad de reclutar hombres a caballo y de a pie pero ambas cuestiones dependían también de su estirpe guerrera en acción. Kiso poseía todas esas cualidades como si fueran parte de su estado natural. Su otro yo, era ella. La comandante de sus ejércitos de ocasión. La que podía domar a la bestia más endiablada. La que se lanzaba como

flecha en escarpadas colinas donde cualquier otro jinete hubiera rodado precipicio abajo.

Ambos conocían a la perfección la lucha y las tretas del otro. Como si respiraran al unísono. Así había sido siempre. Desde niños y más ahora que eran un hombre y una mujer que guerreaban juntos. Un atisbo de movimiento de él y Tomoe sabía si iría a la izquierda o a la derecha, a besar o a matar.

Sólo por la ajetreada andanza entre rugosos despeñaderos que habían tomado por atajo, es que no tenían frío esa mañana. El invierno congelaba el agua y los huesos. Los arbustos del empinado declive sumaban agujas de hielo a sus espinas. A los guerreros no los habían lastimado pero sí a los caballos. Los últimos tres metros se habían desbarrancado con animales y todo.

Tomoe hacía equilibrio sobre el animal para controlar la caída porque ya los cascos heridos y helados no hacían pie en la superficie de roca, tierra y nieve. Con sus propias piernas a un lado y a otro ayudaba a estabilizar la marcha enloquecida. Kiso había soltado las riendas, en cambio, y se concentraba en detener a tiempo al animal cuando tocaran el suelo luego de esa vertiginosa caída libre. El vacío también es un caballo indomable.

El trajín había borrado el tiempo. Pero era la hora del Gallo y pronto oscurecería. Resultaba arriesgado seguir el camino hasta el próximo puesto de avanzada. Enfilaron hasta una pequeña fortaleza en la ruta que se llamaba como las montañas y como el general: la ruta de Kiso. Uno de los guardias hizo una reverencia a la distancia al verlos acercarse y corrió presuroso entre los muros de piedra de la entrada para alertar a los sirvientes.

La *yakata* era mediana, estaba rodeada de galerías angostas, elevada dos metros de la tierra y constaba de cuatro salas que formaban un rectángulo y protegían la habitación principal. En ese cubículo interno se alojaron. Daba a su propio jardín de rocas, donde las gotas de agua incesante que desbordaban una pequeña canaleta en el techo eran brillantes espadas de hielo. Unas brasas recién depositadas calentaban el ambiente y una tina de metal donde cabía una persona esperaba con agua hirviendo. El ajetreo de las armaduras que no callaba el *tatami* alertó a una de las sirvientas que dejó inmediatamente el cuarto. La armadura, que era una extensión del propio cuerpo en la acción, en la quietud se volvía insidiosa.

Entraron en silencio a la módica habitación y Tomoe, como de costumbre, se puso de espaldas. Kiso desató enérgicamente los cordones de cuero y seda haciéndola tambalear. Pronto Tomoe expulsó hacia adelante la pesada coraza. Con un gesto de alivio estiró su cuello y movió en redondo sus hombros. Con sus manos quitó el casco que además de la cabeza protegía el cuello con una aleta especial por la parte de atrás. Las flechas siempre buscaban lugares vitales y ese era uno. Pronto estaba sólo vestida con su túnica, despojada de la bata intermedia y de una piel con que se envolvía en los días más gélidos, mientras Kiso la miraba y esperaba sentado en posición marcial.

Con un tenue sudor en la frente por su propio trajín y por el cambio de temperatura, Tomoe lo buscó. Su pelo caía bajo la cintura. Él no pudo evitar tomarlo cuando ella se acercó a desarmarlo, servicial y delicada. Como si se hubiera quitado la fuerza de encima junto con la armadura, y hubiera quedado sólo la seda, procedía como una gacela. Se detuvo como si hubiera recibido una

orden cuando sintió su caricia al tomar su larga cabellera en la mano y bajar suavemente en toda su extensión. Al llegar a la cintura la tomó. Su mano aún helada empezó a rodearla. Sintió escalofríos. Frío y calor entre la nieve, las brasas, y su mano.

Kiso notó la conmoción sensorial y la miró. Ese instante en que sus ojos se cruzaron ella era, a la vez, indefensa e implacable. Hasta que se rindió y bajó la mirada, con sumisión. Devota, procedió a quitar las piezas que cubrían los hombros de Kiso, desató el torso, desmontó el chaleco, le quitó el casco cuya cresta con un dragón alado aterrorizaba a sus enemigos, y también el espaldar y la falda que cubrían la parte superior de las piernas.

El hombre aparecía muscular bajo la coraza de cuero y metal. En una ágil maniobra, él enlazó su pelo como una rienda conocida y la forzó hacia el suelo de rodillas para luego arrodillarse él.

Ya los dos rodaban sobre la madera como momentos atrás sobre la ladera accidentada de la montaña. El agua quemaba. Kiso y Tomoe se amaban como si lucharan.

X
UN MENSAJE DE LA DIOSA DEL SOL



Japón es tierra de cataclismos. Habitada por volcanes, sabe con qué furia la naturaleza se expresa. Tan habituada a terremotos o a devastadoras olas del mar, no pudo advertir, sin embargo, el susurro que desataría la conspiración más osada contra el poderoso clan Taira.

El nuevo emperador Antoku era un niño de apenas tres años. Resultaba inocultable que el poder recaía en su regente —¿el nuevo emperador en retiro?— Taira Kiyomori, un samurái.

¿Qué era el poder sino la capacidad de forzar la abdicación de un monarca legítimo que goza de perfecta salud? La palabra "samurái" venía de un rango de sirvientes. El ascenso militar los había llevado a amasar un poderío tal que una de sus casas acababa de subvertir el orden. Por completo.

Las habladurías sobre el día de la asunción del nuevo soberano arreciaban en la corte:

—Cuando le dieron la Espada, el pequeño se puso a jugar.

—Casi rompe el Sagrado Espejo que simboliza la sabiduría.

—¿Espejo? Hay un espejo de cristal en el infierno donde las almas se confrontan con sus hechos en la tierra.

—El collar de joyas cayó de entre sus manos para sobresalto de los adivinos que leen augurios en los detalles.

—La Espada no vale nada por sí sola. Si un ladrón robara las Joyas del Imperio, no valdrían en absoluto. ¿Acaso no ha pasado eso?

—Si los Tres Tesoros del trono simbolizan el valor, la sabiduría y la benevolencia del monarca, en este caso, entonces, son copas vacías.

Cuentan que el encuentro entre el padre y el hijo destronados había sido lúgubre. Ambos derramaron silenciosas lágrimas en la desolada mansión de retiro. El saliente emperador partía al exilio. Pero no era esa resignación lo que ocupaba el corazón del otro hijo en la línea de sucesión. El príncipe Mochihito, segundo hijo de Go-Shirakawa, no podía tolerar que le arrebataran el trono, como mansamente había aceptado su hermano, y como permitía la sinuosa anuencia de su padre, que sólo desde las intrigas o conspiraciones había osado desafiar al clan guerrero que alguna vez lo había salvado. Él no compartía esas ondulaciones y estaba decidido a defender su posición. No había dudas: él seguía en la línea, no ese pequeño, cuya edad él multiplicaba por diez con treinta años y firme decisión. Esa noche mientras mordía rencor, recibió una visita que no esperaba.

Yorimasa era un Minamoto, pero había pasado una vida al servicio del clan enemigo de los Taira. Hasta ese momento, en que una lealtad que venía de sus entrañas lo llevó hasta el heredero que se revolvía de impotencia ante el despojo de sus legítimos derechos. Era casi medianoche cuando el viejo sirviente se acercó, con una

mirada tan decidida que dejaba en un segundo plano su andar titubeante.

—Mi señor, tú eres descendiente en las cuarenta y ocho generaciones de la diosa del sol, Amaterasu.

—Entonces, Yorimasa, los dioses han abandonado a Japón.

—Entiendo tu resentimiento. No hay una sola alma en Japón que en secreto no desprecie al clan Taira.

—¿Y por qué tú, que los sirves, contra tu propio clan, deberías gozar de mi confianza?

—Porque podrías delatarme en este mismo instante, señor, y si tú no confías… permíteme terminar de una vez con todo y hacer *seppuku*.

Cuando el príncipe vio el amague del viejo guerrero para sacar su espada, lo frenó antes de que pudiera llegar de rodillas al piso. Si estaba dispuesto a destriparse abalanzándose sobre su propia arma, no había dudas de que hablaba desde el honor. Aunque fuera tardío. ¿Cuántas humillaciones soporta la dignidad? Quizás, como le había dicho un sabio monje ciego: "La vida cuenta con un solo momento, el momento en que un hombre sabe para siempre quién es". Ese momento había llegado para Yorimasa.

La voz de otro consejero también fue determinante para que el propio príncipe leyera en las circunstancias un mensaje divino. Al poner su rostro bajo análisis de un reputado fisionomista de la corte, escuchó sus conclusiones como una predicción. Luego de analizar su cara con sumo cuidado, sentenció: "Él tiene, sin dudas, el rostro de quien podría ascender al trono".

XI
UN MENSAJE DEL DIOS DE LA GUERRA



*H*achiman, el dios de la guerra, era la deidad patrona del clan Minamoto. Tanto tiempo relegado, y herido en su amor propio por la irrelevancia, el desperdigado clan empezaba a percibir un soterrado grito de combate.

Los gritos son sonidos propios de la guerra: emanan de la energía y la propulsan. Se gritan en la carga, como si multiplicaran la fuerza. Se gritan durante la pelea, en la resistencia o en el ataque. Y se gritan en la gloria como si pudieran penetrar los cielos. Pero hay gritos que comienzan en el silencio. Sólo un guerrero puede percibirlo.

Dos cuestiones eran fundamentales para que la ambiciosa empresa que se proponía el príncipe Mochihito no fuera sofocada como un inaceptable acto de sedición. Una era garantizar la supervivencia del legítimo heredero al trono. La otra, lograr el reclutamiento eficiente y rápido de los guerreros disponibles.

La red de espías y delatores de Kiyomori contaba con ojos que miraban día y noche, y oídos que atravesaban los muros. Las

habladurías eran un vicio peligroso, sobre todo por esa capacidad que tienen los rumores, amparados por las sombras donde se esparcen, para adquirir nuevos aditamentos en cada boca que los repite.

Los movimientos de tropas del clan Minamoto le habían permitido al insaciable Kiyomori advertir que algo estaba pasando. Como pocos, sabía que el karma es inevitable, y sus tradicionales enemigos, aunque por mucho tiempo replegados, habían escuchado, sin dudas, un llamado para armar ejércitos.

No era difícil deducir quién podía unificarlos, y aunque no dudaba esta vez del emperador en retiro Go Shirakawa, decidió arrestarlo en una locación mucho más alejada y segura. Pero la misión principal de trescientos de sus guerreros era otra y más delicada. Cuando tomaron por asalto la mansión que albergaba al príncipe Mochihito, guardias de la facción Minamoto los enfrentaron con inusitada destreza, en un cruce desigual.

Era una noche de lluvia. Mientras los enemigos jurados se trenzaban en los corredores y habitaciones de la mansión, una mujer de largos cabellos, con su rostro cubierto, y custodiada por guardias que la cubrían con un paraguas, se alejaba del lugar. Pocos podían imaginar que era el astuto disfraz del escurridizo príncipe, que escapaba así, de la larga mano de la Casa de Taira. En el cielo, una luna intermitente ayudaba con intervalos de oscuridad.

Antes de huir había dado un paso clave: designar un mensajero que sería un adelantado para el reclutamiento en las distintas provincias.

—Yorimasa me ha dado la lista de los guerreros del clan Minamoto que estarían dispuestos a unirse. Pero algunos se encuentran en

zonas muy alejadas. Debes adelantarte en soledad para no llamar la atención —le ordenó a Jūrō Yoshimori, que llevaría el llamado de armas hacia el este.

Yorimasa, que aún no había sido descubierto, continuaba en las entrañas del poder en medio de un peligro que se acrecentaba con cada minuto. Ser un Minamoto pronto comenzaría a constituir un motivo directo de sospechas. El clan del dios de la guerra reagrupaba sus filas. La tierra de Japón se preparaba para un retemblor que no era el de sus volcanes ni el de sus montañas.

XII
LAS FLORES QUE TIENEN SENTIMIENTOS



Chiruzu se acercó sigilosamente a la arboleda donde tomó por sorpresa a Tomoe que contemplaba en silencio la etérea belleza de las flores de los cerezos. La nieve del invierno se había transformado en nutrientes ríos y sus aguas redentoras habían vuelto a despertar la tierra dolida por la helada. El poder de la *sakura*, con su tenue rosa, con su blanco incandescente, con sus pétalos alados, era el poder de la vida.

Resultaba extraño encontrar a Tomoe en una situación de quietud. Pero uno de los efectos de la bella visión que contemplaba era esa dulce suspensión.

—¿Será cierto que estas flores poseen sentimientos? —le preguntó Tomoe a Chiruzu volviendo rápidamente la mirada al delicado paisaje.

—Dicen que la belleza de la *sakura* es la manera que encuentra la diosa Amaterasu para expresar sus sentimientos.

—¿Por qué será que queremos mantenerlas así, en flor, para siempre, y no sólo veinte días?

—Porque de la misma forma queremos mantener la vida.

—La vida es aún más frágil, mi querida madre. Cuando mi espada esquiva el hierro de otro guerrero, pende de un hilo.

—Siempre me asusta que te enfrentes con esos hombres más fuertes que tú, más grandes que tú.

—No es porque sean hombres que corro peligro —respondió Tomoe sin inmutarse—. Es la batalla lo que hace difusa la línea entre la vida y la muerte.

—Recitaré sutras por tu vida… —contestó la mujer intentando ocultar su conmoción.

—Cuando sientes el calor del metal cerca de tu piel, matar es vivir, madre. Estoy aquí porque jamás perdí una batalla. Siempre puede ocurrir lo contrario. Y no temo —continuó Tomoe, con el mismo tono de voz con que había hablado de las flores de los cerezos.

—¿No deberías dejar ya las armas y darle hijos a nuestro señor Kiso? —se atrevió a inquirir Chiruzu.

Una exclamación risueña fue toda la respuesta que recibió de Tomoe. Pero decidió insistir.

—Si no, él deberá desposarse con otra mujer.

Aunque Tomoe quiso disimularlo, no pudo ocultar la sombra que pasó por su rostro, al escuchar esa posibilidad. Pero la respuesta no fue la que Chiruzu esperaba.

—Dicen que hasta el pelo de un guerrero le pertenece a su señor. Kiso ya es mi señor y le pertenezco. Si quiere tener hijos, no debería fijarse en una mujer samurái —respondió tajante y mirando a algún punto perdido en el horizonte.

Chiruzu pensó que tal vez Tomoe necesitaba confirmarse a sí misma que estaba dispuesta a aceptar que él tuviera otra esposa,

para que nada le impidiera seguir siendo una guerrera. Y que por eso había respondido con esa calculada frialdad. Por un lado la entendía. Desde niña, ese había sido su destino. La batalla la llamaba como si corriera por su sangre. Era su lugar seguro. Vaya paradoja. No olvidaba el día en que siendo pequeña, y temblando de cansancio, no quitó los ojos desafiantes de la mirada de sus nuevos hermanos. Pero siempre había pensado que el tiempo atenuaría esos impulsos.

La familia no tenía una situación de desprotección que obligara a Tomoe a asumir la guarda de la casa como pasaba con otras mujeres guerreras. Pero entendía que en ella había algo más potente: su talento con la espada y con los caballos, que la hacía dominar a cualquier adversario o a cualquier animal que se le opusiera, era lo que la constituía.

La determinación de la joven a la par de la belleza de las flores de los cerezos hizo que a Chiruzu la invadiera la nostalgia. La mujer comenzó a desgranar dulces versos mientras su hija adoptiva fijaba los ojos en los pétalos alados.

Serías fugaz como la fortuna, Sakura,
si no tuviéramos esperanza de que regresarás
en la próxima primavera. Protégenos,
oh, Amaterasu, de las flores engañosas
de la fortuna. Prepáranos,
para lo que debemos perder.

XIII
UN LLAMADO ANCESTRAL



Casi llegaba a su fin la hora de la Serpiente para dar paso al mediodía cuando un agitado jinete desensilló tambaleándose ante la primera guardia de la fortaleza del Señor de las Montañas del Este, Minamoto Kiso Yoshinaka. Cuando el mensajero logró pasar los retenes, la muralla, la fosa y el puente que antecedían a las galerías, miró exhausto los andamios de madera que sostenían los corredores e intentó adivinar, detrás de las transparentes mamparas, la silueta de su destinatario. Pero un empujón intempestivo lo exaltó allí a pocos metros de su objetivo.

Jūrō Yoshimori, había cabalgado dos semanas para llegar hasta la provincia de Shinano, infiltrado en filas del clan Taira que ya iban en busca de sofocar sublevaciones de los Minamoto.

—Avanza hacia esa galería donde serás anunciado —le anticipó con voz desconfiada el jefe de la guardia.

—Gracias, gracias —respondió, haciendo una reverencia que parecía valer mucho menos que en las cortes en ese rústico paraje.

Al acercarse a la galería, observó dos monjes con la cabeza inclinada, invocando sutras, mientras humeaban inciensos a la entrada y salida de los visitantes. También vio un nutrido grupo de campesinos que hacían fila para llevar sus presas de caza o sus mejores cultivos al señor Kiso, y no podían contener sus bulliciosos cuchicheos. Detrás, de ellos, cuatro guardias con ceño fruncido y armados por completo disuadían cualquier paso en falso. Tuvo la sensación inequívoca de que lo miraban sin mirarlo.

El capitán de la guardia que lo había recibido se había perdido tras la infranqueable entrada a los apartamentos del samurái, pero el mensajero no esperaba tranquilo. La tensión del viaje ya empezaba a hacer efecto en sus músculos, y un desplome primero sutil y luego abrumador comenzaba a apoderarse de él, haciéndolo flaquear, cuando volvió a verlo emerger tras la puerta corrediza. Por un momento dudó y temió que pudiera ser una alucinación producida por la bruma a la que lo sometía su propio mareo.

Cuando por fin le hizo una seña indicando que pasara, se desconoció a sí mismo por el temor que lo embargaba. ¿Avanzaba? ¿Saldría con vida de ese lugar? ¿Por qué había aceptado esa misión? Tampoco podía negarse a entrar después de haber solicitado él mismo ser recibido. También por eso podían sospechar y matarlo.

A lo largo de su viaje por las distintas provincias, había escuchado una y otra vez sobre ese samurái al que estaba a punto de conocer. No era el referente de los Minamoto más mencionado en palacio donde todos hablaban de Minamoto Yoritomo, quien, se suponía, también había iniciado su marcha hacia Kyoto, la capital. Era poco claro si las acciones de ambos generales estaban conectadas o si

mantenían acaso una estrategia común. Pero resultaba imprescindible que su anfitrión entendiera lo que estaba en juego.

En el camino, también había sabido del levantamiento de los monjes en defensa de la Ley Budista que creían en peligro. Se habían llamado por carta ramas distintas de la fe para defender al templo que buscaban destruir sólo por albergar al príncipe Mochihito. "Si no castigamos ahora a Kiyomori por su tiranía, ¿cuándo habrá otra oportunidad?", se preguntaban. "Kiyomori es la escoria de la clase guerrera, ha usurpado los poderes del Estado, ha arrojado al gobierno a la confusión, y ha causado resentimiento y tristeza, dentro y fuera de la corte. La Ley Budista y la autoridad imperial están amenazadas con simultánea destrucción", advertían.

Jūrō Yoshimori, que se había hecho llamar Yukiie a lo largo de su peligrosa misión como mensajero, recordó los recaudos con que lo había enviado el viejo Yorimasa, respiró profundo para tomar fuerzas y avanzó decidido hacia lo que le deparara el destino. Al cruzar el umbral, dos sirvientas vestidas de negro se inclinaron escondiendo sus rostros y uniendo sus manos, que apenas asomaban, bajo las anchas mangas de sus oscuros kimonos, en una temerosa reverencia.

Pero al cruzar el delgado muro de bambú, que separaba el vestíbulo de la recepción, una visión lo deslumbró. Una mujer vestida de seda rosa, con un kimono que resplandecía, caminaba erguida hacia el samurái armado que esperaba perfectamente sentado, sobre un banco de madera, en una tarima que se elevaba sobre la superficie del enorme salón. La vio de espaldas y no pudo escapar a la ondulación etérea de su pelo negro que caía bajo el lazo

ceñido en la cintura bordado de pájaros blancos sobre un fondo del color de los cerezos.

Yukiie, el mensajero, había quedado paralizado. Incapaz de dar un paso. Como si su mente hubiera quedado vacía por un momento. Lo mismo que lo había petrificado, ahora lo hacía reaccionar. Ella, al ubicarse al lado del señor Kiso, lo miró fijamente, como si lo conociera. O como si tuviera poder sobre él, aun desconociéndolo. Era un águila vestida de seda en esas altas montañas. Tal como el hombre sediento que alucina bajo el sol abrazador, se preguntó si eso estaba ocurriendo o él lo imaginaba. Prefería descreer de sus ojos, y aún más de lo que vio después. Nunca había visto algo así en una mujer. Una mujer insumisa, al lado de un hombre de presencia descomunal, tomando una espada larga de hoja curva, una *naginata* que la superaba en altura, asida por una mano delgada, blanca y firme como una roca.

¿Qué Japón era aquel de las altas cumbres? Cuanto más se alejaba de la corte, las leyes parecían diluirse. ¿Hacía bien en llevar el mensaje del príncipe? ¿Ese señor que parecía tener sus propios códigos y todo el poder se sentiría parte de la tardía insurrección de un miembro anciano del clan Minamoto? ¿Valían de algo las veleidosas predicciones que alentaban a un príncipe segundo en la jerarquía? ¿Ese joven culto, capaz de producir poesía o tocar delicadas melodías con sus flautas, podía de pronto liderar una rebelión? Todo le parecía poco ante la imponente pareja que lo recibía.

Por suerte todavía no le prestaban atención. No era el único en esa sala. Ahora pasaban ante sus ojos dos barriles de arroz y tres bobinas de seda refulgente que alguien enviaba de regalo. Parecían

un matrimonio imperial, ese guerrero y su mujer. En ese pensamiento, como si lo estuviera adivinando, fue que ella volvió a mirarlo. ¿Esa geisha era una samurái? El desconcierto sumó confusión a su mente. La inseguridad que de pronto lo poseía le estaba jugando una mala pasada.

El cansancio y la altura hacían lo suyo. Pero también la angustia por los acontecimientos que podían precipitarse en su ausencia. El ademán del capitán de la guardia interrumpió sus tribulaciones, y dio un paso al frente con rápidos reflejos que contrastaban con su aturdimiento. Ya estaba avanzando hacia sus anfitriones, cuando le escuchó la voz, a ella.

—Vienes de lejos, viajero.

Desconcertado, hizo una reverencia para ganar tiempo y esperar alguna pregunta del enigmático señor Kiso que permanecía inmutable. ¿Podía contestarle primero a una mujer? ¿Por qué hablaba ella antes que él? Al recibir sólo silencio tuvo segundos para repensar su estrategia.

—Tengo un mensaje secreto, señor —respondió mirando directo al general.

La desconfianza que despertó su atrevimiento lo hizo temer lo peor. Pero una seña del samurái, haciendo sonar su espada contra el piso, dejó deshabitada la sala. Cuando la sombra de la mampara de bambú se corría sobre la pared dejando apenas unas finas líneas de luz entrar a la ascética sala, pudo comprobar que era aún más rudimentaria de lo que parecía. Sin riquezas mayores que unas pieles, armas de cacería y un par de sencillos tapices, todo lo que refulgía eran las brasas de una caldera que no había notado al

ingresar. Sentía detrás suyo el aliento del capitán de la guardia y su presencia armada.

Delante, la mujer no se había movido de su lugar. Entendió que debía dar su mensaje con ella presente.

—Habla —le ordenó escueto el rudo general.

—¡Señor Minamoto Kiso Yoshinaka! —gritó—. ¡A su servicio! ¡Vengo de la corte! Me envía Minamoto Yorimasa, que resguarda la vida del príncipe Mohichito, y me encarga este pedido, ante la destitución de su padre, el emperador en retiro Go-Shirakawa y de su hermano, el emperador Takakura. Los hechos se precipitan en la capital. Taira Kiyomori ha impuesto el ascenso al trono de su nieto, un niño de sólo tres años, y se ha erigido él mismo como regente y verdadero poder detrás del trono. He viajado por todas las casas Minamoto para trasladar la orden del legítimo heredero, y combatir al usurpador —afirmó sin pausa ni fisura, mientras una helada transpiración recorría su piel bajo el casco y la pesada armadura.

La pausa sin respuesta alguna le hizo temblar las piernas al extenuado Yukiie. Hasta que vio que no era el silencio sino un gesto lo que anunciaba la inminente respuesta. Minamoto Kiso Yoshinaka se puso de pie, imponente, y tomó su espada para elevarla sin decir una palabra. Casi como en una ensayada sincronía, la mujer a su lado comenzó a hacer sonar el piso de madera con el mango de su larga espada. La *naginata* hacía un sonido anticipatorio. Pero anticipatorio de qué.

Algo hacía dudar al mensajero. ¿Estarían por ordenar su decapitación? ¿Por qué lo rodeaban ahora tres hombres con el rostro cubierto y empuñando en alto sus espadas cortas? ¿Dónde estaban escondidos que él no había podido notarlos? Era inútil ponerse en

guardia. Sería una ventaja para sus oponentes si es que estaban por atacarlo. Afuera habían quedado los tres jinetes que lo acompañaban y tenían instrucciones de huir si algo fallaba. Sólo lo tranquilizaba que ese era uno de los últimos puestos y que el resto de los guerreros que había convocado, tal como le había anticipado Yorimasa, se habían regocijado ante el llamado de guerra. Al menos esa parte de la misión había tenido éxito.

—¡Por fin! —exclamó el señor Kiso—. ¡Por fin han despertado!

La voz de Minamoto Kiso Yoshinaka hubiera sido perfectamente la voz de la montaña. Sólo al escucharlo terminó de descifrar su magnética y terrible presencia. Un fuego en los ojos era inocultable. El calor de su propia sangre, corriendo caudalosa por sus venas, latiendo con su pulso, lo informó de su conmoción. No estaba ante un guerrero más. Había un grito ancestral en la autoridad de ese samurái. Iba a terminar de confirmarlo en los dos próximos días cuando partiera de regreso junto al señor Kiso, a la gran guerrera Tomoe y a más de tres mil guerreros, camino a la gran capital de Kyoto para conquistarla.

XIV
LA FIEBRE Y EL KARMA



No había sido el quejido de un hombre sino el rugido de una bestia herida lo que los había echado de la sala de baños. Tras una cortina de hilos con cuentas de ínfimas gemas, que tintinaban al paso de cualquiera que atravesara el umbral, habían huido como sombras los tres monjes médicos. Habían emergido de la nebulosa de vapor que subsumía al espacio en una especie de irrealidad. El perfume de suaves inciensos y de hierbas frescas no atenuaba el sabor ferroso que exudaba la fiebre en el viejo tirano. Por momentos, en su boca, parecía gusto a sangre.

La tina inmensa de madera, pródiga en aguas de alivio, se asemejaba al cráter de un volcán, donde el fuego hace erizar de burbujas la superficie del agua enervada como lava candente. La fiebre vencía al agua, y no el agua a la fiebre, para desconcierto de los sabios y mayor tribulación del samurái.

El paradójico comportamiento de los elementos era leído por los adivinos como algo mucho más terrorífico. ¿Y si tenía que ver con la profanación de la ley? Kiyomori, hambriento de poder, llevaba

adelante una masacre sin límites ni compasión. Pero nadie se atrevía a recordarle las consecuencias de arremeter contra lo temporario de las cosas. La finitud es la ley de la vida y él lo sabía.

Así y todo, estaba decidido a seguir adelante, a tomar el poder total. Si el karma estaba comiendo sus entrañas, no le importaba. Ya era su sangre la que dominaba el imperio. Y nadie podría evitarlo. Aunque hubiera detractores en su propia conciencia, donde aún aparecían espectrales los monjes muertos en los templos arrasados por sus ejércitos. No iba a ser él quien temiera a los fantasmas. Un Taira no teme. Un Taira encarna la medida de las cosas en Japón. "El que no es un Taira es menos que un hombre", deliraba febril.

Los que habían acertado en predecir la disolución de la vieja ley, se equivocaban ahora en esperar su arrepentimiento. Él era el instrumento del tiempo y de la historia. Estaba convencido. Aunque su certeza se desvaneciera al intentar dormir. Sus muertos lo atormentaban. Él mismo se aparecía en sus sueños pidiéndose de rodillas arrepentirse. Como una duplicación de sí mismo donde ese otro, igual a él, no lo dejaba en paz. Pero no podía cortar su propia cabeza como las de sus enemigos. Ni podía cometer la debilidad del arrepentimiento.

La fiebre había sobrevenido cuando, ya incapaz de dormir, había empezado a sufrir alucinaciones en las que sus sueños lo alcanzaban estando despierto.

"Buda no puede curar a quien se cree superior a su ley", se decía un monje escondido en su habitación que recitaba sutras para pedir protección. Otro monje estaba convencido de que los demonios que habitaban a su señor podían leer el pensamiento y tenía terror de volver ante su presencia.

—Tu no quieres curarme maldito inútil. ¡Me acusas por el incendio de esos templos! Dilo en voz alta, y ten el honor de morir… —balbuceaba Kiyomori, volando de fiebre, con los brazos colgando de la tina hirviente, mientras miraba fijo a la cara de alguien que sólo existía en su imaginación.

Desde la improvisada residencia en Fukuhara, en las afueras de Kyoto, donde planeaba sentar la base de su dinastía, recibía las noticias del sacrílego paso de sus fuerzas por los templos donde miles de monjes guerreros habían sido masacrados. Las tropas al mando de sus hijos los habían aniquilado antes de que los ejércitos del clan Minamoto hubieran llegado a la ciudad.

Pero ni el fragor de la guerra cubría lo imperdonable. La matanza de los monjes por proteger al príncipe Mochihito era no comprender que ellos deben custodiar la autoridad imperial aun a riesgo de sus vidas. Que lo contrario hubiera sido cometer perjurio. Que trasladar la antigua capital por mero capricho era también una forma de aniquilación.

En algunos de los sueños del samurái, se aparecía su hijo, el sabio Shigemori, fallecido poco después de desafiar a su padre, agregando una culpa atroz a todas sus culpas, aunque él nada hubiera tenido que ver con la enfermedad que había apagado su vida. Pero su fantasma le recriminaba haber muerto por la justa retribución del karma, ante el irrefrenable veneno de su maldad.

En otra habitación de la lujosa residencia desde la cual se podía ver el mar y el declive de la montaña hacia Kyoto, la capital que se apagaba, el emperador Antoku, de sólo tres años, jugaba con su niñera Sotzu-no-suke, totalmente ajeno a los desvelos del poder que atosigaban a su abuelo. Era ajeno al poder e inconsciente, siendo

sólo un niño, de su propio imperio. Muy cerca, en un palacio al que llamaron prisión, permanecían aislados los emperadores en retiro, Go-Sirakawa y su hijo Takakura, que también habían sido forzados a dejar la capital.

XV
¿ACASO LLORA EL RÍO UJI?



Al final habían cruzado el puente. El viejo Yorimasa miró desde su caballo al ejército Taira acechante desde el otro lado del río Uji. Al ver la estructura dañada, lo alivió pensar que habían ganado algo de tiempo. Nadie podría atravesarlo en lo inmediato. Ese día no llevaba casco, a sabiendas de que podía ser su última batalla. Pero habían logrado escapar.

—Jamás pensé que iba a dar batalla en este tiempo de mi vida, hijo.

—¿Crees que cruzarán? —preguntó Kanetzuna a su padre.

—No se rendirán hasta lograrlo. Sólo contamos con el tiempo que les lleve poner en condiciones el puente, para salvar al príncipe.

Kanetzuna no se atrevió a preguntarle a su padre si creía que sobrevivirían. Prefirió seguirlo en silencio mientras iniciaban el descenso del promontorio. El anciano Yorimasa buscaba con los ojos, en el campamento, al príncipe Mochihito. Se había preocupado al verlo caer más de seis veces de su caballo durante el escape

nocturno, pero entendía que el joven no era un hombre de armas y que apenas había dormido en los últimos días.

Poco acostumbrado al peligro permanente, venía de un asedio fatal, que no dejaba de agravarse. Su vida era un obstáculo para Kiyomori y toda la rebelión caía sobre sus espaldas, porque era la esperanza de restituir el trono a un legítimo heredero. Cuando ya casi llegaban al encuentro del campamento, fue un grito el que exaltó a los caballos y, en lo que tardaron en darse vuelta, otros dos gritos dieron paso a una acción descomunal: ondulaba en el río un mar de hombres.

—¡Soy Matatarō Tadatsuna! ¡No es sin miedo del Cielo que un guerrero sin rango como yo toma su arco y su flecha contra un príncipe imperial! ¡Pero está asegurado que el dios de la guerra protege a la Casa de Taira! —Al grito de guerra del joven de apenas diecisiete años, más de veintiocho mil jinetes armados se lanzaban a abrir las aguas en un cuerpo a cuerpo contra el torrente.

Nadie hubiera creído a los Taira capaces de semejante audacia. Cruzaban sin puente y ya se devoraba el río caudaloso las almas de seis mil de aquellos guerreros. Entrampados en sus armaduras se enredaban con sus caballos río abajo sin poder llegar con vida a la otra orilla. El atrevido Matatarō lidiaba contra la correntada sin despegar la mirada del horizonte para dar con el joven príncipe. Montado en un caballo cinchado con una manta blanca y sobre una montura terminada en oro decorada con una lechuza, parecía invencible. Arco en mano y decidido como su flecha que esperaba la fuerza del ansioso brazo.

Yorimasa no tenía la energía ni la juventud de ese irreverente muchacho pero la experiencia le había enseñado a ordenar las

prioridades. Cuando vio el tumulto de guerreros que se arremolinaban hacia el sur observó que cubrían al heredero en franco escape y se lanzó con los otros hacia la línea de choque donde había que matar o morir. Tenía que quedarse para confundirlos. Sabían que donde él estuviera estaría el hijo del emperador en Retiro Go-Shirakawa. Pero a medida que avanzaba hacia el centro de la batalla supo que esa encerrona de aceros que chocaban no tenía escape.

Desesperado, Kanetzune intentó cubrir a su padre ante lo inevitable pero una flecha impactó en su cara dejándolo a merced del enemigo. En una proeza impensable por sus graves heridas, se impulsó casi a ciegas con lo que le quedaba de fuerza y decapitó en el movimiento al hombre que se le venía encima. Ni segundos duró el rédito de aquel esfuerzo porque una maraña de guerreros ya lo rodeaba dejando a su padre aún más inalcanzable e indefenso.

Cuando el manojo de hombres se abrió satisfecho, el anciano logró divisar a su hijo sin vida y cayó de rodillas. Lo había vencido más ese dolor que las espadas. En un agónico quejido, sin dejar de mirar a su hijo tras sus lágrimas, le ordenó a Tonō, el guerrero que lo asistía: "¡Corta mi cabeza!".

—No puedo matarte —contestó Tonō , rompiendo en llanto como un niño.

—¡Corta mi cabeza! —insistió con un grito desgarrador.

Fue lo último que hizo antes de arrojarse hacia atrás y acomodar su espada para luego caer sobre ella. Todo ocurrió en tan pocos segundos que, antes de poder pensarlo, Tonō procedió con su deber, dándole honrosa muerte a su maestro. La espada León del Rey, que Yorimasa había usado para hacer *seppuku,* había sido un regalo del

emperador como premio a su coraje, en un tiempo que hoy parecía un sueño.

Alguna vez había sido un joven guerrero a quien conocían como "el hombre que puede vencer a un monstruo". Su espada quedaba ahora como habitante de los dos lados del honor: el que vale la vida y el que vale la muerte. El honor era lo único que debía ser constante. Cosa que jamás sería posible ante una humillante captura, tras la cual podía sobrevenir una muerte deshonrosa por crucifixión o quemado vivo. Había quienes decían que el *seppuku* liberaba el alma que residía en el estómago, el mismo lugar del coraje en la batalla.

Los que atestiguaron el final de Yorimasa hubieran jurado que lo habían escuchado balbucear tristes palabras. Otros, agradecieron que no supiera que el príncipe Mochihito había corrido su misma suerte, decapitado por sus enemigos. Se habían atrevido al crimen del heredero al trono.

¿Era cierto, entonces, que nada ni nadie escapaba de los Taira?

XVI
JUEGO DE TRONOS



¿Moría la rebelión con la muerte del príncipe Mochihito? Todas las facciones en pugna ahora acometían la urgente búsqueda de sus descendientes. Kiyomori, el samurái regente del niño emperador, había enviado un mensaje inequívoco y terrible: "Sé que el príncipe ha tenido muchos hijos. No me interesan las niñas, pero sí los varones". La cacería por la línea de sucesión estaba desatada. Uno de los dos pequeños ya se encontraba en poder de sus fuerzas. A cambio de mantenerlo con vida, su madre había aceptado que lo ordenaran como monje.

El otro de los príncipes, Hokurokunomiya, había contado con una ventana de tiempo impensada. Cuando la muerte de su padre era apenas un rumor sin confirmación, su nodriza, entrevió la amenaza que lo acechaba. Esa misma tarde, cayó de rodillas ante su esposo en una súbita conmoción. "¡El príncipe Hukurokunomiya corre peligro! ¡Corre peligro! ¡Corre peligro!", clamó con gritos desgarradores, tirando de las ropas de Shigehide y arrojada a sus

pies. Su esposo, en medio de su perplejidad, no tardó en reconocer el riesgo inminente sobre el que advertía su mujer.

Sin decir palabra se agachó y la tomó fuertemente de los hombros, al tiempo que la forzaba a levantarse sin quitarle los ojos de encima. Con una aguda mirada intentaba apaciguarla y evitar que alguien más la escuchara. Lentamente, y en un susurro, le habló de su tajante determinación. "Haré que se ordene como monje y lo llevaré al Norte". La mujer quedó paralizada mientras lo veía salir raudo en busca del joven de unos doce años a quien había amamantado y había visto crecer como si fuera su madre. Los había honrado ser sus cuidadores, pero ahora estaba en peligro y ellos no podrían protegerlo.

En ese momento la mujer supo que no lo vería más, pero el dolor que se apoderaba de ella era menos horrendo que el terror ante la posibilidad de que cayera en manos del usurpador Kiyomori.

Esa mañana, Shigehide se desesperó al no ver al niño en la humilde cabaña cerca del mar donde se habían refugiado luego de huir de la capital. Lo había dejado durmiendo mientras salía a buscar pescado fresco y un poco de arroz, pero al regresar no estaba. Los vientos que antecedían al otoño ya hacían sentir las chispas del oleaje golpeando la cara como pequeñas agujas. Pero aún no era tiempo de esas mareas espumosas que ocupaban la playa en el invierno y tapaban hasta los peñascos con sus burbujas pegajosas.

Cuando lo distinguió sobre una roca con otros chicos pescadores, corrió a buscarlo y no demoró una reprimenda. Pero pronto los retos quedarían en el olvido ante otro sobresalto. Acababa de cubrirlo con una manta para preparar algo de comer cuando alguien tocó la puerta desvencijada de la entrada. Shigehide miró al pequeño con

ojos furiosos. La salida los había dejado expuestos. Pero no era tiempo de reprimendas. Le ordenó con gestos ampulosos que hiciera silencio y preguntó: "¿Quién llama?", lo más tranquilo que pudo. "Abra de una vez", replicó una voz marcial. Los habían encontrado. La prisa no había sido suficiente.

En el Japon de Kiyomori, los espías llegaban antes que las verdades. Cuando estaba por pedirle al príncipe esconderse dentro de una cesta, vio que los extraños estaban decididos a entrar sin permiso y sólo le quedó abalanzarse hacia el niño para abrazarlo. Así los encontró el guerrero que ya estaba dentro del mínimo espacio donde la armadura parecía aún más aterradora. Apenas una seña les hizo para ordenarles que salieran.

A pesar de ser obnubilados por el sol, reconocieron perfectamente la silueta de los caballos, la figura imponente de los jinetes armados y la sombra del ejército que los escoltaba. La presentación de los visitantes podía ser el filo de la espada. Pero no. No eran enviados del tirano Kiyomori. Eso ya constituía un milagro.

Eran el general Kiso Yoshinaka y la guerrera Tomoe Gozen. Era inútil negarles la identidad del pequeño. Con informantes que les respondían en la región de su comando, no tenían dudas. La provincia de Echizen, donde se habían exiliado, era una de las que bordeaba las costas del mar de Japón hacia el norte. Todas estaban bajo la influencia de Shinano, donde el señor Kiso era el samurái al que respondían. "Cómo no lo pensé antes", se preguntó Shigehide.

Escoltados hacia el campamento del samurái, supieron que el ejército de Kiso Yoshinaka había desviado su marcha hacia Kyoto para buscarlos ante las noticias de la muerte del príncipe Mochihito.

Echizen era un punto de encuentro de artesanos de todo tipo. Desde el antiguo arte de papel hecho a mano hasta el arduo trabajo de forjar espadas, o la producción de cerámica, hallaban un lugar ideal, donde se cruzaban los caminos. Con salida al mar y una distancia apropiada de la capital y las altas cumbres del norte de la isla de Honshu, era la intersección de varios mundos. Todo ese movimiento no había sido una cuestión menor para Shigehide cuando sintió que la forma más adecuada de perderse era mezclarse con la multitud.

También le daba una vía de escape el acceso marítimo, aunque estaba seguro de que el destino final del niño, a su debido tiempo, sería un templo. En el tránsito entre la costa rocosa y el campamento, el niño miraba por primera vez el lugar al que habían llegado en la noche. Habían debido rodear la cabaña por la parte de atrás para salir a un humedal donde altos juncos con flores se mezclaban con arbustos.

Los cascos de los caballos chapoteaban en los bañados produciendo una música singular que por momentos lo adormecía en el vaivén. Había recibido la instrucción de su guardián de no decir palabra a menos que él lo autorizara. Cuando un monje de un templo cercano le había recitado sutras entre inciensos, el chico había estallado en temeroso llanto ante la extrañeza de la ceremonia en la que, además, habían rapado su largo cabello negro. No podía comprender y mucho menos verbalizar lo que había vivido en las últimas jornadas, pero sabía que corría peligro. Mucho peligro. Por suerte, no tenía idea de que la confirmación de la muerte de su padre había sido realizada por una de sus esposas, al reconocer en

forma indubitable los rasgos de su cara, forzada a observar su cabeza decapitada.

Por fin se detenían los caballos. Habían llegado al campamento. Dentro de la tienda principal, esperaban algunos refrigerios a los que el niño se lanzó sin pedir permiso hasta que la voz de Shigehide lo frenó.

—Come niño, come lo que quieras —contraordenó la voz del samurái.

Luego, mientras compartían una bebida fermentada de arroz, a la espera de más comida, escucharon la inevitable propuesta del samurái. Aunque alguien habló antes.

—Nada podrá pasarte. Te protegeremos. Aquí en el Norte nadie se opone al general Kiso —dijo Tomoe, segura, al joven príncipe.

A Shigehide y al príncipe Hokurokunomiya los sorprendió que fuera ella quien iniciaba la conversación. Pero pronto escucharon las palabras del general Kiso, que eran órdenes más que palabras.

—Se construirá un palacio en la provincia de Etchū, más hacia el norte, para que pueda residir allí el príncipe.

—Muchas gracias, general —atinó a decir Shigehide luego de unos segundos, mientras hacía una reverencia y trataba de encontrar la mejor respuesta. Sin atreverse a mirar a su interlocutor, con la cabeza inclinada, halló las palabras para proseguir—. Debo informarle que el joven Hokurokunomiya se ha ordenado como un monje y no puede ya hacer vida de palacio.

La risa que tronó del otro lado lo aterró. ¿Qué podían valer esas disposiciones allí en sus dominios? Si había hecho votos religiosos simplemente tenía que dejarlos.

—Te conocerán como "el príncipe que dejó sus votos" y ya —replicó sonriente y dirigiéndose esta vez a Hokurokunomiya, que solamente ensayó una leve reverencia.

—General, disculpe. Disculpe, señor Kiso —insistió Shigehida, con voz temblorosa—, Hokurokunomiya tiene sólo doce años y es aún un niño.

—Ese no será un problema. Mañana mismo haremos la ceremonia de mayoría de edad —agregó el señor Kiso mientras vaciaba sediento el cuenco del amargo licor que parecía encender sus ojos.

Las ceremonias de mayoría de edad se llamaban *genpuku*. Hasta no pasar por ella, un niño ni siquiera era considerado por su género. Ser varón o mujer era simplemente indistinto. La propia Tomoe había aprovechado esa condición de sus años de infancia para discurrir como un varón más. Y, de hecho, al ser criada en una familia de las montañas como la del gobernador de Shinano, no había debido pasar por las formalidades de la corte donde hubiera quedado para siempre cercada por los deberes de una mujer.

En el caso de Hokurokunomiya la cuestión no tenía que ver ni con su masculinidad ni con su ordenación religiosa. Para lo que debía pasar esa ceremonia —que indicaba que podía asumir los deberes y responsabilidades de un adulto—, era para la posible asunción del trono que le correspondía por ser hijo del príncipe Mochihito. Ese era el plan del señor Kiso. Entronizar su propio emperador.

—Levantaremos la bandera imperial en su nombre, Alteza —agregó el samurái, uniendo sus manos e inclinando él mismo la cabeza ante el niño, sin que esa gestualidad pudiera generar confusión sobre quién daba las instrucciones y quién las obedecía.

Cuando otros dos guardianes los escoltaban hacia la tienda donde los alojarían, Shigehide sintió que nada podía hacer frente a semejante mandato. El joven, se estaba encontrando con su destino, justo cuando creía que había logrado esquivarlo.

Esa noche, mientras intentaba en vano pegar un ojo, distraído por la fricción del metal en las armaduras de los guerreros que custodiaban las tiendas donde dormían, recitó sutras sobre los frutos maduros del verano. A lo lejos, el mar no dormía.

XVII
SECRETOS DE LA LUNA



La gran fogata reunía a los guerreros en la noche helada. El solaz de esas horas sólo resultaba posible por la rigurosa guardia que rodeaba el campamento, cada vez más numeroso, del general Kiso Yoshinaka, un Minamoto. Su carácter bravío era irresistible para los hombres que escuchaban su llamado a las armas. Allí en las montañas, el espíritu guerrero había evolucionado en la adversidad de las rocas, y había cultivado el suficiente deseo de revancha como para que una chispa minúscula encendiera por sí sola un volcán. Un volcán dormido era lo que se estaba despertando. Con el príncipe Hokurokunomiya a salvo y bajo su poder, todo estaba listo para el alzamiento.

El amigable fuego nocturno dibujaba figuras extrañas en las caras de los hombres y embellecía el rostro de una mujer. Kiso la vio levantarse para caminar hacia la tienda y se puso de pie. La tropa que lo rodeaba se alertó por el movimiento, pero con un gesto mínimo de su brazo volvieron a sentarse.

—¿A dónde vas?

—La luna… —dijo ella llevándolo con sus ojos hacia el cielo.

Kiso sonrió de costado y la miró con deseo y poder. Su sonrisa no parecía una sonrisa. Pero ella sabía que lo era.

Los poemas sobre la luna poblaban la memoria de todos. Su influjo se alimentaba de esa ancestral contemplación. Como la sakura, la belleza de la luna otorgaba, por un momento, todos los dones de la naturaleza. Desde niña, Tomoe solía escabullirse a hablar con la luna. Quizás era lo único familiar que le había quedado luego de perderlo todo para marchar en brazos de un extraño hasta la casa que la adoptaría como hija.

Esa noche, en medio de la algarabía por el ejército en plena expansión, que se hacía más temible y más seguro a cada paso, algo le provocó una extraña desazón. Algo se estaba revelando y ella, como tantas veces, podía leerlo antes que los otros. Como esas noches en su niñez, pobladas de sueños premonitorios, esa noche, vestida con un kimono de gruesa seda en color azul brillante, parecía una encarnación de Tsukunomi-No-Mikoto, el dios de la luna. El orgulloso dios del orden y la belleza era el esposo de Amateratsu, la diosa del sol.

Para Tomoe era una especie de amado protector. En él se referenciaba ella misma. Y esa noche un llamado sensual e irresistible la hizo buscarlo. Sola, caminó hacia la pradera donde descansaban y pastaban los miles de caballos que los llevaban durante el día hacia su objetivo: la capital. Se hizo una entre la tropilla, donde los animales parecían reconocer en la mujer un olor de la propia especie. Se podría haber jurado que se escuchaban gemidos de amor al sentir sus manos largas posarse en la piel de los corceles.

Pronto, había llegado a un pequeño peñasco, lo suficientemente alejado de la siguiente línea de guardia, ya que, a sus espaldas, la custodiaba simplemente la montaña. Los hilos blancos que bordaban pájaros en su kimono parecían hechos de luna, bajo su luz plateada. Allí en las rocas se acomodó, primero con la cabeza baja, escondida entre sus anchísimas mangas.

El pelo negro e interminable parecía un río oscuro que venía de la mismísima piedra. Con los ojos cerrados, Tomoe se dejaba impregnar por el resplandor azulado como si pudiera tomar esa energía en su mente y en su cuerpo. Cerraba los ojos y respiraba lentamente, una y otra vez. Hasta que elevó la cara hacia la noche estrellada, como la eleva una mujer que busca un beso. Sintió la lengua de sus rayos posarse en su cuello blanco. Sintió el atrevimiento luminoso arremetiendo sin permiso en sus mejillas y encendiendo sus labios. Y tomada por ese fuego blanco, abrió los ojos y le habló.

"Señor que me hablas antes que a nadie. Tú que me has elegido. Que me has dado el privilegio extraño que ningún dios le da a una mujer, de tener la fuerza de un hombre, de superar sus habilidades guerreras, de entender los secretos de tus caballos, ayúdame a entender lo que dices esta noche. Dile a Tomoe por qué estos pensamientos han aparecido en su mente ahora mismo. Ya sabes que desde niña temo y anhelo saber tus designios".

Al volver a cerrar los ojos, como en un sutil desmayo, se permitió sentir las caricias de la luz. Pero un quejido dramático salió de su pecho cuando la sombra de una nube interrumpió el brillo divino que la envolvía.

"¿Qué me dices ahora con esta sombra? Te diré lo que creo, si es acaso otro secreto que me has confiado. Creo que estamos ante algo tan inmenso que no somos lo suficientemente prudentes. Nunca imaginamos que quienes traerían el fin de la ley serían guerreros como nosotros. Está cayendo el imperio —susurró, respiró con dificultad y continuó el angustiado monólogo—. Ya nada será igual cuando pase la guerra. ¿Pero cómo será? ¿Por qué el hombre que lleva la espada no puede pensar en después? ¿Cómo pensar en después? Hasta ahora hemos peleado por protección, por posesión, por poder entre los nuestros, por afianzar el dominio en la montaña, por establecer nuestra supervivencia lejos de la corte que expulsó hace tanto tiempo a los padres de nuestros padres. Pero ahora, ¿qué es nuestro antiguo emperador sino un hombre solo que nos necesita?".

Al formular la pregunta, la nube se disolvió y la luz volvió a derramarse todopoderosa sobre la guerrera que elevó los ojos, comprendiendo una cifrada respuesta. Una lágrima bajaba helada por su mejilla. Rápidamente, la hizo desaparecer con su mano. Llorar la inquietaba. Pero eso no era lo importante. Lo importante era lo que acababa de entender.

"Vienen otros tiempos. Nunca una como yo fue a una guerra como esta. Porque no hubo una guerra como esta ni otra como yo. Me temerán más que a un hombre, porque al que mata una mujer no lo espera la Tierra Pura del Más Allá sino el deshonor total. Mi poder será terrible. Pero —agregó poniéndose de pie como si desafiara al dios que la fortalecía— no entiendo por qué me adviertes sobre la imprudencia. Te he servido sin soberbia, como sirvo a mi señor. No he pedido nada para mí y he aceptado mi destino en este mundo

transitorio. ¿Más prudencia que mi total lealtad a mi señor? —reclamó airada hablándole al cielo".

—¿Qué haces, Tomoe? ¿Qué haces sola aquí? —le dijo una voz desde la oscuridad.

Al darse vuelta vio a su hermano Imai Kanehira.

—¿Qué te preocupa? Todo marcha mejor de lo que esperamos. El ejército será invencible al llegar a la capital —siguió él.

—Debemos ser prudentes —le contestó ella en una críptica respuesta.

—¿Tú prudente? Ayer te vi matar a dos guerreros de la avanzada escuálida de los Taira. Tenían un horror en la expresión como nunca vi antes al tenerte de verdugo.

—Temen el deshonor porque soy una mujer. Es sólo eso.

—¿Sólo eso? Vamos Tomoe… Eres el peor temor de cualquier guerrero. Imagínate a nuestros enemigos de la capital. Apenas te vean huirán vencidos —agregó soltando una carcajada—. ¡Vamos! ¡Ven a beber y a dormir!

—¿Te manda el señor Kiso? —le preguntó haciendo equilibrio mientras el viento movía la seda de su kimono.

—Claro.

Resignada a interrumpir su trance, colmado de revelaciones, se dejó ayudar por la mano extendida de Imai Kanehira, y caminó con él de regreso al campamento. No se iba de su mente, la prudencia que le pedía el gran dios de la luna, Tsukuyomi. Otro de los nombres de la deidad era más simple: Kanji. Kanji también se llamaba la costumbre de leer la luna, una práctica frecuente en la corte. Tomoe siempre pensaba que esa era una trampa del dios, que era, en

realidad, el mejor lector de las personas. ¿Quién leía a quién? Ella no tenía dudas.

Esa noche, al lado de Kiso, en el lienzo de dormir, miró su rostro entre sueños, e intentó entender en qué le faltaba prudencia como guerrera. A veces, leía el rostro de su señor como si fuera la luna.

XVIII
HERMANAS



El mundo siempre parecía nuevo allí en las montañas. Tomoe amaneció sin los misterios que la habían extasiado por la noche. Todo era más concreto. Sus pies helados. Sus labios fríos. Estaba acostumbrada. Y el plan se imponía. La marcha hacia la capital se consolidaba con el estandarte del príncipe Hokurokunomiya elevándose sobre el ejército del general Kiso. Habían dejado al joven con su guardián en la provincia de Etchū donde la orden era levantarle una pequeña fortaleza.

Era la primera vez que Tomoe se alejaba tanto de Shinano desde su niñez. En el camino no encontró familiaridad, aunque tampoco la buscó. No tenía a dónde volver. En la montaña había hallado su identidad. La cercanía con el mar, en cambio, la volvía desconfiada.

Ahora, de vuelta en las cumbres, estaba otra vez en su elemento. No sabía con qué se encontrarían en Kyoto. Un guerrero no piensa tanto en el futuro. Es más: hace permanente el ejercicio de olvidar, de desapegarse, incluso, de lo que más ama. Por eso, la visión de la dulce Yamabuki en la tienda más cercana a la suya le dio sensación

de hogar. Tenían casi la misma edad, pero sólo eso las hacía parecidas.

El sol aún cruzaba rasante las montañas cuando Yamabuki ya bordaba un *hitatare* verde con flores azules, rojas y amarillas que pertenecía al señor Kiso. Sus manos delicadas hacían lucir liviana la pesada capa del samurái. El tiempo se diluía en las minuciosas puntadas. Caminó hasta ella sin que pudiera percibirlo. Eso también las hacía distintas. Tomoe estaba preparada para oír lo imperceptible. El sobresalto de Yamabuki sólo se notó en el rubor de su cara y en la leve reverencia a su hermana de crianza.

—Déjame que baje el toldo de esta tienda para que el viento no lastime tu rostro —la protegió Tomoe.

Ese gesto de mínima atención conmovió a Yamabuki, que dejó caer la labor en su regazo e intentó esconder su congoja. Tomoe se acercó a ella y apoyando una rodilla sobre el piso descendió a su lado e intentó consolarla.

—El tiempo pasará más rápido de lo que crees y pronto estaremos en la fortaleza donde esperan al señor Kiso —la alentó Tomoe.

—Perdón —se lamentó angustiada—, soy muy débil y extraño estar con nuestra madre.

—Es bellísimo tu bordado —buscó distraerla Tomoe, aunque sentir sus manos suaves como la seda terminó capturando su interés.

Sentada junto a Yamabuki volvió a mirarla y sonrió notando que por fin la joven cambiaba sus lágrimas por un tenue regocijo. Tomoe estaba envuelta en una manta de lana y abajo llevaba una bata liviana que le permitía rápida reacción de ser necesario. La simplicidad de su atuendo realzaba su belleza, por momentos imponente. Allí, a su lado, volvió a tomar la mano de su hermana.

Era tan distinta a la suya, cubierta de callos por el manejo de las espadas, de las riendas, del arco y la flecha. Su palma parecía tallada en rocas de la montaña, con sus propias cordilleras. En el agarre de la rienda, desde la juntura de los dedos pulgar e índice y subiendo hacia la primera falange de este, se levantaba un pequeño cordón montañoso. La toma de las espadas también dibujaba su propio relieve en la base de los otros dedos y también en el centro de la mano que conecta con la muñeca.

Yamabuki tenía manos de seda, ella de piedra. La quitó de la contemplación un signo de alarma. Se preocupó al sentirla fría y le preguntó si estaba comiendo lo suficiente para el ajetreo del viaje. Acababa de notar que llevaba días sin preguntarle cómo estaba. Aunque todo lo que estaba listo, arreglado, dispuesto, era gracias a su servicio. El arte de ser invisible y servir a la perfección a quien correspondiera parecía el destino incuestionable de una mujer. No podía evitar horrorizarse pensando en su propio destino de no haberse abierto camino como guerrera. Admiraba a Yamabuki pero eso no era para ella ¿Algún día le impedirían ser una samurái? No mientras siguiera al lado de su señor. Y ella sabía que a él lo esperaba la gloria. Pero eso no evitaba que de tanto en tanto se sintiera una extraña frente a las otras mujeres.

Siempre había encontrado fortaleza en la diferencia. Pero a menudo le sobrevenía la sensación de ser la habitante única de un país ignoto. ¿Y si no estuviera él? ¿Ella era ella por él? No debía hacerse esas preguntas. Había batallas por venir. Ella era ella por su manejo de la espada, por ser una con los caballos, por ser temida como nadie. Volvió a tomar la mano de Yamabuki y la sintió temblorosa. La rodeó con su brazo por el hombro y la joven se

acurrucó mansa en su pecho. Le cubrió la frente con la palma de su mano y le acarició el pelo. Cuando la sintió recostarse con total entrega, comprendió su hermandad. Compartían la incertidumbre. ¿Quién era más fuerte? ¿La guerrera o la simple mujer? ¿Era más difícil de soportar la fuerza o la debilidad?

XIX
EL QUE ESTÁ MÁS LEJOS PUEDE LLEGAR PRIMERO



La orden era implacable. El edicto del emperador en retiro, Go-Shirakawa, había llegado a manos del líder del clan Minamoto: "castigar a la Casa de Taira y eliminar a los enemigos de la Corte". El soberano había tomado la decisión estando en confinamiento desde el Palacio "Prisión" de Fukuhara y el documento era una declaración de guerra en la que él mismo daba el paso más riesgoso.

Quizás, esta había sido la mayor audacia de una vida dibujada por delicados meandros de poder que sabían tejer hilos invisibles. Antes de recibirlo, el guerrero había hecho tres reverencias. Ya no era la mera rivalidad entre las casas de guerreros. Era un edicto imperial. Legitimaba el reclutamiento de tropas que crecía día a día mientras numerosos ejércitos avanzaban hacia Kyoto, la antigua capital.

Pero el líder Minamoto que había recibido el edicto imperial, no era el señor Kiso, sino su primo Yoritomo. Había lavado sus manos antes de tomar como un objeto precioso el documento con la orden del emperador. "¿Qué es la ventaja y qué es la desventaja? A veces

los dioses desafían nuestras presunciones", se dijo. Es que a pesar de haber tenido que retroceder en su avance y de haber perdido terreno frente a su primo Kiso, con su oficioso mensajero había llegado antes al objetivo. Había llegado antes estando más lejos. "El que rechaza los regalos de los Cielos es castigado con su censura", le había transmitido para convencerlo. Pero su petulancia no era percibida como tal por el confinado Go-Shirakawa.

La desesperación reduce los tiempos y la supervivencia cambia las prioridades de los hombres, sean siervos o sean reyes.

El momento en que recibió el edicto, lo tomó en sus manos con delicadeza y supo inmediatamente que no debía separarse de él, que debía llevarlo colgado en el pecho. Sería su justificación legal y sería la validación de su liderazgo incluso frente a los otros guerreros de su familia, que ya marchaban para enfrentar a los Taira. Sería su escudo.

La sentencia del emperador en retiro era terrible: "En los últimos años los Taira han gobernado como se les dio la gana, con desdén por la familia imperial. Han violado la Ley Budista y han buscado limitar la autoridad imperial".

¿Pero cuál era la Corte? ¿Era la del pequeño emperador Antoku, tras quien reinaba sin piedad la mano del regente Kiyomori ejerciendo el poder de un emperador? ¿O era la Corte del emperador en prisión, cuya línea dinástica parecía valer lo mismo que el murmullo de un insecto para su captor? La guerra daría la sentencia.

Esa noche, Minamoto Yoritomo durmió abrazando el Edicto que colgaba de su pecho, como si abrazara el destino.

XX
UNA LUCIÉRNAGA



No es necesario preocuparse por Kiso Yoshinaka —sentenció el agonizante samurái entre balbuceos.

Incapaces de atreverse a manifestar desacuerdo, los dos generales apenas se miraron entre ellos con ojos desconcertados y bajaron la cabeza. Habían pedido ver con urgencia al samurái y su respuesta los dejaba más preocupados que antes de entrar a sus aposentos. La movilización de tropas enemigas de la que hablaban los informantes se asemejaba a una ola que no dejaba de crecer. No iban a bastar las fuerzas leales de las provincias vecinas a Shinano para detener al ejército Minamoto comandado por Kiso Yoshinaka.

—Padre, nómbrame comandante e iré por mí mismo a sofocar a cada rebelde —exclamó Munemori apareciendo desde la bruma.

Los generales suspiraron con alivio. No sabían que el joven guerrero estaba en la habitación escuchando tras un biombo. ¿Era una estratagema de su padre para que aceptaran el mando de su hijo? ¿Era, en los hechos, una sucesión simbólica ante la delicada salud de Kiyomori? Antes de que la voz de alguno de ellos osara

buscar una confirmación, el rugido en que las palabras del tirano tomaron forma volvió a consternarlos.

—No es necesario preocuparse por Kiso Yoshinaka —reiteró Kiyomori con visible gesto de ofuscación—. ¿No lo has escuchado? —agregó el febril samurái, desautorizando a su hijo.

Munomeri se sintió humillado. Como un fuego, la vergüenza subió a su rostro mientras los generales ensayaban titubeantes frases para darle la razón a su padre. "Con el este y el norte en abierta rebeldía, un bloqueo con ejércitos locales no es suficiente", pensó el joven, renegando de lo que oía. Los generales coincidían con esa idea, aunque ninguno supiera de la coincidencia. Y lejos de todo sentido común, se dedicaban a ensayar justificaciones en vez de aportar argumentos militares. Pero, aunque le mintieran, no se mentían. Presintieron, en la insistencia de Kiyomori sobre la falta de peligrosidad de Yoshinaka, un fatal error de cálculo. Su poder había llegado a confundirse con su voluntad de tal manera que chocaba neciamente con la realidad. Y eso, llegado a un límite, sólo podía llevar a una cosa: decadencia. La ambición había trastocado en irrealidad. Sólo a los dioses les bastaba la voluntad para ejecutar sus designios. Y Kiyomori era sólo un hombre.

Las noticias de nuevas insurrecciones arreciaban. Antiguos aliados se plegaban ahora a las filas bárbaras de los Minamoto que avanzaban desde dos frentes. Sólo Kiyomori no veía lo que era evidente incluso para los ciegos.

El monje ciego Horuhe Ruisu Boruhesu había cantado esa misma noche premonitorios versos: "¿Es un imperio esa luz que se apaga o una luciérnaga?"

Todo lo que en vida corre más allá de sus límites recibe al final una humillante lección, aún en el caso de que esas transgresiones hayan sido nimias. Por supuesto que no es lo mismo pecar de trivialidad que desafiar todos los preceptos del honor. Una falta banal puede repararse con aprendizaje. Pero pisotear las Cinco Virtudes Constantes de Confucio toda una vida, en vez de vivir bajo el aura de su rectitud, sólo puede convertir el karma en un destino sin redención. Ni benevolencia, ni justicia, ni compostura ritual, ni sabiduría. Sólo sagacidad, de las Cinco Virtudes, le había sobrado a Kiyomori, pero para persistir en sus excesos.

¿Cuántos habían sufrido por su crueldad? ¿Cuántos habían pagado con su vida sus abusos de poder? ¿Cuántas noches y días llevaban de luto los sobrevivientes de sus víctimas? Y su apetito de sangre no estaba satisfecho.

Cuando los generales iban a retirarse creyéndolo sumido en otro de sus raptos de delirio, abrió repentinamente los ojos y produjo la voz inconfundible con la que daba órdenes.

—El rostro de un gigante tuvo la insolencia de aparecerse y desafiarme con sus ojos enormes, pero se evaporó ante mi mirada —afirmó lentamente y bajo control, incorporándose como si se hubiera repuesto en forma repentina—. No es necesario preocuparse por Kiso Yoshinaka —insistió obcecado—, pero mi alma sólo estará en paz cuando pongan sobre mi tumba la cabeza de Minamoto Yoritomo, su primo.

Su último soplo de vida había sido dedicado a quien consideraba su verdadero enemigo. Una vez más el poder circunstancial había ofrecido una breve ilusión. Kiyomori no era inmortal.

“¿Quién puede tenerlo todo, si todo caduca? ¿Es Taira Kiyomori esa luz que se apaga o una luciérnaga?”, reverberó la voz del ciego.

XXI
HEIKE VERSUS GENJI



*H*eike y Genji eran otras maneras de nombrar a los actores de la guerra que cambiaría Japón para siempre. Los guerreros de la Casa de Taira eran los Heike, que se decían herederos del emperador Kammu, el que había establecido la capital en Kyoto, a fines del siglo ocho, inaugurando una nueva era, conocida como Heian.

Los guerreros del clan Minamoto eran los Genji, que se consideraban descendientes del emperador Seiwa, ascendido al trono a la edad de nueve años, lo que inauguró dos costumbres: la de los regentes y la de emperadores en retiro temprano, que gobernaban aislados, con emperadores niños en el trono para las formalidades.

Pero ser Heike o Genji no era necesariamente pertenecer a esas familias. En muchos casos adoptar sus nombres era darles apoyo, sumarse a sus filas. O todo lo contrario: cambiar de bando. Un signo inequívoco de las fluctuaciones de poder que movían anillos concéntricos de lealtades según quien ascendiera.

Los dos últimos años habían sido ominosos para los Heike. En 1179, habían perdido al primogénito, el noble y sensato Shigemori cuya muerte fue vista por muchos como un castigo a la soberbia de su padre. Y finalmente en 1181 había sucumbido el propio Kiyomori entre infernales alucinaciones. Nunca se iba a ver mayor impotencia que la de miles de guerreros dispuestos a dar su vida por él, y que, sin embargo, no podían hacer nada para salvarlo. Como nada habían podido hacer los monjes médicos con el agua que llegaba directamente de los templos para calmar su desesperante fiebre. Los dioses lo habían abandonado. Y ninguna señal de los dioses pasaba desapercibida en la corte ni fuera de ella.

Sus leales indiscutidos sólo podían contarse entre quienes habían recibido favores directos. Del resto, nadie podía dar garantías. Pero un poder tan abrumador, que permea en las costumbres y hasta en los instintos de los hombres, que parece habitar sus músculos y gestionar sus miedos, no se esfuma en un segundo.

El gobernador de Echigo, Jõ no Taro Sukenaga, nombrado en ese cargo por los Taira, sintió esa noche el llamado de la lealtad y planeó atacar por sorpresa a Kiso Yoshinaka y su ejército a la hora de la Liebre, cuando todavía el sol no sale.

—Puedes esperar un día. Pareciera que el viento trae lluvia —le dijo su esposa antes de partir.

—El que espera pierde su hora —le respondió.

Su cálculo no era errado. Él mismo sería el primero en caer con la avanzada de Kiso por la cercanía de su provincia con Shinano. Además, algunas de las tropas de Yoshinaka ya estaban apostadas en el lago Biwa, muy cerca de la capital. Él no podía verlas pasar sin hacer nada. La primera razón de alarma habían sido las noticias

sobre la construcción de un pequeño palacio en la vecina región de Etchū, que estaba siendo edificado por orden de Kiso para el príncipe Hokurokunomiya. No podía fingir desconocimiento ante algo que ocurría tan cerca.

Las provincias costeras estaban demasiado conectadas. Desde el punto de vista del mar, todas eran la costa. Todo corre más rápido en la costa: las mercaderías, las personas, los rumores y las conspiraciones. Eran tiempos tumultuosos para darse el lujo de la quietud. Hasta la más hábil simulación encuentra su límite cuando arrecian los gritos de guerra.

Desde esa noche diría que esos gritos sonaban por tierra y cielo. Porque a la hora de la Rata, pasada la medianoche, tronaron los cielos.

En medio de la lluvia torrencial y luchando con vientos huracanados, los primeros en percibir el peligro fueron los caballos de sus hombres, cuyos relinchos al unísono sonaron como un quejido aterrador. Dicen que los caballos viven también en el plano fantasmagórico de los guerreros que perecieron y saben como nadie cuando algo conecta este mundo con el de los muertos. Pero, necio o decidido, el gobernador Jõ no Taro Sukenaga decidió avanzar a pesar de cualquier augurio. "La cobardía no está hecha para un samurái", se dijo.

Pero cuando ya la lluvia parecía devolver la calma, la noche sin estrellas se convirtió en un abismo de cuya garganta salía una voz peor que el trueno: "¡Hay alguien aquí que osa apoyar a la abominable Casa de Taira! ¡Deténganlo! ¡Detengan al que marcha con los Heike!". Tres veces retumbó la advertencia antes de desvanecerse con las primeras luces.

—Un guerrero no puede temer a ningún fantasma —respondió Sukenaga a las suplicas de sus hombres que temblaban de miedo ante el terrorífico suceso.

Como no podían desobedecer las órdenes de su comandante, los guerreros continuaron su marcha a pesar del temor. Después de todo, pronto sería de día y llegarían a su objetivo: el campamento de Kiso Yoshinaka. No contaban, sin embargo, con que su determinación tampoco sería suficiente. De pronto, sus caballos frenaron de golpe haciendo tambalear a los guerreros en sus monturas. Como si hubieran chocado contra una muralla invisible, parecían clavados en el suelo e imposibilitados de avanzar ni un paso más. Aunque los espolearan para salir al galope, se negaban porfiados, sacudían sus cabezas enloquecidos buscando liberarse de la tensión de las riendas y, empacados, atinaban a ponerse en dos patas, buscando expulsar a sus jinetes lo más lejos posible.

Tan empecinados en dominarlos, los hombres de Jõ no Taro Sukenaga no vieron la densa nube negra que descendía sobre su comandante. Lo que pasó después fue fulminante. El gobernador se desvaneció en brazos de su lugarteniente sin signos de conciencia. Sólo horas después llegaban con el hombre sin vida al hogar del que había partido. En silencio, su esposa los recibió sin manifestar sorpresa. Ella había percibido el merodeo de la muerte cuando le pidió no partir. Al escuchar sobre la nube oscura, no tuvo dudas: “Los dioses maldicen a los Heike y a todos los que marchan a su lado”.

XXII
EL ASEDIO Y EL PLAN



En la negrura de la noche, el tenue brillo de la luna entre las nubes fulguraba como el filo de una espada en el pelo de Tomoe. Noche con noche producían destellos parecidos al metal. La guerrera y su señor miraban sin mirar el horizonte invisible que borraba sus líneas en las tinieblas. Lo más palpable de él era su respiración, que ella podría reconocer entre la de mil hombres. No hacía falta que hablaran de lo que ya sabían. El asedio en su contra estaba desatado. Adivinar de dónde llegaría el primer ataque era tan insondable como la niebla espesa a la hora del Tigre, en las inmediaciones del lago. ¿Esa nube que había descendido sobre ellos los protegía o los cegaba?

—El plan de Inoue no kuro Mitsumori es bueno.

—Esto no es una danza de disfraces, mujer.

—Por eso mismo. Nadie imaginaría algo así en una batalla.

Kiso Yoshinaka no le respondió. Tomoe no volvió a insistir. Se quedaron en silencio arrodillados sobre una roca como si fuera el dócil *tatami* de su tienda en la fortaleza de Yoda que los albergaba.

De perfil, parecían dos aves acechando entre las sombras. Cualquiera hubiera jurado que no había una mujer en esas dos siluetas armadas de la cabeza a los pies. Salvo por el largo pelo negro que sobresalía del yelmo bajo la nuca protegida con una aleta que cubría el cuello. Tomoe había descubierto que el movimiento de su pelo en la batalla generaba confusión en sus oponentes y se movía al ritmo veloz del metal. Era como la sombra de las espadas enloqueciendo a sus adversarios.

—Algo están tramando los Heike con sus aliados. No se entiende por qué las fuerzas de Echigo retrocedieron y se replegaron —afirmó Kiso compartiendo con su mujer sus elucubraciones.

—Sea como sea es sólo cuestión de tiempo que vuelvan al ataque.

—O que lo hagamos nosotros.

—¿Avanzar en vez de esperar?

—Pero con el plan de Mitsumori en la ofensiva.

El plan de Inoue no kuro Mitsumori en la ofensiva en vez de la defensiva consistía en tender una trampa, pero al momento de atacar. Y así decidieron hacerlo. Separaron dos mil de sus hombres y los dividieron en siete grupos para que se apostaran en las montañas con banderas rojas, el color de la Casa de Taira.

—Yo comandaré —se anticipó Tomoe sin recibir negativa de Kiso.

—Deben creer hasta el instante final que son aliados —aconsejó Mitsumori—. Eso bajará aún más sus defensas.

Tomoe se puso al frente de las columnas y antes de rodear la montaña les pidió dispersarse en los puntos de espera hasta ver aparecer las tropas Heike.

—Cuando sus rostros sean reconocibles a nuestra vista, eleven las banderas apenas por sobre sus puestos. Que puedan divisarlas sin

creer que estamos mostrándolas deliberadamente —ordenó Tomoe llevando la delantera en uno de los equipos—. Yo daré la señal extendiendo mi estandarte.

Como esperaban, cuando los ejércitos Heike notaron las banderas amigables emergiendo en posición de descanso desde las rocas estallaron de algarabía ante la presencia de inesperados aliados.

—¿Quién lo iba a decir? ¡También somos fuertes aquí! —se sorprendió un guerrero al mando del nuevo gobernador de Echigo.

—Pídeles que se unan, pero sin hacer bullicio —le recomendó—. Si ellos salieron a nuestro encuentro también pueden hacerlo las fuerzas de Yoshinaka —agregó desconfiado el gobernador.

Así fue que, desde abajo, les hicieron gestos a los guerreros supuestamente aliados para que se juntaran lo más sigilosamente posible mientras ellos observaban en todas las direcciones. "Como corresponde a una buena estrategia, nada debe escapar a los ojos", agregó cuidadoso el comandante Taira, relamiéndose ya en la inesperada ayuda de la fortuna.

Pero, cuando estaban reunidos y posicionados exactamente encima del ejército de Echigo, en vez de sumarse, y luego de ver extenderse la bandera roja de Tomoe, entendieron la orden y explotaron en un grito de guerra que, en un instante, convirtió en pánico las esperanzas de los ilusos Heike.

En el tiempo de un pestañeo supieron que habían sido engañados. Allí fue que las insignias rojas cambiaron súbitamente por blancos estandartes que llevaban ocultos. Con la guardia baja, entendieron que estaban perdidos, a merced de guerreros que los tenían a tiro y sin escape. El horror se dibujó aún peor en sus ojos al ver a una guerrera mujer comandar la emboscada. El que muriera en sus

manos no tenía salvación. Leyeron sus labios cuando dio la orden de atacar y el caos en la tropa fue tan letal como las flechas de los hombres del clan Minamoto. Por este efecto psicológico, sumado a sus habilidades marciales, Tomoe Gozen era la guerrera más peligrosa de los ejércitos de Kiso Yoshinaka. Y también una verdadera arma secreta que una vez revelada en batalla ampliaba la ventaja para sus filas.

Lo sabría mejor que nadie el comandante Taira, que se vio elegido por su mirada feroz y perdió segundos vitales al verla avanzar a la carga paralizado. Antes de lanzarse, Tomoe se paró sobre los estribos que tenían la forma de una bota descubierta en los costados con la superficie necesaria para descargar el peso del cuerpo hacia adelante, y señalando con su brazo a su blanco pareció avisarle que iba, sin miramientos, por él.

El tiempo que galopó hasta alcanzarlo, descolgándose por un costado y en el mismo impulso retorciendo su cabeza con un brazo y arrancándola de cuajo ayudándose con su espada corta, fue tan breve que el caballo del jinete sin cabeza pareció responder a las órdenes del cuerpo aún con los impulsos restantes de la vida. Con la cara salpicada por la sangre de su víctima, Tomoe eligió a su próximo enemigo ante quien exhibió a la distancia su primer trofeo para lanzarse a la cacería luego de arrojar a uno de sus lugartenientes la primera cabeza de aquel combate.

Acaso por este poder disuasivo que implicaba el doble terror —a la muerte y al deshonor de ser ultimado por una mujer—, se decía que la guerrera valía por mil hombres. Aunque en lo ofensivo su destreza ofreciera también notorios despojos ganados con el filo implacable de su espada.

Decapitar a un samurái en batalla era el logro máximo al que podía aspirar un guerrero. Siendo el más grande de los méritos, podía no sólo elevar su rango militar sino acrecentar su fama. Su nombre, como las enseñanzas de las artes marciales, pasaría de boca en boca con el reporte de sus proezas. Aunque estas no terminaban de estar aseguradas hasta el final de la contienda.

Tomoe Gozen ya había decapitado a tres de los hombres más feroces de los Taira cuando quedó encerrada por dos jinetes embravecidos en un recoveco de la montaña, de esos que simulan ser un camino pero no tienen salida. Nadie podía ir a la ayuda de lo que no veía y a la mujer la cubrían dos muros de roca cuando esos hombres le encimaron los caballos provocando que su corcel se parara en dos patas para intentar expelerlos.

Uno de ellos logró tomarle el brazo derecho a la samurái mientras el otro se preparaba para hacer pasar rasante la hoja de su espada larga por el resquicio de su cuello, que quedaba al descubierto entre el torso y el yelmo. Tomoe escuchó el sonido inconfundible del metal. Su oponente estaba desenfundando su espada larga. Luego de ese sonido, vendría la maniobra de empuñarla y tomar impulso, para después cortar el aire y luego pasar a degüello por su presa, que era ni más ni menos que ella. Todo eso demoraría segundos. Con su brazo diestro impedido de actuar, pero también bloqueando movimientos de su cuerpo, ella atinó a bajar la cabeza y el filo furioso terminó estallando en el casco de metal que retumbó como las campanas del templo pero también hizo tambalear al guerrero que la tenía tomada de su brazo.

Los segundos que les llevara reacomodarse a los guerreros eran su oportunidad de escapar. Pero cuando espoleó a su caballo para

huir, se dio cuenta de que estaba atado al de su enemigo y que iba a ser imposible cortar la rienda. Los hombres ya volvían a abalanzarse sobre ella cuando un silbido la hizo percatarse de una flecha que pasó a centímetros de su brazo para dar en la cara de uno de sus atacantes. Uno de su tropa había notado su ausencia y la había buscado hasta dar con ella por puro instinto. A distancia había corrido el riesgo de impactarla a ella con su disparo. Eso ya no importaba.

En pocos segundos, Tomoe se adueñó de la inesperada ventaja y con el brazo liberado sacó la espada más corta de su cinturón, se abalanzó hacia su adversario, tomó su cabeza, forzó su torso hacia abajo y clavó la espada que sostenía elevada hacia abajo y en redondo en la base del cuello, para torcerla y arrancarla ferozmente en una mecánica tan precisa que no parecía siquiera costarle esfuerzo. Al arrancarla, tomó del pelo el nuevo trofeo y galopó hacia su general elevando un grito de victoria que resonó como trueno en la montaña.

A las dos horas, las cabezas de enemigos logradas por la mujer se contaban en siete. Ella había terminado con dos heridas cortantes en sus brazos, una puñalada en un muslo y un fuerte golpe en su mejilla izquierda que ensangrentaba su ojo.

La batalla de Yotogawara ocurrió el 27 de julio de 1181. Habían pasado más de cuatro meses de la muerte de Kiyomori cuando el nombre de otro samurái retumbó en todo Japón e hizo crujir aún más las frágiles lealtades a la Casa de Taira. ¿Quién era ese tal señor Kiso? Estaba en la misma piedra donde habían pergeñado el plan. Lo acompañaba la misma mujer samurái que había conducido la victoria, y empezaba a ser tan renombrada como él.

XXIII
LO QUE LOS OJOS PREFERÍAN NO VER



Primero fue el fuego, luego el hambre.

El traslado de la capital había sido precedido por un incendio cuyas voraces llamaradas convirtieron en cenizas, en una sola noche, gran parte de la ciudad de Kyoto. "El fuego se extendía como un abanico que se abre", describió un poeta. Luego, las cenizas poblaron el aire y también el recuerdo del viejo esplendor. La muerte de Kiyomori no traería la paz, sino el fragor precipitado de la guerra que ya había desatado su propia decadencia.

Los ejércitos Taira y Minamoto, con sucesivos escarceos, avances y retrocesos mutuos, ya estaban posicionados para lo que sería un choque fatal. Pero un enemigo común impondría una tregua obligada, al menos para las armas, aunque no para la discordia: el hambre.

La miseria por la falta de alimento vendría escoltada por otros verdugos. De la sequía total se pasaría sin escalas a vastas inundaciones. Nada de agua o demasiada. Era un tiempo de paradojas. Para los que habían perdido todo, el contraste no era

asimilable. Pobre el viejo poeta. Sus ojos hubieran preferido no ver. El viejo Kamo no Chomei narraría desde su exilio el drama de muertos sin número. "Vi niños mamando el pecho de sus madres sin saber que ya estaban muertas. Todo lo que sé es que esto es lo peor que he visto".

La degradación de la vida en tan poco tiempo no exhibía la misma rapidez que la naturaleza para reponerse o adaptarse ante los fenómenos que la sacudían. Bajo la lógica de los vendavales, que también habían asolado sin clemencia, nada quedaba en pie. Era la suma de todos los males. El año 1182 pareció, directamente, frenar la historia.

La Gran Hambruna puso en pausa la guerra, al menos la que se pelea con armas. En las crónicas sería como si ese año no hubiera existido.

Una corte que supo de esplendores ahora estaba vestida de harapos. El regreso a Kyoto después de la aventura irreal de la capital en Fukuhara ofrecía la misma sensación que el despertar luego de una borrachera. La embriaguez del poder que los Taira habían materializado con abusos de todo tipo, y que habían confundido con una licencia total para la crueldad, ahora se les volvía en contra. El karma venía por su retribución.

Incapaces de asegurar el alimento a la población, veían cómo desde la lejana Kamakura, uno de sus principales enemigos, Minamoto Yoritomo, menos acuciado por las carencias, ofrecía provisiones y pertenencia a los de su clan. El hábil líder enemigo construía poder con la crisis de sus oponentes. Al mismo tiempo, muy cerca de la ruinosa Kyoto, se fortalecía el ejército de otro de los Minamoto, el general Kiso Yoshinaka.

Cerca del lago Biwa, su campamento no dejaba de crecer en hombres a caballo y prosperaba como punto de conexión entre las distintas provincias. Aunque Yoshinaka y su familia discurrían entre su fortaleza en la montaña más hacia el este y el gran puesto de avanzada del lago, nadie dudaba que sólo estaban en un compás de espera y que la pausa no era el fin de la guerra sino el principio.

El general Kiso y su comandante de tropas, la guerrera Tomoe Gozen, no habían cesado en el reclutamiento de jinetes. Las declinantes lealtades con la Casa de Taira sumaban al otro bando. Primero habían sido los monjes, luego de los incendios devastadores a sus templos, después los nobles afectados por los caprichos y la impiedad de Kiyomori que inercialmente buscaban continuar sus hijos.

Tras las sombras, el propio emperador en retiro había decidido volver a sus palacios pese a la negativa de los Taira, que lo habían forzado a un exilio en prisión disfrazado de protección. Eso que pasaba en la cima, donde monjes y nobles se alejaban de la Casa de Taira, comenzaba a replicarse lentamente en los ejércitos.

Pero, si había una nueva forma para las cosas en el futuro, no podía saberse aún cuál era. Si el antiguo régimen declinaba, ¿cómo era el que se abría paso? Como todo tiempo de cambios, la confusión era general y también la anomia. Pero para que el nuevo orden fuera delineado restaba la consagración de un vencedor. Es decir, restaba la guerra. Ni todas las calamidades que se habían abatido sobre el pueblo, a lo largo de un año interminable, habían hecho posible otro camino. Y la guerra era una guerra civil entre los sobrevivientes de tanta calamidad.

XXIV

NO CABEN DOS SOLES EN LOS CIELOS DE JAPÓN



La primavera prometía falsas esperanzas. La guerra no daría espacio para el regocijo al que invitaban las flores y el fin de la gran hambruna. Esa mañana diáfana en las montañas contrastaba con los peligros inminentes. La comandante Tomoe Gozen desensilló y entregó las riendas de su caballo al encargado de los establos. No era lo usual en ella, que solía encargarse personalmente. Pero no era un día habitual. Tomoe ingresó raudamente al campamento y se dirigió a la tienda principal. En el camino se quitó el yelmo y lo acomodó bajo su brazo izquierdo mientras el derecho flotaba con la mano entreabierta a la altura de la empuñadura de su espada larga. Al verla llegar, el general Kiso supo inmediatamente que algo no estaba bien y sin decir palabra se puso de pie.

—Lo vi yo misma —afirmó algo agitada luego de hacer una reverencia—. Hay unos cien mil jinetes al mando de tu primo Yoritomo marchando hacia Shinano.

A sólo metros, la dama Yamabuki, que bordaba minuciosamente como todos los días, tendida cerca de su señor, se puso en alerta. Su mano con hilo y aguja quedó sostenida en el aire. Tomoe siguió hablando como si supiera la siguiente pregunta de Kiso Yoshinaka.

—Marchan preparados para atacar. No dieron aviso de su llegada por lo tanto no puede esperarse que sea pacífica. Son demasiados —agregó bajando la cabeza con otra reverencia que indicaba la conclusión de su informe.

—Busca a Imai Kanehira. Lo enviaré como negociador.

—Puedo ir yo —propuso Tomoe.

El general Kiso Yoshinaka la miró con los ojos ardientes que ella conocía bien. Él le permitía ser una entre sus generales y acaso la más importante. Ella lograba proezas que superaban las de un hombre y había probado largamente que sólo la arbitrariedad negaba a una mujer integrar las formaciones militares. Tal vez las transgresiones que permitía la montaña con su distancia de las cortes habían hecho posible, en su caso, el desapego de ciertas costumbres inamovibles.

O acaso el mero hecho de que ser ultimado por una mujer moviera al terror a cualquier guerrero, la convertía en un arma secreta para el general Kiso. O era que ella simplemente había sido una guerrera desde niña con la misma naturaleza con que las flores empezaban a cubrir los árboles y que tanto el padre adoptivo de ambos, el gobernador de Shinano, como el propio Kiso, habían aceptado eso como lo evidente.

Pero nada de todo esto evitaba la reacción de cualquier extraño ante su estatus especial. Y se sumaba además que, para Kiso Yoshinaka, ella era su esposa. Bajo ningún punto de vista la pondría

ante los ojos codiciosos de su primo Yoritomo. Ni como una preciada comandante ni como su mujer.

Si alguna vez Kiso Yoshinaka había soñado con ser uno de los dos generales más importantes de Japón, con el osado avance de Yoritomo hacia sus dominios, estaba seguro de otra cosa. Como afirmaba el viejo proverbio chino, "no podía haber dos soles en los cielos". Yoritomo no aceptaba compartir el poder y su ofensiva era una declaración de guerra.

—No irás tú. Envía por Kanehira.

Tomoe entendió en un instante las múltiples dimensiones de sus restricciones. Y secretamente la estremeció la intensidad de la posesión que ejercía sobre ella ese hombre. Era su señor. En su vida cruzaba límites infranqueables para otras mujeres, pero tampoco había dos soles. Era entre los brazos de Kiso que se sentía una mujer como las otras. Y era en sus ejércitos que se sentía una mujer como ninguna otra. Y eso se lo había ganado.

Igualmente, entendía la delicadeza de la misión que se le asignaría a Imai Kanehira. Aunque no podía figurarse de qué manera cabía algún tipo de negociación con un ejército en pleno asedio.

XXV
NADIE QUEDA FUERA DE LA GUERRA



Por alguna razón extraña, al llegar al Templo de Zenköji le vino a la mente un recuerdo lejano en el tiempo. Allí habían asistido junto a Kiso y Tomoe, los tres, luego de la noche en el cementerio, cuando aún se formaban para ser guerreros. Imai Kanehira supo desde entonces que la hermandad que los unía estaría sellada para toda la vida. Ahora aguardaba montado en su caballo la llegada de Minamoto Yoritomo y sabía lo delicado de su misión ante el incesante avance del ejército de cien mil hombres que comandaba. Si los recientes padecimientos que habían impuesto la hambruna, las catástrofes naturales, los desastrosos incendios y la sequía los habían templado para la adversidad, nada se comparaba a lo que debía proponer.

Minamoto Yoritomo, el samurái al que esperaba, no sólo había consolidado su control en las ocho provincias del este. Además, ostentaba una autorización del emperador en retiro Go-Shirakawa para movilizar sus ejércitos. Un paso en falso podía significar quedar entre los réprobos de la autoridad imperial. No es que Kanehira

pensara que eso podía detener a Kiso Yoshinaka, pero era mejor que su ímpetu no estuviera alimentado por la revancha.

En eso eran parecidos con su primo Yoritomo. Si la suerte del clan Minamoto había quedado a la sombra del poder abrumador de la Casa de Taira, el marginal estatus al que lo habían relegado las desventuras de su padre le daba a Yoritomo todas las razones para el resentimiento y la desconfianza. Y, por ende, también para la ambición y la venganza. La gracia de su apariencia, incluso la belleza de su rostro alargado o su lenguaje cortés, no suavizaban su naturaleza feroz.

Kanehira supo que estaba cerca cuando vio una mancha ensanchándose en las colinas hasta convertirse en un mar de hombres que se acercaban. Prudentemente, se detuvieron a discreta distancia del templo. Los Genji o Minamoto sabían que los religiosos estaban de su lado luego de las atrocidades de los Heike o Taira. Por eso buscaban acentuar sus gestos de respeto y remarcar sus diferencias en momentos en que el péndulo del favor popular oscilaba claramente hacia ellos.

Al verlo bajar de su caballo, fuertemente armado, y sin quitarse el yelmo, el enviado de Kiso hizo lo propio y salió a su encuentro. Los hombres caminaron sin dejar de mirarse el uno al otro. Ya frente a frente, coincidieron en la reverencia. Yoritomo, cuyo campamento no estaba lejos, no le ofreció ir a su tienda de campaña y esto tranquilizó a Kanehira, aunque tampoco era buena señal su intención de ser expeditivo.

—Honorable señor, tengo un mensaje para usted del general Minamoto Kiso Yoshinaka. A mi señor le ha llegado información de que usted planea atacarlo y él no comprende la razón. Me ha pedido

que le haga saber que también él planea atacar a los Heike cuanto antes. Sobre todo ahora que ha conquistado las montañas del este y también los caminos del norte. Mi señor me manda a decirle: "¿Para qué darles a nuestros enemigos el beneficio de un ridículo enfrentamiento entre nosotros?". Y me pide recalcar que no guarda ningún rencor contra usted.

—Eso dice ahora —respondió secamente Yoritomo—. Mis informantes me aseguran que ustedes planean atacarme. No puedo permitirme confiar —respondió calmo pero determinante.

Imai Kanehira no esperaba que fuera una negociación sencilla pero tampoco tan tajante. Sabía además que una de las columnas de Yoritomo ya se preparaba para un ataque inminente. Debía jugar su última carta y algo le decía que su interlocutor ya sabía cuál era.

—Podemos probar que nuestras intenciones no son hostiles —siguió.

—¿Cómo? —preguntó descreído Yoritomo, aumentando la presión.

—El señor Kiso puede enviarle a su hijo Shimizu no Kanja Yoshishige para que quede bajo su cuidado y, si usted desea, sellar un acuerdo de matrimonio con su hija. Le aseguro que no hay nada más valioso que pueda ofrecerle.

Yoritomo cambió su rictus por un gesto de leve satisfacción. Imai Kanehira buscó ocultar su conmoción. Por dentro se desmoronaba. Sabía que la propuesta había sido aceptada. Pero debía escucharlo. Los segundos que siguieron fueron infinitos. El rostro alargado del samurái contenía mil enigmas que a su vez ejercían un influjo cautivante. Era difícil no sentirse totalmente bajo su control, incluso cuando hacía silencio. Cuando volvieron sus palabras después de esa

eternidad, la voz de Yoritomo sonó rocosa en abierto contraste con lo agraciado de su apariencia.

—No tengo motivos para confiar en un general que busca lo mismo que yo —argumentó implacable.

Kanehira contuvo el aire y se esforzó por no decir una sola palabra a pesar de la pausa en la que su oponente se mostraba dubitativo. Cuando Yoritomo volvió a hablar suspiró.

—No tengo motivos para confiar —insistió—, pero estimo que no puede actuar de mala fe quien esté dispuesto a garantizarlo con su propio hijo.

—Sus estimaciones son sabias, señor Yoritomo.

—Haré mío al niño —agregó.

"Ese hombre hablaba con espadas. No con palabras", pensó Imai Kanehira. Luego del breve encuentro, un mensajero salió raudo para informar al señor Kiso, que, inmediatamente, y no sin un corazón acongojado, dio la orden para poner en marcha la entrega del pequeño.

—¿Quieres que te acompañe a buscarlo? —le preguntó Tomoe a Kiso.

—Si veo a mi hijo no podré entregarlo.

—Aún podemos dar marcha atrás.

—Están a un paso de atacarnos. Estamos sitiados. Con este acuerdo al menos habrá una chance.

—Aún puedes ofrecerme a mí en garantía de tu palabra.

—Nadie queda fuera de la guerra, comandante Tomoe. Ni siquiera los niños. De sufrir un ataque lo mismo perecerían. Tu eres más requerida en la batalla. Y un samurái no tiene tiempo de ser débil.

Era curioso. El destino de Minamoto Kiso Yoshinaka había estado marcado por la temprana muerte de su padre. El destino de los padres podía ser una sentencia o una bendición para el futuro de sus hijos.

XXVI
EL DEBER



Una misión de guerreros muy reconocidos llegó temprano esa mañana a la fortaleza del gobernador de Shinano. Su llegada pronto ensombreció el rostro de Nakahãra Kanetō. El señor Kiso le encomendaba una tarea inimaginada a su padre de crianza. El experimentado líder sintió que no había existido en su vida un encargo más difícil. Ni siquiera su supervivencia en la intemperie con una pierna herida, ni las adversidades de la montaña le habían provocado tanto temor. No se atrevió a referirle ni una palabra a su esposa Chiruzu, que sin embargo percibió desde temprano que algo grave pasaba por el inquietante arribo de los guerreros. Terminó de confirmarlo por la noche cuando su marido no pudo conciliar el sueño.

Chiruzu, que tampoco podía pegar un ojo, escuchó sus pasos insomnes y simuló que dormía para no importunar sus pensamientos, pero no pudo evitar preocuparse aún más. El hombre, con andar apesadumbrado, se detuvo en la habitación donde dormía el pequeño Shimizu no Kanja Yoshishige. Tenía sólo

once años, pero en él recaería una enorme responsabilidad. Aunque fuera el hijo de un samurái como el señor Kiso, para ellos era simplemente su nieto.

Había nacido de la unión de Kiso Yoshinaka y una de sus hijas que no era Tomoe. Como indicaba la tradición, era importante formar matrimonio para asegurar descendencia, aunque la mujer siguiera viviendo en la casa de sus padres. Cuando Chiruzu vio que era inútil persuadir a Tomoe de cambiar de vida para convertirse en esposa y madre, la unión natural entre ella y el señor Kiso debió coexistir con la de un matrimonio formal que le diera progenie al guerrero. Chiruzu siempre había sufrido esa dualidad pensando en sus dos hijas. Porque también Tomoe era una hija para ella. Pero habían tomado la mejor decisión.

Con el tiempo, habían apreciado lo fundamental que iba a ser Tomoe en la batalla, al lado del señor Kiso. El hecho de que avanzara junto a él hacia Kyoto era para ellos un motivo de tranquilidad en medio de la zozobra. Ella templaba sus desbordes. Pero no habían imaginado esto: que el niño fuera una prenda de intercambio. El gobernador de Shinano no pudo evitar el llanto.

Cuando Kiso le confesó su plan de marchar hacia Kyoto, él mismo lo había alentado con regocijo: "Es para esto que te preparé todo este tiempo. Así lo siento, hijo", le había dicho con orgullo de padre.

—Estoy decidido. Primero quiero subyugar las montañas del este y luego los circuitos del norte. Después sólo quedará avanzar sin pausa y conquistar a los Taira.

—Tus palabras prueban de quién eres descendiente —contestó Nakahāra Kanetō, haciendo una inmediata y respetuosa reverencia.

—Mi deseo es ser uno de los dos generales de Japón —respondió Kiso, como si el deseo ya fuera realidad.

Y lo era. El destino estaba llamando a su hijo. Él no se había equivocado. Lo ayudaría en lo que fuera necesario. Pero ahora, el costo a pagar se volvía inimaginable.

Para entender bien el dilema, era necesario explicar la puja de poder en el clan Minamoto. No era sólo el señor Kiso quien podía ser el que venciera a la Casa de Taira. De hecho, no era el favorito entre los de su propio clan. Ya habían pasado tres años de guerra. La chispa que había iniciado las hostilidades había sido la declaración del príncipe Mohichito decidido a defender su derecho a la sucesión ante la decisión de Kiyomori de imponer a su nieto como emperador.

Esta proclama de rebelión del príncipe no sólo había llegado al señor Kiso Yoshinaka. También había sido recibida por otro Minamoto: Yoritomo, el señor de Kamakura. Si bien era el virtual jefe del clan, se había visto obligado a replegarse. Informado del avance de su primo Kiso, que había logrado derrotas vitales del clan Taira, supo que debía ponerle un límite.

El pedido de unir en matrimonio al hijo del señor Kiso con la pequeña hija de Yoritomo, Ohime, de sólo seis años, era un eufemismo. El pequeño Kanja, como todos le decían, sería un rehén a la espera de los acontecimientos.

El gobernador de Shinano, conocedor del temperamento del señor Kiso, temía que estuviera entregando lo más valioso que tenía en el nombre de intrascendentes batallas o simplemente para ganar tiempo. El matrimonio de los niños era meramente una excusa. La necesidad política era una tregua entre los Minamoto, que peleaban

contra el mismo enemigo, pero también se disputaban el poder entre ellos.

A la mañana siguiente, cuando Nakahãra Kanetō abrigó a su nieto con una manta de lana sobre la seda de su *yukata*, disimuló tranquilidad, pero temía no ver al niño nunca más.

Era imposible saber quién vencería, pero era seguro para él que no compartirían el poder. ¿Habría una guerra entre ellos antes del choque final con los Taira?

La mañana en que su abuelo lo despidió, la bella cara del pequeño Kanja le hizo recordar el rocío de la mañana. Decidió hablarle de Öhime, la niña que sería su prometida. ¿Podía el pequeño entenderlo?

Algo lo hizo recordar aquel otro viaje que había hecho con Tomoe siendo sólo una criatura. Quizás un destino similar le esperaba a su nieto, y alguien con la misma compasión lo encaminaría en su destino.

Las guerras mataban la infancia. Los juegos cesaban. El deber se precipitaba en la niñez. La suerte del pequeño dependería de cuál de los Minamoto fuera el vencedor. Pero no había respuesta para esa pregunta. Estrechó a Kanja en un largo abrazo. El pequeño le hizo prometer que iría a visitarlo. Él asintió suavemente, pero sintió que su corazón se desgarraba en ese mismo momento. Luego, con calma, lo puso en manos de Unno, Suwa, Fujisawa y otros reconocidos guerreros que lo llevarían directo a Kamakura, el dominio de Minamoto Yoritomo en el centro este de la isla de Honshu.

XXVII
EL LAGO Y EL DRAGÓN



El carácter de Kiso Yoshinaka no contaba con la predisposición para las sinuosidades que requiere la política. Ni era esta una de sus aspiraciones. Los modos civilizados de su primo Yoritomo le eran lejanos. Pero ningún general lo igualaba. Aún en desventaja numérica, su arrojo, su astucia para trazar las batallas y su conocimiento del terreno eran factores irresistibles para los hombres que se unían a sus ejércitos, deslumbrados. Cuando esa tarde observaron el sol dentro del lago, esos hombres duros, tallados como las rocas de las montañas, entrenados para no flaquear, quedaron desprovistos hasta de sus suspiros.

La fortaleza de Hiuchi en la provincia de Echizen ya no sólo estaba custodiada por dos montañas, sino que sus dos ríos, por obra de una sagaz ingeniería habían sido reencauzados para formar una represa al pie de las cumbres. Y ahora, el espejo de agua mostraba los colores asombrosos del atardecer por duplicado con una visión invertida.

Con gran reserva, el señor Kiso le había encargado la tarea a algunos de los mejores de sus hombres. Cuando Tomoe contempló el logro hidráulico, junto a su señor, intuyó aún más.

—El otro campamento es junto al lago Biwa. Y ahora hay un lago también en este.

—Donde hay agua hay vida y hay defensa —le contestó lacónico sin mirarla.

—Y quizás un dragón que habita dentro —agregó ella capturando su atención.

—Un buen comandante entiende a su general. Por eso eres mi primer comandante, Tomoe —le dijo en un misterioso tono de voz mientras con su mano derecha corría el pelo que había descubierto tapando la cara de ella por capricho del viento.

Cada vez que Kiso Yoshinaka miraba a Tomoe parecía mirarla por primera vez. Siempre con ceño fruncido y obsesionado con el avance de las tropas, pero también con el peligro creciente de ser atacados, tenía escaso tiempo para dedicarse a otras cuestiones que no fueran la victoria o la supervivencia. Y por eso había momentos en los que sólo la trataba como a un soldado. Pero de tanto en tanto, inesperadamente, ocurría algo que le volvía a permitir descubrir la mujer. Eran fragmentos de tiempo donde algo sublime parecía subsumir el resto de la existencia.

Sólo su atrevimiento y su mente de vanguardia podían permitir que ella jugara el doble rol que jugaba. Para él era sólo la respuesta adecuada a sus condiciones que conocía bien desde que eran niños. Pero cuando se sentía interpretado en lo más profundo, como el sentido de tener un lago circundando el puesto defensivo, encontraba una razón más para tenerla a su lado.

El sol dentro del lago se movía con la fugaz huida del sol en el cielo, emanando sus últimas fulguraciones rosadas. El rústico general era capaz de poesía con sus ideas para el combate. Ese arte que estaba reservado para las mentes más refinadas, él lo plasmaba con las místicas estratagemas que pensaba para su propia guerra. Esas estrategias eran militarmente implacables y secretamente rituales.

La construcción de un lago artificial encontraba antecedentes en China, diez siglos atrás, donde por órdenes del emperador Wu de Han, se había construido el enorme embalse Kunming para la realización de ejercicios navales. El general Kiso, en cambio, lo había pensado para un destino defensivo: engañar a los Heike que no se atreverían a cruzarlo para atacar por temor a su profundidad. Pero tanto el lago de la antigua China como el que contemplaba la pareja de guerreros resonaban con el mito budista que ponía un lago en el centro del universo a los pies de una gran montaña, en el que habitaba una deidad con la forma de un dragón y cuyas aguas eran proveedoras de vida para todas las criaturas.

Con el sol dormido dentro del lago, el general Kiso y su primera comandante Tomoe Gozen partieron hacia la provincia de Echigo.

De pie en el mirador que ofrecía una vista panorámica del lago, su *hitatare* rojo con hilos dorados parecía encenderse hasta convertirse en fuego por efecto de los rayos rasantes del último sol del día. Tomoe vestía de negro y llevaba sólo el torso de su armadura. Al fijar los ojos en él, sintió la necesidad de dar dos pasos hacia atrás para contemplarlo. A sus espaldas, lo vio altivo y brillante, y sintió devoción. Sólo podía servir a un hombre como él. Como guerrera y como mujer.

XXVIII
PROFANAS TRAICIONES Y DIVINAS SEÑALES



El lago amaneció vacío, pero no lo supieron por verlo con sus propios ojos. Fue el ataque del ejército Taira que los puso en fuga con una superioridad inmanejable. Entendieron lo que había pasado cuando descubrieron al monje Saimei en las filas enemigas.

—Saimei fue el traidor, señor —detalló uno de los capitanes al general Kiso, quien no dijo ni una palabra y, con un ademán, le ordenó proseguir—. La noche anterior se vio una extraña luz en el cielo. Pudimos reconstruir que fue el monje quien envió una carta con una flecha encendida al campo enemigo. Los Heike recibieron la información de que cortando el paso de agua que formaba la represa, el lago cedería… —el informante volvió a detenerse al ver que el rostro de su señor dibujaba temibles gestos de ira—. Cuando irrumpieron en nuestro campamento, Saimei ya peleaba entre ellos. Luego nos acorralaron en la provincia de Kaga con más de setenta mil hombres y atacaron desde todos los frentes. En Kyoto los hijos de Kiyomori se envalentonaron por el triunfo, se burlaron y vienen

por nosotros —concluyó con enorme esfuerzo para no mostrar su temor.

Cuando el general Kiso Yoshinaka terminó de escuchar el reporte de la traición de Saimei, sus ojos brillaban de furia, pero seguía sin decir palabra. El capitán que le había llevado el reporte era uno de los responsables de la operación fallida. Ante la actitud de su señor, creyó entender que debía hacerse cargo con la máxima responsabilidad y atinó a caer de rodillas tomando la empuñadura de la espada decidido a hacer *seppuku* para quitarse la vida.

—¡Levántate! —tronó la voz del general Kiso—. ¡El traidor es quien paga la traición! ¡Levántate! —le ordenó luego de tomar con fuerza el hombro del guerrero todavía de rodillas.

El capitán se levantó tambaleando y, sorprendido por la benevolencia de su señor, volvió a hacer una reverencia para quedar de pie y con la cabeza baja ante el samurái. La derrota había sido humillante y desalentaría el reclutamiento si no sumaban un triunfo inmediato. Había una realidad incuestionable.

—La victoria en un combate frontal depende del número de guerreros —pensó en voz alta el general Kiso, mientras su mirada se perdía en el horizonte.

—En eso ellos nos llevan una ventaja inalcanzable —le respondió su tío Yukiie, uno de sus hombres de más confianza luego de Tomoe Gozen e Imai Kanehira, que también escuchaba el reporte de la derrota.

—Debemos confrontarlos con rapidez para contrarrestar su capacidad —agregó Kiso para sorpresa de todos.

—¿Pero cómo lo haremos con la ventaja numérica que acabas de mencionar? —preguntó Yukiie ante lo que era indudablemente una

contradicción.

—Eso lo sabemos nosotros, pero no ellos.

Ante el desconcierto de sus guerreros, el general Kiso los sorprendió una vez más con su capacidad como estratega: volvería a apelar al truco de la batalla de Yotogawara, esta vez, dividiendo su ejército de cuarenta mil hombres en siete grupos. Pero, en lugar de hacer creer que había guerreros Taira, plantaría estandartes blancos del color de los Minamoto y los posicionaría en una vasta zona. Suficiente para que los Heike pensaran que el enemigo era superior. Si no funcionaba el engaño, estarían perdidos, porque el número de sus oponentes era abrumador. Pero era la única alternativa a sufrir una derrota definitiva.

Y ocurrió tal como el general Minamoto Kiso Yoshinaka había pensado. "Mejor desensillaremos nuestros caballos para que descansen antes de avanzar a un territorio donde nos espere un ejército demasiado numeroso", ordenó el comandante de los Taira al observar la avanzada que indicaban esos estandartes.

El tiempo de acampe era para el señor Kiso el tiempo de la victoria. Ahora, los Minamoto debían descender a la llanura de Kurikara para hacer un ataque fulminante. Pero había que dejar que se asentaran lo suficiente y se convencieran de que no había un peligro inminente. Antes del atardecer, en medio de la espera, a la hora del Gallo, iba a ocurrir algo realmente inesperado cuando exploraban los alrededores. Un cerco y unos travesaños de color rojo sobresalían en las cumbres.

—¿Eso es una *torii*? —le preguntó el señor Kiso a Tomoe montado en su caballo.

—Sí, parece la puerta de un templo —coincidió ella perpleja por el hallazgo de su señor y deteniendo el paso.

—¿Qué templo es ese? ¿A qué deidad veneran allí? —preguntó el general Kiso a los guerreros de la zona que los guiaban en la misión de avanzada.

—Hachiman, señor. Hachiman, el dios de la guerra. Esta es su tierra —contestó el jinete teniendo que retomar trayecto porque iba a la delantera y no había notado que Yoshinaka se había detenido.

El guía vio sorprendido cómo el señor Kiso descendía de su caballo. Tomoe lo siguió. Para ella no era novedad que el samurái abrazara las devociones tradicionales de los Minamoto, que veían en el dios de la guerra una especial protección. Pero esta vez notó algo diferente en los ojos de su señor.

—Ahora estoy seguro de nuestra victoria —les dijo sin quitar la mirada de la *torii*.

—Señor, es poco el tiempo que tenemos para irrumpir en el campamento enemigo —le advirtió ella con total pragmatismo.

—Mujer, es una gran fortuna que haya una oportunidad para visitar el santuario de Hachiman antes de la batalla —la reprendió él y tomó su mano instándola a seguirlo. Luego volvió a dirigirse al guerrero guía que también había descendido de su caballo—. ¿Qué tal si le hacemos una petición al dios de la guerra, pero por escrito? Sé que puedes hacerlo. Así —agregó comenzando a subir la cuesta hacia el santuario— será un legado para la posteridad y una plegaria ante lo que nos espera —concluyó en tono místico y como si una fuerza superior se hubiera apoderado de él.

—Sería realmente oportuno —respondió el guía, quien estaba perfectamente capacitado para actuar de escriba.

No era cualquier persona: Kakumei provenía de una familia religiosa versada en los estudios de Confucio. Y convertido en un monje, había sido el autor de las estremecedoras cartas de sublevación de los religiosos carbonizados sacrílegamente por Kiyomori. Al ser encomendado con una nueva petición contra los Taira y por parte del propio general Kiso Yoshinaka, sintió que su mano estaba predestinada a poner en palabras la búsqueda de justicia por esos hombres de la ley atrozmente asesinados en Nara.

—Señor —le habló Kakumei a Kiso en tono grave—, esta mano —le dijo señalando su mano derecha—, esta mano ha escrito en nombre de los monjes aniquilados de Nara que Kiyomori representaba "la escoria de la clase guerrera". No tuve miedo entonces y tengo certeza ahora.

Ya cerca de la entrada del santuario al que habían llegado luego de trepar una escarpada colina y dejando los caballos varios metros abajo, en medio de la escalada, sintieron el sonido de una cascada. En las puertas o *torii* del templo, el señor Kiso y Tomoe se arrodillaron e inclinaron su torso hasta tocar la tierra con sus cabezas. Allí el escriba Kakumei tomó nota de la plegaria del general Kiso que decía así:

Al gran Hachiman, señor de la corte de Japón, ancestro de generaciones de ilustres soberanos. Por varios años, una persona que se hacía llamar el primer ministro Taira ha dominado los cuatro mares y ha angustiado al pueblo. Ha sido un enemigo de la Ley Budista y de la Ley Imperial. Aunque yo sea humilde, corre en mis venas sangre de guerreros; pensar en los ruines hechos cometidos por los Taira me prohíbe cálculos

egoístas: Confío mi destino a los Cielos y dedico mi vida al Estado.

Le he pedido a mis hombres suprimir a los que hicieron el mal, pero mis hombres aún deben mostrar un verdadero espíritu marcial y debo confesar que he tenido miedo de deserciones en mis filas. En esta ocasión, y aquí en el campo de batalla donde elevé mis estandartes, inesperadamente vi este santuario. Es claro que mi plegaria será escuchada. Y no hay duda de que los malvados pagarán con su vida. Mis lágrimas de alegría me desbordan, mi gratitud es profunda.

No había uno solo entre los integrantes de esa comitiva que no sintiera la misma conmoción ante las palabras de su general. Alguna vez Tomoe había sentido que la historia les reservaba un papel importante ante los acontecimientos que se precipitaban. Pero los hechos superaban lo imaginado. Estaban peleando frente a frente contra los poderosos Taira, aun teniendo fuerzas inferiores en número. De alguna manera extraña el camino se abría y también la victoria. Ella observó a su hombre con ardiente orgullo. Acaso había caminado cada paso para llegar hasta ahí desde el incendio de su pueblo cuando era sólo una niña. Acaso tenían sentido tantas perdidas.

—Señor —le habló entre susurros al general Kiso—, pongo en sus manos, una vez más, mi total existencia. Servirlo incondicionalmente, dispuesta a darlo todo, es mi gran honor y el sentido de mi vida —afirmó bajando su cabeza y seguida por el resto de los guerreros.

Cuando Kiso vio que sus lágrimas coincidían con las de ella, se conmovió aún más y la miró con ojos que desbordaban de amor, aunque sólo ella pudiera decodificar ese mensaje personal en medio de su hermetismo. Los dos venían del exilio, de las pérdidas, arrancados por el destino de la protección de sus padres siendo sólo niños… Y ahí estaban, ofreciéndolo todo, a horas de una batalla que era crucial, y de la que dependía la continuidad de la guerra. El abuso del clan Taira había llegado demasiado lejos y era hora de terminar con los Heike. Nadie podía entender más que ellos lo que significaba reivindicar a los Minamoto. Ahora iban por lo que les pertenecía, con su estandarte en alto. ¿Qué importaba sino esa hora fatal? Y algo no menor: luego de sufrir una derrota que había puesto a sus hombres en fuga y había sembrado duda entre las tropas. El combate que los esperaba era decisivo.

—En emprender esta gran misión —continuó el señor Kiso, envalentonado por el apoyo de sus hombres— no actúo por mi familia o por mí mismo, sino por la nación y nuestro legítimo soberano. Mi sinceridad es evidente ante los ojos divinos. Postrado le pido a Buda darnos fuerzas y a los santos dioses ejercer sus poderes. ¡Aseguren mi victoria! —clamó mirando el cielo—. ¡Hagan retroceder a nuestros enemigos!

Allí el general hizo el amague de incorporarse pero algo lo devolvió a la misma posición en que estaba con su torso inclinado. Y volvió a hablar postrado ante el santuario:

—Si esta plegaria es aceptada, si los poderes visibles e invisibles nos protegerán, les pido que nos den una señal.

Cuando la petición estuvo escrita, el general Minamoto Kiso Yoshinaka, Tomoe y doce de sus hombres tomaron la flecha más alta

de su carcaj y, solemnemente, las dejaron con la petición escrita por Kakumei.

Fue al emprender el descenso, a la altura de la cascada, donde la arboleda se despejaba y se abría un claro en el camino, que Tomoe señaló el cielo sin poder decir palabra. El general Kiso siguió la dirección de sus ojos y vio surgir tres palomas de entre las nubes que descendieron hasta posarse en sus estandartes. Esas banderas blancas que eran el señuelo para engañar a los Heike estaban posicionadas estratégicamente en las montañas. Kiso no tuvo dudas: esa era la señal que esperaba.

Pero la visión no le resultaba extraña. Apenas unos instantes le costó recordar una historia similar. Se contaba algo idéntico sobre una batalla del pasado donde la fuerza del enemigo hacía parecer imposible la victoria. Y eran palomas las que lo habían anticipado.

Yoshinaka, aún atravesado por la emoción, descendió una vez más del caballo, caminó hacia el salto de agua, hincó su rodilla en el suelo, sacó su yelmo, lavó sus manos, enjuagó su boca e hizo una reverencia a esas aves sobrenaturales, esas blancas palomas que eran extrañas habitantes en las cumbres normalmente pobladas por otras aves. Su corazón estaba fortalecido ahora por una confianza superior. Una confianza que venía de los cielos.

XXIX
NOCHE INCÓGNITA



Si el arte de la guerra era el arte de la impostura, en esta batalla, Kiso Yoshinaka lo había convertido en el arte de la compostura. Por fin los ejércitos Taira y Minamoto estaban frente a frente. Lo que nadie hubiera imaginado era que se desataría un verdadero torneo de delicadezas en vez de un choque fatal. El movimiento sincronizado de fuerzas teóricamente enemigas sólo conducía a la perplejidad. Más aun proviniendo la iniciativa de un samurái poco afecto a las sutilezas, que solía oscilar entre la acción fulminante y el inescrutable silencio.

Los Genji ya lanzaban quince flechas silbantes con sus mejores arqueros y los Heike devolvían quince flechas silbantes con sus mejores arqueros. Los Genji enviaban treinta jinetes, los Heike otros treinta. Unos, cincuenta, los otros, también. Unos, cien jinetes más, los otros, cien jinetes más. Y cuando estaban ya dispuestos, alineados para el combate, ansiosos por el choque de las espadas, los supuestos contendientes recibieron la inexplicable orden de restringir la acción militar.

Ya había sorprendido a los Taira o Heike la numerosa presencia de los Minamoto o Genji. Si sólo hubiesen intuido el engaño, hubieran retomado la ofensiva ellos mismos ante semejante retracción cuando sus guerreros ya tenían una mano en las riendas y otra cortejando la empuñadura de la espada.

Era una postal inquietantemente bella la de esa formación. Las armaduras alineadas, relucientes, coloridas, las monturas engalanadas, los estandartes desafiantes y los mejores hombres de cada tropa listos para la carga. Pero no eran juegos celebratorios. Las flechas que silbaban por el aire ya habían convocado a los dioses para que asistieran a las valientes hazañas de guerreros dispuestos a matar o morir. ¿Cómo podía ser que luego del ritual de la guerra, en vez de sobrevenir el choque los asaltara la quietud?

Por lo pronto, Yoshinaka había logrado que se detuvieran allí, en lo más alto del Paso de Kurikara. Pero no estaba todo dicho. Había que esperar una aliada imprescindible: la oscuridad.

Imai Kanehira partió liderando la mayor de las tres divisiones que asegurarían el sur. La tropa más pequeña era comandada por Tomoe Gozen. Ambos hermanos y otro guerrero, Nenei Yukichika, eran los comandantes de los ejércitos que se apostarían silenciosamente en los picos de la montaña para observar desde lo alto la trampa sin salida en que se convertirían los acantilados que llevaban al valle.

—¿Cuál será la señal para saber que hay que avanzar? —preguntó Yukichika a Kanehira antes de desprenderse para ir hacia su posición.

—Los gritos de guerra desde el campamento principal —precisó Kanehira, agregando inmediatamente su predicción—. No tendrán salida más que el vacío.

—Hay algo que me preocupa ¿Por qué irían directo a los acantilados en medio de la confusión? —se preguntó Tomoe, cuestionando repentinamente el plan de su señor.

—Es que sólo quedará ese flanco sin avance. Ellos piensan que nuestro ejército está enfrente pero no en círculo —explicó Kanehira.

—De hecho, yo cerraré el circulo por el sur. Deberemos movernos con mucho cuidado para que no nos perciban ni los animales —agregó Nenei.

—La sagacidad de nuestro general ha permitido el triunfo en Yotogawara, pero luego, su increíble plan con el embalse de Hiuchi fue desbaratado por un traidor. Debemos asegurar el objetivo esta vez —advirtió Tomoe, algo escéptica.

—No es tiempo de dudas, Tomoe —ordenó Imai.

—Claro que no —coincidió Nenei.

—De lo que es tiempo es de vencer a los Heike —retrucó ella estirando la rienda para dar un brusco giro y adelantarse en la partida.

Los dos se quedaron mirándola y sin decir nada la siguieron enfilando al sureste. Detrás, con la orden de marchar despacio para no ser detectados, los escoltaban como fantasmas los guerreros de sus tres divisiones. Pronto, Nenei se despegó con su ejército. En el primer puesto iba a quedarse Imai Kanehira con sus tres mil hombres. Tomoe se posicionaría a su lado más al sur y Nenei aseguraría el encierro por ese flanco. Kiso Yoshinaka estaba apostado en el centro y reunía la mayor columna con veinte mil hombres. A ellos debían sumarse los siete mil que desplegaban los estandartes blancos en la avanzada, comandados por Yoda Jirō.

Para entender las posiciones había que pensar en un semicírculo que iba de norte a sur por el lado este. Hacia el oeste, en el impresionante campamento montado en Sarugababa aguardaban los setenta mil guerreros Heike, liderados por Taira no Koremori, el nieto de Kiyomori, hijo primogénito de su hijo primogénito. Los Taira habían ido con su línea de descendencia más pura. Era otra señal de la importancia de la batalla a la que el ejército Genji llegaría con la necesidad de suplantar con astucia y conocimiento del terreno la superioridad numérica de sus oponentes.

La esperada noche no volvería a permitirles siquiera verse las caras entre amigos o enemigos. La noche era una incógnita.

XXX
LO INIMAGINABLE



Si Japón tiene la forma de un dragón que desciende a la tierra, cuya cabeza está al sudoeste y su cola al noreste, los llamados caminos del norte, o Hokurikudō, que dominaba el general Minamoto Kiso Yoshinaka se ubicaban en el lomo del animal. Allí montaba al dragón el ejército del samurái que estaba por apostarlo todo en el Paso de Kurikara, donde los cordones montañosos lindan con los valles que preparan a la gran isla de Honshu para llegar al mar de Japón.

Imposibilitados siquiera de encender una fogata, para no ser detectados, sus ejércitos fantasmas, que se habían posicionado para encerrar a los Heike, tenían que mantenerse quietos, silenciosos y alertas. El día había sido agotador, pero tampoco podían dormir. Además, tenían que mantener tranquilos a los animales para quienes el miedo de los hombres no es inescrutable, y lograr recuperar fuerzas a pesar del frio que, en las altas montañas, no cede del todo ni siquiera en primavera.

Apoyada contra una roca que hacía de parapeto, con su *naginata* de un lado y el caballo del otro, Tomoe buscó en su alforja vegetales disecados y la última ración de un potaje de mijo, un grano parecido al arroz, que resultaba más fácil de cultivar en las altas montañas. Necesitaba reponerse y no había ingerido alimentos en todo el día. Sólo habían bebido el agua de aquella cascada desde donde rindieron tributo a los dioses luego de la aparición de las palomas blancas en el cielo diáfano. ¿Había pasado todo eso? Parecía un hermoso sueño en medio de la tensa vigilia.

Era una noche sin luna. De esas que se espera para las guerras. Pero una cosa era aprovechar la oscuridad para actuar contra un blanco cierto. Y otra cosa era aguardar a ciegas por lo incierto. Por un momento, Tomoe se sintió la niña que había sido. Siempre le pasaba eso en las circunstancias de peligro o posibles pérdidas. Pero no era por temor sino por reaseguro que ella se evocaba a sí misma: sola, frágil, niña.

Era la misma que en aquel momento cuando todo parecía confabularse en su contra. No, no era la misma. Era toda una guerrera cuyo instinto, en todo caso, ya estaba presente en los años puros de la niñez. Cerró los ojos. Daba igual mantenerlos abiertos. Se le escapó un suspiro. Se agachó. Con una mano, tanteó sobre la pared de roca para estar segura de la distancia y la posición de la espada, y con la otra se enganchó la rienda en la muñeca, para saltar al caballo si era necesario. Luego comió lentamente, bocado por bocado, sintiendo el sabor del alimento más intensamente que nunca, desmenuzándolo en su boca. Podía ser su última comida en muchas horas. O su última comida.

Con la visión anulada, todos los otros sentidos se magnificaban. Pensó en su señor, y quiso imaginar cómo estaba en ese momento. Lo entrevió seguro y decidido como siempre pero como nunca. Su arte militar era innato. Su determinación implacable. Su señor le parecía a veces una fuerza de la naturaleza. Como los terremotos. Hubiera querido protegerlo o contenerlo. La realidad era concreta: él había quedado confrontando al enemigo. Si algo sospechaban los Taira, lo tenían al alcance de la mano. Pensar eso la hizo perder calma.

Debía volver a lo que pasaba a su alrededor. No debía fijar su mente en algo que la paralizara. Eso debilitaba. La espera comenzaba a hacerse sentir. Y no podía ser de otra forma. Debían aguardar hasta que las tropas propias, comandadas por Higuchi Kanetmiso, dieran una vuelta absolutamente insensata a su criterio, para completar el encierro del ejército Heike por el norte. En los hechos, era llegar, sin que se dieran cuenta, por detrás de su campamento. Y para eso recorrer una distancia extremadamente larga y extenuante.

Pero esas mismas complejidades hacían inimaginable el embate para sus enemigos. Su general iba por lo inimaginable. Y su deber era seguirlo.

Las milésimas de segundos en que su conciencia pendía entre el sueño y la vigilia eran su momentánea batalla ahora. Hasta que en esa suspensión de los sentidos un temblor que pareció venir de la tierra misma la arrojó al caballo como si ella, su espada y el animal fueran parte de un mismo movimiento y de una misma materia. Cuando volvió a pensar escuchó su grito entre mil gritos. Nunca olvidaría ese sonido. Ni el del galope de los caballos. Ni el de la

fricción enloquecida de las armaduras. Pero tampoco olvidaría ese fuego que de repente encandiló sus ojos, a la distancia, y la aterró.

XXXI

"LA CALAMIDAD SE VUELVE SOBRE NOSOTROS"



No había por dónde escapar. El ataque vino de todos lados. Los gritos de guerra parecían salir de la garganta de una bestia que iba a devorarlos. Se sintieron dentro de ese rugido feroz. Luego, presos del pánico y desorientados por la penumbra no supieron siquiera hacia donde correr. En pocos segundos setenta mil hombres fueron lo mismo que nada. ¿Cuándo habían descuidado la retaguardia por donde irrumpieron los Genji? El norte, el sur, el este. ¿Y qué eran esas criaturas con sus cuernos en llamas desatando una estampida? Eso terminó de enloquecer a hombres y caballos. ¿Qué clase de demonios habían sido liberados del infierno para atormentarlos? Pero, aun así, en la desesperación exacerbada por el caos, en la ceguera de la oscuridad y en la ceguera del miedo, todos sabían que del otro lado estaba el vacío.

¿Por qué corrieron hacia allí entonces, si el acantilado era un enemigo tan feroz como los guerreros Minamoto? ¿Por qué no dieron pelea en vez de huir hacia esa trampa mortal? Es que eso que irrumpía sobre ellos no parecía un ejército. Para aquellos que

escucharon el alarido de esas cuarenta mil voces por delante y por detrás, pareció que las mismísimas montañas y los ríos estaban por desintegrarse.

La confusión magnificada por el miedo borró la noción del espacio y borró la estimación del peligro. Como si por no verlo el acantilado no existiera, los que huían en la oscuridad terminaron cayendo al precipicio sin poder servir de advertencia a quienes los seguían. Y así, hombres y animales, carros y armas, caían cuando ya era tarde para sí mismos y tarde para los que iban detrás. Una montaña de hombres y animales se apilaron unos sobre otros. Y un río de sangre corrió por el cañadón ahora convertido en sepultura.

Hay quienes dicen que extrañas figuras blancas habían aparecido en el valle confundiendo a los Taira con la falsa ilusión de un escape posible en la dirección exacta que habían tomado. Que aparecían de pie dando la sensación de que la altura era perfectamente manejable. ¿Cómo pudo una mera visión engañar a tantos a la vez? Ante la magnitud y la escala de la derrota, otros afirman que el propio dios Hachiman había urdido el engaño para asistir a su general preferido, ese que le había rendido homenaje y le había dejado una petición antes de su batalla más decisiva. Tanto que los búfalos que soltó el señor Kiso en el campo enemigo, con los cuernos prendidos fuego, habían aparecido en manada como un don del cielo justo donde acampaban, y, a la hora de ser enviados al lado enemigo, obedecían como guerreros que entienden a la perfección lo que se espera de ellos.

—¡Maten a ese maldito monje antes que nada! —ordenó desde su caballo el general Kiso al tropezarse con Saimei, el traidor de la batalla de Hiuchi al que habían encontrado en las filas enemigas.

Del otro lado del acantilado se erigía un infierno de agonizantes hombres y caballos. La soberbia de los Taira que habían ido al encuentro de Kiso Yoshinaka, sin línea de abastecimiento, sin conocer el terreno, sin completar sus rangos con guerreros profesionales, obligando a improvisados campesinos a tomar las armas, encontraba su límite en la estrategia de un general innato y su planteo genial de una batalla.

Cuando Tomoe quedó de pie frente a la montaña de muerte en que se había transformado el otrora temible ejército Heike, miró a su señor con una mezcla de admiración y rencor.

—Sabía que hacía falta un plan alternativo, pero no me lo confiaste.

—A qué te refieres —respondió él sin mirarla, altivo en su caballo.

—A esos búfalos con sus cuernos en llamas.

—No tenía plan alternativo. Los búfalos aparecieron de repente y decidí usarlos.

La forma llana en que su señor le habló de ese recurso providencial la dejó en silencio. Sintió que había algo sobrenatural en esa repentina aparición de una manada, justo en los prolegómenos de la batalla. Y más aún, que él lo tomara como algo perfectamente normal.

Ese hombre le enseñaba que todo podía usarse en el combate. Que todo era el combate. No quería anticiparse a los hechos, pero ese triunfo marcaba un punto de inflexión.

—Debemos marchar esta misma noche y unirnos a mi tío Yukiie —la sorprendió el señor Kiso.

—¿Ahora mismo?

—Koremori, el general de los Taira, ha escapado.

—¿Cómo puede ser? ¿Ha abandonado a sus hombres mientras morían por él?

—La cobardía de los Taira ya no debe sorprendernos. Así son los Heike —susurró Kiso con la voz llena de desprecio.

Los Taira no eran ejemplo de honorabilidad ni siquiera con los propios. Munemori, hijo del difunto Kiyomori, ahora, convertido por fin en el líder Heike, se había sentido tan seguro que había enviado a los suyos directamente a la muerte. Su sobrino y comandante había huido en vez de tener el decoro de hacer *seppuku*. Las noticias de la derrota en Kurikara sólo podían hacer desesperar a la Casa de Taira. Kyoto fue todo pánico en medio del vacío de poder. Los Heike escaparon como prófugos de la antigua capital. No dejaron ni a la familia imperial, incluyendo al niño emperador Antoku y a las Joyas Imperiales. Antes de encarar el camino al exilio, durante un fugaz paso por la que quiso ser la capital de la dinastía, el heredero del tirano reunió a sus principales samurái y lo escucharon decir: "La prosperidad de tantos méritos ha llegado a su fin, la calamidad por tantos males ahora se vuelve sobre nosotros".

XXXII
EXTRAÑOS CAMINOS DEL HONOR



Los días que siguieron a la gran batalla de Kurikara no trajeron la paz. Había que asegurar la victoria y obtener lo máximo de haber puesto en fuga al enemigo. El general Kiso no tenía intención de delegar la persecución de los Taira. Primero se había unido a su tío Yukiie, en las provincias de la costa, y luego había enfilado directo a Kyoto.

Tomoe llegó al campamento de Shinowara, donde se preparaba la avanzada, cuando Kiso se encontraba en plena inspección de los vencidos. A pocos metros de la tienda pudo vislumbrar la ansiedad del samurái por los gestos ampulosos con los que parecía reclamar ante algo que no lo satisfacía.

Lo encontró enardecido, con los ojos inyectados en sangre, y obsesionado con uno de los guerreros con el que se había batido hasta darle muerte.

—¡Traigan su cabeza! —repitió sin prestar atención a la llegada de Tomoe.

—Señor —dijo ella escuetamente al presentarse mientras hacia una reverencia.

Aún vestía la pesada armadura y su rostro llevaba las marcas de haber recorrido un largo trayecto al sol. También tenía una herida en un pómulo que llamaba la atención.

—Acércate. Déjame ver tu cara —le dijo él por toda bienvenida.

—Estará bien en unos días —afirmó ella, restándole importancia, mientras hincaba una rodilla en el *tatami* para inclinarse hacia él.

El señor Kiso tomó su cara por la barbilla y primero revisó cuidadosamente la herida.

—La punta de una espada —concluyó.

—Estuvo cerca… —asintió ella.

Él dejó de enfocar la vista en la herida y la miró a los ojos, fijamente. Fueron largos segundos en los que realmente se encontraron. No les hacía falta decirse una sola palabra. Su intimidad era la de una misma especie. Pero de pronto, un barullo de hombres y exclamaciones interrumpió el reencuentro. Tomoe se incorporó, atenta, para observar la delegación que se acercaba. El samurái, curioso, apoyó sus manos sobre sus piernas cruzadas y allí se sostuvo para alargar su cuello prestando total atención a la cabeza que ya limpia le traían sus hombres. Ese rostro le había parecido demasiado conocido en la batalla y no había podido borrarlo de su cabeza. Pero ahora se veía diferente.

—Tenía su pelo teñido de negro y la tintura se diluyó en el contacto con el agua —le explicó uno de los guerreros para justificar la demora en encontrar precisamente esa cabeza.

El general Kiso aseguraba haber combatido con un luchador incansable al que había descripto por su cabellera color negro muy

oscuro. Pero ahora tenía ante sí la cabeza de un anciano con el pelo blanco. Estudió con cuidado las facciones sin vida y, como si no hubiera soportado mirarlo ni un segundo más, dio vuelta airadamente la cara.

—¡Váyanse! —ordenó.

Tomoe, que no entendía su inquietud, lo veía ahora bajando la cabeza y tomándose la sien. Era inusual el atisbo de arrepentimiento que estaba notando en su señor.

—¿Lo conoces? —le preguntó.

El silencio de Kiso era más parecido a un trance que a un silencio. Ella no insistió. Se puso de pie. Apoyó su yelmo en una pequeña mesa y tomó un cuenco para servir sake y ofrecerle algo que lo aliviara. No tenía motivos para estar apesadumbrado luego de la tercera batalla triunfal. Venía de ultimar al hijo menor de Kiyomori, y ahora había sofocado a los últimos prófugos. Él recibió el brebaje de arroz fermentado y lo tomó de un trago. Ella recibió la pequeña vasija y tomó un gran abanico, que siempre estaba a su lado, para refrescarlo. Pero Kiso detuvo su mano y le hizo señas para que se sentara junto a él. Sin mirarla empezó a recordar.

—Mi padre era capitán de la guardia de uno de los príncipes herederos. Cuando lo mataron, hubo una orden inmediata de asesinar a su pequeño hijo varón. De asesinarme.

Tomoe no se atrevió a dirigir la mirada hacia él. Mantuvo los ojos fijos hacia adelante intentando que no se notara la conmoción de lo que sospechaba. Apenas bajó un poco la cabeza mientras él continuó hablando.

—En medio del silencio de la noche, ya expirando la hora del Jabalí, alguien me sacó de mi cama cuando aún no sabía que mi

padre estaba muerto. Me ordenó hacer silencio y me dijo: "Estarás bien". Me cubrió con una manta y me acomodó delante suyo. Cabalgamos durante horas a toda velocidad hasta llegar a las montañas. Cuando la noche es más oscura y está por dar paso a los primeros claros, a la hora del Tigre, se bajó y me habló. "¿Tienes miedo?" —me preguntó—. Le dije que no. Creo que él supo que yo mentía, pero también supo que tenía claro cuál debía ser mi decisión.

—Decidiste no tener miedo siendo un niño… —deslizó la guerrera como si entendiera muchas cosas luego de esa revelación.

—"Le prometí a tu padre cuidar de ti si le pasaba algo", me dijo —siguió el samurái—. Entendí que mi padre estaba muerto sin que me lo dijera. Lo miré a la cara y vi sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Era…? —balbuceó Tomoe sin lograr terminar la pregunta.

—Esta tarde maté a Saitō Sanemori, el hombre que me salvó la vida cuando era un niño. Gracias a él llegué hasta aquí y le he pagado mal.

Tomoe entendió la honda pena de su señor y la perturbó la treta del destino. El hombre que le salvó la vida venía a cobrársela en una lealtad tardía hacia los suyos. Quién, en el más febril de sus delirios, podía imaginarse que un día los Taira caerían ante las astucias de un guerrero rústico de la montaña.

—Señor, tu salvador ha sido leal con los suyos en su final. Ha tratado de reparar lo que quizás nunca imaginó podía ser una alta traición. ¿Cómo iba a pensar que ese niño que había salvado vencería a toda una estirpe de samuráis? Son los dioses los que han querido salvarte. Es Hachiman el que te ha bendecido. Nosotros mismos, los que formamos tu ejército, no supimos como sí supiste

tú mismo que Kurikara cambiaría la historia. Desde esa noche no eres el mismo. Eres el general que espera ahora el mismísimo emperador en retiro. Saitō Sanemori nos ha dado una lección.

—Mujer, no intentes consolarme.

—No, mi señor. No me atrevería a subestimar a mi general —le dijo, girando la cabeza y dirigiéndose hacia él aunque no le devolviera la mirada—. Ese hombre tuvo piedad de un niño pero tuvo respeto de un guerrero. Si se hubiera rendido ante ti, habría merecido una muerte deshonrosa. Tuvo el honor de morir bajo tu espada. Y limpió su traición si es que alguna vez sintió que salvar tu vida había sido fallar a los propios.

El general Kiso volteó lentamente su cabeza hacia ella mientras su torso se mantenía firme hacia el frente, en pose marcial, con las manos sobre las piernas cruzadas. Ella notó que se le llenaba la mirada de lágrimas. Y de agradecimiento.

—Eres mi mejor comandante —le dijo.

Tomoe no le preguntó por qué. No se hubiera atrevido a pedirle explicaciones para alimentar su vanidad. Pero él se las ofreció.

—Un samurái piensa ante todo en las razones del honor. Y el honor encuentra extraños caminos para su retribución. Caminos que otros hombres encontrarían incomprensibles. Por eso es que tú entiendes a veces más que yo.


MAPA 3
FASE 2
DE LA GUERRA
CLAN
MINAMOTO
YOSHINAKA
CLAN
OSHU
FUJIWARA
MAR DE JAPÓN
CLAN
MINAMOTO
YORITOMO
CLAN
TAIRA
Saitama
Kamakura
Heian-Kyo
Naniwa
OCÉANO PACÍFICO
JAPÓN
1183
GUERRA
DE
GENPEI
N
W
E
S

XXXIII
GENERAL DEL SOL NACIENTE



*K*iso Yoshinaka vestía un *hitatare* o bata de brocado rojo y una armadura con lazos de color damasco. Llevaba a la cintura una espada magnífica y en su espalda cargaba un carcaj con flechas terminadas en plumas blancas de águila. En su mano izquierda tomaba un arco forrado de ratán y su yelmo pendía de su hombro. Lo acompañaba su tío Yukiie, ataviado también con sus mejores galas. Llegaban a una ceremonia que el samurái había conseguido al enviar cincuenta mil hombres a caballo para custodiar al emperador en retiro Go Shirakawa en su regreso a la capital.

Hacía más de dos décadas que los blancos estandartes del clan Minamoto no entraban a la antigua Kyoto. Ahora recibirían su justo premio. Ambos caminaban en silencio hacia el trono, montado para la ocasión en el patio principal del palacio. Antes de agasajarlos, la voz grave y frágil del soberano, se hizo oír:

—Les encomiendo aniquilar al heredero de Kiyomori. Taira Munemori y sus descendientes deben ser eliminados del futuro de Japón.

—Así será —respondió escuetamente el señor Kiso haciendo una reverencia que calcó su tío.

—Su Alteza… —murmuró Yukiie con sorprendente atrevimiento.

—Habla, guerrero —contestó el emperador en retiro.

—No tenemos dónde vivir aquí en la capital.

Al señor Kiso se le escapó una mueca risueña ante la audacia de su tío de mezclar al emperador en retiro con una cuestión tan doméstica. Pero al escuchar la inmediata respuesta del soberano entendió la estratégica petición. Inmediatamente, ambos fueron honrados con residencias palaciegas, en un trámite simple. Yukiie miró de reojo a su sobrino con un brillo de pícara jactancia. Su instinto no lo había defraudado. La Corte se estaba aliando con un nuevo clan guerrero y, de la misma manera que los Taira habían logrado ascender, ahora podían hacerlo ellos. Pero al emperador le faltaba un último mandato.

—Deben colaborar con mi edicto para que regresen a la ciudad las Joyas Imperiales y el emperador Antoku. Hasta entonces, el cuarto príncipe será la esperanza de la sucesión. ¡Ven aquí niño! —llamó, buscando al pequeño que se abrió paso entre los presentes y trepó a los brazos de su abuelo.

Los oráculos le habían asegurado que, si el niño lo sucedía, su línea reinaría en Japón por cien generaciones.

Secretamente, desde una esquina donde ocultaba sus facciones de mujer, Tomoe, vistiendo su armadura, entendió el mensaje del emperador en retiro. Estaba dejando en claro que, ante todo, debía asegurar su linaje.

—¿Hubiera podido regresar a su palacio sin la custodia de nuestros ejércitos? —le preguntó por la noche al general Kiso.

—Claro que no.

—Mañana, cuando te nombre General del Sol Naciente, debes recordar que no le debes a él tu gloria. Sino al triunfo en tus batallas.

—No podrás venir mañana.

—¿Cómo?

—No puedo arriesgarme a que vean en la corte que mi principal comandante es una mujer.

Tomoe caminó hacia la salida del salón sin pedir permiso para retirarse.

—¡Espera! —le ordenó ofuscado.

—¿Ahora te cuidas de mí? —le recriminó ella dándose vuelta.

—Es sólo una formalidad. Nada habrá cambiado después de mañana.

—Con su permiso, mi general —respondió Tomoe marchándose con fastidio.

—¡No puedes irte!

La respuesta de Tomoe fue una mirada que pareció una flecha. Luego no miró de nuevo hacia atrás a pesar de los reiterados llamados de su señor. Caminó sin detenerse hasta su caballo y salió al galope. No sabía a dónde se dirigía pero sí que necesitaba estar lejos. Casi dejó que el caballo la guiara confiada en que el animal volvería a algún lugar familiar. Cuando la noche profunda se agitó por los cascos al galope retumbando en el silencio, el campamento de Shinowara despertó exaltado al recibir a la guerrera. Ella fingió que debía cuidar la retaguardia en medio de las celebraciones. Nadie podía desconfiar de ella. Lo que no sabía es que su excusa, encerraba una especie de premonición.

XXXIV
DOS FRENTES



La llegada de Tomoe Gozen al campamento de Shinowara, sin guerreros que la escoltaran, había despertado suspicacias, aunque nadie se atreviera a hacerlas explícitas. Todos esperaban noticias de las celebraciones consagratorias del General del Sol Naciente, según lo llamaba el título que le había conferido a Kiso Yoshinaka, el emperador en retiro. Go-Shirakawa veía en el triunfo del samurái, su propia restauración en el poder luego de ser prisionero de los Taira. Había jugado a dos puntas con los primos Minamoto, Kiso y Yoritomo, que a su vez se disputaban entre ellos, el control del clan.

Tomoe no tenía planeado volver a Kyoto en lo inmediato. Se sentía herida en su orgullo, aunque al mismo tiempo sabía que le debía obediencia a su señor. La inquietud y la impaciencia que la embargaban no eran las mejores consejeras. Hasta tener claridad había decidido enfocarse en alguna tarea útil. Se le había ocurrido armar guardias entre la tropa que permanecía en el campamento ante la peligrosa tranquilidad que percibía en los guerreros.

Era cierto que los triunfos militares habían sido arrasadores y que habían precipitado los tiempos como nadie lo había imaginado. Pero un ejército era un ejército. Si los Taira habían caído derrotados era en parte por su indisciplina y su falta de formación. Por eso, la segunda noche, ya había decidido hacer vigilia ella misma con los hombres que hacían el relevo. La itinerancia que imponía la campaña militar requería orden ante el cambio permanente. Tomoe decidió quedarse un buen tiempo en el campamento para que su ausencia al lado de Kiso hiciera su trabajo. La idea de que la ciudad le era vedada en su verdadero rol de mujer samurái la retenía allí en la línea de avanzada.

Y fue una de tantas noches repetidas en las que a la vera del camino atisbó un convoy de mujeres y niños exhaustos, que huían desesperados entre quejidos de dolor y lamentaciones. Tomoe no dudó en despegarse de la hilera de jinetes para dirigirse en su caballo hacia ellos. Al notar que se aterraban ante su presencia intentó tranquilizarlos. Especialmente a una mujer anciana que al hacerse hacia atrás, directamente había caído al suelo mientras se protegía con sus manos la cabeza como si estuviera segura de que sobrevendría un ataque.

—¡Calma! ¡No voy a atacarla! ¡Calma! ¡Quiero ayudarlos! —le aseguró en voz alta hasta que la mujer pudo por fin escuchar lo que decía y dejó de producir desesperados alaridos.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —clamó la mujer arrojándose a los brazos de Tomoe mientras el resto de los desplazados también se acercaban a ella.

—Tome un poco de agua —le ofreció de su propia reserva e intentó saber qué había pasado.

—Los guerreros del general asolaron las casas luego de la celebración… —refirió entre sollozos—. Nos saquearon, nos golpearon, violaron a decenas de mujeres y… —se cortó sin poder continuar.

Tomoe no lograba entender. ¿Habrían regresado los Taira? ¿Quiénes habían protagonizado el pillaje? ¿Había sido un contraataque del primo de Kiso, Minamoto Yoritomo? Se odió a sí misma por no haber estado allí para ayudar a Kiso. Mientras sostenía a la mujer, que ahogada entre lágrimas se hundía en su pecho, fue increpada por una joven que decía ser la hija de la anciana.

—Deja a mi madre que tu consuelo es falso. Tu ejército es el que nos ha echado de nuestra casas.

—¿De qué hablas? Estoy segura de que no fue…

—¡Tenían ese escudo y ese mismo estandarte que llevan tus hombres! —la acusó con rencor mientras señalaba exaltada a los guerreros que habían acudido ante el tumulto.

No entraba en la cabeza de Tomoe lo que estaba escuchando. ¿Qué había pasado en Kyoto para que esa procesión de mujeres jóvenes y ancianas escapara con sus niños? Para llegar allí debían haber caminado casi un día entero. No podía ser su ejército. Se tentó con salir inmediatamente hacia la capital pero quería ayudar a esa gente. Les dio instrucciones a sus hombres para que les dieran albergue, comida y agua luego de guiarlos hacia el campamento. Allí fue que otro suceso la llenó de preocupación. El arribo de un mensajero con un recado urgente frenó su partida. El hombre era un espía que les respondía en las líneas de Yoritomo y preocupado por el hijo de Kiso había huido a avisarles que el primo del general preparaba un ataque.

—Enterado del triunfo del general Kiso, el señor Yoritomo se enfureció. No podía entender que su primo hubiera llegado tan rápido a Kyoto pero lo que terminó de enardecerlo fue la condecoración del emperador y que tan rápidamente le cediera residencias palaciegas.

—¿Residencias palaciegas? —preguntó Tomoe al mensajero que sólo se encogía de hombros por toda respuesta.

¿Tanto había pasado en unos pocos días? ¿Quién había cometido pillaje entre los habitantes de Kyoto? ¿Quién había violado a las mujeres? ¿De qué residencias palaciegas hablaba Yoritomo? No sabía hacia donde ir ante las novedades en dos frentes. Quería pensar que unos pocos guerreros fuera de control habían protagonizado esos hechos vandálicos. Si Kiso sembraba el odio, pronto, el pueblo volvería a buscar protección en los Taira. O peor: en Yoritomo. ¿Qué haría Yoritomo ante la inesperada entrada triunfal de Kiso? Era improbable que se quedara de brazos cruzados. Ella no podía tomar decisiones por su cuenta y menos aun considerando que Shimizu no Kanja Yoshishige, el hijo de Kiso, estaba en poder de su primo y ahora, sin dudas, principal enemigo. Lo que escuchó del espía terminó de convencerla.

—El general Yoritomo le ha dado órdenes a su hermano menor, Yoshitsune, de atacar al general Kiso y tomar Kyoto bajo su poder.

—Eres un guerrero honorable —le devolvió por toda respuesta—. Vuelve al campamento y, si confirmas que Yoshitsune ha salido al ataque, rescata a Kanja. Te recompensaremos —se atrevió a ordenar —. Come algo ahora y descansa un poco. Luego lleva algunas pieles, barriles de arroz y alguna vasija de sake para justificar tu ausencia, en la búsqueda de provisiones.

Ella, en cambio, preparó su mejor caballo, y partió con urgencia hacia Kyoto.

XXXV
QUIETUD E INQUIETUD



La imponente entrada del general Kiso a la ciudad de Kyoto era una estampa que se diluía en el tiempo. La sucesión de torpezas y descortesías que había protagonizado desde su llegada iban poblando las habladurías. Como el que balbucea en un idioma extraño y no logra evitar la ofensa ni el ridículo, el general del Sol Naciente, fallaba en encontrar su lugar en una sociedad que pretendía mantener su grandiosidad luego de años difíciles. La residencia que lo albergaba lo hacía sentir en una jaula. Pero no era esa incomodidad —que, por cierto, los demás ignoraban—, lo que alimentaba los rumores y las críticas.

Todos querían conocer al nuevo protector de Kyoto, pero Kiso, desacostumbrado a la vida social de la corte, y fuera de los ámbitos de la guerra, se volvía introvertido y hosco, se veía descolocado y terminaba exponiendo para mal su rusticidad.

Si había servido una pobre comida a un importante visitante, si tenía malos modos, si profería demasiados insultos en su vocabulario

habitual o si confundía las formas protocolares hasta para descender de un carruaje, todo sumaba a una presencia deslucida.

Cuando Tomoe ingresó a la ciudad montando altiva su caballo, ataviada con armadura completa, espada larga y corta a los lados, arco forrado en ratán y carcaj repleto de flechas, el interminable pelo negro que había decidido no ocultar la delató. Mujeres que marchaban con delicadeza quedaron suspendidas ante la transgresora visión. Viajeros en su palanquín asomaron las cabezas para mirarla. Escoltada por uno de los guerreros que custodiaba la entrada principal a la antigua capital, atravesó la magnífica puerta de Rajomon en el sudeste de la ciudad y avanzó por la avenida Suzaku sin que nada ni nadie distrajera su mirada del horizonte.

Pronto arribó a la intersección de la segunda cuadrícula y dobló a la derecha en busca de la residencia palaciega situada en Nishi no Toin, una calle paralela a la principal. La distinguió por la guardia en la puerta. Y se decidió a ir por la entrada a los establos donde fue inmediatamente reconocida.

La sonora fricción del metal con el roce del cuero y el tintineo de las espadas chocando con la herrería de la armadura al ritmo de sus pasos fue una música inconfundible para Kiso, que caminó ansioso hasta la entrada donde la recibió con sus brazos abiertos.

Tomoe, en cambio, tardó en reconocerlo. Vestía una bata llamada *karimigu* que tenía mangas dobles y enormes en dos placas de tela que se superponían. Era una prenda muy usada en la corte por su elegancia, pero Kiso la llevaba desalineada y mal ajustada. Lejos de destacar su figura, dejaba en total evidencia su falta de refinamiento.

Para Tomoe, estas no eran cuestiones que contaran demasiado. Ella sabía de sus incomparables artes militares, de su intuición y de su fuerza. Y no era de su eventual vulgaridad que ella temía. Al final, esas eran nimiedades para quienes saben la delgada línea entre matar o morir. Sí la inquietaban su falta de adaptación, su ímpetu y su intransigencia.

—Mi señor —le dijo sin mayor expresión y por todo saludo haciendo una breve reverencia—. El emperador ha nombrado a tu primo Yoritomo, Señor del Sometimiento Barbárico —continuó—. ¿Lo sabías? —lo provocó.

—¿Vas a unirte a su ejército? —la azuzó él mientras avanzaba hacia ella para tomarla de la cintura.

—Señor, tu hijo corre peligro —alertó ella con rostro grave.

El general Kiso retrocedió ante ella como quien ve un espectro. Su hijo estaba en poder de Yoritomo.

—Me siento inútil en esta ciudad pero no podemos dejarla —lamentó.

—Señor, el camino que recorrí hasta aquí habla del malestar de los habitantes de Kyoto ante el nuevo protector. Tus hombres han hecho estragos y realmente no lo entiendo…

—No hay nada que debas entender. Deja de hablarme así y ve a vestirte como una mujer.

—Sí, señor —asintió obediente y comenzó a caminar hacia las habitaciones internas cuando él volvió a hablarle.

—Espera…

Tomoe se detuvo y supo por su tono vacilante que había tomado conciencia. La ciudad había debilitado al hombre que ella conocía.

Los deberes de la cortesía no eran para su señor. Por eso decidió hablarle en el lenguaje que él entendía.

—Pronto serán dos, no un ejército los que nos enfrentarán. La línea de resistencia de los Taira y el poderoso Yoritomo con sus tropas ávidas de recuperar lo que les quitaste. Se vienen horas definitivas, señor.

—¿Qué quieres hacer?

—Debemos dividirnos y avanzar en dos flancos para sorprenderlos.

—Pero debemos dejar una guarda suficientemente fuerte en la ciudad.

—La ciudad se juega en las afueras, mi señor —le dijo con una voz punzante que él conocía muy bien.

—Lo pensaré. Ve a quitarte esa armadura.

—Señor…

—Ahora. Ve ahora —le ordenó tambaleando descalzo mientras la enorme bata de caza se enredaba entre sus pasos.

Tomoe volvió a desconocer a su señor. La alarmó su dificultad para percibir la realidad. Eso era imperdonable en un general. Pero no quiso contestarle. Hizo una breve reverencia y caminó presurosa hacia los aposentos. Al llegar al ala de las habitaciones de servicio la alarmó la profusa tos que traspasaba las paredes del cuarto de Yamabuchi.

Reconoció el jadeo de la respiración de su querida hermana de crianza y sintió la debilidad de la temida emoción. La alegraba volver a verla, la angustiaba encontrarla enferma. Se apuró en desajustar el torso de su armadura y ya despojada de cualquier tensión en el torax la buscó. Yacía sobre el *tatami* encogida bajo la manta pesada

que la cubría. Estaba demacrada y se veía mucho más delgada. Ya no tenía dudas. La corte con sus delicadezas era un ambiente hostil para ellos.

—Hermana debes irte de aquí. Tu respiración es para las montañas —le dijo intentando convencerla de las bondades de dejar la capital.

—No es el aire hermana —le dijo con voz débil.

—¿Qué pasa hermana? —le preguntó Tomoe, preocupada por la fragilidad que percibía en la fiel Yamabuchi.

—Sácame de aquí, Tomoe… —le rogó en una exhalación.

En un segundo, Tomoe pensó en todas las batallas que habían combatido. En los peligros impuestos por un enemigo poderoso y en la certeza de propósito que había tenido la guerra. Vencer tan súbitamente a los Taira parecía tener el efecto de un adormecimiento. ¿Y ahora qué hacer? ¿Esto era lo que querían? Una profunda confusión era la que prevalecía en ese ambiente de dejadez. Pero no entendía por qué.

XXXVI

"NO PODEMOS PERMITIRNOS IGNORAR ESTO"



Durante la noche no pudo pegar un ojo. A ella también la descolocaba la ciudad. Pero no porque cediera a sus encantos o porque la hicieran sentir una extraña, sino porque su mente permanecía en el campo de batalla, aunque su cuerpo yaciera al lado del señor Kiso en la habitación de un palacio.

La ciudad con sus bellos jardines e imponentes templos le parecía, por momentos, una irrealidad. Una irrealidad ante la cual no debía bajar la guardia. En sueños, le había parecido sobrevolar como un águila de la montaña la incesante contienda.

En medio de la noche, cuando había logrado sucumbir por fin ante el cansancio, algo la hizo incorporarse exaltada para encontrar en el abrupto despertar nada más que oscuridad. Un sonido le recordó dónde estaba. Era la respiración profunda del samurái. Él dormía como si no hubiera peligros. Sintió una extraña soledad. Por un momento lo desconoció. Pero al instante se sintió mal por ello. ¿Cómo podía servirle a su señor? ¿Cómo podía devolverlo a la cautela? No entendía qué lo había llevado a bajar su estado de

alerta. En esos pensamientos se consumieron las horas que restaban para la mañana.

Antes que él despertara, al promediar la hora de la Liebre, se deslizó suavemente y preparó un baño para cuando su señor despertara. Tomoe intuyó que eso aliviaría de sus tareas a Yamabuchi, cuya tos no había cesado en la noche. Esperaría que despierte e intentaría hablar con él para ponerlo al tanto de los peligros que ella intuía que acechaban.

Envuelta en una bata rosada sobre la que caía como una manta su pelo azabache, se irguió apenas, atenta, cuando escuchó pasos firmes avanzando desde la galería. Sin dudas, Kiso se había recompuesto con el descanso. Eso era una buena noticia. Rápidamente se puso de pie y esperó con una reverencia que incursionara en el salón principal. Cuando él entró y no dijo una sola palabra, ella, confundida, elevó con cuidado el rostro y para su sorpresa no lo vio.

Conocía al guerrero que tenía ante sí y que le hacía una reverencia a ella.

—Comandante, qué urgencia lo trae aquí —le preguntó consciente de la preocupación que denotaban los gestos del hombre.

—Debo hablar con el general Kiso.

—¿Qué fantasma te ha dejado esa cara de miedo, buen guerrero? —se escuchó decir al general Kiso mientras aparecía por sorpresa desde atrás de un biombo.

Tomoe Gozen volteó la cabeza para mirarlo y no pudo notar el desconcierto del soldado a quien le costaba reconocer a su señor, sin la armadura que parecía inseparable de su persona.

—Vete mujer, que hablaré con el mensajero —fue la siguiente frase que la dejó afuera de la escena.

La samurái marchó en silencio pero con el mismo enojo que la había hecho huir de Kyoto. Sabía que no podía dejarse llevar por eso. Pero estaba indignada.

En la sala, el guerrero expuso ante el general del Sol Naciente las malas noticias que llegaban del frente. Los Taira habían tenido una contundente victoria en la batalla de la bahía de Mizushima luego de descender a caballo desde sus embarcaciones y poner en fuga a los comandantes Genji. El triunfo en las provincias marítimas volvía a posicionarlos a tiro de la capital, con renovada iniciativa y cortando lo que hasta ahora había sido sólo repliegue. Kiso hizo un largo silencio antes de responder. Intentaba figurarse cómo habían recuperado la franja de la costa que él suponía segura. Luego, respondió.

—No podemos permitirnos ignorar esto.

XXXVII
EN LA GUERRA NO HAY PERDÓN



¿"No podemos permitirnos ignorar esto"? Tomoe no podía creer la respuesta que su señor acababa de darle al mensajero. Tampoco podía permanecer mucho tiempo más sin ser descubierta detrás del panel de madera tallada con motivos de cacería que le permitía ocultarse para escuchar a Kiso. Desde donde estaba pudo percibir la sombra rauda de otros dos guerreros que se sumaban a la reunión de emergencia. En su cabeza aún retumbaba esa respuesta. "No podemos permitirnos ignorar esto". ¿Había cosas que sí se podían ignorar? "El tiempo que perdamos en reaccionar será el tiempo que aprovecharán los Heike para contratacar", calculó. Hasta que las voces volvieron a interrumpir sus disquisiciones.

—Señor, hace un tiempo usted perdonó la vida de Kuramitzu no Jirō Narizumi —le recordó uno de los guerreros al general Kiso.

—No habría sido correcto matar a un guerrero como él —reafirmó el samurái.

—En muestra de agradecimiento, él quiere volver a la guerra pero peleando en contra de los Heike, sus antiguos amos —le reveló el

guerrero.

El general Kiso se puso de pie de un salto. Estaba eufórico. Un guerrero de ese valor y con fuerza prodigiosa, que lejos de sentirse humillado había trabajado meses y meses en tareas casi domésticas aplicando su poderío físico al agradecimiento por haber salvado su vida, ahora ofrecía sus servicios al General del Sol Naciente. Dejaba las filas Taira para pelear por los Minamoto. Sus hombres le contaron en detalle las palabras juramentadas por Narizumi. "Cuando mi vida, insignificante e indigna, me fue perdonada, ese solo acto me liberó de cualquier obligación de servir a mis antiguos generales. En cualquier futura batalla, sólo deseo galopar al frente de un ejército Minamoto y dar la vida por el general Kiso".

Hacía tiempo que nada lo había exaltado como esa promesa de fidelidad de un guerrero, otrora enemigo, que él había perdonado por pura admiración de su valor, y ahora le ofrendaba su propia vida.

—¡Espléndido! Es una idea sin defectos. Permítele guiarnos hacia el enemigo y seamos capaces de vencerlos dos veces. Por nuestro poderío militar y por hacer nuestro a uno de sus mejores hombres.

Tomoe no pudo y no quiso escuchar más. Si seguía allí, pronto la descubriría su señor. En cierto modo lo desconocía. ¿Cómo podía admirar a alguien que, en lugar de tener el honor de hacer *seppuku* tras haber sido capturado y deshonrado como un sirviente, desertaba de sus filas y ahora daba vuelta su obediencia como si en las acciones de un guerrero no mediara más que el oportunismo?

Cuando el general Kiso Yoshinaka dio la orden de preparar la salida de su ejército, Tomoe se sintió confundida ante dos posibilidades. Una de ellas era razonable: había que estar cerca de donde las fuerzas Genji resistían el renovado asedio de los Heike.

Pero no pudo evitar preguntarse si su señor también buscaba sacarla a ella de la ciudad. Era como si la ciudad borrara el vínculo que las montañas habían sellado entre ellos. El trato cambiaba y también la confianza. Lo que más la preocupó fue tener que dejar a Yamabuchi cuya salud no daba señales de mejoría.

—Ve tranquila, hermana, pronto podremos vernos de nuevo —le dijo con ternura la joven que a pesar de su debilidad había decidido volver a sus tareas.

—Volveré a buscarte —le prometió y le dio un abrazo antes de partir.

En el camino, prácticamente no se dijeron palabra. Tampoco sabía a dónde iban. Estar marginada de las decisiones era otra característica de los nuevos tiempos. Tomoe hacía esfuerzos para que el orgullo o la inquietud no se interpusieran en su deber. Montaba en la tercera fila de la columna cuando decidió adelantarse y encarar a su general. Ninguno de los guerreros frenó su avance. Todos sabían quién era ella y nadie atinaba a pensar que podía haber alguna distancia entre la mujer y su general.

—Por fin decides acercarte —le dijo él por todo recibimiento cuando ella avanzó con su caballo y se puso a la par de Kiso.

—No me había llamado a su lado, señor —le respondió sorprendida por su repentino reclamo.

Él le contestó con el silencio, que volvió a romper ella para ensayar algo de normalidad.

Habían cabalgado horas rodeando las provincias de Harima al oeste de Kyoto. Tomoe no había sido informada de la avanzada contra los Heike en la provincia de Bitchu que estaba más adelante hacia el oeste y por eso debía ser cuidadosa en lo que preguntara.

Quería saber si pensaban unirse al ejército que lideraba el converso Narizumi pero se suponía que no sabía nada al respecto.

—¿Nos uniremos al ataque de nuestras tropas contra los Heike o avanzaremos hacia otro frente, señor?

—Nos quedaremos en un punto estratégico en la frontera entre Harima y Bizen. Allí espero el regreso de nuestro hermano Imai Kanehira para saber de las tropas en el frente.

La normalidad de la respuesta del general Kiso y su tono decidido, aliviaron a Tomoe. Acaso era la ciudad la que le generaba a ella una idea errónea sobre su señor. Era tan determinante él para ella que su propio rango militar podía fortalecerse o desdibujarse con su sola disposición. Miraba de reojo al samurái vestido de armadura y volvía a encontrar a su hombre.

Estaban en una tierra extraña donde su poder no estaba afianzado. Aún no podían decir que los Heike eran historia y la prueba era el desplazamiento que los llevaba hacia la frontera entre las provincias de Harima y Bizen que eran las inmediatamente anteriores a Bitchu donde se debía estar produciendo el choque ordenado por Kiso.

Cuando por fin llegaron al Paso de Fusanaka, pensó que, en el tiempo que tardaran las novedades, tenía chance de hablar con su señor y entender cuál era su estrategia en la ciudad. Ya armada la tienda de campaña se sentó a su lado y bebió con él. La polvareda y el temblor creciente del galope de los caballos los alertó sobre la inminente llegada de la persona que traía definiciones.

El rostro de Imai Kanehira no era triunfal, tampoco denotaba los gestos de una derrota. Era una dura recriminación lo que tenía su hermano para el general Kiso y dejó a todos consternados:

—Narizumi te traicionó —le espetó.

—¿Cómo? —balbuceó el samurái mientras la furia se apoderaba de su rostro.

—Apenas llegó a Bizen, su hijo lo estaba esperando junto a un pequeño ejército. Las tropas bebieron juntas y cuando colapsaron por la borrachera, los Heike apuñalaron a los nuestros uno por uno… —continuó Kanehira hasta que no pudo seguir hablando sin esconder su enojo con el samurái.

—Si sólo lo hubiera ejecutado como debí haber hecho… —se adelantó consternado.

—Exacto —respondió sin bajarle la mirada—. El traidor se veía invencible, con una voluntad de hierro, fortalecida por el engaño del que había sido capaz —la voz de Kanehira empezaba a escalar en tono sin poder ocultar su enojo hasta que por fin gritó—. ¡Te rogué mil veces que lo mataras! —le reclamó abalanzándose.

Kiso Yoshinaka se levantó y quedaron enfrentados con sus manos en posición de ataque. Tomoe también se había puesto de pie, urgida por el inesperado enfrentamiento entre los hermanos, y con la misma perplejidad que Kanehira ante algo que le parecía obvio. Consciente de que era la única persona que podía evitar que el desacuerdo pasara a mayores, dio un paso hacia ellos interponiendo su mano en son de paz.

—Hermanos —les dijo solemne—, el enemigo no perderá este tiempo si nosotros lo perdemos —afirmó mirando fijamente a Kanehira esperando que entendiera que no era momento de reproches, aunque tuviera razón.

—Cázalo como a una bestia salvaje que sólo debe morir —le ordenó Kiso.

—Lo haré —respondió Kanehira y partió con un ejército de tres mil hombres.

Al salir raudo, no pudo ver cómo Kiso Yoshinaka se desplomaba desconcertado en su asiento. Tomoe, que había acompañado a su hermano hasta la salida de la tienda, volvió rápidamente sobre sus pasos y se hincó al lado de Kiso sin decir una palabra. Lo observó primero y, antes de osar hablarle, hizo un gesto demandando a los presentes que se retiraran. Kiso Yoshinaka se adelantó en lo que tenía para decir:

—Todos eran valientes guerreros…

—Antes de ser valientes guerreros son nuestros enemigos, señor —dijo ella con una voz totalmente inexpresiva que él sólo le conocía en las batallas.

—Tienes razón, mujer —respondió Kiso.

La noche le dejó un mal presentimiento a la mujer samurái. La confusión que la había invadido en Kyoto volvía a apoderarse de ella. Pero entendió algo que no había notado antes. La confusión no era de ella sino del general Kiso. No entendía esa repentina debilidad o la exaltación de un guerrero enemigo cuando la batalla recrudecía. Además, la amenaza de su primo Yoritomo era inminente. La confusión de un general es para su ejército como andar a tientas en la oscuridad.

XXXVIII
UNA CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE



La llegada a la provincia de Bitchu había comenzado con buenas noticias. Un exhausto Kanehira se adelantó al encuentro del ejército del general Kiso y por su semblante supieron que su misión había sido exitosa. Al acercarse el uno al otro, montados en sus caballos, los hermanos se miraron e intercambiaron gestos que denotaban satisfacción. Era suficiente para entenderse. Se conocían desde siempre. Nada los había separado nunca. Y saberse unidos a pesar de los desacuerdos era una de las pocas certezas que habían conocido en sus vidas.

Tomoe los miró y no pudo contener la emoción. La hermandad entre ellos nunca fallaba. Atinó simplemente a bajar la cabeza para que las aletas de su yelmo taparan las lágrimas que corrían por su cara. En silencio, con un llanto irrefrenable liberó la tensión que guardaba desde hacía semanas. El alivio que acababa de sentir afloraba a la par de enorme angustia.

Ahora irían todos a inspeccionar las cabezas de los guerreros muertos en la expedición comandada por Imai Kanehira.

Encontrarían al traidor Narizumi y a su hijo entre los Heike, que volvían a ser derrotados por los Minamoto en medio de una treta que había estado a punto de funcionar. Pero era claro que el dios de la guerra no los había abandonado.

Con todas sus fuerzas reunidas y la presencia de sus generales más importantes, el general Kiso sintió que era tiempo de volver a demostrar su poderío militar. Había que darse prisa y avanzar hacia el oeste. Las victorias ofrecían un *momentum* emocional que era una flecha en sí mismo. Ya se disponía a ordenar el inicio de los preparativos cuando el arribo de un mensajero lo frenó.

—Señor… —musitó agitado—. Vengo de parte de…

—Ya sé de parte de quien vienes —lo cortó Kiso—. ¡Prosigue! —le ordenó.

El hombre se acercó a su caballo para hablarle lo más cerca que fuera posible. Hubiera querido susurrar si acaso se lo permitía. Las palabras que debía pronunciar le daban terror.

—Lo están difamando, general. Y las mentiras llegan al oído del emperador en retiro. Es su propio tío Yukiie quien busca manchar su nombre ante su Majestad. Debe regresar… Debe regresar lo antes posible.

Los murmullos del mensajero se volvían incomprensibles para Tomoe e Imai. El hombre desgranaba las palabras con la respiración cortada y con la zozobra que les agregaba el temor. Sus gestos tomados por el nerviosismo eran indescifrables. Pero el rostro de Kiso Yoshinaka hablaba claro y hablaba de urgencia. De mucha urgencia.

El samurái ni siquiera le agradeció el recado al enviado y lo dejó parloteando solo alguna formalidad mientras giraba bruscamente la

rienda y salía al galope haciendo señas a sus hombres para seguirlo. Tomoe Gozen e Imai Kanehira ya galopaban a su lado sin haber recibido ni una mínima instrucción. No era difícil suponer que iban a Kyoto por el rumbo que había tomado su señor. Sólo podían imaginar que una cuestión de vida o muerte los convocaba.

XXXIX
LA FLECHA ESTÁ EN EL AIRE



El viento latigaba la cara de Tomoe. ¿Era el viento o eran ella y su caballo los artífices de su velocidad? En ese movimiento se sentía parecida a la flecha que lanzaba su arco. Se sentía el viento y también era indivisible de su animal. Cuando apoyaba su palma sobre la piel del corcel que quedaba libre de la armadura, buscaba con el tacto de sus dedos el latido de la vida, y se buscaba a sí misma. Quizás, ningún viaje había deparado más incertidumbre que el que ahora realizaban. Al menos para ella.

Pero todas las dudas y las disquisiciones terminaban cuando comenzaba la acción. Eso era un samurái: acción. A veces la acción era la quietud. Sí. A veces la acción era permanecer en el vacío resistiendo la tentación de lo concreto. Pero a veces la acción era la acción. Con su indubitable elocuencia. No había más que ese momento, esa dirección y ese movimiento. La flecha estaba en el aire ahora. Cuando se volteaba por un instante para contemplar la cara de su señor, veía la síntesis de su propia vida. Era la cara

amada, pero también el rostro de un sueño que vino a ellos antes de que pudieran soñarlo, cuando se vieron venciendo a los invencibles.

Y ahora, en el escenario inimaginado del poder, las preguntas eran nuevas. Quería ver en sus gestos si él ya tenía las respuestas. Pero esta vez el acertijo no era fácil de descifrar. La apuñaló la misma sensación de desconocerlo que la había aterrado desde su arribo a Kyoto. Eran ellos, los de antes, los de siempre, pero el mundo mostraba territorios que excedían sus amadas montañas. Si acaso hubiera podido hablar con él y saber por qué volvían a toda prisa.

¿Hablar? Qué estaba pensando. Su señor hacía tiempo que sólo daba órdenes. Ojalá, Hachiman volviera a dar señales como aquellas palomas en el cielo. La noche estaba nublada, el dios de la luna estaba oculto. "Kanji, Kanji, cómo podré leer lo que me dices si no estás", le dijo mirando el enigma nebuloso del firmamento.

En ese momento exacto, Kiso detuvo su caballo en forma intempestiva y ella miró de nuevo hacia arriba buscando acaso una confirmación sobre la relación entre la brusca maniobra de él y su propio pedido. Nada había cambiado en lo alto, pero ya la voz de Imai Kanehira la hacía percibir que era en la tierra donde estaban las explicaciones.

—¿Cómo se te ocurre declararle la guerra al emperador? —le reprochó Imai al general Kiso.

El samurái no le respondió ni una palabra. Sólo sostuvo su mirada desafiante ante su hermano que no estaba dispuesto esta vez a aceptar ningún rango superior y con una determinación que Tomoe no le conocía volvió a increpar a Kiso.

—Quítate tu casco, suelta tu arco y ponte a las órdenes del emperador. ¡Eso debes hacer al regresar! —le indicó en tono

imperativo.

Había sido lo máximo que el general Kiso estaba dispuesto a soportar. Tomoe lo conocía demasiado bien para saber que sus ojos anticipaban la furia de un volcán.

—He ganado batalla tras batalla desde que salimos de Shinano hasta llegar hasta aquí. Nunca le mostré mi espalda a un enemigo y no lo haré ahora. No puedo quitarme el yelmo, ni soltar mi arco ni someterme a nadie, sea o no emperador —le dijo con una voz grave que parecía tronar como las tempestades.

—Su mensaje es claro. Pide que controles a tus hombres. Dice que están haciendo pillaje entre la población… —siguió Imai intentando que su hermano entrara en razones.

—¿Entonces es cierto? —inquirió Tomoe dando un paso hacia adelante y metiéndose en la conversación.

—¿Si es cierto qué? Tú no tienes nada que decir aquí —le retrucó Kiso de mala manera.

—¡Imai! —gritó ella ignorando al samurái—, a ti te hablo. ¿Es cierto que roban tierra, que le quitan hasta las ropas a los campesinos, que han atacado mujeres?

Imai miró a su hermana de una manera que no hacía necesaria una respuesta afirmativa. Ella comenzó a exaltarse y no pudo evitar dirigirse de nuevo al general Kiso que ya no toleraría la afrenta combinada de Imai Kanehira y Tomoe. Cuando la vio dirigiéndose a él, le puso un brazo por delante y gritó.

—¡Quédate donde estás, mujer! ¿O no entiendes que llevas esa armadura porque yo quiero?

Ella se detuvo en seco. Quitó su yelmo, hizo el amague de arrojarlo pero algo le indicó no hacerlo. Lo miró con los ojos llenos

de ira. Apretó los labios. Tanto que sintió cómo los lastimaba hasta sangrar. Volvió a ponerse el casco, dio media vuelta y comenzó a alejarse con pasos largos. Uno, dos, tres pasos… y escuchó su voz como si fuera un rugido.

—¡Regresa! ¡Regresa! —le ordenó.

La tercera vez que él le ordenó regresar, ella ya no podía escucharlo. Algo había enmudecido hasta sus gritos, algo había borrado la visión de lo que pasaba a su alrededor. Sólo veía sus piernas avanzando firmemente hacia su caballo, que estaba a unos pasos más. Nunca supo si volvían a llamarla. Si la amenazaban o si la seguían. Sólo montó en su caballo tan armado como ella, con una cresta de seda negra sobre la montura, y cabalgó sin detenerse en dirección contraria hasta perderse en un bosque.

Al llegar a un lugar lo suficientemente alejado, recién se detuvo y miró entre los árboles la silueta del ejército que parecía moverse como una montaña, en dirección a la capital. "Estoy armada porque puedo estarlo", musitó la guerrera como si le respondiera a su señor en abierto desafío.

XL
UN CHOQUE DE DOS MUNDOS



Kiso y Tomoe siempre habían sido dos fenomenales fuerzas que se oponían en armonía. Cuando esa armonía se rompía, sólo su hermano Imai Kanehira, podía restablecer el equilibrio. Era la primera vez que no lo lograba. Por un segundo se preguntó si ir tras ella o quedarse con él. Pero, sin duda, era al samurái a quien le esperaban mayores peligros y a quien le debía obediencia. En el camino, Imai escuchó sus inconsistentes justificaciones para los excesos de sus hombres y quiso advertirle sobre los riesgos que eso implicaba al perder la confianza del emperador en retiro.

—El jefe de la Policía es quien me ha advertido sobre el mensaje que el emperador en retiro Go Shirakawa le ha enviado a tu primo Yoritomo. No puedes perder lo que conseguiste por el desorden de tus guerreros —intentó argumentar Imai.

—Esto es un complot contra mí orquestado por el maldito jefe de la Policía. Me encargaré de él personalmente —le juró Kiso, apurando aún más la marcha.

—No es contra ti… El defiende al emperador, es su deber —continuó Imai…

—¿No se da cuenta ese inútil de que son los últimos días de la antigua ley?

—¡Kiso! ¡Kiso! —lo llamó Imai al ver que se adelantaba demasiado con su caballo.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué no te apuras tú?! —le devolvió sin siquiera mirarlo.

—¡Las flechas que dispares se volverán contra ti! —exclamó sin más expresión que la fuerza que tenían esas palabras.

—¿Me amenazas? —le retrucó Kiso girando en seco con su caballo y desenfundando su espada.

—Son las palabras que me dijo el jefe de Policía —le reveló bajando la cabeza, deteniendo su caballo y quitándose el yelmo dejando ver su rostro preocupado.

—Entonces tal vez sea mi última batalla… Y mi primo Yoritomo ya debe saber que marcharé hacia Kyoto.

Imai Kanehira no dijo una palabra más y se apresuró a seguirlo. No entendía en qué momento las decisiones de Kiso habían entrado en una nebulosa de empecinamiento e irrealidad. En silencio, se perdieron en la noche lo suficientemente adelantados a la tropa, como para que sus discusiones no fueran del dominio de los siete mil hombres que respondían a sus órdenes.

No había dudas: Kiso Yoshinaka había liberado a Kyoto del dominio Taira, pero ahora, como sus antecesores, buscaba desafiar al emperador. ¿Quién tenía razón? Había algo innegable. El emperador en retiro necesitaba protección de familias guerreras para mantener su poder. Desde hacía tiempo que no se bastaba a sí

mismo. Cualquiera de los clanes le pediría a cambio su propia cuota de poder.

Esa tensión había escalado hasta lo insostenible con el dominio del clan Taira que, expulsado por las armas, se resistía a rendirse y presionaba desde las afueras. Sus excesos habían abierto el camino para el clan Minamoto. Y la capacidad militar del señor Kiso había contado con la providencia de los dioses. Pero para un samurái como él, acostumbrado a la ley de las montañas, y no a las formas de la Corte, las consideraciones políticas contaban poco y nada. Desde lejos, Japón y el emperador parecían lo mismo.

Ya en el corazón del poder, por qué debía rendirse ante ese anciano remilgoso y todo su entorno de limitaciones incomprensibles que privilegiaban a un clan sobre otro por motivos ridículos. Si él había vencido, no había mucho que pensar. Él, que había prometido darlo todo por Japón, no reconocía en el emperador el Estado al que se debía. Las cosas se resolvían en batalla. ¿Por qué alguien que no era capaz de pelear con él y vencerlo debía poner las condiciones?

Era el choque de dos mundos. Siempre lo había sido. El mundo de la antigua ley y el que estaba tomando forma en la contienda cruzada de los guerreros que podían asegurar la paz del imperio. Entonces, ¿de quién era la fuerza? Si había una nueva ley emergiendo, sería tallada por el choque de las espadas, escrita de cierta forma por la sangre y de cierta forma por la sagacidad. ¿Cuál de los clanes guerreros era capaz de entender esa sublimación de la batalla que impone el poder? Esa era otra batalla. Una batalla silenciosa y abstracta donde jugaba la comprensión del momento político. Cosas que al general Kiso Yoshinaka no le importaban ni lo más mínimo.

XLI
SUEÑOS DE MUERTE



Sintiéndose prisionero en uno de sus palacios, el emperador en retiro Go Shirakawa no podía creer que la historia se repitiera en tan poco tiempo. ¿Cómo podía ser que el samurái que acababa de consagrar él mismo ya lo hubiera traicionado? Los umbrales que no tenía la barbarie lo estremecían. Si Kiso Yoshinaka había tardado sólo unos pocos meses en reproducir los abusos que a Kiyomori le habían llevado dos décadas, era mucho más lo que estaba fuera de todo control.

Las antiguas predicciones sobre los últimos días de la ley se corporizaban con anomia y brutalidad. La quietud de la sala en penumbras donde meditaba en soledad no lo devolvía a ningún trance placentero. Sus pensamientos volvían una y otra vez a las escenas que acababan de referirle.

La pretendida fortaleza de sus invocaciones empezaba a sucumbir en temblores y gemidos que pronto derivaban en un llanto desconsolado. Acababa de escuchar como uno de sus más queridos monjes había sido aniquilado bajo una lluvia de flechas sin importar

a sus atacantes que fuera el arzobispo Meiun. Lo habían arrancado de su caballo malherido y agonizante y lo habían decapitado a la vera del camino sin oportunidad para el honor. "Yo soy el que debió haber muerto y no el valiente Mieun", se repetía sollozando.

Los pasos apenas perceptibles de alguien que avanzaba como una sombra hasta él lo obligaron a recomponerse. Luego de escurrir sus lágrimas con las anchas mangas de su túnica, se incorporó levemente, tratando de mantenerse erguido y sin decir palabra esperó a que se acercara. Con la cabeza baja y palabras balbuceantes, el enviado describió un sacrilegio:

—Sobre el lecho del rio Rokujō colgaron en hileras las cabezas de más de seiscientos de nuestros guerreros. La imagen no se va de mis ojos que parecen llorar sangre —logró decir compungido el mensajero que no evitó en ese momento caer sobre sus rodillas.

—¿Estaba entre ellos mi querido arzobispo Mieun? —preguntó en un susurro el emperador en retiro.

—La etiqueta con su nombre lo certificaba. No pude mirarlo, su Alteza. Como tampoco a los sagrados monjes que lo secundaban, incluido, incluido… —continuó sin lograr el valor para finalizar el relato.

—Incluido el Sagrado Príncipe Imperial Enkei… —completó el emperador en retiro, ocultando su consternación y haciendo un ademán en que le pedía, casi sin fuerzas, que se retirara.

La oscuridad invadía el espacio, el tiempo, y también su alma. Pensó en ese ejército de masacrados ya sin lágrimas, secos de toda vida. Con el gesto único y final que la decapitación deja como último rasgo de vitalidad en el rostro. "Ojalá mi querido amigo Meiun haya cerrado sus ojos santos antes de ver el fin que no merecía tener",

deseó en silencio como si su sola invocación pudiera recomponer el horror vivido por el monje.

Pero si alguna vez había tenido ese poder de palabra, nutrido en las generaciones de setenta y siete emperadores que lo habían precedido, ahora, se sentía el más débil de todos ellos. Acaso el último. Incapaz de hacer valer su primacía, a expensas del hambre de guerra de los clanes militares para quienes él mismo era parte del preciado botín, debía tomar una decisión sin muchas opciones disponibles. El botín real era Japón. Go Shirakawa, hundido en esa oscuridad, se sentía uno de los rostros sin vida del río Rokujō, aunque su culpa no lo hiciera merecedor ni siquiera de ese sueño que es la muerte.

XLII
¿DÓNDE ESTÁ TOMOE?



Al frente del palacio del Consejo, luego de tomar por completo la ciudad de Kyoto, y rodeado de miles de guerreros, el general Kiso Yoshinaka se abrió paso entre la tropa desenfundando su espada y señalando con ella hacia el cielo. Su imagen era la del éxtasis de la victoria. El sol estallaba en su armadura reluciente, bañándola de luz, como si la naturaleza validara la osadía sanguinaria de su triunfo militar. Su caballo, altivo como él, lanzó un relincho de advertencia y sin una palabra el samurái logró que la multitud toda simplemente callara.

—Ahora que vencí al emperador, ¿debo convertirme en emperador? —exclamó con toda la potencia de su voz provocando expresiones azoradas entre algunos presentes—. No, no, no… ¡Eso no me interesa! —se mofó bajando la espada y estallando de risa—. Si fuera emperador, debería lucir el estúpido peinado de un chico y, si fuera emperador en retiro, debería convertirme en monje. ¿Ustedes me imaginan como un monje? —preguntó en voz alta recibiendo al instante tantas risas como asistentes al exaltado mitin.

Era fácil distinguir quiénes eran sus guerreros y quiénes no en ese populoso rincón de la ciudad donde se mezclaban los vencedores y los curiosos atraídos por el tumulto. Los que no se sumaban a la algarabía militar lucían atónitos ante los grotescos modos del general pero buscaban no expresar ni con gestos ni con palabras calificación alguna que pudiera ponerlos en peligro.

Mientras algunos niños inquietos se arremolinaban entre las patas de los caballos ignorantes de todo peligro, algunos monjes adustos y no pocos nobles de presencia sobria y severa, que observaban a distancia, sabían que la audacia de esas palabras revestía tanta ignorancia como provocación.

El General del Sol Naciente se estaba burlando del mismísimo orden imperial delante de todos y en el corazón del Imperio. Consciente de su abierto desafío, Kiso prosiguió:

—¡Regente! Ya lo tengo decidido. ¡Seré regente! —agregó, apelando al cargo que había ocupado en su máximo poder el tirano Kiyomori.

Atento, el escriba de palacio, que escuchaba a unos metros de la entrada del Consejo, para tomar registro de cualquier acto del general, se apuró a pasarle un mensaje al oído, a través de un asistente. Un temeroso burócrata se había escabullido entre la tropa para hacerle señas a Imai, quien luego de escucharlo susurró el recado al general. Kiso escuchó serio y luego volvió a sonreír. Para su sorpresa, buscó entre el público al notario y le habló directamente:

—¿Dices que un regente debe ser miembro del clan Fujiwara? ¡Qué beneficiosas son las reglas para los que las escriben! —agregó irónico en referencia a las normativas que en tiempos antiguos

habían desclasado al clan Minamoto del que él formaba parte—. ¡No se preocupe, señor escriba! —exclamó dejando al burócrata tan aterrado que dos laderos debieron sujetarlo para que resistiera de pie mientras sus rodillas se doblaban—. ¡Seré superintendente de los establos, entonces! Ese es el lugar para un general que busca darles lo mejor a sus tropas —concluyó ante los aplausos y vítores de quienes veían en su lealtad a los guerreros la reparación de tantas diferencias.

Kiso había recibido como un atrevimiento el comentario del escriba pero mientras se alejaba del jolgorio desatado por sus hombres, seguido por Imai, otra cuestión parecía preocuparlo.

—¿Dónde está Tomoe? —se volvió para preguntarle.

Imai Kanehira miró rápidamente a su alrededor. Tampoco la veía. Había estado tan consumido en sus preocupaciones más inmediatas que no le había llamado la atención no ver a su hermana.

—No la veo aquí… Realmente no lo sé.

—Búscala. Y busca también al antiguo regente Motofusa. Él es del clan Fijiwara. Si me caso con una de sus hijas podré sumar su estirpe. Búscalo.

—¿A Motofusa, para casarte con su hija?

—No se lo digas, pero búscalo. Y busca a Tomoe.

—¿Y qué debo decirle a Tomoe si la encuentro? —preguntó Imai reprimiendo la ira que ya se apoderaba de él ante los manejos inescrupulosos de Kiso.

Cuando ingresaban a los establos del palacio de Nishi No Toin, donde residía el samurái durante su estadía en la ciudad, este bajó enérgicamente de su caballo sin aceptar ayuda y se quitó su yelmo en un solo movimiento y extendiéndolo a Imai.

—Si la encuentras entrégale mi yelmo y dile que la espero.

Imai lo miró desconcertado y estiró el brazo para tomar el yelmo del general sin entender bien cómo hilar las dos cuestiones contradictorias que parecía plantearle. Tomar por esposa a la hija del exregente Motefusa y buscar a Tomoe. Ante su silencio, el samurái continuó.

—¿No ves? —le dijo señalando el yelmo y tomándolo de nuevo entre sus manos—. Mira… —le indicó señalando la insignia circular que había sumado a la cresta del casco en el centro del dragón alado de oro—. Es el símbolo de Tomoe —le mostró.

Cuando Imai vio la diadema nacarada y dorada que contenía tres comas en remolino y que podía leerse de la misma manera que el nombre de su hermana, se conmovió. Puso uno de sus dedos temblorosos sobre la esfera, pero siguió sin decir palabra. El general Kiso sonrió ante la comprensión del sutil homenaje con que quería restañar los recientes enojos y siguió.

—Dile que me traiga el yelmo cuando la encuentres y ven a la hora de la cena. No puedo perder tiempo.

—¿El exregente Motefusa sabe que quieres desposarte con su hija?

—No. Pero lo hará cuando sepa que removeremos de su cargo y arrestaremos a más de cincuenta nobles. Será una cosa o la otra— concluyó alejándose de su hermano y siendo ya recibido por la dulce Yamabuchi que lo esperaba para remover su armadura y ofrecerle un baño caliente.

Imai se alejó con el yelmo entre las manos. Volvería por la noche, a la hora del Perro, con la mitad de su tarea inconclusa. Lo acompañaba aterrado el exregente Motofusa pero no había

encontrado a Tomoe. Dentro suyo agradeció que su hermana no supiera de los planes del samurái. Ella era la mujer preferida de Kiso pero era distinta a todas las mujeres. Tomoe era libre como el viento aunque su entera libertad dependiera en realidad de la voluntad de su general.

XLIII
LA RECOMPENSA DEL GUERRERO



Tomoe llevaba días —ya no sabía cuántos— en la pequeña fortaleza que les había servido tantas veces de refugio en las montañas de Kiso. Las montañas de las que había tomado el nombre su señor y a las que se parecía. Aunque de ese que había sido, por momentos, sólo quedaba el recuerdo.

Aquel guerrero de las montañas era ahora el samurái que disputaba el poder en la capital del imperio. Todo había pasado demasiado rápido. Intentó imaginar qué estaría pasando en Kyoto. Eso la inquietaba. "No. No debo pensar en Kyoto", se repetía una y otra vez al regresar de una de sus cabalgatas en las que descargaba su incertidumbre lanzándose en declive por la pendiente de las montañas y cortando el camino como cuando eran niños.

En la *yakata* había una mínima guardia de seis hombres que se rotaban. Como era una estancia de paso, estaban listos para recibir a quien fuera necesario. Aunque en un principio les había llamado la atención que la guerrera llegara en soledad, a nadie se le ocurrió cuestionarla.

En Shinano, ella o él eran casi la misma persona. Además de la guardia, tres sirvientes se encargaban de la casa. El hombre conseguía las provisiones necesarias y mantenía el edificio. Su esposa preparaba la comida y mantenía el lugar limpio ayudada por su hija mayor, madre de un niño que de tanto en tanto cruzaba sin miedo de un lado a otro del jardín desde las habitaciones donde vivían a las galerías donde por las tardes aparecía Tomoe para realizar sus prácticas.

Con el paso de los días, a todos les había llamado la atención su reclusión aunque ni siquiera se atrevieran a comentarlo entre ellos.

La mujer samurái realizaba un riguroso entrenamiento tras el cual terminaba extenuada por las largas jornadas de trajín físico. No necesitaba estar cerca de Kyoto para entender que la guerra era inminente. Japón había quedado dividido en tres y en cualquier momento recrudecería de nuevo la contienda que estaba latente por el poder total.

La resistencia Heike o Taira se había reagrupado en el oeste, contra los primos del clan Genji o Minamoto. Desde Kamakura el poderoso Yoritomo controlaba el este y su señor había conquistado la capital. Pero el vínculo familiar que unía a los dos no era sinónimo de paz. Eran ahora enemigos encarnizados. Y en cualquier momento, el hermano menor de Yoritomo concretaría la orden de atacar a Kiso como le había advertido el mensajero a quien ella le había encargado velar por la vida del pequeño Kanja, hijo de su señor. Eso le daba algo de tranquilidad, pero no aplacaba su preocupación. Siempre le había parecido mala idea enviar al niño con Yoritomo. Una decisión tan impulsiva como tantas otras. Pero mucho más grave.

La soledad y el silencio le permitían pensar en la evolución de la guerra y sus conclusiones se precipitaban obsesivamente. La calmaba estar en el camino obligado de los ejércitos. Ella sabría antes que nadie si había aprontes de combate. Aunque eso no le daría demasiado tiempo.

Por momentos, los días y las noches se sucedían sin distinción hasta que algo la quitaba de su alienación. Esa tarde, la exclamación de sorpresa de un niño la sacó de su ensimismamiento. Tomoe, siempre alerta, desarmó rápidamente su posición y aguda de sentidos, lo descubrió con los ojos tras la puerta que comunicaba el jardín con la casa de los sirvientes. El pequeño, escurridizo como un conejo de las montañas, se había escondido tras un árbol. Su risa nerviosa no cesaba ni siquiera en la provisoria guarida tras el inmenso tronco. Tomoe también sonreía y con la *naginata* aún en su mano se había dispuesto a encontrarlo ella misma. Antes que la criatura terminara de tomar impulso para escapar, ya lo había tomado de una de sus piernas y lo veía luchar por aferrarse a cualquier cosa que tuviera a su alcance para no ser atrapado.

—¡No temas, pequeño conejito! —le dijo trayéndolo hacia ella.

—No soy un conejito, soy Kenji —le dijo serio el muchachito, que no tenía más de ocho años, mirándola a los ojos mientras Tomoe lo ponía de pie frente a ella.

—¿Qué estabas mirando ahí escondido Kenji? —le preguntó

—Quiero ser guerrero —le contestó solemne.

—Seguro lo serás, pero debes aprender y practicar mucho para ser un buen guerrero.

—¿Puedes enseñarme? —le rogó Kenji conmoviéndola con el tono ferviente de su pedido.

—En poco tiempo te enseñaré. Aún eres muy pequeño —le contestó Tomoe y volvió a levantarlo para llevarlo a la galería y convidarle unas frutas.

Cuando su madre descubrió al niño con Tomoe, mientras llevaba unas tinajas de agua, dejó su carga en el suelo y se arrojó de rodillas a sus pies para pedir perdón por la interrupción de la criatura. Tomoe, que vestía una túnica oscura con la que hacía prácticas la urgió a levantarse y la tranquilizó.

—Les pediré a los guardias que comiencen a enseñarle lo elemental. Si desea aprender, será un buen guerrero y te traerá honor.

—Gracias, señora… gracias, gracias… —repetía la sirvienta tomando al niño y caminando hacia atrás para no darle la espalda.

—¿Dónde están las espadas con que decapitas a los guerreros? —preguntó el niño, sin ningún miedo y ávido de seguir hablando con ella cuando vio que se terminaba repentinamente su visita.

—Un día de estos te las mostraré —le prometió—. Ahora ve con tu madre —le dijo, mirándolos marcharse y volviendo a quedar sola.

La seguridad de Kenji le hizo acordar por momentos a ella misma. Esa certeza de que la guerra le concernía. Pero no podía explicarle a un niño cómo decapitar. ¿A qué edad lo había aprendido ella exactamente? Le parecía saberlo desde siempre. La decapitación era un solo movimiento compuesto por varios movimientos. Uno conducía a otro. Tomar al enemigo, producir el corte transversal, luego profundizarlo en un giro, y arrancar de cuajo la cabeza, como si se arrancara una raíz. Era un mismo impulso, un punto máximo de presión y de fuerza, y la destreza para terminar la tarea con la

inercia del desplazamiento. Luego de repasar mentalmente la mecánica, Tomoe exhaló como si hubiera realizado un acto físico.

La cabeza de un enemigo era el trofeo de un guerrero, en todo sentido. Era la prueba que le valía recompensa, puntaje, y, por tanto, lo que iba determinando su rango y su prestigio. Aunque en el caso de Tomoe, el mero hecho de ser mujer no le permitiera un estatus formal que tuviera en cuenta sus hazañas. Ella sólo decapitaba en el fragor de la batalla. No le parecía honorable decapitar a un detenido que no podía defenderse.

Las cabezas empaladas con los nombres de sus dueños escritos en rojo y exhibidas en los árboles eran una señal implacable de poder, una advertencia y una técnica de disuasión. Ella había visto a su señor invocar a los dioses mientras llevaba adelante el escrutinio de las cabezas de sus enemigos y ofrecerles la victoria a las deidades de la guerra, pronunciando el nombre de los vencidos. Antes de la inspección, las cabezas eran lavadas y el pelo volvía a arreglarse con el rodete alto típico de los samuráis. Si esos rostros tenían heridas, estas debían ser cubiertas con pasta de arroz y un maquillaje del color de la piel.

Los guerreros que asistían a la inspección debían estar ataviados con su armadura y espadas de batalla en respeto por los muertos, aunque fueran enemigos derrotados y desprovistos de tomar la muerte como una última y honorable voluntad. Las cabezas de guerreros comunes eran puestas en exhibición sin mayor cuidado, pero las cabezas de guerreros de renombre eran presentadas en un verdadero ritual. Una por vez, en manos del mismo que les había dado muerte.

Cuando ingresaban a la inspección, llevaban la cabeza en una bandeja que debían apoyar en el suelo para tomar la cabeza del pelo con la mano derecha y apoyarla sobre la mano izquierda. ¿Cuántas veces Tomoe había tenido que aceptar que otro guerrero presentara sus muertos como propios? Demasiadas. Cada vez que había presencias ajenas a los clanes de la montaña, el general Kiso no le permitía reclamar sus recompensas, por ser ella una mujer. No había cabezas de mujeres, por supuesto. ¿Alguna vez sería su cabeza un trofeo? Por momentos le parecía un logro pensar que lo fuera. Implicaría que, al fin, su condición de guerrera habría sido aceptada.

A veces se preguntaba si acaso estaba viva porque no representaba un premio digno de un hombre. "Temen enfrentarte porque eres tú la que puede matarlos", solía decirle Kiso que durante toda su vida lamentaba ser vencido por ella en más oportunidades de las que se atrevía a reconocer. Hasta enamorarse de ella. Un día llegó a trabarlo por la espalda y tenderlo en el piso. Sorprendido, él le preguntó, "¿De dónde sacas esa fuerza?". "De tu temor", le había dicho ella, dejándolo pensando durante horas sobre la pérdida de energía que podía implicar el miedo a ser vencido por una mujer.

Pero decapitar a un guerrero en el clímax de la batalla requería una técnica especial en la que no sólo contaba el corte sino la torción exacta que arrancaba de cuajo la cabeza del enemigo y permitía colgarla de la montura. Si el vencido era un guerrero de rango, iba a la derecha, y, si era un guerrero cualquiera, iba a la izquierda. ¿Sólo por las preguntas del pequeño Kenji es que estaba pensando en estas cosas? ¿O era la necesidad de volver a la batalla? Acaso comenzaban a habitarla los recuerdos porque el presente estaba deshabitado por culpa de su encierro. ¿Qué estaría pasando

en Kyoto? ¿Podía darse ella el lujo de estar aislada? La voz de la sirvienta la hizo reaccionar.

—La comida está lista —le dijo desde la galería.

—La comida está lista —repitió una vocecilla que reconoció perfectamente.

—¡Kenji! —respondió Tomoe—. ¿Quieres comer conmigo? —le propuso.

Luego de mirar a su madre y recibir aprobación, el niño respondió.

—Sí, mi señora.

Tomoe sintió íntimamente el reconocimiento de ese pequeño que ya la percibía como una guerrera sin importarle que fuera una mujer. Durante la comida, disfrutó de contarle historias de las batallas y hazañas de su señor. Los ojos del niño, inmensos de ilusión, habían sido irresistibles para ella. Al terminar la velada, con Kenji dormido sobre uno de los almohadones del comedor, Tomoe llamó a su madre y la ayudó a levantarlo en brazos.

Al retirarse a su habitación, no pudo evitar evocar a Kiso. Su señor estaba presente en cada recuerdo, en el fragor del instinto, en el vacío de su soledad.

XLIV
SHŌGUN



En los primeros días del nuevo año cuyas celebraciones habían sido las más austeras en mucho tiempo, el general Kiso Yoshinaka visitó al emperador en retiro para anunciarle su inminente partida hacia el oeste para vencer a los últimos bastiones de resistencia del clan Taira. Llegó vestido con un *hitatare* negro con cinturón púrpura bordado con las formas de un dragón alado como el que se elevaba en la cresta de su yelmo. Una novedosa sobriedad en sus gestos llamó la atención del soberano.

Go-Shirakawa se sabía prisionero del samurái, pero debía sostener la mímica de una relación formal. El general Kiso también sabía de sus negociaciones a dos puntas y del mensaje que le había enviado a su primo Yoritomo. Pero nada de todo esto podía leerse en los rostros enjutos de ambos hombres. Lo que se ocultaban hablaba por sí mismo.

El emperador en retiro nuevamente estaba cautivo e intentaba ejercer desde allí su amenazada influencia con los resortes imperiales que aún mantenía.

Había logrado que buena parte de sus leales nobles fueran repuestos en sus cargos luego de conferirle al general Kiso un nuevo título, aunque fuera quien había tomado por la fuerza la ciudad y decapitado a tantos de sus hombres. Lo imperdonable no debía frenarlo en persistir con su deber, aunque estrecho fuera el margen de su acción. Por eso recibió a su visitante con firmeza en las palabras.

—Seitō Tai *shōgun*, el emperador en retiro valora tu salutación y te augura la protección de los dioses en la batalla —lo saludó al escucharlo.

—Me ha llamado Pacificador del Este, su Alteza…, pero ahora voy al oeste —respondió el general Kiso con irónica suspicacia.

—Es el último título que te hemos conferido y he querido ser uno de los primeros en usarlo. Tú lo mereces —explicó el emperador a sabiendas de que era una insolencia que el general le hiciera cuestionamientos o peor, verbalizara indirectas.

Por toda respuesta, Kiso Yoshinaka hizo una leve reverencia y salió de la sala murmurando improperios ante la forzada sumisión a un anciano que no tenía idea de lo que significaba movilizar ejércitos ni planear batallas. Le habían explicado una y otra vez de qué manera y bajo qué tradición imperial, ese hombre frágil, solo y en la encrucijada de los clanes guerreros, representaba el imperio. Pero él no lo entendía. Si había alguien que encarnaba la idea de que corrían los últimos días de la ley, era Kiso Yoshinaka. Ese anciano tambaleante era el pasado. Pero hacía mal él en quedarse rumiando una pelea inútil. Ahora debía concentrarse en la inminente partida.

Cuando salió de la residencia de Naritada donde se alojaba el emperador en retiro, era la hora del Chancho. Caminó lentamente

por la calle Nishi-no-Tōin hacia su propia casa. Estaba cerca. Él mismo había elegido esa proximidad para tener aún más vigilado al intrigante soberano. Daba pasos largos pero lentos para repensar su estrategia y calmar su ánimo, cuando la sombra de un jinete comenzó a delinearse en el horizonte.

El *shōgun* o Gran General, como acababa de llamarlo el emperador, rápido de reflejos, se pegó a los muros de lo que todavía era la propiedad de la que había salido. Tras una columna delgada, se quedó inmóvil. Le pareció extraño que a la velocidad que traía el viajero no hubiera llegado ya a su posición, pero un relincho y el freno de los cascos que retumbaban en el suelo lo hizo asomarse discretamente. El corcel solitario se había detenido en la entrada de sus establos. Kiso Yoshinaka llevó la mano a la altura de una de sus espadas y con la vista midió la distancia para analizar si podía lanzar una flecha con precisión a pesar de la oscuridad.

Era muy poco lo que podía divisar con el reducido campo visual disponible si es que pretendía mantenerse oculto. Tenía segundos antes de que el extraño entrara en su propia casa. Ahí fue que escuchó las palabras que lo cambiaron todo: "¡Tomoe Gozen, qué sorpresa! ¡No la esperábamos! ¡Déjeme ayudarla con su caballo!", escuchó decir a uno de los guerreros de la guardia. Y ahí fue que no dudó. Se abalanzó al centro del camino y con voz férrea le habló cuando ella desensillaba al tiempo que quitaba su yelmo.

"¡Tomoe!", se escuchó. Parecía la voz de la misma noche. "¡Tomoe!", vociferó de nuevo el guerrero y ahí sí percibió la mirada de ella. Su pelo ondulaba en el viento. Su pose desafiante empezaba a desarmarse. Él tampoco estaba en guardia. No importaban las discordias recientes. Algo parecía ordenarse con su mera presencia.

Aunque pronto volvieran a discutir. Los dos avanzaron como midiéndose antes del encuentro. Ya frente a frente, ella lo miró a los ojos.

—No tengo buenas noticias.

—Pensé que no volverías.

—Un ejército de sesenta mil guerreros viene por ti desde el este.

—Yoritomo.

—Sí, tu primo Yoritomo.

—Maldito sea. El emperador lo sabía…

—¿Qué?

—Me llamó Gran General Pacificador del Este. No lo entendí. Me estaba anunciando su propia venganza.

—No hay tiempo que perder, mi señor.

—Hay que desmontar los puentes Uji y Seta, que son los que usarán para entrar desde el este.

—Ya mismo —respondió ella, pero Kiso la detuvo.

—Tú no. Quédate esta noche —le pidió con voz mansa.

Ella lo miró con ojos inescrutables. Era la última noche en paz, probablemente, antes de la batalla final contra las fuerzas del otro Minamoto, Yoritomo, el señor de Kamakura.

XLV
EL SAMURÁI QUE MIRA Y ESPERA



Se iba la hora del Gallo y se iba la tarde. Una densa niebla escondía las montañas, pero no sólo las montañas. El bello Yoshitsune pensó en su madre, obligada a olvidar a sus hijos y a convertirse en concubina del tirano Kiyomori. La única explicación que le había encontrado a su propia supervivencia era ella. No se explicaba de otra manera que el hijo de un enemigo Minamoto hubiera sido perdonado por un Taira y enviado a un templo. Pero su estirpe no era la de un monje sino la de un guerrero.

Ahora estaba allí, del otro lado del río Uji, dispuesto a entrar a Kyoto para vencer a su primo Yoshinaka, por orden de su hermano Yoritomo. Cuando eso ocurriera, iría por los herederos del hombre que le robó a su madre: iría por los Taira.

Como esperaban, los dos puentes del río Uji habían sido desmontados. Pero las aguas tumultuosas, aún más caudalosas por el deshielo, no tendrían tantos bríos como las ambiciones de sus jinetes para ir contracorriente. Aquel febrero de 1184 era helado como todos los febreros. Pero en el pecho de Yoshitsune ardía el

anhelo de un momento demasiadas veces soñado. ¿Cuántas veces había estado allí en su imaginación? ¿Cuántas noches había intentado que las aguas de río Uji aclararan su mente?

Yoshitsune era demasiado joven para ser tan sabio. Sus pérdidas, temprano en la vida, lo habían hecho ahondar en respuestas que la existencia sólo reserva para quien se las pide. Esa trascendencia en la que habitaba su espíritu volvía inútil al miedo y genuino al honor. Esbelto, calmo y seguro, Yoshitsune esperaba en su caballo que sus hombres abrieran las aguas.

Era el tiempo en que las fuerzas de la naturaleza preparan con sigilo la esperada primavera. Las tempranas flores de los ciruelos habían salido victoriosas de las últimas nieves. El aire helaba el atardecer y también las mejillas rosadas del joven samurái. La espuma y el oleaje que provocaba la tropa contra la corriente tapaban lo que el ruido del metal no callaba. Su avasallante ejército le ofrecía ya el espectáculo de la gloria. Ikezuki, el mejor caballo del mundo, aparecía altivo cruzando las aguas como había planeado su primo Yoritomo, al ponerlo a la orden de uno de sus jinetes más valientes. Y el primer vencido ya caía sin clemencia ante el embate fatal. Ya colisionaban las espadas. Ya la fuerza se batía con la fuerza. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuándo habían aparecido esas estrellas? ¿Era el rocío de la noche o las lágrimas de los dioses lo que empapaba su cara?

—¡Señor! ¡Señor! ¡Había cuerdas y ramas y trampas a lo largo del lecho del río. ¡Pero cruzamos! ¡Cruzamos! —informó agitado y exhausto el esperado emisario.

—El río parecía no esconder obstáculos desde aquí —respondió Yoshitsune con una sonrisa que apenas se insinuaba.

—¡Ya están montando el puente, señor! ¡Los hombres de Kiso Yoshinaka corren a salvarse! ¡La línea defensiva ha sido desarmada!

—Vuelve a Kamakura. Repórtale al *shōgun* Yoritomo que cruzamos el río Uji —agregó sin mirarlo con los ojos perdidos en las siluetas de la otra orilla.

Luego, comenzó a avanzar serenamente hacia la antigua capital.

XLVI
¿DÓNDE ESTÁ KISO?



—Si logramos detenerlos del otro lado del río, ganaremos un tiempo invaluable —afirmó Tomoe, agitada, mientras iba de un lado a otro sin poder ocultar su impaciencia.

—En cualquier momento llegará un informante del frente —respondió el guerrero que la acompañaba.

—Debemos salir de una vez. ¿Dónde está Kiso?

—No lo sé… Dijo que no demoraría.

—Mirá, ahí viene…

Tomoe Gozen aguardaba a metros nada más de la puerta de entrada de la ciudad. Se unirían lo antes posible a los guerreros que esperaban la llegada de las tropas de Yoritomo en la orilla del río Uji. La figura del general Kiso avanzando hacia su posición les hizo sentir alivio. Cuando casi los había alcanzado, observaron que su mirada iba más allá de la entrada de la ciudad. Los dos se dieron vuelta para ver qué distraía su atención y ahí estaba el mensajero que ellos mismos esperaban.

La velocidad que traía y los gestos de pánico que leyeron en el rostro del emisario les generaron inmediata preocupación. El jinete los pasó de largo y buscó desesperado al general Kiso. Ambos lo vieron detenerse bruscamente delante del samurái que iba ataviado con armadura completa. Si bien la carcasa de metal hacía casi imposible discernir su disposición, lo conocían demasiado. Kiso no había recibido buenas noticias. Su paso lento hacia ellos luego de despachar al informante les hizo pensar lo peor. Quizás porque, cuando las personas saben que algo terrible está por ser revelado, prefieren posponerlo, o quizás porque su propia guerra no le daba tregua ni siquiera ante el peligro, Tomoe eligió hacer una pregunta innecesaria.

—Por qué demoraste en llegar…

—Debía visitar a mi más reciente esposa antes de ir al frente —confesó él sin ninguna reserva.

Tomoe achicó las riendas como quien desea salir al galope y no volver más, pero pronto contradijo ese mismo movimiento y calmó a su caballo. Kiso la miró como si ella tuviera la obligación de estar preparada para sus deberes y necesidades de hombre sin que estas pusieran en discusión el vínculo que mantenían. Y antes de que ella volviera a hablarle, les informó, sin mayores rodeos, "Ya cruzaron el río". Sin poder reaccionar aún, ambos se miraron con preocupación y urgencia.

Lo que acababan de escuchar sólo significaba una cosa. La derrota era un hecho. Ahora, el único triunfo era elegir cómo morir. Tomoe olvidó en un instante todo lo que había intentado reclamarle segundos antes y acercó su caballo al de Kiso. Ella también estaba completamente armada. Cuando se encimó sobre él, quitó su yelmo.

Él la miró como si fuera la primera vez. Su pelo voló con el viento, y esa cicatriz en la cara le pareció formidable en su rostro. “Nada está dicho, señor. Lucharemos”, arengó ella, casi convenciéndolo de que lo podían todo. “Debemos buscar a Kanehira. Está con sus tropas en el puente del río Seta”. Ella asintió con la cabeza y se dispuso a seguirlo. En un mismo movimiento, ambos espolearon sus caballos y emprendieron la carrera hacia el oeste y hacia lo que dijera el destino. Huían de Kyoto como si jamás lo hubieran conquistado.

XLVII
¿QUÉ ES EL HONOR?



Kiso reconoció a Kanehira a cien metros de distancia. Kanehira reconoció a Kiso a cien metros de distancia. Galoparon el uno hacia el otro sin detenerse. Habían llegado al mismo tiempo a Uchidehama cerca del lago Biwa, ese que había visto crecer sus ejércitos, ese que había acompañado errores y aciertos, ese que podía ser como en el mito, el centro del universo. Que los guerreros confluyeran justo ahí no era una simple coincidencia. Al encontrarse, sin desensillar ni mediar un saludo, el general Kiso tomó a Kanehira de un brazo, y lo apartó para hablarle sin que Tomoe escuchara.

—Quería morir en el lecho del río Rokujō, pero preferí buscarte aunque tuviera que abrirme camino entre guerreros enemigos.

—Tus palabras me honran, hermano. También pensé en morir cuando derrotaron a nuestro ejército en el puente del río Seta, pero quise… buscarte —logró responder Kanehira con la voz quebrada.

Los dos se habían buscado en la hora que creían final y no habían fallado en encontrarse. Fue el general Kiso quien pudo poner en palabras lo que eso significaba.

—Veo que nuestro karma sigue intacto —le dijo con solemnidad.

Desde niños se habían sentido unidos por el destino. Juntos habían librado la batalla más impensada al derrotar al clan Taira. Si la victoria les era negada ahora y debían morir con honor, tenían que morir juntos. Tomoe los observaba desde cierta distancia. Que la marginaran de sus deliberaciones sólo podía significar una cosa. Lo que ella se resistía a aceptar.

"Tiene que haber una salida como siempre la hubo en batallas que parecían perdidas", se decía. ¿Qué le ocultaban? ¿Se estaban despidiendo? ¿También habían derrotado a los ejércitos de Kanehira? ¿Era de verdad el fin? El caballo de Tomoe produjo un relincho que parecía un gemido. El animal recibía los sentimientos de su ama. La intuía. Siempre había tenido el don del lenguaje silencioso con sus caballos.

En el combate, eso le había valido reaccionar con él como si fueran un mismo instinto. Acaso lo eran. Mirando a Kiso, imponente con su *hitatare* de brocado rojo que se destacaba aún más por las cintas color damasco que enlazaban la armadura, Tomoe terminó de entender. Él se había vestido para una escena memorable.

La guerrera se sentía como tantas veces en el filo que separa a la vida de la muerte. Es una línea tan ínfima y fatal como la hoja de la espada. La alivió verlos acercarse hacia ella con actitud determinada. Esta vez sí pudo escuchar a su señor al hablarle a Kanehira que iba delante de él.

—Veo que llevas un estandarte enrollado —le dijo tocando su costado con la punta del arco y poniéndose a su lado—. Mis hombres se esparcieron en las montañas y bosques cuando el

enemigo rompió nuestras formaciones. Deben estar cerca todavía. ¡Eleva tu estandarte y podrán vernos! —le ordenó con entusiasmo.

A Kanehira se le iluminó la cara. Tomoe exhaló con fuerza como si un soplo de vida le hubiera devuelto a ella también el ánimo. Kanehira desenrolló su insignia. En cuestión de minutos, más de trescientos guerreros respondieron al llamado silencioso del estandarte. El general Kiso se regocijó y sus fieles comandantes volvieron a ver en él un brillo que conocían.

—¿Por qué no pelear una última batalla si tenemos una fuerza de esta magnitud? —arengó el samurái mientras giraba en su posición con el caballo revistando las tropas que seguían sumándose al repentino ejército. Algo, de pronto, lo hizo detenerse mirando al sureste—. ¿De quién es el ejército que se aproxima? —le preguntó a Imai Kanehira.

—Dicen que su comandante es Ichijo no Jiro Tadayori, de Kai —respondió Kanehira.

—¿Cuál es su fuerza? —preguntó Kiso.

—Unos seis mil jinetes —respondió Kanehira, apenas sosteniendo la mirada ante la dura realidad que acababa de revelarles.

—¡Entonces estamos parejos! —ironizó el general Kiso y sin importarle nada se lanzó al galope para que lo siguieran dando un último grito de guerra—. ¡Si debemos enfrentarnos a la muerte, que sea galopando contra un enemigo digno y siendo superados en número!

¿Trescientos contra seis mil? Nadie se preocupó por eso. Tomoe se posicionó a su lado con la excitación que despertaba la batalla, pero también con la certeza de que a esa velocidad los separaban pocos minutos del enemigo. Lo sintió confiado, pero miró su carcaj y notó

que le quedaban pocas flechas. Todas estaban terminadas en plumas de águila. Su general era un águila de las montañas. Su bravura la incitaba a más.

Él iba en el mejor de sus caballos, Oniashige. Su nombre significaba Demonio Ruano. Ella intentó olvidar que podía ser la última vez. Sus pensamientos podían detener su acción y no debía permitirlo. Espoleó a su caballo y se puso a la par del general Kiso cuando faltaban pocos metros para el choque sin imaginar que él, aunque fueran a toda velocidad, sin espacio para desconcentrarse, iba a voltearse para mirarla.

Ahí fue que descubrió lo que la conmocionó. De pronto, el movimiento, el espacio y el tiempo se desvanecieron. Descubrió en la cresta de su yelmo, entre las dos alas de dragón, la diadema redonda del signo heráldico que significaba "Tomoe". Las tres comas como gotas de agua girando dentro de un círculo perfecto demarcado en oro y nácar, refulgente, a un paso del combate. Él llevaba su nombre como estandarte. Ella entendió como nunca su amor.

Y aunque no mediara palabra entre ellos, en ese instante definitivo, sintió que toda victoria era posible. Se elevó sobre sus estribos y lanzó un grito que aterró a los guerreros más bravíos. Él la escuchó y sintió hervir su sangre. Kiso gritó como si lo escuchara la historia:

—¡Seguro que has oído hablar de Kiso! ¡Ahora lo conoces! ¡Soy el Comandante del Sol Naciente Kiso Minamoto Yoshinaka, Director de los Establos Imperiales! Me dicen que eres Ichijo no Jiro de Kai. ¡Córtame la cabeza y enséñasela a Yoritomo! —lo desafió sin detenerse, avanzando al galope con la altivez de un dios.

La cara de Ichiro no Jiro se desfiguró antes de responder, pero no fue a Kiso a quien le habló sino a sus hombres.

—¡El que habló es el comandante! ¡Acaben con todo su ejército! ¡Arrasen! ¡Mátenlos! —gritó con una voz que sonó como el aullido de un lobo hambriento y no como el mandato de un general.

Como lobos le obedecieron sus jinetes rodeando en círculo al pequeño ejército que los desafiaba. Giraban como si pudieran absorverlos en una fuerza centrífuga que los devorara con el choque fatal de las espadas. Por momentos el remolino de metales estrellándose unos con otros hacía perder la noción de quién era el enemigo.

Al general Kiso solía atormentarlo esa confusión en que se sentía uno en el coraje de los otros, incluso de su atacante más terrible. Aunque por el ademán de las espadas y por la dirección de la fuerza, entendiera qué impulso era amigo y qué impulso agresor.

Todos esos hombres tenían un solo desesperado y ferviente deseo: cortar la cabeza de ese general. Los trescientos jinetes de Yoshinaka tenían que romper el encierro. Galoparon longitudinalmente, lateralmente, en zigzag y transversalmente en medio de los seis mil enemigos, perdiendo hombres en cada tajo que abrían en las filas oponentes hasta que finalmente irrumpieron por la retaguardia, con solo cincuenta jinetes.

¿Por qué cincuenta hombres en vez de huir para ponerse a salvo se empeñarían en persistir la ofensiva por una victoria ya prácticamente imposible? ¿Honor? ¿Qué es el honor para valer la vida? Ahí estaban esos cincuenta hombres ofrendándole al destino la explicación de su comprensión del mundo. Que la vida es lo que no

vale sin honor. Ellos iban al encuentro del final ofrendando el pecho como si en el acto de morir fueran a vivir aún más. Eligiendo el fin.

No puede haber más comprensión de la existencia que la que implica cruzar ese umbral de la misma forma en que se ha intentado vivir. Dejar la vida pero no el honor. Invitar al metal a desgarrar la carne. Para que el honor viva cuando la vida no esté. Hubieran llorado los más extraños al verlos abrazar el destino. Al verlos galopar entre las bandas enemigas de unos dos mil jinetes, aunque meterse entre sus filas implicara ir muriendo en el camino hasta que de los cincuenta sólo quedaran cinco. Aun entonces, Tomoe sobrevivió.

En el claro breve del terreno hasta la llegada de la próxima carga, ella lo buscó. Agitada, con su espada larga asimilada en la mano ensangrentada y el otro brazo anudando la rienda, avanzó los dos metros que la separaban de él. Trató de recuperar aire para poder hablarle. Respiraba al borde del ahogo por el esfuerzo del combate cuando fue él quien le habló.

—Rápido. Ahora. Vete. Ve a donde quieras. Eres una mujer. Yo pienso morir en batalla o quitarme la vida si me hieren. Sería una deshonra dejar que la gente dijera que Kiso mantuvo una mujer a su lado durante su última batalla.

—¿Irme, señor? ¡Irme! —levantó la voz—. No voy a huir —se sublevó.

—No huirás, sólo harás lo que te pido.

—Mi señor, te he servido desde que éramos niños. Estoy decidida a que tu camino sea el mío. Dondequiera que caigas, apoyaré mi cabeza junto a la tuya —le dijo dramáticamente para intentar convencerlo.

—Ese era mi propio deseo. Pero dejamos atrás a toda nuestra familia en Shinano y no volveré a verlos. Además nadie debe ver que caí con una mujer. Por eso, ve, llévales la noticia de mi muerte y reza con ellos por mí.

—Señor, yo…

—Obedece a tu señor, mujer. Veo enemigos que se acercan por todas partes. ¡Vete!

Tomoe no respondió. Sí lo hicieron sus ojos. Contenían lágrimas y bravura. Luego vino el movimiento decidido que impuso a su caballo. Kiso Yoshinaka supo por fin que lo obedecería.

Ella no podía morir a su lado. Mancharía el nombre de su señor. Sabía que debía irse, pero no quería irse. Jamás había sentido el peso de ser una mujer como en ese momento. Descubría en la hora más fatal que le estaba vedado el honor al que podía apelar un hombre en el momento definitivo. Ella quería dar su vida por él. Pero no podía. Vivir después de esa batalla era morir. Descubría con desesperación que se iría con él su propio honor. Y algo más terrible. Que no podía imaginar cómo aceptar la vida sin él. "Señor…", balbuceó. Él la miró sin mostrar sentimientos. Ella entendió el misterio de sus ojos. Asintió con la cabeza y en acto de obediencia, lo dejó para unirse a los otros dos guerreros pero sin irse del campo de batalla.

Los minutos en que cabalgó con los otros jinetes supo que era inminente el fin. Ya no podría resistir los embates que venían multiplicados contra ellos. Y empezó a pesar en su conciencia que lo estaba desobedeciendo. Se detuvo. Nunca había sentido impotencia como en ese instante. Miró a su alrededor. "Si tan solo pudiera encontrar ahora un enemigo digno —se dijo—, libraría una última

batalla para que mi señor la presenciara". Quería despedirlo como una guerrera. Se desesperó. La congoja la hizo emitir el mismo quejido que hubiera provocado una puñalada, o dar a luz un hijo. Ahí fue que vio avanzar hacia ella unos treinta jinetes.

Los lideraba alguien que conocía muy bien. "Ese es Honda no Hachiro Moroshige. Los dioses me han escuchado", se dijo. Su cara volvió a ser la de la guerra. Ese samurái era conocido por su gran fuerza física en la provincia de Musashi. Él casi no tuvo tiempo para distinguir a su repentina atacante cuya silla de montar llevaba bordado, en diminutos círculos, el signo de "tomoe". Ella, desde donde estaba y en vez de escapar, se mandó al galope para meterse entre los enemigos y en el mismo movimiento rodeó a Moroshige, se elevó sobre sus estribos y lo tomó del cuello arrimando su cabeza hasta el pomo de su montura, y trabándolo el tiempo suficiente para retorcerla, arrancarla con ayuda de su espada corta o *kodachi* y arrojarla lejos, mientras mantenía la rienda enrollada en la muñeca aunque casi se la cortara por la tensión. El alarido de la guerrera fue escalofriante.

Con la cara manchada con sangre contempló los ojos aterrados de los hombres que la descubrían mujer. Moroshige pagaría con deshonra eterna haber sido decapitado por una mujer. Ella supo como nunca del poder que venía de lo mismo que le daba debilidad: ser mujer. Displicente y sin miedo, se elevó sobre la silla de montar y lo buscó.

Él la miró por última vez desde lejos y partió con Kanehira. Él supo de su ofrenda. Los otros dos guerreros habían caído. Se vio sola. Ella erguida frente a sus aterrados oponentes podían ser la escena de

una magnífica victoria. Pero no lo era. Con el señor Kiso se iba su alma. Sintió que ella misma moría antes que él.

XLVIII
EL PESO DE LA ARMADURA



Un samurái vive siempre entre dos reinos: el de la vida y el del más allá, el de la forma y el que no tiene forma. Pero, aunque se haya visto suspendido en esa frontera de la evanescencia de las cosas casi como en un hábitat, nunca puede anticiparse al final. Ni siquiera por la disposición que da el coraje a probarse sin pausa.

Kiso y Kanehira habían galopado a toda velocidad para ganar un poco de ventaja ante sus enemigos. Debían resolver las cuestiones pendientes antes de que los alcanzaran. Sus mentes estaban lúcidas. Se habían preparado toda la vida para ese momento si es que acaso había llegado. Una sensación inquietante cautivó a Kiso y necesitaba que su hermano lo supiera.

—Nunca me había pasado. Mi armadura se siente pesada hoy —confesó el samurái.

—Todavía no estás cansado, y tu caballo está fuerte. ¿Por qué deberías encontrar pesada tu armadura? Es sólo el desaliento de estar peleando los dos solos contra tantos. Pero debes pensar en mí como un hombre que vale por mil guerreros, hermano. Mantendré a

nuestros enemigos lejos con mis últimas siete u ocho flechas. Aquel lugar —siguió, señalando hacia adelante con su brazo— es el bosque de pinos de Awazu: quítate la vida entre esos árboles.

Los dos salieron al galope, vareando a sus caballos para llegar lo antes posible al bosque, pero a la poca distancia otra banda de guerreros se les cruzó en el camino. Desesperado por la cantidad de hombres, Kanehira no dudó. "Vete, corre hacia los árboles. Yo los mantendré alejados", le dijo a Kiso. El samurái no tenía intención de rehusarse a dar batalla. Ese no era él. "Debí haber terminado todo en Kyoto. Mi única razón para huir hasta aquí es que quería morir contigo. Vamos a luchar y a morir juntos, hermano", le dijo, acercándose con su caballo hasta quedar a la par, listo, para salir al ataque.

Pero inesperadamente Kanehira desmontó de un salto y tomó el caballo de su señor de la nariz. "No importa cuán gloriosa sea la reputación de un guerrero, una muerte innoble puede acarrear desgracia eterna, señor. Ahora sí estás cansado. Si nos encierra el enemigo, un guerrero insignificante podrá vanagloriarse de haberte dado muerte. No lo permitiré. La gente dirá que un hombre intrascendente mató al general más renombrado de todo Japón. No puedo vivir para verlo. ¡Por favor, vete entre los pinos!", le rogó. Kiso lo miró y entendió que esta vez era Kanehira quien debía tomar el mando. "Así será entonces", le dijo estirando su mano hasta tocar el hombro de su hermano en señal de agradecimiento.

Kanehira lo vio galopar hacia el bosque y pronto montó de nuevo su caballo para embestir a toda velocidad a los atacantes que se venían encima. "Deben haber oído de mí desde hace ya tiempo. Véanme ahora con sus propios ojos. Soy Imai Shiro Kanehira,

hermano de crianza del general Kiso. Mátenme ahora y muéstrenle a Yoritomo mi cabeza".

La energía de sus palabras pasó sin pérdida a su arco, con el que disparó las ocho flechas que le quedaban en una ráfaga sin falla que impactaron en ocho de los guerreros que lo acechaban. Luego desenfundó su espada y corrió arrasando de un lado a otro sin encontrar hombre que quisiera evitarlo. Las flechas de los enemigos, copiosas y ensañadas, no lograron atravesar su armadura, y la supervivencia de Kanehira en esa hora crucial era el último servicio que le hacía a su señor cuando ya su propia vida estaba totalmente jugada. Su resistencia no sólo era en nombre de la hermandad, sino una batalla inclaudicable, en la guerra personal por el honor.

XLIX
LA ÚLTIMA OBEDIENCIA



Tomoe galopaba hacia el bosque buscando un escondite que le permitiera pensar. Su caballo iba en la dirección contraria de su real voluntad. Sus músculos hubieran corrido de regreso a la batalla. La última obediencia la sometía a un dilema fatal. Pero ese era sólo el comienzo de lo que sobrevendría. El mundo como lo conocía se derrumbaba sobre ella.

Alguna vez había entendido que protagonizaban un tiempo de cambios del que nacería un nuevo Japón. Y habían logrado todo lo que se habían propuesto. ¿Cómo era posible que, luego de vencer al clan Taira contra todos los pronósticos, terminaran derrotados por una facción de su misma familia? ¿Había cambiado algo en realidad o sólo estaba en juego quién sería el más fuerte entre los fuertes de los clanes guerreros?

De pronto, la mujer samurái sintió que algo la detenía tan abruptamente que acortó las riendas al máximo y el freno que impuso a su caballo lo hizo parar en dos patas, en un terreno donde

el hielo del invierno, pegado en los caminos, hacía difícil mantener el equilibrio.

Quedó casi vertical en la rotunda maniobra hasta que el animal volvió a caer sobre sus patas delanteras. Tomoe, con ceño fruncido por el esfuerzo para mantener las riendas controladas, respiró con la máxima capacidad de sus pulmones el aire helado y al soltarlo ya había tomado una decisión. Giró sobre su eje con el caballo y tomó el camino de regreso hacia la zona del último enfrentamiento.

Decidió meterse entre los árboles para que ningún guerrero lograra dar con ella por el camino. Mientras zigzagueaba entre los pinos nevados vigilando con cuidado la senda principal fue que vio la silueta de un jinete solitario avanzando hacia el bosque de Awazu. El contraluz hacía difícil precisar algo más sobre esa figura recortándose como una sombra. El sol la encandilaba a ella, pero a cualquiera que viniera de la misma dirección no le costaría nada avistarla allí donde estaba.

Se quedó quieta pero cambió el ángulo de su posicionamiento para ver mejor sin ser descubierta. Iba a seguir los movimientos de ese jinete y observar si era la avanzada de una tropa. Decidió moverse con cautela. Mientras ella giraba marcando un semicírculo, el guerrero enemigo peleaba con rienda y látigo en el mismo lugar. "¡Pantanos!", se dijo, mientras la aliviaba observarlo inmóvil y entrampado.

Con el animal hundido hasta el cuello y su dueño mirando hacia atrás, apareció en escena su perseguidor que dramáticamente cerca le disparaba, con toda la energía de su brazo, una flecha directa a la cara. Pronto, el fugitivo caía abrazado sobre el cuello de su corcel.

Ya estaba cambiando la luz cuando Tomoe pudo distinguir en los colores una inesperada familiaridad.

Antes de que tuviera la chance de estar segura, rapaces, dos guerreros, decapitaron al caído y arrojaron la cabeza a su comandante que pronto la clavó en una lanza y salió a los gritos. Tomoe ya no veía nada cuando escuchó todo. "¡Miura no Ishida no Jiro Tamehisa ha matado al señor Kiso, reconocido en todo Japón!".

Antes de que pudiera permitirse el sufrimiento, otro grito la petrificó. Era imposible no reconocer la voz de su hermano Kanehira. "¡Ya no debo proteger a nadie!¡Miren hombres del este! ¡Así es como el hombre más valiente de Japón se quita la vida!". Tomoe Gozen nunca sabría que Kanehira ubicaría la punta de la espada sobre su boca y saltaría hacia ella, muriendo en el mismo movimiento. Pero sabría que había muerto.

Como si la vida se le fuera a ella, sintió que las riendas se iban de sus manos, y como pudo se dejó caer de un lado del caballo. Con las manos lastimadas, se las arregló para sujetar al animal en el árbol y cayó a sus pies. Quedó arrodillada y su cuerpo se venció hacia adelante mientras se tomaba la cabeza en medio de un insoportable dolor. Hubiera deseado que el acero de su espada la encontrara haciendo *seppuku.* Pero le estaba vedado. Si una mujer no puede ser guerrera, tampoco puede terminar su vida en nombre del honor. Nadie reconocería su decisión como tal. Ella ya era un fantasma. Su señor le ordenaba no morir y, sin él en este mundo, expiraba su rol de primera comandante de sus ejércitos.

Aunque hubiera ganado sus guerras, aunque hubiera guiado sus tropas, aunque hubiera decapitado a mil guerreros en su nombre, Kiso y Kanehira acababan de dejar este mundo, con ella siendo

testigo. Y no podía unírseles. En un segundo volvieron a su mente imágenes grabadas a fuego en su corazón de ellos tres jugando juntos, riendo juntos, peleando juntos, desde niños. Habían sido los mismos que rodearon al señor Kiso en la hora final. Eso y algo más la aliviaba. No había sido ajena al sacrificio máximo y al coraje total de su hombre y de su hermano.

Aunque no soportara el dolor que invadía su sangre, su carne y su respiración. ¿Qué sería de ella ahora? Ninguna batalla sería igual a la que habían atestiguado los pinos del bosque de Awazu el 21 de febrero de 1184. Pero ¿qué mundo esperaba más allá de los árboles que anhelaban la cercana primavera?

L
PARA QUÉ VIVIR



Tendida allí en la tierra, con la mímica de la muerte, sintió la vida como un castigo. En esa postración notó por primera vez que sus labios se partían. No había bebido ni una gota de agua en demasiadas horas. La percepción de su corporalidad le pareció la triste admisión de su soledad. Hubiera preferido estar muerta. ¿Por qué le ordenó vivir?

Sólo ella quedaba de cada una de las hazañas compartidas. Sólo ella era testigo de que no habían sido un sueño. Acaso sería la única capaz de contarlo, de dar testimonio, de batallar a las mentiras. Si acaso su señor no hubiera terminado como el trofeo de soldados sin gloria. ¿Cómo moverse un centímetro de ese espacio, cómo mirar el cielo, cómo llevar aire a sus pulmones, sin que todo le confirmara que el general del Sol Naciente ya no pisaba la tierra de Japón? ¿Dónde estaban los dioses? ¿En qué se habían equivocado ellos o en qué los habían ofendido?

Sin el general Kiso, la incertidumbre era absoluta. No sólo para ella, pero principalmente para ella. Debía regresar a Kyoto y rescatar

a Yamabuchi, su hermana de crianza que también podía ser señalada como una de las personas que servía al señor Kiso. Pero si volvía a Kyoto, necesitaba hacerlo como una simple mujer. Ya no más una guerrera. Si la descubrían, estaría todo realmente terminado. Los que daban cacería a su señor y a todos sus comandantes podían estar todavía buscándola. Lo que la protegía era el terror de esos hombres a morir en manos de una mujer. No tenía demasiado tiempo para pensar.

Los movimientos inquietos de su caballo la hicieron ponerse en guardia. De un salto, se puso de pie. Y ahí fue que sintió acelerarse su corazón como si los latidos galoparan y que un repentino sudor le cubría la frente. Sintió algo que casi nunca sentía. Miedo. "Tienen al pequeño Kanja", recordó.

El hijo de Kiso estaba en manos de Yoritomo a menos que su enviado lo hubiera rescatado. El tiempo que tardaran en saber que su señor había muerto era el tiempo de vida que le quedaba al niño. Kiso vivo era una prenda de negociación, Kiso muerto era su descendiente. El que iba a reclamar retribución si sobrevivía. Pero antes de galopar hacia el este para intentar rescatarlo, debía hacer algo.

Metió a su caballo dentro del bosque donde ya sólo quedaban fantasmas, y buscó en el bolsillo de su silla de montar un *hitatare* color negro. Se quitó la armadura y destruyó la bata que había llevado en el día. Acaso era una forma de morir. Además de vestirse de negro, envolvió su cabeza con uno de los lienzos de la cintura, para que sus cabellos largos no la delataran y con otro de los cinturones confeccionó una especie de antifaz. Luego cambió los lazos de la armadura y aún faltaba algo más. "La última batalla que

presencié no era lejos de aquí, pero no puedo cruzar el bosque porque quedaría empantanada. Haré el recorrido inverso bordeando el camino".

Así lo hizo y, cuando llegó al lugar donde yacían hombres sin vida y sin cabeza, exploró por unos momentos, y encontró lo que necesitaba. Un estandarte como el que le había servido a su hermano Kanehira. También un yelmo diferente al que llevaba en caso de necesitarlo y despojos de otras armaduras para que no pudieran identificarla. Si pretendía hacer su última operación debería hacerlo entre la confusión y la clandestinidad.

Cuando se incorporó con los elementos que necesitaba, sintió el peso de un hombre que caía sobre sus espaldas. "¡Deja de rapiñar entre los valientes, cobarde ladrón!", le gritó al tiempo que se tiraba sobre sus hombros con notable agilidad. A Tomoe no le costó doblegarlo y ponerse encima de su cuerpo mientras el atacante forcejeaba contra su captor con tanta energía como ineficiencia. Ella terminó de aprisionarlo con sus piernas y lo bloqueó con su cuerpo y su *naginata* cruzada sobre su pecho y su cuello. Allí con la mano que le quedaba libre le sacó el yelmo y lo reconoció como uno de los suyos.

"Soy Tomoe Gozen", le dijo, generándole tanta conmoción que el soldado comenzó a llorar pidiendo perdón y jurando por el señor Kiso. "¡Calla!", le ordenó ella. Entre lágrimas y casi sin aire, él contestó: "Vengo de Kamakura. Debe decirle a nuestro general que han matado a todos los nuestros", concluyó tembloroso y tan desesperado que parecía no escuchar. Ella golpeó su cara para que reaccionara. Y cuando súbitamente quedó de nuevo petrificado por

el shock de aquel golpe, la mujer samurái le ordenó: "Llévame a Kamakura".

Kamakura, al este de la isla de Honshu, era el principal dominio de Yoritomo.

LI
LÁGRIMAS EN LAS CUMBRES



En la ciudad de Kyoto, la mera entrada de las tropas de Yoshitsune había puesto en fuga a los guerreros y familias que habían bajado de las montañas con el señor Kiso. El General del Sol Naciente, le había dado órdenes a hombres de segunda línea para llevar de regreso a Shinano a quienes no podrían ir por sus medios en caso de que fueran derrotados.

Fue en medio de esa urgencia que la débil Yamabuki recibió la inesperada visita de sus protectores. Como los conocía, no se negó. Hizo según le dijeron y, luego de tomar unas pocas pertenencias indispensables, les mostró la cocina para que llevaran provisiones para todos y dejó que la ayudaran a subir a una litera. En el camino, vio la ciudad convertida en un caos de fuego, miedo y gritos, una vez más. Buscó con sus ojos, con la lucidez que le permitía su afiebrado estado y no encontró caras conocidas. ¿Volvería a ver su hermana Tomoe? ¿Y su señor? Si ella había sido rescatada antes de su regreso, nada podía ser bueno.

Huir era un trajín de los derrotados. Al menos de los débiles. Los valientes corrían a encontrar la muerte. Temió por su familia. Agradeció que estuvieran en las montañas. "No son Taira, son Minamoto los que matan a los Minamoto". No era el honor sino el poder lo que desataba esa guerra ante sus ojos. El imponente estandarte que aparecía ahora ante su camino la dejó pasmada. No conocía a ese samurái esbelto y altivo. Su imagen le generó pavura. Se tapó la cara primero y un desmayo fulminante la desmoronó sobre la almohada del catre que la transportaba enferma en medio de un amargo escape.

Ataviados como campesinos salían a paso lento mientras los nuevos dueños de la capital tomaban Kyoto. Una vez que atravesaran las puertas de la ciudad, estarían sometidos al encierro de las dos fuerzas rivales combinadas. Por un lado, los ejércitos del clan Taira que resistían en las afueras y por el otro las tropas de Yoritomo. Eso hizo que los fugitivos tomaran una decisión tajante: escapar por las cumbres. Lejos de los caminos centrales podrían pasar desapercibidos y esquivar los enfrentamientos.

Por la dificultad que eso imponía, era a la vez el camino más seguro y también el más inseguro.

Ya era noche cerrada y sin luna, a la hora sigilosa de la Rata, cuando acometieron el cauteloso avance hacia los altos precipicios. Los caballos habían sido cuidadosamente elegidos para un plan de escape que nunca hubieran querido y también los jinetes. Cabalgar en escalada o en declive con la prisa que requería la ocasión no era tarea para cualquiera.

Los ojos cansados de Yamabuki despertaron por el ajetreo de la subida y no dejaron ver su temor. Pero la fiel asistente del samurái

temblaba de miedo. Temía por su salud aunque nada deseaba más que volver con su familia. La realidad es que no sabía si soportaría semejante desgaste. El duelo diario con la muerte era alimento para los guerreros pero deterioro para cualquier otra persona, y más para ella que llevaba semanas enferma.

Lo que Yamabuki le había dado al general Kiso, día tras día, no hubiera podido proporcionárselo Tomoe. Los suaves baños, la atención de sus necesidades más básicas, el lavado de sus ropas, requerían de una dedicación imposible para una guerrera. No había entendido por qué partían sin ella aquella noche, a sabiendas de cuánto la necesitaban, pero en la huida furtiva, supo que Kiso y Tomoe, al dejarla en la ciudad, la habían protegido. Ese pensamiento la hizo llorar. Una manta pesada cubría la seda de su kimono y ocultaba los colores de flores amarillas. También ocultaba su estremecimiento.

El viento comenzaba a sentirse como un azote en las cumbres. Los caminos circulares eran estrechos pero al menos resultaban una guía. Ahora la subida era a pura montaña y con lo empinado de la cuesta cada paso debía ser más lento y más cuidadoso. Pero estaban cerca de la bajada a un cañadón que sería el atajo perfecto. Ahí fue que ella osó asomar la cabeza y se encontró con el vacío. Iban subiendo una cuesta tan empinada que no podía distinguirse más que el abismo. Se aferró a un viejo poema que vino a su confundido pensamiento como una luz clara: "El vacío donde nacen las cosas será tu lugar más seguro. Sólo lo entenderás en tu hora más difícil". La sirviente volvió a mirar y volvió a desmayarse conmocionada por el vértigo.

LII
¿CUÁL ERA LA MEJOR ESTRATEGIA?



Si algún día su alma iba a unirse a la de Kiso Yoshinaka, primero tenía que obedecerlo. Si no seguía sus órdenes, el alma de su señor la rechazaría en la Tierra Pura del Más Allá. Eso la unía a él desde su sacrificio en vida, cargando el dolor de su ausencia. Esta certeza fue convirtiéndose en el máximo sentido de las cosas para Tomoe.

Ahora que cabalgaba como el viento mismo con dirección hacia el este, pensó en el nombre de su caballo, Viento de Primavera, y lo acarició. "Deberás ser un viento fuerte, amigo", le dijo.

Ella era la única sobreviviente de los ejércitos que realmente habían vencido al clan Taira antes de que se desperdigara como los pétalos de una flor marchita en los márgenes de Kyoto.

Como hombre de rango, Kiso Yoshinaka había tenido varias mujeres. Una esposa formal en Shinano y la dama de noble familia que había desposado para adquirir un rango que lo acercara al clan Fujiwara desde su asunción como *shōgun* en la capital. De esa manera podía aspirar a ser regente cuando el emperador dispusiera.

Pero las cosas no habían ocurrido como esperaba. Sólo se contaron diez días entre su gloria y su caída.

De sus mujeres, sólo Tomoe había sido la que entendía su naturaleza y la que él había aceptado como su igual en la batalla. Gozen, la forma en que la llamaban luego de su nombre, designa a una mujer que asiste a un hombre muy importante y adquiere así la consideración de una dama. Ella había sido mucho más que eso. Y ahora también sería la única capaz, a la vez, de contar su verdadera historia y de sobrevivirlo para intentar hacer justicia.

Por lo pronto, había dejado atrás al joven que la guiaba. Lo conocía demasiado poco como para confiar en su reacción. Además, la había atacado mientras huía del peligro. "Quien huye una vez, huye otra", se dijo. La preocupaba la lejanía de Kamakura. El tiempo jugaba dramáticamente y sin pausa en su contra.

Por la incipiente claridad, no tuvo dudas de que se acercaba la hora de la Liebre, cuando sale el sol. Era la hora de esconderse y descansar hasta que la tarde volviera a darle cobertura. En su mente pujaban dos estrategias. ¿Podía ella rescatar a tiempo al pequeño Kanja o debía regresar a Shinano de una vez como le había ordenado el general Kiso?

LIII
ENTRE LO SUBLIME Y LO SANGUINARIO



En Kyoto, el último hermano del señor Kiso y Tomoe Gozen estaba a punto de ser ejecutado. La ciudad ya estaba rendida bajo el dominio de Yoshitsune, el enviado y medio hermano de Minamoto Yoritomo.

El emperador Go-Shirakawa al fin se sentía aliviado. Había decretado la pena de muerte contra Kiso y sus cinco comandantes. Entre los condenados no había una mujer. Ese día, las cabezas del general Kiso y sus hombres serían exhibidas en sendos desfiles, ante la morbosa multitud. El último hermano, el único sobreviviente, además de Tomoe, era Higuchi no Jiro Kanetmisu. Había sido capaz de rendirse a cambio de salvarse. Pero el emperador no toleró su falta de rigor. Lo honorable hubiera sido terminar él mismo su vida.

Le habían concedido, sin embargo, un último deseo: unirse a la procesión en la que las cabezas de sus hermanos eran observadas por los mismos habitantes de Kyoto a los que habían subyugado pocos días atrás con todo tipo de abusos de poder. Como un prisionero más, Kanetmisu se unió a la peregrinación vistiendo un

alto sombrero y una túnica color azul índigo. Al día siguiente fue decapitado.

El emperador en retiro había emitido una orden especial para su caso: "Kanetmisu era uno de los Cuatro Reyes Celestiales" del señor Kiso junto a Imai, Tate y Nenoi. "Perdonar a un hombre como ese sería como buscarse problemas dejando un tigre dentro de la propia casa".

¿Cuántos habían visto con sus ojos a la imponente comandante de los ejércitos del General del Sol Naciente? La habían visto con su armadura brillante y un alto sombrero, erguida en su caballo, con el pelo negro como una cinta de seda infinita volando en el viento. Y ahora todos fingían no saber, declarando derrotado al general y a sus cuatro reyes. ¿A tanto podía llegar el terror de aceptar la existencia de una mujer como ella?

Como siempre, las preguntas encuentran las respuestas convenientes, la cómoda justificación.

¿Cómo entender la pulsión fratricida de los Minamoto mientras los Taira seguían resistiendo en la vieja capital de Fukuhara? "Si acaso el señor Kiso hubiera sido hábil, tendría que haber preparado el terreno para su primo Yoritomo a sabiendas de que no lo podía vencer", decían los consejeros de la Corte siempre bien dispuestos para el pragmatismo de los juegos de poder.

La naturaleza de Kiso era incomprensible para ellos. En su camino hacia Kyoto el samurái había radicalizado su mirada sin hipocresías. Había cuestionado la soberanía imperial desde una cosmogonía de la guerra. No era un hombre de política ni de poder y al llegar a la antigua capital, su ideario entró en crisis. No había sido un error. Había sido su naturaleza, burda y rústica, chocando con un sistema

que para aceptar la transición no veía una ruptura ni una derrota sino una compleja negociación.

El purismo de Kiso se veía como torpeza aunque fuera genuino hasta en sus contradicciones. Como el día en que sus vidas pendían de un hilo y, en vez de huir, fue a saludar a su última esposa. "Esta guerra quedará grabada en el alma de Japón", suspiró un anciano entre la multitud que veía pasar las cabezas trofeo de los caídos en desgracia. No sólo se refería a la lucha fratricida de los clanes, sino a la pelea entre lo sublime y lo sanguinario. Sin medias tintas.

LIV
"YO SÉ QUIÉN ERES"



Cuando Tomoe despertó estaba rodeada de seis guerreros que la habían despojado de sus espadas, de su arco, flechas y *naginata*. Cualquier movimiento podía implicar la muerte. Una patada en el costado la había sacado de su pesado sueño. Luego de días sin dormir, sentía que regresaba de un viaje sin saber bien dónde estaba. La dificultad para recuperar consciencia no le impidió recordar que, fueran quienes fueran, no debían saber aún que era una mujer.

—Di quién eres —le exigió saber quien parecía comandar al grupo.

—No lo toques —advirtió otro de los guerreros a uno que ya se abalanzaba para arrancar los lienzos que cubrían su cara—, puede estar apestado.

—¿Quién eres? —repitió otro de los hombres.

—Soy mensajero —respondió Tomoe con voz grave.

—¿Mensajero de quién? —le retrucó.

En el mismo momento que ella tomó para pensar una salida —porque no tenía una respuesta—, otro de los guerreros estiró la

mano envuelta con un trapo y le corrió las vendas improvisadas que cubrían su cabeza. Cuando vieron el rostro de una bella mujer y su pelo desbordando como un torrente negro, se hicieron todos hacia atrás en medio de exclamaciones de sorpresa.

¿Qué hacía esa mujer vestida de guerrero? Tomoe supo que ese segundo era todo lo que le quedaba. En una maniobra física que reveló su notable elasticidad, dio una voltereta sobre su cuerpo hasta quedar de pie, se abalanzó hacia el carcaj de uno de sus atacantes, tomó una flecha, y poniéndola al lado de su yugular, lo tomó del cuello y amenazó con matarlo.

—Yo sé quién eres —dijo repentinamente el comandante mientras la señalaba con el dedo índice y avanzaba hacia ella intimidante como si descreyera de su determinación para matar a ese guerrero.

Si acaso sabía quién era, no conocía de qué era capaz. Como toda respuesta, Tomoe incrustó la flecha en el cuello de su enemigo. Un chorro de sangre con fuerte presión manchó su cara y la del que la había señalado y, en menos tiempo que el pensamiento, ella había saltado hacia atrás tomando una espada del cinturón de otro guerrero y se había montado presurosa en su caballo.

Allí fue cuando sintió un golpe durísimo en su espalda y al voltearse vio el tronco inmenso de un pino que le arrojaba el empecinado comandante. Lo que no imaginó el atacante es que ella cortaría el extremo del madero con la fuerza de su brazo dejándolo a él con la parte más ancha y más pesada que ahora en la inercia se le venía encima. Ahí fue que con el garrote que había quedado en su mano improvisó un proyectil que voló hacia otro de los *bushos* y lo volteó de su caballo.

Al huir al galope escuchó al general que iba tras ella y supo que la habían reconocido.

—¡Es Tomoe Gozen! ¡No tengo dudas! ¡Yoritomo dio órdenes de capturarla con vida! —gritó ya seguido por el resto de la tropilla—. ¡Es la mujer samurái de Kiso Yoshinaka!

Como si nada hubiera espoleado más su furia ni anestesiado más su miedo que escuchar esas palabras, los hombres salieron a darle caza a la mujer más peligrosa de Japón. Delante de ellos, como un rayo negro sobre el cielo azul, se recortaba en el aire como un pájaro oscuro el pelo de ella. Astuto, uno de sus perseguidores, fustigó a su caballo para acercarse y del pelo la tomó como si la enlazara envolviéndola inmediatamente por la cintura con su brazo, al acercarse, y arrancándola de su animal para ponerla boca abajo sobre la silla de su montura.

Viento de Primavera, el caballo de Tomoe, corría solo campo abierto como si ella aún lo guiara. Cuando notó la ausencia de su señora, se frenó como si entendiera que él mismo estaba en peligro. Pero ya se alejaban en dirección a Kamakura, los hombres de Yoritomo, con la presa más deseada.

LV
NADA DESEABA MÁS



La recibieron mujeres asustadas en una habitación rodeada de guardias. Al tiempo que los hombres prácticamente la arrojaron dentro, las sirvientas se abrieron aterradas ante su terrible presencia. Las primeras dos horas directamente no las dejó acercarse. Le tenían temor como a un animal salvaje que entra por la ventana en un descuido. Ella estaba agazapada contra una esquina de la pared. Y al costado bullía una tina con agua hirviendo.

Tomoe estaba sentada como un samurái aunque de tanto en tanto pusiera juntas sus rodillas para abrazarlas y encogerse o para esconder sus ojos de todo lo que no fueran sus pensamientos. Su túnica negra estaba rota y manchada. Su cara y sus brazos tenían heridas. Su pelo brillaba inquietante. El mínimo movimiento hacía saltar a las mujeres.

—Ha muerto mi esposo —les dijo, escueta, mirando hacia la nada.

Se escuchó un gemido de consternación. Fue breve. Brevísimo. Contenido. Luego hicieron una reverencia leve. Y una de ellas señaló la tina. Cuando Tomoe se puso de pie una de las mujeres intentó

ayudarla para quitar su ropa, pero ella levantó su brazo deteniendo en seco el impulso. Cuando cayeron sus ropas, un cuerpo musculoso, con marcas y esbeltez, las sorprendió. No era el cuerpo de una mujer y no era el cuerpo de un hombre. Hasta sus senos se abrían musculosos. Y su espalda se ensanchaba como la de un guerrero. En la cintura fina se notaba su femineidad. Ella no las miró. Pero se supo observada, estudiada. Se supo extraña e igual. Estaba acostumbrada a ser mujer y samurái.

El contacto con el agua la estremeció. Todo le recordaba a su señor. "Ha muerto mi esposo", su frase, resonó en su mente. En el agua no se notaría el temblor del dolor. Y las lágrimas se confundían.

Al salir de ese fragor de vapores, su piel resplandecía.

—¿Quiere que le haga una curación? —le preguntó una de las sirvientas señalando la herida de su muñeca derecha.

Tomoe miró su brazo. Cerró los ojos y pensó en su caballo. Lo había esforzado. Movió la cabeza diciendo que no.

—No, gracias.

La esperaba una bata parecida a la de las sirvientas en color gris. Su ropa negra había sido retirada sin que se le preguntara. Era una prisionera. El baño había relajado sus músculos. El sueño la venció luego hasta que volvieron a despertarla con toques diminutos y sin decir una palabra. Cuando despertó, las mujeres le hicieron señas hacia la puerta. Allí volvió a ver a los guerreros que la custodiaban y cambió su semblante. Volvió a tener esa mirada amenazante que conocían los que la enfrentaban en la guerra. Caminaba como ellos. Los hombres lo notaron. Los inquietó la familiaridad.

Cuando avanzó hacia el gran vestíbulo del señor de Kamakura, cruzó un jardín con una fuente y la imagen de Buda que precedía el

pórtico. Luego lo vio. Tenía ojos impiadosos cuya mirada podía percibirse desde lejos como un rayo oscuro. Una pose perfecta contenía la paz de la flor de loto y la guerra del samurái. No movió ni un músculo de la cara mientras la mujer samurái avanzaba hacia él sin bajar la cabeza.

"Cuánta arrogancia", pensaron los nobles que observaban la escena. Yoritomo reconoció su estirpe. Pero no dijo nada. Pensó en su primo Kiso Yoshinaka. Esa mujer explicaba mucho de él. De lo que lo hacía distinto. Y arriesgado.

—Servir a un samurái es ponerlo en el centro de tu corazón.

—Así llevo a mi señor, Minamoto Kiso Yoshinaka, General del Sol Naciente.

—Ahora tu señor soy yo.

—No lo eres.

—Quítate la vida como un guerrero entonces.

—No lo haré. Mátame.

—No lo haré. Tu vida es mía.

"Mi muerte es de él", pensó ella anhelando encontrar a su hombre más allá de la vida. Deseó como nunca la lengua de la espada abriendo sus entrañas. Cómo podía explicar que en estricta obediencia a su señor tenía que mantenerse con vida. Que nada deseaba más que la muerte pero no podía ser ella misma quien se quitara la vida. Aún no había cumplido siquiera con la orden de Kiso y ya estaba impedida de hacerlo. Había tenido que elegir entre volver a Shinano para referir su historia y lanzarse al rescate de Kanja. Tenía que pensar, y hacerlo rápidamente.

—Asegúrame que el pequeño Kanja vivirá y consideraré lo que me pidas.

—No estás en condiciones de considerar nada. Mi primo Kiso fue vencido por un guerrero sin historia. Deberías entender lo que implica una derrota. Si fueras una guerrera honorable, habrías cometido *seppuku*.

Tomoe estaba maniatada y dos guerreros la tomaban de sus brazos por la parte de atrás, pero lo que acababa de escuchar era demasiado y de todas maneras intentó lanzarse sobre el samurái enfurecida por lo que había insinuado. Casi llegó a alcanzarlo cuando los guardias lograron neutralizarla. Yoritomo fingió que no lo había conmocionado la fuerza de esa mujer que había sido difícil de doblegar incluso para dos de sus hombres más corpulentos. Y viendo que sus palabras habían tenido el resultado que esperaba, continuó.

—Veré qué me conviene hacer contigo. Pero quizás decida complacerte si tanto deseas morir.

—Déjame morir en combate —lanzó ella.

—Se terminaron tus respuestas, Tomoe Gozen —sentenció ordenando con su mano extendida que la sacaran de la sala.

—¡Haré lo que quieras por la vida de Kanja! —gritó ella al salir.

Tomoe no sabía si el hijo de Kiso vivía. Ya debía tener unos doce años. Pero si estaba con vida su situación era muy complicada. ¿Sabría que había muerto su padre? ¿Sabría que él corría el mismo peligro que un príncipe que disputa la sucesión?

Yoritomo ordenó que la encerraran en una celda donde una ventana diminuta le informaba si había sol. Cuando la puerta se cerró y escuchó el ruido de las espadas de sus guardias, Tomoe Gozen pensó que atravesaba las últimas horas de vida. Nada deseaba más.

LVI
PELIGRO EXTREMO



Tu padre no me hará daño, Ohime. Todo este tiempo me ha tratado como a un hijo. Debes quedarte tranquila, princesa —intentó aliviarla el joven que había vivido como uno más de la familia en los dominios del señor de Kamakura.

—No, no, no es así, Kanja —rompió en llanto Ohime, arrojándose a sus brazos—. ¡Mi padre ha capturado a una guerrera de los ejércitos de tu padre! —agregó entre lágrimas la hija de Yoritomo con quien el niño estaba comprometido.

—Una guerrera… —repitió Kanja Yoshitaka, comprendiendo en un instante lo que eso significaba.

—¡Tu padre ha muerto, Kanja! ¡Debes escapar! ¡Serás un peligro para mi padre! Él elimina todo lo que lo pone en peligro…

—¡Pero es mi tío!

—Y tu padre era su primo pero eso no importa… —insistió con frialdad mientras lo tomaba de la mano—. Ven… —le dijo la niña exaltada y segura de que ahora empezaba a ser comprendida.

Kanja Yoshitaka no había necesitado demasiadas precisiones para saber quién era la guerrera que había capturado su padre. Si Tomoe había caído, la situación era extrema. Quería mantener alguna esperanza de que su padre aún estuviera vivo. Pero si no era así, era cierto que su propia vida corría peligro. Mientras se dejaba llevar por los pasillos de la gran fortaleza de Kamakura, se sintió conmovido por la desesperación de la princesa Ohime.

La prisa ante el peligro no le impedía escuchar el mensaje emocionado de su corazón, y repentinamente, le brotaron lágrimas ante la mera posibilidad de no verla más. Por eso la detuvo en seco y la tomó de las manos mirándola de frente, cara a cara, para prometerle su amor.

—Estamos comprometidos, siempre será tuyo mi corazón, Ohime.

—¡Debes irte Kanja! —agregó decidida la princesa, pero no pudo decir una palabra más, agobiada por el miedo. Lo miró a los ojos con dulzura y temor y volvió a tomarlo del brazo para conducirlo hacia un escondrijo donde lo esperaba uno de sus amigos.

—¿Qué haces aquí Yukiuji? —preguntó Kanja sorprendido al ver a su amigo.

—La esposa de tu padre está detenida. La matarán y luego te matarán a ti. Lo escuché en la guardia —le confió tomándolo de los hombros.

—Yukiuji tomará tu lugar vestido con tus ropas. Y tú debes vestirte como yo y salir con mis damas —agregó Ohime explicándole el plan que se les había ocurrido.

—Pero tu padre hará caer su furia sobre ti, Ohime. Seré un cobarde si hago eso.

—Ellos te matarán a traición, Kanja. A Ohime nada puede pasarle —le advirtió Yukiuji—. Yo negaré haberte ayudado. Siempre vestimos casi igual.

Kanja Yoshitaka los miró a los dos. Vio en sus ojos desesperados el amor que lo hacía sentir afortunado en su corazón. Era un niño sencillo, diferente a su padre. No tenía ni su instinto guerrero ni su sagacidad para la batalla, pero era un excelente jinete. Y en eso había confiado Ohime, al hacer preparar en secreto el caballo que lo sacaría por la noche de los dominios de Kamakura.

Cuando Ohime lo vio perderse en el bosque que llevaba a las colinas, para esquivar la entrada principal donde sería reconocido por los guardias esperó hasta ver regresar a sus damas de compañía. Ahí respiró aliviada. Kamakura era una fortaleza natural. Por eso su padre la había elegido. Confiaba en que Kanja pudiera escabullirse por las montañas sin usar las entradas de la ciudad que eran estrictamente vigiladas. Pronto sabría, sin embargo, que Yukiuji había sido retenido y enviado a llamar por guerreros de su padre que lo habían confundido con Kanja.

La estratagema de los jóvenes había quedado al borde de ser descubierta. La vida de Kanja corría máximo peligro. Todo dependía ahora de cuán rápido huyera el joven. La princesa había anticipado perfectamente el proceder de Yoritomo.

LVII
"DEBES IRTE"



La agitación que se vivía en la fortaleza de Kamakura llegaba a cada rincón. El sobresalto había invadido incluso al guardia tras el cual se cerraba la celda donde mantenían cautiva a Tomoe.

—¿Está la prisionera?

—Claro que está la prisionera —respondió secamente el centinela.

—Acompáñame —le dijo el otro guerrero.

Tomoe escuchó el intercambio y se puso en alerta. La hendija que quedaba disponible en la pesada puerta sólo le permitía notar indicios de movimiento, pero sin distinguir qué se desplazaba ni en qué espacio. Fue cuando acercaba su ojo a la ranura que sintió cómo descorrían el cerrojo y se movió velozmente para quedar sentada exactamente donde la habían dejado. Le extrañó ver a una niña ricamente ataviada al abrirse la puerta.

—Soy la princesa Ohime. Kanja escapó, pero lo perseguirán para matarlo. Debes irte —le dijo en un tono que mezclaba un ruego con una orden. Y mucho temor.

La mujer samurái, con mil batallas y estrategias militares sobre sus hombros, no sabía si estaba ante una trampa, pero vio la puerta mantenerse abierta y a la niña que la había liberado esfumándose como una aparición. Miró a su alrededor y descubrió la armadura rejuntada con la que había huido del campo de batalla desensamblada sobre un banco de madera.

Pudo identificar fácilmente que la celda donde la mantenían estaba en un pequeño gabinete junto a los establos. Lo más rápido que pudo se colocó la armadura y tomó su espada larga que aún estaba allí aunque faltaban la espada corta, el arco y las flechas. Regresó, antes de partir, a la celda, y rasgó una manta que le habían dejado para cubrirse, se envolvió con una lonja de esa tela la cabeza y salió presurosa.

En el pequeño patio contiguo avistó a un guerrero que vigilaba el pórtico y se le abalanzó por detrás. Le tomó el cuello, lo apuñaló a un costado y lo llevó a rastras a la misma celda donde había estado cautiva dejándolo encerrado pero robándole su yelmo. Cuando volviera el guardia al que había engañado la princesa, iba a descubrir el ardid. No tenía mucho tiempo.

Se apresuró de nuevo hacia el patio que la separaba de la entrada, se asomó a la calle, miró a los costados y caminó rápidamente hasta los establos. Eran una construcción de madera imponente, con un frente color oscuro que replicaba la forma de la pagoda principal donde habitaba el samurái Minamoto Yoritomo. La traba de la caballeriza estaba entreabierta. Al acercarse observó a un grupo de guerreros bebiendo sake en un rincón y a algunos otros revisando los caballos antes de cerrar las puertas de cada establo.

Pasó caminando delante de ellos simulando normalidad y tuvo la suerte de no llamar la atención. Al cruzar se paró en una esquina donde la protegían las sombras que producía una de las alas del techo. La luna caía sobre uno solo de los pasillos que daban a los corrales. Se encaminó al otro. Atravesó la valla de la entrada que aún no estaba cerrada.

Se metió en el pasillo que quedaba a oscuras y se deslizó en el primer cubículo donde entrevió la silueta de un animal. Se acercó ágil y, sin mediar pausa, se quitó el yelmo y apoyó su cabeza sobre el cuello del caballo. Necesitaba ganarse su confianza para que no la delatara. Lo rozó con su piel y con su pelo, familiarmente. Lo hizo entrar en contacto con su olor en forma frenética como si fuera una de la misma especie. El animal se tranquilizó al sentirla frotarse una y otra vez con su pelaje. Ella acercó su propia respiración a la del corcel para que la asimilara hasta en su aliento. Y continuó rodeándolo sin dejar de tocarlo. Pegando su cuerpo, estiró los brazos abarcándolo en toda su extensión hasta que se posicionó en la zona de la silla y de un envión se impulsó y lo montó en pelo.

Sin nadie a la vista, alargó un brazo y tomó de nuevo el yelmo, para abrirse paso sigilosamente, hacia el cuadrilátero de tierra. Primero avanzó a tranco lento hasta cruzar la entrada con normalidad y dar la vuelta al edificio sin llamar la atención. Cuando quedó fuera de la vista de los guerreros salió a todo galope saltando las vallas y cercas que separaban las caballerizas del jardín y buscó con los ojos los bordes del perímetro que llevaban seguramente a las colinas. Iba hacia adelante como sólo las flechas pueden hacer sin claudicar.

Ya era la hora de la Serpiente. No estaba lejos la medianoche. El olor del aire perfumado por las flores de la primavera la guiaría.

Kamakura estaba amurallada por la naturaleza, rodeada por montañas que la abrazaban excepto por un lado que conectaba directamente con la bahía de Sagami y el mar. Ella debía lanzarse en dirección opuesta, hacia las colinas, porque cualquiera de los pasos que servían para entrar estarían tan demarcados como controlados por Yoritomo. "Soy el dueño de tu vida", le había dicho.

Cuando la tragó la ladera tupida y cubierta por árboles y arbustos, se sintió más tranquila. Se sintió su propia dueña otra vez. Ahora sí volvía a su elemento. Tenía que elegir la cuesta más escarpada, la que estuviera en desuso por sus obstáculos. Esa sería su ventaja. Por un momento pensó en esa niña que la había liberado. Era la princesa Ohime, no tenía dudas. Era la hija de Yoritomo. Y si había traicionado a su padre debía amar a Kanja, tanto como para arriesgar su vida. En algo se parecían esa princesa y Tomoe Gozen.

LVIII
UNA PLEGARIA AL INSTINTO



Cabalgó más de quince horas. Los obstáculos de las escarpadas colinas la retrasaron. En cada esfuerzo pensó en Kanja. Que estaba más cerca, que podía alcanzarlo, que su padre le había enseñado a montar. Esas tardes de la infancia volvían a su mente.

Una vez Kiso lo dejó solo sobre el caballo sin saber nada más que lo que su instinto podía advertirle. Y cuando el niño se vio sacudido de un lado a otro por el galope del animal, se abrazó a sus crines como si hubiera sido instruido, ciñendo sus piernas y aferrando sus bracitos al cuello del caballo, como si la información le hubiera sido transmitida por la mismísima naturaleza.

Tomoe eligió pensar en ese instinto, en cada envión, en cada toma de las riendas, en cada espoleo pidiendo velocidad, en cada cuerpeo contra el precipicio, en cada rasguño entre los arbustos, en cada paso en falso entre las piedras musgosas, en cada caída y en el preciso momento de levantarse otra vez. Aunque no pudiera más, siguió, siguió y siguió ella misma hasta que el murmullo de las aguas del río Iruma la hizo llorar de felicidad.

La siguiente imagen fue un tumulto a lo lejos, la confusión, la concurrencia exaltada, atraída a ese punto específico. ¿Debía detenerse? ¿Debía ayudar? ¿Debía perder tiempo? ¿Debía continuar? No lo decidió ella.

LIX
SIN MISERICORDIA



Solo, mirando hacia ningún lugar y hacia toda la anchura del horizonte al mismo tiempo, Minamoto Yoritomo se erguía desde la galería principal de su fortaleza con la falsa calma de un volcán a punto de hacer erupción. Su hija —su propia hija— había dejado escapar al hijo y a la mujer guerrera de su enemigo, Kiso Yoshinaka, su primo. Era intolerable. Maldita niña. "Es tan intrigante como su madre", se dijo.

Completamente vestido de negro, con una túnica de seda que no suavizaba sus gestos, permanecía allí desde hacía días. ¿Cuántos? Él no lo sabía. Desde el momento exacto en que el engaño había sido descubierto. Pero los abismos a los que había visitado su mente excedían los del tiempo que puede ser contado por los hombres intrascendentes.

La dimensión en que se encontraba el samurái escapaba a la comprensión y azuzaba el miedo. Ni los sirvientes se atrevían a acercarse para llevarle algo de beber o comer.

¿Cuántas noches habían pasado hasta esa noche interminable? Pronto, la oscuridad daría paso a las primeras luces de otro amanecer. En ese instante, Yoritomo y la noche eran uno. En la fortaleza de Kamakura que era su residencia, todos temían. Tenían temor hasta de respirar.

El carácter despiadado del ahora único líder del clan Minamoto era tan conocido que nadie esperaba misericordia. Ni siquiera para la princesa.

—¿Qué le pasará a Yuiyuki? —preguntó un hilo de voz desde las sombras.

—Lo que les pasa a los traidores.

—Ohime tiene fiebre.

Yoritomo no le contestó a su esposa. Pero, a diferencia de casi todos, ella no le temía a su crueldad. Hōjō Masako, siendo hija primogénita de un samurái emparentado con el clan rival de los Taira, había sido instruida en las tareas de los hombres. Sabía defender a su familia y defenderse. Con ese temple había logrado persuadir a su propio padre e imponerse en su decisión de desposarse con el guerrero Minamoto que estaba cautivo bajo su vigilancia. Ese guerrero era ahora su marido. Por quien ella había desafiado las leyes de la obediencia y a quien había ayudado a construir su poder.

El joven Kanja, hijo de su primo Kiso, siempre le había recordado el destino de su propio esposo. Y también la determinación de su hija para salvarlo, siendo apenas una niña, le hacía acordar a ella misma. Pero en las últimas horas había descubierto que ni las semejanzas y paralelismos con su propia historia ablandaban el corazón de Yoritomo. Nunca pensó que pudiera guardar tanto rencor.

Sólo podía entenderlo ante la furia que había desatado en su marido, que fuera Yoshinaka el conquistador de Kyoto y no él, que había tejido un minucioso entramado de poder para que su desembarco en la antigua capital fuera indudable.

Pero, Kanja, ¿qué tenía que ver con todo eso? Se había criado con ellos el último tiempo. Era uno más de la familia. Estaba comprometido con su hija Ohime desde que eran pequeños. Ahora debería interceder por él cuando lo trajeran cautivo. Claro que lo haría. Y nada la detendría.

Ya pasaba la hora del Tigre cuando algo alertó al samurái, que seguía dándole la espalda a su esposa. Era un grupo de jinetes a lo lejos lo que observaba, impaciente. El galope de esos tres guerreros se percibía como un trueno lejano. Pronto sería un sucesivo retemblor. Hasta el freno en seco de los cascos, y lo inminente, a punto de ser revelado. Masako dio dos pasos saliendo de las sombras. Su rostro blanco irradiaba misterios. Su majestad parecía absorber la tempestad en ciernes. Ella lo sabía. Sabía de su ira. Conocía demasiado bien al hombre que parecía ignorarla.

—¿Dónde está Kanja? —preguntó el samurái al guerrero sin dejarlo llegar a la galería.

—¡Kanja fue capturado, señor! —respondió certero Mitsuzumi.

—Tráelo ante nosotros —ordenó con voz calma Masako.

—No puedo, señora. Su cuerpo nos fue arrebatado por guerreros que lo reconocieron.

—¿Su cuerpo? —preguntó Masako avanzando hasta ponerse a la par de su marido a quien dirigió la mirada con ojos terribles.

—Yo mismo terminé con su vida, señor —confirmó Mitsuzumi con tono de satisfacción.

Un grito de dolor estremeció a todo Kamakura. Las fuerzas apenas le alcanzaron para asomarse a la galería a la pobre princesa Ohime que escuchaba oculta el informe del guerrero desde la sala principal. Casi llegaba ante sus padres cuando la venció un desmayo dejándola a los pies de Yoritomo. Masako ya estaba en el suelo tomando a Ohime entre sus brazos para ponerla sobre su regazo cuando la alarmó su temperatura.

—Está hirviendo de fiebre —afirmó levantando la mirada hacia su marido con ojos de reproche—. Si algo le pasa no te lo perdonaré jamás —le advirtió bajando de nuevo los ojos pero agregando algo que el samurái escuchó perfectamente—. Decapita al asesino de nuestro Kanja —lo conminó.

Hacia fines de junio de 1184 el asesino de Kanja fue decapitado. La princesa Ohime, enferma de dolor, pasó semanas luchando entre la vida y la muerte. Su padre, atento a los deseos de su esposa, lanzó una campaña militar de gran escala para recuperar el cuerpo de Kanja. A diferencia de ella, no era un funeral apropiado para un príncipe lo que perseguía, sino evitar una sublevación en las montañas de Shinano, donde guerreros fieles a Kiso Yoshinaka, se suponía, habían escondido el cuerpo.

LX
LA MISMA FALTA, EL MISMO AMOR



Aquel día en que sus ojos habían atestiguado lo indecible, Tomoe no pudo más. Su corazón desaforado le rogaba cobrarse retribución por la muerte del pequeño Kanja. Pero no podía poner en peligro a todo el clan. La larga guerra contra los Taira no había terminado. La abrumaba la confusión. Ella entendía las pesquisas sobre el linaje. Si moría el padre, debían deshacerse del hijo. Pero a Kanja Yoritomo y su familia lo habían criado como propio.

Ver su muerte a lo lejos había sido como ver la segunda muerte de Kiso. Su propia segunda muerte. Había estado tan cerca de salvarlo que el destiempo ínfimo era otra espada. Desconsolada, había guiado a tientas a su caballo hasta alcanzar los bosques de Awazu una vez más. Cerca de donde había sido ultimado su señor, le habló. Llamó a su esposo como si entre los árboles la escuchara. Le pidió la última orden.

Le pareció oír su voz. Era lo que necesitaba. A partir de entonces no pensó, sólo ejecutó. Le daba paz poder hacerlo. Había estado a punto de sucumbir en Kamakura. Si eso no había ocurrido era

porque aún tenía sentido estar viva. Aunque el mundo fuera un lugar insoportable sin él. Al pasar por el lago se detuvo: "Me da paz ver las aguas del lago Biwa en calma", pensó, y siguió viaje.

Cuando llegó a Shinano ya no llevaba armadura. Se cubrió con una capa oscura para que nadie la reconociera, y sintió que cuando llegara no sería la misma. Ataviada en forma sencilla pidió ver a su hermana, a la esposa formal de Kiso. Debía cumplir con su petición. Eso le daba paz.

El tiempo que estuvo encerrada en la celda de los de los establos de Yoritomo lo que más la interpelaba era haber tomado una decisión que le impedía cumplir con uno de los últimos deseos de su señor. Era la única que había vivido para contar el fin. Al ver a la esposa viuda que además lloraba la muerte de su hijo, no hicieron falta palabras. La recibió entre sus brazos y su llanto habría entristecido hasta a las flores. Era verano y las montañas se perfumaban. La brisa traía el aroma de las frutas maduras y los pétalos se hacían alados llevando el mensaje de la vida. La naturaleza no podía entender las contradicciones del poder.

Dos mujeres que habían quedado solas se abrazaban entre lágrimas. La mano fuerte y rugosa de la guerrera se entrelazaba con la mano suave y frágil de la esposa. Lloraban al mismo hombre con el consuelo de confirmarle la una a la otra, la misma falta, y el mismo amor.

LXI
LA BUSCABAN A ELLA



La noche que irrumpieron en la *yakata* todos dormían. La buscaban a ella. No tenían intención de arrasar ni atemorizar. Tenían un solo objetivo. Y la encontraron. La confusión fue breve. La mujer de fuerza inexplicable confirmaba su identidad con su mera resistencia. Con su instintiva reacción. Algo anterior a su pensamiento impulsaba sus movimientos. No hallaron ninguna pieza de su armadura. Apenas una *naginata* que no había servido de mucho en la espesura de la noche y ante la desventaja del asalto. La expedición había sido una cacería de precisión y la presa tenía nombre: Tomoe Gozen.

Aunque la guerrera se hubiera recluido despojada de sus armas, era la única comandante viva del señor Kiso. El conquistador de Kyoto. El retador de Yoritomo. El que se había atrevido a desafiarlo en vez de rendirse ante su poderío político. El que tenía la altivez idealista de una estirpe. El que podía vencer en batallas imposibles, pero no arraigarse en las cortes. El que podía trazar estrategias en sintonía con los dioses, pero no podía dominar las intrigas de los hombres.

Minamoto Yoritomo no podía dejar con vida a la mujer que podía vengarlo. Ya la había tenido prisionera y ella lo había humillado escapando. Había engañado a toda su guardia, con la ayuda de su propia hija. No podía permitir que las cosas quedaran así. Su vida le pertenecía.

Saber que, sin ningún recaudo, la mujer samurái, lejos de ocultarse, se había reintegrado a la vida de la familia en las montañas, lo había desconcertado. Su inclinación natural a la permanente sospecha, la consideraba capaz de iniciar una sublevación. Aunque no fuera propicio por su dominio creciente. Y aunque pareciera descabellado que una mujer que sólo había podido guerrear por el permiso de un hombre, pero que en los hechos ni siquiera podía aspirar a los honores o muerte de un hombre, fuera capaz ahora de encabezar ni más ni menos que una rebelión.

El guerrero que la maniató y la amordazó no pudo evitar una secreta devoción. Todos sabían que esa mujer valía por mil hombres. Todos habían temblado de terror ante la posibilidad de ser ultimados por ella. Todos la negaban más que a los fantasmas, porque su mera existencia desmentía el orden. Pero el que la había visto montar a caballo, arremeter con bravura, descender las montañas como si volara sobre el suelo pedregoso y matar como el más temible samurái, no podía evitar el respeto. Cualquiera de los que había cumplido con la comisión de capturarla se habría sentido maldecido si le pedían matarla. Ella ya pertenecía al breve inventario de lo que no se profana.

Al hombre que debió alimentarla en un alto del camino, lo intimidó esa cara desnuda, enmarcada por la seda oscura de un pelo irreal. Al posarla sobre su brazo para que bebiera, lo encontró una mirada sin

miedo. Sintió que esos ojos le pedían con irresistible sensualidad que terminara de una vez con todo. Acaso la esencia de esa guerrera le daba una curiosa inmunidad.

Si cualquier hombre de armas sinceraba que ella era un par, acabando con su vida, admitían lo inadmisible. Y como su muerte no podía valerles premio por esa misma hipocresía, lo mismo que le impedía ser considerada abiertamente un guerrero, la protegía de ser asesinada como tal. Su cabeza nunca pasaría por una inspección, nunca otorgaría puntos, nunca tendría precios. Pero sí su vida.

Tomoe llevaba el mandato de vivir. La guerra que ahora libraba era una guerra espiritual. Era una guerra dentro de sí misma. La obediencia a su señor, más allá de la vida, lo mantenía presente. Entregarse a la muerte, rendir su espíritu ante tanto dolor, hubiera sido inútil, aunque a veces lo deseara con desesperación. El alma de él la rechazaría en el más allá por haberlo desobedecido. La obediencia no reconocía el límite entre la vida y después. A veces la atormentaba no haber intentado convencerlo de refrenar sus impulsos y sobre todo los de las tropas inclinadas al pillaje en una ciudad capital que jamás les perdonaría el salvajismo.

Pero entre el forzado aislamiento al que la había sometido el señor Kiso y su desordenada gestión en los dominios de la corte, él mismo había arrasado con su prestigio y había pasado de ser el libertador al nuevo tirano. Lo que a Kiyomori le había costado veinte años, a Kiso se lo adjudicaban en pocos meses por los abusos de un número importante de sus guerreros. Pero no tenía sentido seguir pensando en eso.

Cuando Tomoe caía en la cuenta de que nada de aquello podía recuperarse, volvía expulsada hacia el presente. El presente era

ahora el traqueteo de un palanquín donde iba sujeta de manos y pies, con los ojos cubiertos y la boca amordazada. En algún lugar de Kamakura la esperaba la muerte.

LXII
LA SENTENCIA



La muerte de un guerrero es el momento decisivo de su vida. Pero una mujer no hubiera sido ejecutada en una situación normal.

—¡Pero es un guerrero!

—Pero es una mujer…

—Es una mujer samurái.

—Eso no puede ser…

—¡Pero lo es!

Estas eran las disquisiciones de los hombres de Yoritomo que esta vez no habían alojado a Tomoe Gozen en una celda junto a los establos sino en una habitación vigilada cerca de uno de los comandantes. Le habían provisto ropa y comida. Ella prácticamente no cruzaba palabra con sus guardias. Pero alguien que la recordaba de la última vez se había asombrado por el cambio en su disposición. La mujer que había llegado a ellos era igual de hermosa pero no estaba a la defensiva. Su control y serenidad eran aún más temibles.

LXIII

"DEBE MORIR"



—Su nombre no tiene mancha.

—Pero es la principal comandante de Kiso. No voy a dejarla con vida.

—Podríamos hacer algo más útil, señor.

—Eres mi general de generales, Yoshimori. Siempre entiendo tus estrategias. Esta vez no —replicó algo ofuscado Yoritomo.

—Señor, sabes que nadie entre tus guerreros aprecia más que yo la destreza en la cacería. Esta es mi mejor presa.

—¿Fuiste tú mismo hasta Shinano?

—Desde que encomendaste que la capturáramos he pensado una y otra vez. Quería cerciorarme de sus planes.

—Eso está bien. ¿Qué encontraste allá? Mis espías hablan de un clima de rebeldía.

—Ella estaba desarmada.

—Debe morir —sentenció Yoritomo.

El samurái se puso de pie y sin prestar más atención a lo que el general Wada Yoshimori tenía para decir dio un paso hacia adelante.

El leve desplazamiento fue suficiente para que dos sirvientes y un asistente corrieran en ágiles pasos hacia la tarima donde se apoltronaba para las audiencias diarias en el gran salón.

Wada Yoshimori lo miró retirarse. Desde su lugar hizo una marcial reverencia.

Cuando quedó solo volvió ese rostro a su mente. Esa mujer había peleado contra el mismo enemigo que él. Sus proezas al lado de Kiso Yoshinaka habían abierto el camino para el triunfo final sobre el clan Taira. Pero para Yoritomo, en aquel inesperado giro de la guerra que había sido la llegada a Kyoto, vencer a su primo se había vuelto más crucial que vencer a los Heike. No podía entender la hermandad de combatirlos. O acaso veía en eso el potencial de un nuevo desafío.

El general Yoshimori volvió a repasar en su mente el momento en que entró a la pequeña habitación —señalada entre susurros por sus hombres—, y cómo, al asomarse, sonidos mínimos despertaron el sueño alerta de la mujer, y la vio saltar y lanzarle una patada en el mismo movimiento. Lo dejó tambaleando a pesar de la armadura y fue cuando intentó huir de allí que la tomaron de una de sus piernas y quedó frente a él irradiando furia y altivez con sus ojos al tiempo que no ponía la menor resistencia. Ella esperó que él hablara. Pero él no habló. Nunca habló. En todo el camino. Ella no pudo saber que estaba ante uno de los generales que había terminado su propio trabajo: vencer al clan Taira.

Pero Wada Yoshimori no podía ver a Tomoe Gozen como una enemiga. Lo que él pensara no contaba.

LXIV
MORIR



Su propia vida volvía como un sueño en la soledad del cautiverio. Tantas veces había pensado en partir de este mundo. Y ahora sentía que ese momento por fin se aproximaba. Nada había deseado más que reposar su cabeza al lado de su señor. En su corazón sabía que la muerte no rompe el vínculo conyugal. Y aunque no hubiera sido la esposa formal de Kiso Yoshinaka, había sido su esposa en armas. "Sólo espero encontrarte de nuevo en la próxima vida", le decía en la penumbra del encierro. "Cumplí con mi promesa de dar testimonio a los tuyos sobre tu lucha hasta el fin y cumplí con tu orden de no terminar con mi vida como hubiera sido el máximo deseo de mi honor. Ahora nuestros enemigos lo harán por mí, y nada quiero más".

Era extraño. Tomoe no sentía miedo de la inminente ejecución. Algo en ella ya no estaba en esta vida. Percibía el respeto a su fortaleza en los guerreros que la custodiaban y, aunque sea en eso, encontraba el reconocimiento que se le negaba por ser una mujer. Ella era samurái como el mejor de todos los que osaran desafiarla. Y

lo sabían. Aunque estaba cautiva mantenía con rigor sus ejercicios de práctica y de la misma manera que su alma anhelaba la Tierra Pura del Más Allá, su cuerpo, musculoso y fuerte, pertenecía aún a este mundo lleno de peligros.

Ellos no tenían idea de lo que harían cuando la mataran. La reconocerían como un guerrero enemigo por el mero hecho de ejecutarla. Ella había visto miles de muertes. Era una ínfima partícula de tiempo. Eso no le daba temor. Ellos no tenían idea pero le darían un triunfo al matarla como se mata a un samurái. Validarían cada uno de sus pasos, cada derrota y cada gloria.

LXV
LA RECOMPENSA



Los torneos de arquería de ese día habían sido desafiantes como nunca. En el campo lindante con los establos, en un cuadrilátero para destrezas y entrenamiento, los guerreros se turnaban para ejercitar la puntería. Las prácticas de arco y flecha concentraban gran atención en los dominios de Kamakura y no era extraño que apareciera por sorpresa el propio Yoritomo que había prohijado los juegos de *yabusame*, en los que jinetes a caballo testeaban su puntería mientras iban al galope.

El samurái llegó en un momento inusualmente tenso en que su general Wada Yoshimori se había propuesto interceptar con sus flechas tres pájaros arrojados al vuelo en forma consecutiva. Como el guerrero que lo había antecedido había podido derribar dos, al general le tocaba ahora superarlo o ser humillado. Antes, ambos contendientes habían sido liberados del mandato de no quitar vida a los seres del mundo como indica la Ley Budista.

Pero lo que había comenzado como una competencia intrascendente era ahora una atracción mayor con la presencia del

samurái. Cuando ante los ojos atónitos de todos Wada Yoshimori derribó en efecto las tres aves, Yoritomo no lo dejó ni paladear la victoria y desafió al derrotado.

—Si alcanzas con tus flechas tres pájaros en forma continua, te daré lo que quieras.

Cuando el hombre lo hizo para algarabía y excitación de los presentes, Wada Yoshimori supo que era su oportunidad. Al ser igualado podía haberse quedado satisfecho. Pero dio un paso ante el samurái y delante de todos hizo una apuesta inusual.

—Derribaré cuatro pájaros al vuelo y dame lo que quiera —le dijo al pasar a su señor.

—Te mereces la misma oferta que el visitante —rugió la voz exaltada de Yoritomo.

Y cuando la última de las cuatro flechas rozó apenas el ala del cuarto pájaro se oyó un alarido. Parecía destinada a pasar rasante y dejar al general avergonzado. Pero la pericia hizo estallar a los presentes luego de la máxima tensión. Exclamaciones, aplausos y rechinar de armaduras celebraban la misión cumplida por Wada Yoshimori, cuando el samurái lo miró dispuesto a pagar la hazaña.

—Espero que en el próximo torneo donde nos representes renueves este orgullo —lo desafió a sabiendas de su afición en las competencias de arquería.

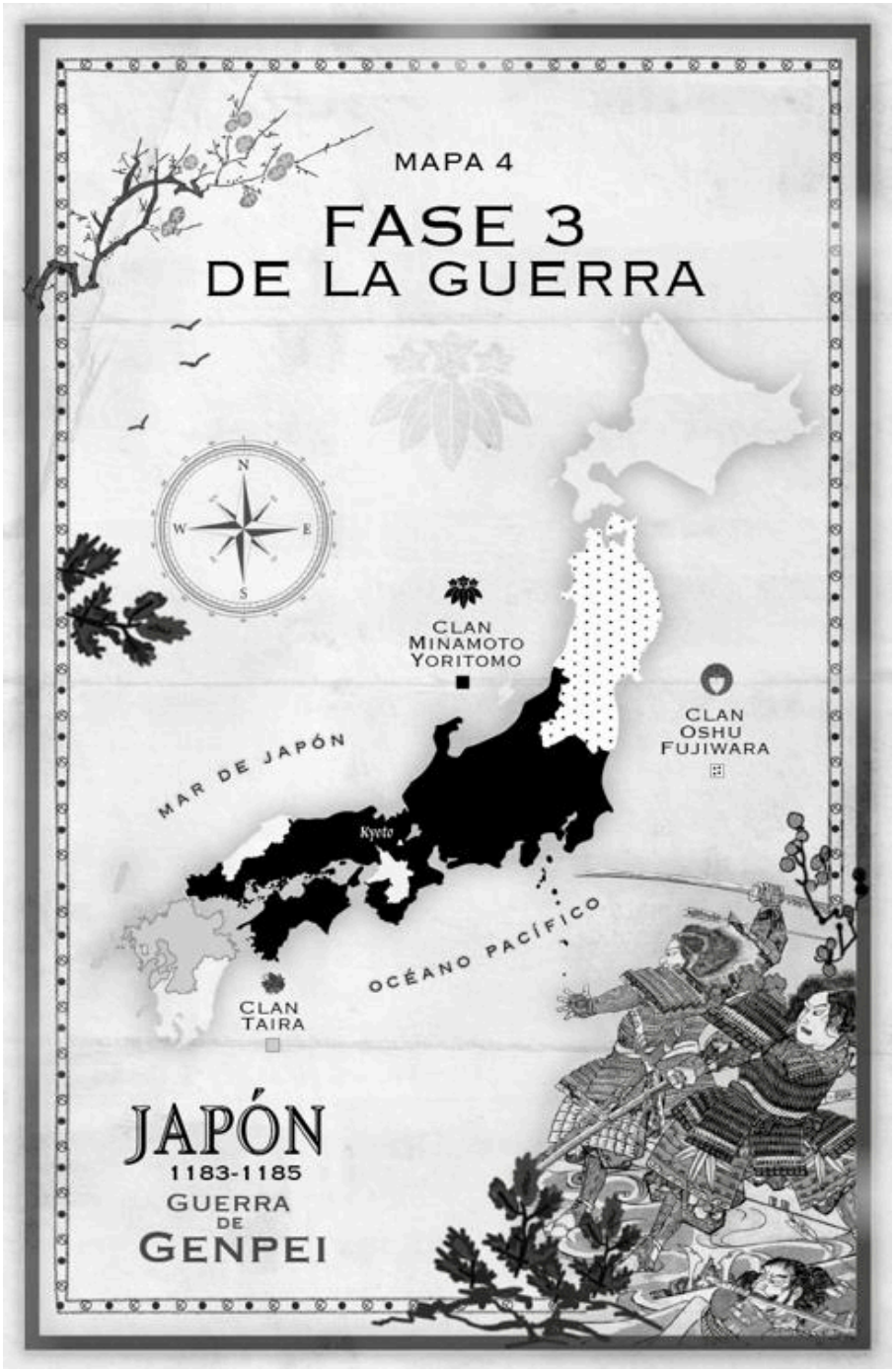
—Lo haré, señor —respondió presto Yoshimori.

—¿Qué quieres? —le preguntó por lo bajo.

—Que la guerrera Tomoe me dé hijos. Que sea mi esposa —le dijo de manera que sólo él pudiera escucharlo.

—Lo has ganado —contestó Yoritomo—, pero hablaremos de esto después —completó cambiando el semblante ante una recompensa

que lo desafiaba.


MAPA 4
FASE 3
DE LA GUERRA
N
W
E
S
CLAN
MINAMOTO
YORITOMO
CLAN
OSHU
FUJIWARA
MAR DE JAPÓN
Kyoto
OCÉANO PACÍFICO
CLAN
TAIRA
JAPÓN
1183-1185
GUERRA
DE
GENPEI

LXVI
PERPLEJIDAD



Cuando abrieron la celda de su cautiverio, le extrañaron los modos de los guardias. Iba maniatada. Pero no se sintió una prisionera. Cuando la obligaron a montar en el mismo caballo que ese guerrero, supuso que la llevaba directamente a su ejecución y que quizás sería él mismo su verdugo. Pero la sorprendió que la llevara fuera de los cuarteles. Con su propio cuerpo la inmovilizó hasta llegar a una pequeña fortaleza. No era un lugar de ejecución.

Tomoe no podía mirarlo pero sentía su respiración. También el roce doloroso de los relieves, puntas y ataduras de la armadura que él vestía. Por momentos envidió el metal y el cuero que no la vestía. Pero no era eso lo que ocupaba su mente. ¿Dónde la llevaba? ¿Qué castigos la esperaban? Había pensado en una ejecución humillante. Había preparado su mente para convertir ese calvario en una retribución que la llevara a otra vida. Pero algo más intrascendente la esperaba. No podía saber. El mundo había cambiado en Japón.

El hombre se bajó del caballo y la tomó primero como un bulto de granos sobre sus hombros impidiendo que moviera sus piernas si es

que ella lo intentaba. Él sabía perfectamente de su fuerza por la forma en que había trabado sus movimientos. Ella midió sus propias reacciones a la espera de un momento más propicio.

Tomoe no pudo ver el desconcierto en las caras de los sirvientes que con cabeza baja escoltaron el paso del general Wada Yoshimori hacia su propia residencia. Ya en el interior del edificio fortificado construido en piedra y madera, él avanzó hacia la sala principal y pidió con un gesto que lo dejaran solo. La sentó en un rincón del tatami. Tomoe miró alrededor haciendo un cuidadoso estudio de todo lo que la rodeaba. Estaba impávida. Intentaba economizar gestos. Quería ser inescrutable ante ese hombre que no dejaba de mirarla mientras se apoltronaba sobre una plataforma de madera sin quitarse totalmente la armadura. Lo único que ella no podía ocultar era la irritación de sus ojos.

Su mirada ensangrentada delataba horas sin dormir o quizás una furia incontenible. Ella se había preparado para el fin con todo el esfuerzo que eso significaba. Ahora no entendía.

Ya habían pasado largos minutos cuando el silencio entre los dos habitantes de esa sala fue interrumpido por una sirvienta que acercó un brebaje caliente. El frío comenzaba a sentirse y seguramente ella no había comido desde temprano. Wada Yoshimori la vio seguir la dirección de esas vasijas con sopa y no dudó en acercarse para ayudarla a beber. Como tenía sus manos atadas, Tomoe no podía tomar el cuenco. Tampoco quiso resistirse a recibir el alimento porque eso sólo la debilitaría, aunque toda la escena sólo aumentara su desconcierto. No era precisamente lo que podría llamarse un castigo.

Cuando el general volvió a su sitio, siguió mirándola. Llevaban un largo tiempo midiéndose en silencio cuando él por fin habló.

—Soy el general Wada Yoshimori —se presentó.

Tomoe Gozen permaneció en silencio. Intentaba figurarse si estaba ante un intento de obtener información sobre la situación de las tropas en las montañas de Shinano. Miraba hacia adelante, como si no prestara atención a su interlocutor, cuando él volvió a dirigirle la palabra.

—Tengo a cargo el *dokoro*: liderar a los samurái que responden al señor de Kamakura —agregó sin mayor conmoción de parte de Tomoe—. También tengo a cargo a los prisioneros —prosiguió.

Tomoe apenas esbozó lo que pareció el inicio de una reacción pero la reprimió. Esto la hacía confirmar que podía estar en la antesala de otros métodos para extraer información. Con lo que le permitía el campo visual intentó observar todo lo que había en esa sala. Aunque era consciente de la guardia que debía rodear a una autoridad tan importante. Su actitud imperturbable hizo que su anfitrión buscara otro abordaje para esa conversación.

—He peleado a los guerreros del clan Taira como tú… —agregó.

Aunque Tomoe siguió en su postura de no responder, no le resultó menor que la reconociera como una guerrera. Ni que valorara que habían peleado contra un enemigo común. También recordó que siempre le había parecido insensato que los Minamoto terminaran combatiendo entre ellos. Pero seguía sin confiar en ese hombre.

—En la batalla de Dan-no-ura, disparé flechas que recorrieron 300 metros —agregó.

Esta vez ella sí lo miró. Y él notó que descreía de sus palabras.

—¿No me crees? —preguntó sin esperar respuesta y se puso de pie.

Caminó hasta una caja alargada de madera de donde extrajo una flecha para luego acercarse a Tomoe. La primera reacción de ella fue defensiva haciendo su rostro hacia un costado. Pero él no pensaba hacerle daño. En cambio Wada Yoshimori se arrodilló y comenzó a explicarle.

—Es una flecha especialmente larga, pero muy liviana por ser de bambú. La forma achatada le permite volar más lejos. ¿Ves estas plumas con que está terminada? Son de cigüeñas y grullas.

—¿Por qué debiste usar una flecha de tan largo vuelo? —preguntó ella cediendo al interés.

—Porque los Taira estaban en sus barcos, listos para intentar vencernos con su manejo de las mareas, y los asediamos para luego derrotarlos.

Tomoe se sorprendió por las noticias. Había estado dedicada al intento de recluirse junto a su familia y no saber más de la guerra. Hasta que la capturaron.

—¿Los Taira fueron vencidos? —preguntó sorprendida pero sin que sus gestos la acompañaran.

—Los más honorables de su casa se arrojaron al mar con armadura puesta para garantizar su muerte. Hasta el pequeño emperador Antoku corrió esa suerte. Su abuela lo tomó de la mano, lo hizo rezar plegarias a Buda y le juró que su ciudad capital yacía bajo las aguas. Logramos recuperar las joyas de la corona que llevaban con ellos pero no la espada —relató Wada Yoshimori con un tono de voz que mezclaba orgullo y compasión.

Los ojos de la guerrera denotaban el interés y los esfuerzos de su imaginación para intentar figurarse cómo había sido esa derrota total que, al fin y al cabo, ella junto al general Kiso tanto habían buscado. De pronto se sintió abrumada. Había quedado afuera de esas batallas. Y también su ejército, el de su señor. Repentinamente extenuada bajó la cabeza.

—¿Te sientes bien? —preguntó él.

—¿Me dejas verla? —pidió elevando súbitamente la cabeza una vez más.

—Claro —agregó él y no sólo le mostró la flecha. Antes, cuidadosamente, desató sus manos.

Ella la tomó en sus manos. Podía clavarla en su cuello. No. No iría muy lejos si lo hacía. Analizó la punta del proyectil hecha de algo que parecía ser hueso. Él adivinó su inquietud.

—Es de cuerno de búfalos, pero llegamos a hacer puntas de hueso o de metal. También de bambú afilado.

—¿Produjeron muchos heridos con estas flechas?

—Todos los que se interpusieron a su vuelo —respondió él.

—¿Qué quieres de mí?

—Que seas mi esposa.

En un instante los ojos de Tomoe estallaron en llanto sin que su cara cediera a la conmoción. El rostro inmutable hacía que las lágrimas parecieran fluir como sangre, no como lamento. Él entendió. Pero no cedió.

—Serás mi esposa.

—Por qué querrías tener por esposa a una enemiga.

—Porque quiero tu estirpe para mis hijos.

—Puedo matarte ahora mismo.

—Como guerrera debiste terminar con tu vida.

Tomoe Gozen sintió que sus mejores defensas eran poco para lo que acababa de oír. No soportaba escuchar eso. Y no era la primera vez que lo escuchaba. Ella anhelaba que su ejecución produjera la muerte que su señor le había prohibido acometer. Pero no podía explicárselo. Ese enemigo valoraba lo suficiente su condición de guerrera como para desear que ella fuera madre de su descendencia. Algo que nunca había cruzado por su mente. Siempre estuvo segura de que nadie podría elegirla para ser madre. Era todo lo contrario a lo que un hombre podía querer para sus hijos. ¿Estaba ante un honor o ante una humillación? La perplejidad, le impidió reaccionar.

—El día que rompiste el tronco de pino con que te ataqué supe que quería tenerte —la sorprendió.

—¿Eras tú ese general cobarde?

—El que será tu esposo —le retrucó él.

La mujer samurái, la misma que era una con las flechas, vio salir al general de la sala principal sin asegurarse de que sus manos estuvieran atadas. Como si supiera que ella no iba a escapar. Afuera, el mundo había cambiado.

LXVII
EL TRIUNFO Y LA HUMILLACIÓN



Las noticias que llegaban de la capital eran las noticias de la humillación. El desfile de las cabezas de los Taira era menos degradante que el desfile de los prisioneros sobrevivientes. ¿Cómo era posible que el heredero del tirano Kiyomori no hubiera elegido suicidarse con sus tropas que decidieron dejar la vida arrojándose al mar? Su propio padre sabía que Munemori no reunía las condiciones para vencer a Yoritomo.

Pero no sólo los derrotados pagaban el precio del poder del nuevo *shōgun*. Si había algo paradójico en la guerra que parecía estar llegando a su fin era que los principales generales victoriosos del clan Minamoto eran considerados enemigos encarnizados para el líder de su propia familia. De la misma manera que el señor de Kamakura se había enceguecido ante los logros de Kiso Yoshinaka, ahora se empecinaba en aislar y vaciar de poder al joven general Yoshitsune que había asegurado el triunfo abrumador sobre los Taira en una estremecedora batalla final entre la montaña y el mar, los dos territorios extremos de la guerra. Los Heike habían sido

arrinconados hasta el último límite de Honshu donde se desgarra en el estrecho de Shimonoseki que la separa de la isla de Kyushu.

Tomoe esperaba en silencio entre la multitud la llegada del general Wada Yoshimori, que la había desposado, cuando un oficial le avisó que alguien importante del *bakufu*, el gobierno militar, la mandaba a llamar. Tras él, un sirviente de la esposa de Yoritomo le señalaba el lugar donde se encontraba Hōjō Masako, y la invitaba a acercarse. La imponente dama miró a Tomoe de igual a igual y, deliberadamente, buscó infundirle poder cuando notó que no bajaba los ojos. Cuando provocó, por fin, su incomodidad, recién le habló.

—Tu fuiste quien intentó salvar a Kanja.

—Fui yo. Kanja era el hijo de mi señor.

—Kanja fue para mí como un hijo.

—Eso nos une.

—Sólo eso nos une. Aquí no olvidamos a nuestros enemigos.

—Así debe ser, aunque no soy su enemiga —respondió Tomoe.

Masako no dijo nada más. No sabía si esa mujer extranjera era sincera. Pero su unión con uno de los generales más importantes de su marido le producía desconfianza. Si esa mujer había sido capaz de pelear al lado del general Kiso Yoshinaka y vencer a los Taira en las batallas más decisivas, era una persona de la que debían cuidarse. No entendía cómo su esposo le había permitido al general más importante del *dokoro* salvar la vida de esa guerrera. Nadie más que ella sabía lo influyente que podía ser una mujer. Si ante alguien se rendía el despiadado Yoritomo, era ante ella. Acaso le debía su carrera hacia el poder.

Siendo muy joven, Masako había escapado del encierro impuesto por su padre para unirse al que hoy era su marido. Sin dudas, el

señor Kiso y Tomoe habían sido sus rivales en la guerra. Y eso no podía omitirse. El germen de la conspiración se escondería en esa nueva pareja de guerreros.

Tomoe supo en un instante que sus pasos serían observados y que su esposo había asumido riesgos al elegirla. Eso la movía a preguntas. ¿Por qué la había elegido? Mas aún. Por qué la había salvado de la ejecución. Las ejecuciones habían estado suspendidas por largo tiempo, pero después de la guerra habían regresado como signo de una época sin misericordia.

Días pasados habían sabido que ni el pequeño hijo del último Taira se había salvado de la decapitación. La espada había descendido sin clemencia sobre su delgado cuello. Quizás su esposo la necesitaba para mucho más que darle descendencia. Pero ahora no podía saberlo. Sólo sabía que atravesaba la vida con la aceptación del karma. Si no había llegado su hora, ¿qué pruebas debía pasar para que al final pudiera abrazar el honor? Eso calmaba su mente: focalizarse en la batalla de su espíritu. Nadie podía quitarle, a sus casi treinta años, haber sido la mujer del más grande general de Japón, y haber peleado a su lado. Este nuevo mundo no hubiera sido posible sin ellos.

LXVIII
UN NUEVO JAPÓN



El poder real había cambiado su asiento. No había dudas: el clan Minamoto regía ahora los destinos de Japón en el nombre del emperador. Ya no eran los hombres de la Corte sino los hombres del *shōgun* los que ostentaban el gobierno. La fuerza militar se había probado más efectiva que la ley del imperio.

En lo estrictamente humano, no había forma de hablar de ganadores o perdedores. El cambio en la dinámica del poder mediante la fratricida guerra civil había destruido familias, había diezmado a las poblaciones y consumido los recursos. La inestabilidad convertía en intrascendente hasta la buena fortuna. Y una relación con la vida más dolorosa, por momentos, que con la muerte, agravaba la agonía de los que seguían en este mundo. La transformación del orden se había resuelto con la espada. La vida era fugaz como el rocío de la mañana. Las mujeres sentían que sus destinos y sus penas iban aferradas a las de sus hombres. Si estos habían caído en batalla, ellas no encontraban sentido para seguir en el mundo. En eso, Tomoe también era distinta.

Su propio hombre era el que le había impedido seguirlo hacia la muerte en su hora final. Pero no lo había obedecido como esposa sino como guerrera. Ella había decidido obedecer. Su vida era una decisión de ella. Y sobre todo porque en esa lealtad depositaba la esperanza de encontrarlo en la Tierra Pura del Más Allá. No podía morir como guerrera ni como mujer. Si moría como mujer, lo desobedecía como guerrera. Obligada a seguir en la vida, ahora enfrentaba un dilema impensado en el que no había opción.

Dicen que el vínculo del karma entre esposo y esposa es especialmente fuerte: sólo una noche juntos, se cree, significa una unión que retrocede en el tiempo quinientas vidas.

Pero su karma no era con su esposo sino con su señor, como mujer samurái. El secreto jamás saldría de su corazón. Tampoco la extraña calma que le daba ese hombre que ya no era un extraño. Ella, que había sido como la roca de las montañas, era ahora como la flor de las colinas. Esperaba un hijo del general Wada Yoshimori. Si un nuevo mundo estaba en construcción después de la guerra, para Tomoe Gozen, ese mundo era el de una simple mujer, en apariencia.

Wada Yoshimori le había hecho una confidencia. Había requerido de la mediación de otro guerrero cuyas palabras tenían especial consideración en los oídos de Yoritomo. Miura no Osuke Yoshiakira había intercedido para que el *shōgun* le permitiera desposarla, argumentando que un guerrero solo no podía hacer daño y que su progenie podía ofrecer grandes logros al servicio del señor de Kamakura. Su vida dependía ahora de dar vida.

Y ese hombre que inexplicablemente se había fijado en ella, sin la reserva ni el terror de otros guerreros, le generaba una inesperada

lealtad. Si antes su disciplina como mujer samurái le había servido para encarar los esfuerzos físicos y mentales de una campaña militar, ahora debían servirle para deponer las armas. Pero no era tan sencillo.

Había noches en que se soñaba empuñando la espada. Como cuando era niña, su espíritu emergía en el declive del dormir donde tanto el control como la aceptación —que eran dos formas del rigor — cedían. De pronto, a la hora del Búfalo, cuando la noche se hace más profunda, la delimitación de las posibilidades se convertía en todas las posibilidades. Y permitía fluir a su verdadera esencia. ¿Sería partícipe de sus sueños la criatura que llevaba en su vientre? ¿Alimentaría su irrefrenable avance hacia la vida la memoria de las batallas de su madre? ¿Revelaría su sangre el código de la misteriosa comprensión de los caballos? ¿Se impregnaría en sus células la pertenencia a las montañas y la fuerza de las rocas? Había un extraño aprendizaje en su cuerpo que descubría una nueva fortaleza en la debilidad de ponerse a disposición para el nacimiento de otro. Sus huesos se abrían para contener ese otro corazón. Había algo poderoso en sumar uno de su especie. Había algo inmortal.

A diferencia de otras mujeres, Tomoe encontraba en su extraordinaria fuerza física un antídoto para el agotamiento que provocaba gestar un niño. Ella había caminado con normalidad el desfiladero donde se unen y se separan la vida y la muerte. Pero qué distinto era hacer vivir que sobrevivir. Qué distinto era dar vida a dar muerte. En un punto, en una sola coordenada de la nueva constelación de su existencia, se cruzaban el señor Kiso Yoshinaka y el general Wada Yoshimori. Los dos amaban su estirpe guerrera. Pero uno la quería para sus triunfos y otro la quería para sus hijos.

La chispa de la existencia humana trabajaba en su vientre una nueva semilla.

LXIX
MIEDO Y TEMBLOR



Los dioses que habían estado en silencio despertaron esa mañana y recordaron quién manda realmente en Japón. La tierra tembló, cayeron templos y palacios. El día se hizo noche. Las montañas se hundieron en los mares y los mares inundaron la tierra. "Sin alas no puedes volar para ponerte a salvo. Sólo los dragones pueden remontarse hacia las nubes", lamentó el anciano sin poder tomarse de la columna que rendía su sostén y se desplomaba a su lado.

No parecía casualidad el derrumbe de los antiguos Seis Templos de la Superioridad en Kyoto y especialmente de la Pagoda de Hosshōji dedicada a la superioridad de la Ley Budista. Cuando seis de sus nueve pisos se desmoronaron como arena, dos fueron los mensajes divinos. Uno ya era conocido: la caída del *insei,* el antiguo gobierno, en el que el emperador en retiro esquivaba la influencia de los clanes guerreros y gobernaba desde el enclaustramiento mientras el emperador titular cumplía con los ceremoniales.

Los templos del Rokusho-ji, que la fuerza de las entrañas de la tierra había convertido en polvo, eran el símbolo de lo que la guerra

ya había definido. Pero otros recordaban la lección de humildad que dictan los cielos cuando la tierra se sacude. ¿Había sido correcta la exhibición del triunfo? ¿El desfile de los humillados no era un pecado de los vencedores? ¿Podía asumirse la victoria con esa vanidad? ¿No aprendieron aún lo que dice el sonido de las campanas de Gion Shōja? "Los orgullosos no perduran, son como un sueño en una noche de primavera. Los poderosos caen al fin, son como el polvo en el viento".

Las casas más precarias y los palacios más ricos, todos fueron iguales en el polvo de la destrucción. ¿Cuántas vidas se llevó el gran terremoto? Nadie nunca las podrá contar. Durante esos veinte días de julio de 1185, la tierra tembló como los cielos cuando truena el escarmiento.

LXX
EL SUEÑO DEL SHŌGUN



Esa mañana Wada Yoshimori regresó a su residencia en un horario inusual. Era todavía de mañana cuando Tomoe Gozen escuchó sus pasos retumbando en la madera. Con su embarazo ya avanzado, había adquirido la costumbre de caminar tomando su vientre y así llegó al encuentro de su marido. Bajo el influjo de un rayo de luz que se colaba por el lienzo que cubría una ventana, él refrenó su ímpetu por un instante, cautivado por el contraste. No le dijo que había vuelto a su mente su imagen como guerrera temible al ver sus facciones suavizadas y rozagantes por la vida que estaba gestando.

—Te quedaste en silencio, señor.

—El *shōgun* tuvo un sueño —balbuceó sin llegar a contar de qué se trataba—. Debemos ir a la roca…

Tomoe se apresuró sin entender demasiado, pero ya no le resultaba una novedad el misticismo del hombre que la había desposado. En su fe sobre la Tierra Pura del Más Allá quería a veces encontrar un mensaje. En ella convivían esa realidad doméstica con un indómito mundo que la habitaba y capturaba aún su espíritu.

Cuando salieron su marido montó a caballo pero a ella ya no le permitía hacerlo. Tomoe subió a regañadientes a un palanquín en el que el traqueteo le generó malestar. Pronto se le olvidó, al aparecer ante sus ojos la vista de la bahía donde cada vez más botes amarraban para sumarse a la creciente actividad del centro de poder en que la fortificada Kamakura se estaba convirtiendo.

¿Hubiera pasado eso en Shinano si ellos vencían? Difícilmente. La ubicación de Kamakura parecía diseñada por la naturaleza para su destino triunfal. A veces Tomoe se repudiaba a sí misma por hacer un permanente ejercicio mental sobre qué hubiera pasado si la guerra terminaba de otra manera. Cuando concluía esos viajes de hipótesis imposibles, se rendía exhausta a la realidad, y poco a poco, una conclusión iba surgiendo clara: el señor Kiso no había tenido las habilidades políticas del *shōgun* de Kamakura.

Se detuvieron y un tumulto llamó su atención hacia la roca de una montaña. Escoltada por su esposo avanzó hacia lo que parecía ser una improvisada reunión de generales, algunos con sus esposas o hijos, alrededor de algo que se escondía en esa cueva entre las rocas. Al acercarse, descubrió al señor Yoritomo. Su marido ya avanzaba hacia él cuando comenzó a relatarle su sueño a los presentes.

—Ha sido un tiempo demasiado extenso de guerra y hambruna. Pero esta noche se me presentó en sueños el dios del agua Ugafuku, cuya cabeza es humana pero tiene cuerpo de serpiente. Ugafuku me dijo claramente que la hambruna terminará y la paz reinará. Me ordenó que hiciera un santuario en esta roca que esconde un manantial en la profundidad de la cueva. Ustedes serán los primeros

en cumplir con el rito que me ha ordenado la divinidad —les dijo a los presentes que miraban sorprendidos.

Ahí lo vieron sacar unas monedas, que cada vez eran más corrientes, y mostrarlas a los presentes.

—Les daré una moneda a cada uno de ustedes y entrarán a lavar este dinero en el manantial de la caverna. En el futuro aquí estará el santuario de Zeniarai Benzaiten y nos traerá prosperidad y paz.

Cuando Tomoe recibió una moneda de la mano de su marido, primero la miró y luego alzó los ojos hacia él. Ella sabía que los signos de los dioses no debían despreciarse. A su mente vinieron las palomas de Hachiman y otra vez la amargura se hizo presente. En dar pasos hacia adelante con decisión encontró la aceptación de ese dolor. Bajo su mano, sintió el agua fresca que bajaba del seno de la montaña, pensó en su vientre, y puso su otra mano allí mientras lavaba el pequeño ovalo de metal. Unas patadas intrépidas la sorprendieron y su marido la descubrió exaltada y sonriente ante el contacto inesperado del niño o la niña que venía en camino. Ella tampoco supo cómo la miraba. Pero sí supo que su criatura había conectado perfectamente con la energía del dios.

Al salir, buscó como hacía siempre no llamar la atención. Sabía que Masako, la mujer de Yoritomo, tejía teorías de complot contra ella. Mejor era ser olvidada. Sin embargo, supo que se referían a su presencia cuando el señor Yoritomo la miró y saludó a su esposo.

—No hace falta que me acompañes —le dijo Tomoe.

—Pronto nacerá mi hijo —le dijo él por toda respuesta.

—Cada vez hay más monedas en Kamakura —agregó ella cambiando de tema.

—Es por la recolección de impuestos.

—¿Qué sería eso?

—Ahora cada provincia tiene un gobernador, un *shugo*, y un encargado militar para grandes estancias, un *jitō*, que además cobra impuestos a cambio de la protección de los guerreros. Eso trae monedas y riqueza a Kamakura.

Tomoe escuchó atentamente la explicación de su esposo. Era claro por qué Yoritomo había triunfado. Aunque no fuera el general en el frente de las batallas, entendía cómo asegurar su poder. El señor Kiso jamás hubiera sido capaz de pensar en un esquema económico. Tampoco ella misma. Su naturaleza era hacer la guerra. También había que estar preparado para hacer la paz. Pensar en la paz la llevó a posar las manos en su vientre. Mientras regresaban a la pequeña fortaleza, Wada Yoshimori la vio entrar y partió de nuevo hacia los edificios donde dirigía el *dokoro*, a cargo de los asuntos militares.

Todo había ocurrido demasiado rápido. Pero parecía que había pasado una vida. Un día entendería a los dioses, se dijo ella, apretando en una mano la moneda mientras con la otra sostenía su vientre.

LXXI
DESCENDENCIA



No sintió dolor como le habían advertido otras mujeres. Por el contrario, sintió que el niño empujaba con tanta avidez por salir que había nacido casi por su propia voluntad. Tenía la fuerza de su madre. Esa que los otros consideraban inexplicable. Ella había cumplido su parte. Pero ahora descubría que ese niño no era sólo el descendiente apropiado para una pareja de guerreros. Ese niño le había devuelto las sonrisas y había dejado atrás su soledad. No había madre mejor que ella para un hijo varón.

Lo imaginaba peleando como un dios. Asahina Yoshihide caminó a los siete meses. Su fortaleza muscular era tan atípica que las madres de otros niños lo miraban con preocupación por el contraste con sus criaturas. Tomoe en cambio lo estimulaba aún más. Ella misma había regresado a su estado físico como si no hubiera pasado por su cuerpo la labor del parto o el tiempo del embarazo. Su esposo, que la había elegido por su genética y aunque no lo confesara encontraba una forma de triunfo y retribución en haberla desposado,

la miraba con admiración ante la empresa de ser madre siendo una mujer de tropa.

Asahina Yoshihide pronto acompañaría a su padre a lugares públicos bajo la permanente vigilancia de su madre que lo protegía hasta del aire. Aunque el niño no parecía necesitarlo. Tomoe siempre sintió que tenía la mirada de un adulto. Trataba de escudriñar lo que decían sus ojos aún antes de que pudiera articular palabras. Su llegada la había ayudado a ubicarse en el momento presente. La urgencia de dar vida, de alimentar, de ver crecer, era un trabajo minucioso y combinaba perfectamente con su disciplina.

Ella no estaba criando a un hijo sino a un samurái. Era una mujer samurái y una madre samurái. Si alguien o ella misma había creído que cedía a tareas femeninas, no se había percatado de su esencia. ¿Qué era lo femenino? Si ella era mujer invariablemente, cualquier cosa que hiciera sería femenina. El principio de lo femenino era el Yin opuesto al Yang. Era lo oscuro opuesto a lo claro. Era lo receptivo, era lo pasivo. Pero ella era Tomoe y en el símbolo de su nombre esos principios giraban hasta ser uno.

Cuando el niño ya tenía más de un año, Tomoe se sintió con suficiente derecho para hacerle un pedido a su esposo.

—Quiero una espada corta y una *naginata*. Y también espadas de madera. Debo cuidar a mi hijo y debo enseñarle.

Wada Yoshimori tenía cuarenta y un años. Le llevaba nueve años a Tomoe que no era su única esposa. Había conocido el orgullo del triunfo, los riesgos de la supervivencia, el filo peligroso de la espada y, sobre todo, dominar la paciente maestría de la precisión, que lo hacía un arquero excelso. Ahora, protagonizaba la transformación del gobierno de Minamoto Yoritomo como uno de los dos principales

consejeros del *shōgun*. Pero nada de todo eso opacaba la especial plenitud de haber acertado con su intuición. El hijo que le había dado Tomoe Gozen le ensanchaba el pecho.

—Claro. Es una buena idea —le contestó, escueto.

Ella supo todo lo que esas pocas palabras significaban. Era demasiado fuerte lo que los unía. No podía prevalecer la desconfianza.

LXXII
HACIA EL PODER TOTAL



En 1189 Minamoto Yoritomo decidió dar por terminado el agónico pleito con su hermano menor, Yoshitsune, que para su idea del poder constituía una amenaza inaceptable. Si había sido el general en el frente de batalla que había vencido al clan Taira, eso no debía condicionar su lealtad. Si las conspiraciones que le adjudicaban habían sido meros rumores y difamación, ya carecía de importancia. Que hubiera aceptado los honores ofrecidos por el intrigante emperador en retiro Go Shirakawa era una advertencia que el *shōgun* no podía desatender. No iba a ser la primera vez que el anciano soberano jugara a dos puntas. Ya le había pasado con su primo Kiso Yoshinaka. Ahora, con su hermano convertido en fugitivo y protegido por el clan Fujiwara de Oshū, desde el extremo oeste de la isla de Honshu, debía dar un mensaje potente: quien protegía a su enemigo era un enemigo.

El general Wada Yoshimori tuvo en esa campaña una de las persecuciones más célebres cuando adelantándose a la vanguardia

alcanzó por la noche a uno de los fugitivos y lo persiguió entre pantanos hasta tenerlo al alcance de sus ojos y de su voz:

—¡Soy el general Wada Yoshimori, director de Asuntos Militares del señor de Kamakura!¡Si eres valiente da la vuelta y enfréntame! —lo provocó.

El jinete que escapaba de pronto giró hacia atrás en dos patas y se escuchó otro grito de batalla.

—¡Soy Nishikido Kunihira y no te tengo miedo!

Los dos galoparon el uno hacia el otro, cada uno inclinándose al lado izquierdo del fugitivo para dificultar el disparo de una flecha. Pero cuando Kunihira apenas había sacado una flecha de catorce palmos, Yoshimori ya le había disparado otra de trece palmos que había logrado herirlo en el brazo izquierdo y ponerlo de nuevo en fuga. Mientras Kunihira pensaba cómo matar a tan importante general, Yoshimori disparaba otra flecha. Tal era su mala suerte que se sumaría otra división enemiga en su persecución para terminar el trabajo.

El *shōgun* quería dar tal señal de poder que había encarado personalmente la campaña para terminar con la vida de su hermano y de sus aliados. Y les había pedido a sus generales el mismo involucramiento. Cuando terminó la ofensiva hubo dos derrotados en vez de uno: Yoshitsune terminaría quitándose la vida presionado por sus propios anfitriones temerosos de su hermano y los Fujiwara no evitarían caer en desgracia por haberle ofrecido protección perdiendo el control del noroeste. Ni siquiera los salvó haberle enviado al *shōgun* la cabeza de su hermano menor sumergida en sake.

Exultante, Yoritomo no ahorraba elogios para su comandante Wada Yoshimori.

—Ya sabía que nadie escapa a tus flechas, Yoshimori, pero una cosa son aves y otras guerreros en fuga en medio de la noche —lo elogió el *shōgun*.

—Esta audaz campaña merecía historias para ser contadas, señor. Pero ninguna como su valor para llegar en persona al dominio de otro clan, y hacerlo suyo. El riesgo era total.

—Será más que el territorio de Oshū, Wada. Alistaremos a todos los guerreros de Japón —le anticipó.

Y así fue de abrumador el efecto de su victoria. Yoritomo estaba decidido a no dejar márgenes para la sublevación. Luego de tomar el control de Oshū hizo un llamado general a las armas a todos los guerreros del país aunque hubieran peleado para fuerzas opuestas. Pero no era un llamado a voluntad, era un ultimátum. El que no se uniera al vencedor sería considerado traidor y podría ser confiscado de las recompensas militares recibidas.

Era indudable que esto constituía un desafío abierto al emperador en retiro, que sin Yoshitsune ni el clan Fujiwara de Oshū se quedaba sin chances de dividir a los samurái. Si no podía dividir, no podría reinar, porque indefectiblemente necesitaba la protección militar que ahora sumaba una organización económica típicamente feudal, pero que no respondía a la corte, sino al *shōgun* de Kamakura.

Ese mismo año, el general Wada Yoshimori le encargó a Unkei, el escultor preferido del *shōgun*, la construcción de una tríada de imágenes con el Buda de la Luz Infinita en el centro. La imagen de Amida Buda expresaba certeza, seguridad y templanza, esos atributos que todo guerrero buscaba encontrar en su interior.

Cuando las esculturas fueron emplazadas en el templo Jōrakuji, cercano a una fortaleza de su familia, Wada Yoshimori llevó en brazos a su hijo Asahína Yoshihide que ya contaba cuatro años.

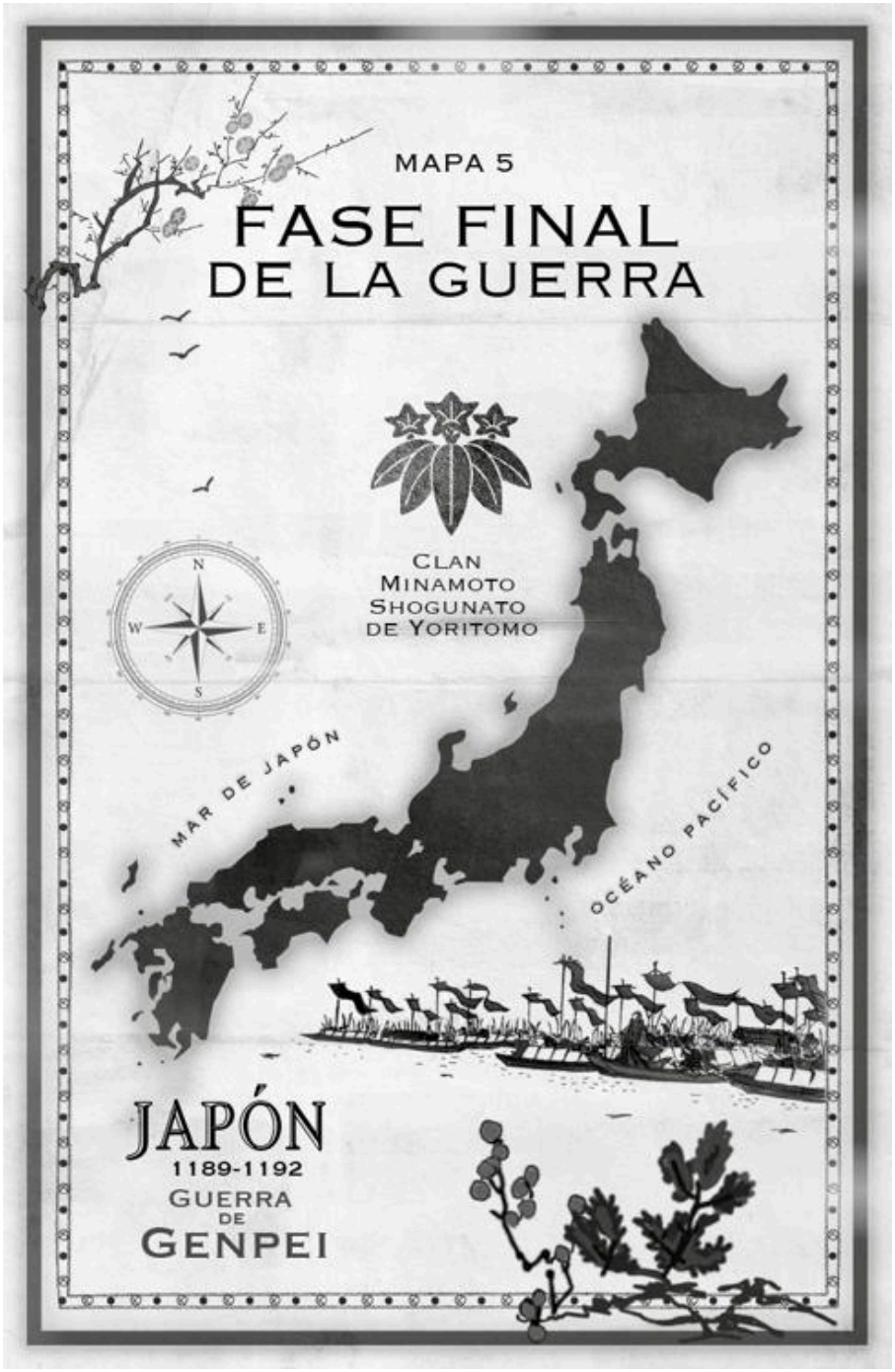
—En la Tierra Pura del Más Allá son recibidos con bendiciones los guerreros que actúan con coraje, hijo.

El pequeño lo miró y volvió los ojos a la refulgente imagen dorada que hacía el inconfundible gesto de *raigōin* con la mano derecha levantada y los dedos pulgar e índice haciendo un círculo. Se dice que con ese ademán Buda recibe a los que llegan al Paraíso de la Tierra Pura.

Observando la escena detrás de ellos, Tomoe Gozen hizo de la contemplación de esas imágenes una fuente de paz para su espíritu que no cesaba en sus propios combates.

Si el pasado había sido el tiempo de la guerra que se pelea cuerpo a cuerpo, el presente la encontraba partida entre la vida que había conocido y la que le había sido impuesta. Había días en que los recuerdos del campo de batalla le parecían un sueño. Y era difícil no regresar en la evocación a los momentos más felices junto al señor Kiso, que se le representaban más vividos que la realidad.

El dolor no se curaba con la voluntad de aceptación. Sólo el amor por su hijo la ayudaba a encontrar algo de qué aferrarse y no podía negar que su esposo tenía un buen corazón, aunque ella misma hubiera sido un botín de guerra. Pero como guerrera, porque lo era, sabía que nadie puede pelear con las cosas que no pueden cambiarse. El triunfo es aceptarlas. En silencio pasaba horas pidiendo por el alma de su señor y buscando integrar las piezas disgregadas de su ser para calmar el estrépito que la habitaba.


MAPA 5
FASE FINAL
DE LA GUERRA
CLAN
MINAMOTO
SHOGUNATO
DE YORITOMO
N
W
E
S
MAR DE JAPÓN
OCÉANO PACÍFICO
JAPÓN
1189-1192
GUERRA
DE
GENPEI

LXXIII
LA ESPOSA DE DOS GENERALES



A veces, mirar el mar embravecido era mirarse a sí misma para buscar respuestas. A menudo, sus pasos la llevaban sin darse cuenta a lo largo de la avenida Wakamiya Oji directo hacia la bahía. Era la vía principal de la ciudad fortificada de Kamakura, y se abría desde el santuario de Hachiman al norte enclavado al pie de las colinas, hasta el mar que esperaba al sur. Esa tarde había tardado en regresar de su hipnótica observación y al llegar la había alarmado no escuchar las voces de su esposo y su hijo en el salón principal.

No le costó intuir donde iba a encontrarlos, pero sólo la alivió confirmarlo: estaban en las caballerizas. Tomoe no dejaba de sentirse en alerta. Allí fue que presenció la escena que la cautivó. Asahína Yoshihide montaba el caballo preferido de su padre, y Wada Yoshimori le daba estricta formación militar. Avanzando con sigilo para no generar sobresalto, prestó atención a las palabras con las que el general instruía a su hijo para adentrarlo en el arte de la guerra:

—Intenta enfrentarte al enemigo con tu lado izquierdo hacia él. Ladea también al caballo de esa manera. Y no te dejes sorprender con la cuerda del arco floja. Eso te restaría un tiempo vital… —le explicaba, mientras acomodaba su cuerpo con los movimientos que refería.

El niño se inclinaba sobre las crines del caballo y miraba absorto a su padre cuando Tomoe no dudó en meterse en la charla en la primera pausa que hizo su marido.

—Presta siempre atención a los huecos de tu armadura: debes ajustarla constantemente y no olvidar que la nuca y el cuello estén protegidos —agregó con total naturalidad mientras se acercaba a su lado y empezaba a acariciar al caballo—. Protege, sobre todo, tu rostro —le aconsejó mientras el equino cerraba los ojos ante el suave roce de esas manos.

Wada Yoshimori sintió un secreto placer en compartir esa iniciación. Asahina Yoshihide ya tenía casi diez años y pronto llegaría el tiempo de su ceremonia de adultez. Ahí fue que extendió la mano y le dio una flecha a su hijo para que la mirara con cuidado.

—Cuida tus flechas: no dispares descontroladamente ni las desperdicies. En cuanto pierdas una flecha, coloca otra rápidamente en la cuerda del arco. Y apunta a la cara del oponente —siguió el guerrero.

Tomoe se dio cuenta de que era la primera vez que ambos le hablaban a su hijo como guerreros. Wada Yoshimori no la había desautorizado, pero no desconocía lo particular de ese momento. Las mujeres no les hablaban a los hijos sobre las artes de la guerra. Lo sorprendió más aún que su hijo lo tomara como algo perfectamente natural.

—Madre me dice que mi primera armadura es mi fuerza —afirmó seguro.

—Tienes la fuerza de tu madre —le respondió y se volvió a mirarla sin decir mucho más.

—Un samurái debe ser el señor de su propia fuerza, hijo, y nadie te enseñará mejor ese arte que tu padre —completó Tomoe con voz calma y se volvió a Wada Yoshimori.

La última muralla al poder total de Minamoto Yoritomo había caído hacía tiempo. Con la muerte del emperador en retiro Go-Shirakawa, su sucesor Go-Toba le había concedido en forma permanente el título del que ya gozaba en los hechos, el de *shōgun*. Yoritomo era el primer *shōgun* de Japon y sus dominios se extendían ahora a todo el país. El *dokoro* tenía escala nacional y también el poder de Wada Yoshimori como principal comandante de un ejército descomunal. Eso no sólo significaba el florecimiento de Kamakura sino también la paz del imperio bajo un mando unificado.

Los años de obediencia y lealtad que Tomoe le había dedicado a su esposo luego de que la salvara de ser ejecutada no habían puesto fin, sin embargo, a la obediencia que la trascendía, y Wada Yoshimori lo sabía. El fantasma del general Kiso Yoshinaka siempre estaría presente y no sólo sería un impedimento para ganar su corazón, sino un motivo para las conspiraciones.

Que ella nunca hablara de estas cuestiones con él no significaba que ambos no las conocieran perfectamente. Era una situación totalmente extraordinaria. La mujer samurái más célebre había sido la mujer de dos de los más grandes generales. Llamada a recato por una conjunción de hechos que la superaba, nunca había querido

intervenir en nada que se relacionara con sus tareas militares. Pero ese día no calló.

—Cuídate de Hōjō Masako.

—¿Qué sabes?

—Sólo que tú y ella son las personas que más escucha el *shōgun*.

—¿Y por qué ella debería desconfiar de mí?

—Porque no creo que quiera que nadie compita con su influencia.

—¿Hay algo más que eso?

—No —le aseguró.

Cuando lo vio marcharse de las caballerizas se arrepintió de hablarle. Pero hacía tiempo quería advertirle lo que percibía. Y ni siquiera le había dicho todo. La mujer del *shōgun* también sospechaba de ella. Desde el primer momento le había hecho notar que jamás olvidaría que venía de las filas enemigas. Pronto el hijo de ambos se destacaría. Sólo su esposo no notaba que configuraban un peligro. Se preguntó si había sembrado desconfianza en él al decirle lo que pensaba. Pero su hijo interrumpió sus pensamientos.

—Madre, cuéntame de nuevo de las batallas que peleaste.

—Lo haré, pero ya sabes con qué condición.

—Nadie lo sabrá —le juró el niño arrojándose a sus brazos.

Tomoe sintió sus músculos poderosos siendo tan pequeños y se encontró consigo misma. No tenía la fuerza de años atrás, pero sus prácticas constantes la mantenían en forma. A veces le dolían las lesiones de la guerra, pero estar en movimiento disipaba las huellas del combate. Ser un guerrero era, en el fondo, no dejar de serlo. Ser un guerrero era estar listo.

LXXIV
TIBURONES



La ceremonia de *genpuku* o mayoría de edad pareció llegar tarde para Asahína Yoshihide, el hijo de Wada Yoshimori y Tomoe Gozen. Con las habilidades combinadas de sus padres, no sólo su fuerza le daba precocidad sino también la maestría natural con que sorprendía en cualquier destreza. Eso no sólo le permitió atraer amistades y admiración, sino que le dio temprana independencia. Sus padres confiaban en él y se sentían seguros por esa extraña dualidad entre poderío físico y criterio para las decisiones. Hasta ese escape a la bahía que quedaría en la memoria de todos.

Asahína había trabado amistad con el hijo del *shōgun* Yoritomo. Minamoto Yuriee tenía quince años y Asahína doce, pero parecían de la misma edad. Ambos amaban los caballos y el mar. Esa tarde habían salido al galope desde los establos del palacio hacia la bahía de Sagami salpicada por pequeños enclaves de pescadores. El mar era rico en delicias y las sardinas o los atunes eran los premios más preciados.

Pronto los amigos se vieron mezclados con los hombres que soltaban sus redes desde pequeños botes y regresaban presurosos a la playa a llenar las canastas que llegarían luego a las mesas de los nobles, a los cuarteles de los guerreros donde se preparaban conservas o a la provisión de los templos ya sea para los monjes o para los tributos.

Las carreras a caballo a lo largo de la playa, una y otra vez, habían agotado a los amigos y el aroma del pescado asado de los pescadores pronto tentó a los hambrientos jóvenes. El hijo del *shōgun*, envalentonado ante las licencias del anonimato, no tuvo mejor idea que proponer una apuesta a su compañero para ganarse la atención y la comida antes de volver a la ciudad. Los atareados pescadores no tenían noción de quiénes eran realmente esos dos muchachos cuyos lustrosos caballos, sin embargo, sugerían familias de alto rango.

Allí fue que Yuriee no tuvo mejor idea que asegurarles que su amigo era un nadador sinigual que podía sorprenderlos, pero a cambio de la sorpresa tenían que invitarlos a comer. Y si no era así se ofrecían a pescar para ellos como justos perdedores. Incrédulos y no poco entusiasmados con sumar manos al trabajo, los hombres aceptaron gustosos la prueba que ya tenía a Asahína lanzándose entre las olas con su torso desnudo y musculoso que lo hacía parecer mucho mayor de lo que era.

Tan rápido se había adentrado al mar que pronto lo habían perdido totalmente de vista. Ahora ya no se distinguía ni su cabeza en medio del erizado oleaje. Las caras de ansiedad de a poco se volvieron caras de cierto nerviosismo ¿Había ido demasiado lejos? ¿Se había hundido? ¿Sabía nadar? El hijo del *shōgun* no sólo

comenzó a inquietarse sino que temió que los descubrieran si algo pasaba y eventualmente terminaran siendo atacados en total desventaja de fuerzas sin siquiera poder siquiera defenderse. Lo que jamás había imaginado era que algo malo pudiera pasarle a su amigo. Y era lo que los rumores comenzaban a sugerir cada vez más y más y más fuerte, hasta que esos murmullos comenzaron a convertirse en voces desesperadas y en gritos que llevaron al príncipe a estallar en un grito desesperado.

—¡Yoshihide! ¡Regresa! ¡Asahína Yoshihide! ¡Vuelve a la playa!

Los presentes no sólo notaron la angustia en su voz, sino que descubrieron de quién se trataba. Quién no conocía el nombre del hijo del general que conducía el *dokoro*. Desesperados por la responsabilidad que podía caberles si al chico le pasaba algo, primero volvieron su cabeza hacia el mar y luego empezaron a correr para lanzarse a rescatarlo con sus botes si era necesario cuando de pronto emergió entre las olas la imagen que nadie creía aunque la vieran con sus ojos.

Ahí estaba Asahína Yoshihide, asomando desde el fondo del mar, pero no solo sino abrazando a dos tiburones que apretaba lo suficiente como para neutralizarlos mientras se mantenía a flote con sus piernas que se sacudían velozmente como aletas para sostener al trío más impensado. Allí reía y despedía agua a la vez, y se agitaba con los tiburones que no lograban soltarse del inusual captor hasta que él mismo los hundió con tal fuerza que se empujó lo suficiente para escabullirse de ellos y volver a la costa para reír con su amigo, cuya cara de terror no era peor que la de los pescadores que pasaron del miedo a creer directamente que habían atestiguado la hazaña de un dios.

La anécdota recorrió Kamakura. El hijo del general Wada Yoshimori era digno descendiente de su valiente padre. Pocos sabían que también era digno descendiente de una valiente madre. Pero pronto, empezaría a saberse. Había una leyenda en ciernes.

LXXV
MI IMPERIO POR UN CABALLO



—¿Cayó de un caballo?

—Cayó de un caballo y murió.

El vacío. Ese día aconteció un vacío en la naturaleza. ¿Quién hubiera pensado que aquel niño exiliado y separado de sus padres tendría tan grandioso destino? ¿Quién hubiera pensado que todo terminaría al caerse de un caballo? La muerte del *shōgun* no estaba entre las posibilidades. No podía ser real. Pero lo era. Si acaso alguien, uno solo, hubiera recordado al menos los ecos de esa campana que advierte sobre la evanescencia de las cosas, quizás, sólo quizás, todo hubiera sido distinto.

Cuando el general Wada Yoshimori corrió hacia el palacio, la viuda del *shōgun*, Hōjō Masako, lo trató como a uno más. Quiso ponerse a disposición, pero el mismísimo aire le devolvía desconfianza. Quiso ver el cuerpo de su señor pero le fue negado.

Dos años antes había muerto su hija, la princesa Ohime, luego de una vida de amargura y desazón. La ahora viuda, jamás le había perdonado a su marido ser la causa de los infortunios de su niña. La

muerte de Kanja Yoshitaka, el hijo del señor Kiso, había sido el comienzo de su muerte. Desde el fallecimiento de Ohime con sólo veinte años, la relación entre ellos no sólo era distante. Ahora, los manejos del luto y el halo de misterio en torno a los hechos impregnaban el aire de sospecha y miedo.

Lo que acababa de pasar era catastrófico. Catastrófico e irónico. El hombre que había hecho realidad el sueño de poder de los samuráis, el que había eliminado hasta la sombra de su camino, el que había logrado someter al propio emperador bajo sus designios, el que había cambiado la ley, el que había eliminado a todos los hombres de su familia que pudieran disputarle poder, incluso su propio hermano, ese, había muerto estúpidamente luego de caer de un caballo en alguna circunstancia y lugar desconocidos.

Había cambiado la historia de su país, pero era un simple mortal que como otros que alcanzan poder tal vez lo había olvidado.

A Tomoe la inquietó ver entrar a su esposo con el sigilo de una sombra y tomado por la preocupación. Sin decirle nada lo siguió a la armería contigua al salón principal. Allí lo vio tomar dos espadas.

—¿Pasa algo?

—Yoritomo ha muerto.

—¿Muerto?

—Yoritomo.

—¿Cómo?

—No creo que haya caído de un caballo como dicen.

—Su hijo es sólo un niño.

—Su viuda será quien realmente lo sucederá.

—Hōjō Masako… Deberás cuidarte de ella, señor.

—Tú me advertiste.

Con esas palabras, comenzó otra relación entre Tomoe Gozen y su esposo Wada Yoshimori. El general no necesitaba mayores pruebas para dudar de la versión oficial sobre la muerte del *shōgun*. La calamidad que eso significaba era inimaginable. El vacío de poder no era tan temido como la oscura usurpación que podía esconderse tras la apariencia de un accidente.

No era todo. Pronto se sabría que Masako designaría a su padre Hōjō Tokimasa como regente del joven *shōgun* mientras el poder real quedaba en sus manos. El clan Hōjō era un desprendimiento del clan Taira.

"Todo vuelve al mismo lugar, como en un círculo donde alguien se ríe de los que se creen poderosos. El que cree que el poder le pertenece se derrota a sí mismo", murmuraba un monje ciego en la entrada del templo de Hachiman.

LXXVI
AMA-SHŌGUN



Tierra extraña Japón, que no reconocía a una mujer guerrera, pero que luego de la guerra más descomunal terminaba gobernada por una mujer. Hōjō Masako era ahora *ama-shōgun*, la Monja. La hábil Masako había rapado su cabeza, se había enclaustrado y, con su padre como regente del joven Minamoto Yoriie, llevaba las riendas del poder.

—Deberías agradecerme la rebeldía, padre.

—Eres digna hija del clan Hōjō, Masako.

—Tuve que escaparme de ti para estar al lado de Yoritomo.

—Cómo se volvió rencor el amor, hija.

—Escapé de ti por él. Luché por él. Lo ayudé a conquistar Japón. Y él rompió el corazón de nuestra hija. Y rompió mi corazón. No se merecía a Japón.

LXXVII
EL PODER DETESTA LOS VACÍOS



Asahina Yoshihide, ya un joven guerrero, era una de las personas de mayor confianza para el *shōgun* Minamoto Yuriie. Atrás habían quedado las aventuras en el mar o los paseos a caballo y un oscuro clima de intrigas y conspiraciones rodeaba a su amigo de la infancia, cada vez más aislado por la familia de su madre. Esa tarde no lo habían dejado entrar a visitarlo y le había parecido extraño. Al salir, fue en busca de Tomoe para hablarle de un mal presentimiento.

—¿Por qué crees que está en peligro?

—Ayer se sentía enfermo.

—Cualquiera puede estar enfermo, hijo.

—Cree que quieren matarlo porque intentó rodearse por hombres que le respondan.

—Hijo, las cosas sólo empeorarán. Nuestro querido Yuriie no es quien detenta el poder, sino su madre. Debes cuidarte de que no vean en ti una amenaza.

El poder detesta los vacíos. Cuando una persona ocupa la cúspide de la jerarquía, pero no detenta el poder, la cúspide se convierte en

un lugar muy peligroso. Sólo días después del incidente que preocupó a Asahína Yoshihide, el joven *shōgun* apareció estrangulado. Su madre apuraría la sucesión que caería en su segundo hijo, Minamoto Sanetomo, mientras el poder, claro, seguiría en sus manos, con la regencia de su padre.

LXXVIII
UNA BATALLA SUBTERRÁNEA



Era curioso, el sistema de gobierno feudal creado por Yoritomo probaba su eficacia con un funcionamiento que lo trascendía, pero el asiento del poder estaba tomado por una escalada criminal que hacía recordar las peores conspiraciones durante el ascenso del clan Taira. Pronto, un intento de asesinato del nuevo *shōgun* estremecería a Kamakura. Sofocado por su propia madre, tendría como consecuencia que su propio padre, ni más ni menos que el *shikken* o regente fuera depuesto de su cargo. ¿Había estado detrás del intento de magnicidio de su nieto? ¿Había hecho lo mismo con el *shōgun* Yuriie?

El nuevo regente, sin embargo, no conformaba a muchos de los hombres de armas que esperaban una apertura y no más aislamiento por parte del clan gobernante. La poderosa *ama-shōgun* había reemplazado a su padre con su hermano Hōjō Yoshitoki. El nuevo *shikken* profundizaría aún más la ruptura con quienes habían sido los hombres de confianza del *shōgun* Yoritomo. El primero de ellos era Wada Yoshimori. Sin dudas, ese hombre, que conocía tan

bien la administración, iba a ser un obstáculo para sus pretensiones. Cuando, sin motivos creíbles, puso en prisión a varios miembros de la familia Wada, Tomoe no dudó en advertirle.

—Haz todo para lograr la liberación, pero no entres en provocaciones. Buscarán un motivo para destruirte. Eso está claro.

El general Wada Yoshimori reconocía sabiduría en las palabras de su esposa. Era la primera que había advertido una amenaza en Hōjō Masako. Pero a diferencia de ella, él no lograba anticipar los hechos y, por lo tanto, sus reacciones estaban agravadas por la urgencia. Él, que había sido un guerrero sin mácula para Yoritomo, y el artífice de victorias fundamentales, veía ahora cómo aquellas virtudes eran motivo de sospecha.

La razón era evidente. Los planes del clan Hōjō no eran compartir el poder ni con él ni con el resto de los leales al primer *shōgun*. Su mente militar, sin embargo, lo llevaría a precipitar la acción. Tomoe conocía bien el poco instinto político de los generales. Eso mismo había consumido los logros del señor Kiso tras su conquista de Kyoto. Yoritomo, en cambio, casi sin pelear, había sabido mover sus piezas para quedarse con el poder total del territorio, menoscabando incluso al emperador. ¿O había sido su esposa?

Había un punto novedoso en el final de partida de la guerra: la batalla subterránea que estaba teniendo lugar también enfrentaba a dos mujeres que sin conocerse ya eran enemigas. Pero a diferencia de Masako, que usaba a sus hijos como peones de un juego en el que ella era la reina, Tomoe estaba decidida a salvar al suyo de guerras equivocadas. No sabía, sin embargo, si iba a poder lograrlo. Asahína Yoshihide era uno de los principales guerreros de las fuerzas que comandaba su padre.

LXXIX
EL CONOCIDO RECHINAR DE LAS ARMADURAS



Esa mañana de 1213, al levantarse al amanecer, como todos los días, y dirigirse a las caballerizas, donde encontraba paz en el contacto con los animales, Tomoe notó algo que la inquietó. Era la hora del Conejo y pronto saldría el sol. Demasiado temprano para que los establos estuvieran atestados. Y el rumor de tropas continuaba en las calles. Ella conocía muy bien el rechinar de las armaduras. Su viejo instinto estaba intacto, aunque ya contara con cincuenta y siete años.

Lo primero que hizo fue ir a buscar a Asahína Yoshihide en la casa, pero cruzó el jardín, entró por las galerías a la zona de habitaciones y no lo encontró. Eso la impulsó a salir a la calle sin titubeos pero con más cuidado que nunca. Iba vestida con una bata oscura y cubierta con una manta. Caminó hacia el norte, a paso rápido y con la mirada baja, y entró en el santuario de Hachiman con la idea de recitar sus plegarias. Nadie notaría algo extraño en eso. Y el lugar le serviría para parapetarse y observar desde lo alto los movimientos en la avenida principal. Los lugares a tener en

cuenta estaban todos muy cerca. A un lado o al otro de Wakamiya Oji.

A Tomoe no le resultó muy difícil descubrir los caballos que rebuznaban en los bosques que rodeaban el santuario por el lado oeste en la continuidad de su propia residencia. Pero lo más revelador le ocurrió allí dentro cuando vio entrar por una pequeña puerta reservada sólo para los monjes a la propia *ama-shōgun* Hōjō Masako, camino a algún lugar dentro del templo. Era la primera vez que veía a la mujer con su pelo rapado. Le había costado reconocerla. Aunque sus ojos severos eran inconfundibles. Vestía de negro y su presencia, que siempre había emanado autoridad, ahora también exudaba veladas amenazas. Tomoe no mostró perturbación física cuando se cruzaron sus miradas. Eso también le había quedado de las batallas. El temple del guerrero. Sí la conmocionó por dentro sentir que se activaba ese reflejo, el de estar ante un enemigo. Eso era un mensaje certero. A Masako, por su parte, sí la enfureció no sentir el temor de Tomoe, pero sobre todo, verse descubierta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—He venido a decir mis plegarias a Hachiman.

—Hachiman protege al *shōgun*.

—¿De qué debe protegerlo? —preguntó Tomoe Gozen sin tener respuesta y arrepintiéndose de su atrevimiento—. También elevaré mis plegarias por él —agregó para atenuar su impertinencia.

—Mi hijo no te necesita. Preocúpate por el tuyo que quizás sí.

Tomoe decidió hacer una reverencia y bajar la cabeza mientras masticaba lo que era claramente una amenaza. La mujer, espectral como pocas veces, se escabulló hacia dentro del santuario. Sus dos

primeros hijos habían muerto por cuestiones de poder. El único hijo que le quedaba había estado en peligro de muerte. Pero no era tristeza lo que había en ella. Era oscuridad. Jamás la había visto entrar ahí, ni dejar el palacio a esas horas. Eso la hizo asomarse del lado este, y en contraste a lo que pasaba en los alrededores de la residencia de su esposo, el complejo normalmente bullicioso del *shogunato* parecía un sitio fantasma. ¿Se preparaban para ser atacados?

La *ama-shōgun* se había escondido en el santuario porque nadie lo atacaría. ¡Eso estaba pasando! La guerrera decidió apurar su salida y al correr por la avenida divisó a su hijo vistiendo armadura completa y entrando a los establos. Cuando lo alcanzó, vio que no estaba solo, sino con un verdadero ejército. Ahí lo tomó del brazo y le dijo algo que nadie pudo escuchar.

LXXX
REBELDES Y TRAIDORES



Los rebeldes conducidos por el general Wada Yoshimori subyugaron en dos movimientos a tropas aliadas del clan Hōjō, que bebían desprevenidas, y luego avanzaron a la mismísima casa del regente Yoshitoki donde sus guerreros opusieron fuerte resistencia. Pero cuando quisieron hacer lo mismo con una tercera columna en la residencia del *shōgun*, una rápida formación de jinetes les mostró a los rebeldes que al menos allí estaban perfectamente informados del ataque.

Con la sospecha de una traición que pronto iba a confirmar, el combate se desató en el corazón mismo de Kamakura, frente al santuario de Hachiman. En la imponente avenida Wakamiya-Oji volaban flechas, chocaban hombres y caballos, silbaban los filos de las espadas, y nadie parecía imponerse. Algo que nadie esperaba ocurrió en ese momento cuando negras columnas de humo seguidas por lenguas de fuego asomaron sobre el mismísimo complejo de gobierno. Los gritos de hombres y relinchos de caballos que venían

de allí detuvieron por momentos los choques en las calles que comenzaban a extenderse en tiempo y territorio.

Padre e hijo, Wada Yoshimori y Asahina Yoshihide, peleaban ignorantes uno de la suerte del otro. El joven hijo de Tomoe Gozen que había irrumpido por el jardín sur del complejo de gobierno acababa de descubrir a un traidor de su propia familia y decidido a cobrarse la venganza pronto chocaron cuerpeando con sus caballos y arrojándose flechas hasta quedarse sin una sola y deshacerse ambos de los arcos para desenfundar sus dagas.

El primo de Asahina Yoshihide logró de pronto voltearlo del caballo, pero requiriendo tanta fuerza que terminó él mismo en el suelo, con tal desventaja que su vida terminó en cuestión de segundos. De nuevo a caballo Asahína siguió su marcha imparable y mató a tres guerreros más en una pelea que se extendía ya por cuatro horas y que no iba a detenerse entrada la noche.

LXXXI
LA ESPADA DEL DESTIEMPO



El tiempo puede ser un aliado o un enemigo en las batallas. Y el cansancio de las tropas comenzó a pesar con fuerza cuando el combate de Kamakura llevaba casi veinte horas. Replegado en la playa, el general Wada Yoshimori, cuando los ánimos y las fuerzas caían por igual vio cómo aparecían miles de tropas de uno de sus aliados que cumplía fielmente con su palabra y se unía a la avanzada que para ese momento esperaba dar su último asalto.

Sumando unos tres mil jinetes, sólo quedaba avanzar hacia el complejo y hacer una pinza con las fuerzas de Asahina Yoshihide, que habían prendido fuego el lado sur cerrando el escape. Pero allí fue que Wada tomó la mala decisión de demorar el asalto definitivo y el tiempo no sólo le dio chances a la resistencia de armar barricadas y bloqueos en la avenida principal.

Rápidos de reflejos, el regente y sus hombres usaron el sello personal del *shōgun* para enviar con urgencia una carta donde declaraban al general Wada Yoshimori enemigo del Estado en abierta rebeldía. Las deserciones fueron inmediatas sólo con el rumor

porque hasta entonces la sublevación tenía por fin restituir el poder al *shōgun*, pero ahora eso empezaba a estar en dudas.

Cuando por fin Wada Yoshimori quiso concretar su embestida, todo jugó en su contra. Al avanzar por Wakamiya-Oji no sólo se vio abandonado por sus tropas sino que una flecha disparada desde el templo hirió a uno de sus comandantes y para el resto de los leales fue un mensaje de los dioses. No le quedaba ni la superstición cuando llegó cerca de los edificios de gobierno a encarar las tropas del regente. El destiempo de su avance había sido su error fatal. Junto a otros dos hijos que no eran de Tomoe, perecería allí, bajo las flechas enemigas.

Del otro lado del complejo, un extraño jinete pondría en aviso del desastre a Asahína Yoshihide y lo guiaría hasta las playas donde seguido por quinientos de sus hombres escaparía en botes hacia la isla de Awa. La historia nunca lo dirá, pero el jinete era Tomoe Gozen.

LXXXII
¿CUÁL ES LA VIRTUD DE LA ESPADA?



Con la ciudad en llamas, y entre los últimos escarceos, Tomoe no partiría con su hijo. Ella tenía que regresar. Tenía que encontrar por fin su destino. Cuando se acercó a la avenida principal vio las cabezas de su esposo, los hermanos de su hijo y varios de sus comandantes ya colgadas en una choza improvisada que preanunciaba la caída de los rebeldes a cualquiera que osara un contrataque. Tomoe sabía bien dónde tenía que ir si quería poner fin a una historia demasiado larga. Y como su guerra no era la guerra de Masako, sentía que esta vez sí había llegado el momento.

Montando a caballo, como en los viejos tiempos, vestida de negro y con su cara cubierta, cruzó la ciudad bordeándola por las colinas, cabalgando en desnivel por donde nadie lo haría y así llegó al santuario de Hachiman por la parte de atrás. Dejó su caballo entre los árboles de los bosques linderos y se descolgó desde una rama en el patio del templo. Allí se escabulló, hecha una con las sombras, hasta la pequeña puerta de donde había visto salir a Masako y la abrió de una patada.

Dentro vio las caras de horror de la *ama-shōgun* y de su hijo, llorando de miedo. Nadie hubiera dicho que ese muchacho ostentaba algún poder. Si sólo poco antes le habían hecho firmar un escrito con su propio sello sin que ni una mueca de resistencia pudiera formarse en su cara. Masako miró al encapuchado y entrevió el final. Hasta que se reveló la cara de Tomoe con su mano desenfundando una espada y la *shōgun* comenzó a reír con un sonido aterrador que no parecía humano.

—¡Qué podrás lograr matándome si ya maté a tu esposo y a tu hijo! —gritó entre risas que parecían alaridos.

—No, señora. Mi hijo vive. Y yo misma me aseguré de eso —respondió en calma Tomoe a sabiendas de que pronto un ejército se vendría sobre ella—. Aquí dejo mi espada. Ordena que me maten de una vez —le pidió—. Siempre quisiste hacerlo —la desafió.

Ahora la risa de la *ama-shōgun* era de burla. Hasta que sus carcajadas se detuvieron en seco y cinco hombres irrumpieron con gritos y espadas en el pequeño recinto.

—¡No la toquen! —gritó Hōjō Masako—. No te daré lo que quieres. Quítate la vida si tienes honor —la desafió entregándole de nuevo la espada.

—¡Puedes hacer que me decapiten ya mismo como una traidora más!

—Eso es lo que quieres. Pero yo, sólo yo, sé lo que te pasa realmente.

—¿Qué puede saber una madre que mata a sus hijos por poder?

—¿Tú, hablando de madres? ¡No olvides que sé cómo salvaron tu vida cuando mi estúpido marido aceptó que te desposaran para parir

un hijo de tu enemigo! —le enrostró con furia y desprecio mientras volvía a estallar de risa.

—Mátame entonces. No postergues lo que querías desde un principio.

—¡Jamás! —sentenció.

—¿Qué duda puede tener quien mandó a matar a su propio esposo? ¿Qué duda puede tener quien permitió que su hija muriera de pena? ¡Y créeme —se exaltó Tomoe—, la bella Ohime no merecía tanto dolor!

—¡No menciones a mi hija! ¿Acaso crees que no sé lo que buscas? ¡Nunca te lo daré! ¡Buscas encontrarte con él! ¡No seré yo quien te permita ir a la Tierra Pura del Más Allá para encontrar a tu general!

Tomoe quedó paralizada. Miró a Masako de igual a igual pero sin ira. Había perdido tanto que nada podía alcanzar la dimensión de su dolor. ¿Pero cómo sabía esa mujer de su más honda aflicción? ¿Cómo sabía de la sentencia en que se había convertido la vida para ella? En ese silencio poblado por la confusión fue que volvió a escuchar la voz de su enemiga.

—Yo tampoco pude ser *shōgun* aunque tejí con él y para él cada hilo que lo llevó a tener todo el poder. Y con el poder me traicionó. Tú no podrás ser jamás reconocida como una guerrera. Y además, yo me encargaré de que la historia te borre. Nadie escribirá en las crónicas tu nombre. Nadie contará tus hazañas. Nadie sabrá de tus victorias ni de tu hijo.

—Soy una guerrera. Acabas de admitirlo. A mí, no me importa la historia.

—Estarás condenada a vivir. Con la ausencia de todos tus muertos. ¿Por qué no terminar con todo de una vez? ¿Por tu

general? ¿Crees que lo merece? Yo creo que no —la cuestionó.

—Japón es la tierra de los dioses *ama-shōgun* —dijo con gravedad Tomoe—. Y los dioses no permiten cosas impropias. Por algún motivo tú y yo estamos aquí al final de la guerra. El tiempo dará su veredicto. Yo no te daré mi odio —concluyó para darse vuelta y marchar ante guerreros petrificados de miedo.

Tomoe Gozen volvió a sentir el mismo temor que le tenían los guerreros en las batallas. Ningún hombre quería morir en manos de una mujer. Para ellos, era perder el honor. Pero eso ya no la inquietaba. Había aprendido demasiado bien en qué consistía la virtud de la espada: la mente inamovible no piensa en el mal.

Aun esa noche, Tomoe sobrevivió. Una vez más.



El biwa hoshi está exhausto luego de contar la historia de Tomoe. El sabio monje abraza su laúd y se inclina sobre él. La noche ya se adentra en su hora más oscura: el momento en que la negrura coincide con los ojos del ciego maestro. La ladrona se ha apiadado de su esfuerzo y vuelve con agua de la que baja pura desde el ojo de la montaña.

—¿No temes luego de esta triste historia huir con esas reliquias que no te pertenecen?

La mujer no le contesta. Huele a hierbas frescas y su cercanía le permite saber que ha tomado un baño. La escucha desenvolver de nuevo las prendas de su robo.

—Sabes que la noche de nuestros ojos se premia en los templos con un don de Buda… Podemos hablar con los que han partido… Y no querrás saber lo que llora el guerrero que murió aquí porque devolverías tu botín.

La siente apresurarse. La maldición del más allá no la asusta. Ella sigue sin hablarle. Pero es torpe. Debe huir de una vez con todas las piezas de la armadura. No servirá en partes lo que vale completo. La escucha estirando los lazos de seda y las placas de lienzo crujiente;

la percibe acomodando los escudos y uniendo las junturas con gruesas cintas de cuero; los platos de metal chocan unos con otros en sus movimientos.

Al anciano le dibuja una mueca de amargura el sacrilegio.

—Qué le dice el antiguo fantasma si acaso le habla ahora…

La voz de ella suena a ultratumba esta vez. Por la altura de la que llegan sus agitadas palabras el viejo la presiente más cerca del suelo y respirando con dificultad. Quizás, por fin, teme.

—Dígame antes de partir, qué le dice el fantasma del guerrero.

Suena burlona la oportunista con su insistencia. Y a su burla la sigue un quejido al ponerse de pie. El primer paso que da hacia él le hace entrever que lleva puesta la vieja armadura. "¡Qué poco sabia es la osadía!", piensa el hombre, reprimiéndose el desprecio. Pero la agilidad de la intrusa le hace ver al que no ve. Parece liviana en su cuerpo la pesada piel de metal. Ahora sí, la reconoce.

—La que viste como una segunda piel su armadura ha vuelto —le dice.

—Qué te ha dicho mi señor, maestro. Su mensaje me pertenece. Dímelo.

—Que cuando hayas llegado aquí aún no será tu tiempo. Que te esperará por siempre porque ahora entiende la paciencia. Que ya no sufre del ímpetu que lo condenó a morir.

—Dile que lo encontraré en la eternidad. Dile que Tomoe ha regresado para rendirle honor.

Los sollozos del ciego la hicieron descender hacia él posando una rodilla en el piso. Al quitar el yelmo, el pelo largo y pesado tocó su mano exaltada por el roce de esa seda que imaginó oscura. Ella pasó su manó delgada pero callosa por la cara del hombre. Secó una

lágrima y le dejó un pequeño saco con piedras de jade, perlas y monedas, para pedirle un último soborno.

—Cuando vuelvas a contar mi historia, di que me recluí en un convento, como monja. Déjame vivir mi último tiempo con la levedad de un fantasma como el que me espera. Cúbreme la espalda con tu silencio que aún hay batallas por pelear. Un día lloré y obedecí, con ira. Por ser privada del honor con el que hubiera muerto un hombre, sólo por ser una mujer. En la semilla de mi sufrimiento hallé la fruta de mi retribución. Perdí todo, dos veces. Pero salvé a mi hijo. Ahora soy mi propia ama.

Incapaz de decir otra palabra, el viejo dudó si era real la extraña presencia. Pero volvió a escuchar la cadencia del cuerpo con la armadura, uno parte del otro. Lo último fue el filo de la hoja de la espada que cortó el aire y, por un momento, su respiración, en un movimiento veloz. Imaginó un destello de la luna en la hoja de la larga espada. Y la imaginó marchar. La supo formidable. Era Tomoe —la que nunca fue vencida— siguiendo el camino de su Honor.

AGRADECIMIENTOS



*E*ste libro empezó en Japón. Su llamado profundo e insondable me habita desde un viaje accidentado. Luego de una caída, en vez de disfrutar de las postales nevadas de Kyoto, me vi en cama, con las dos piernas lesionadas. Recuerdo una joven que venía a acompañarme, pero no hablaba inglés ni español por lo que no podíamos comunicarnos. Ella me hacía origamis y sonreía. Había una dimensión de la esperanza en esos momentos que entendería cabalmente años después al viajar a Hiroshima. En esa misma cama de convaleciente, observaba una ventana en la que se veían flores de ciruela cubiertas de nieve, pero encendidas de color y estoicismo. Ni los origamis ni aquellas flores que se atrevían al invierno se fueron jamás de mi espíritu.

Luego llegó, casi por casualidad, el *Bushido* o "camino del guerrero", el libro de ensayos de Inazō Nitobe, que revela la esencia del código de ética de los samuráis. "Coraje es hacer lo correcto", define en una línea que regocijaría a Jorge Luis Borges, un investigador apasionado de la virtud del coraje. Cuando combiné el abordaje del *Bushido* con *El libro de los cinco anillos*, supe que no

estaba ante una mera arte marcial, ni mucho menos una filosofía perimida o un esbozo estoico de tinte oriental. Estaba ante un modo de vida que nos llama desde un tiempo inmemorial para revelarnos el poder de la mente inmutable que es la verdadera virtud de la espada. Desde su lectura, el quinto elemento, que es el vacío, donde se forman todos los otros, pasó a ser una dimensión en mi propia vida. El espacio-tiempo del guerrero es estar todo el tiempo en todas partes y para eso hay que mantenerse en el vacío. La mente inamovible no pierde la calma ni en la confusión ni en la velocidad. Las enseñanzas sobre estrategia de Miyamoto Musashi me cambiaron para siempre.

Mi segundo viaje a Japón fue, por muchos motivos, otra peripecia fundacional. Pero mi tercer viaje a Japón fue en el tiempo, para escribir este libro. Si el *Bushido* era un eco samurái en los albores del siglo XX y *El libro de los cinco anillos* era la extraña transcripción de una tradición oral de maestros de la espada, *El Cantar del Heike* era la guerra, cruda y brutal, a ser revisitada. Allí, en apenas dos páginas, aparece nombrada Tomoe Gozen. Y empieza el misterio que no tiene respuesta hasta hoy. O, como dice Stephen Turnbull, es parte de la historia no contada de Japón: la de las mujeres samurái. Entre ellas, Tomoe es la más famosa y más formidable.

En el camino de su búsqueda hay dos personas que merecen un agradecimiento muy especial. Cuando apenas musité mi ambición de ficcionar la historia de Tomoe, Martin Hadis —a quien llamo mi hermano de Tlön por nuestra hermandad borgiana— me envió algunos *papers* existentes sobre mi personaje. Pero sobre todo me dijo: "Estudié el idioma japonés y sus historias durante veinticinco años. Por nombramiento de mi maestro, soy del clan Satake, un

desprendimiento del clan Minamoto/Genji". Martin me hizo saber que estaba entrando en un mundo cuya dimensión profunda sobre la vida y la muerte sigue teniendo influencia en el presente.

Otra persona muy especial en este camino es Christian Giordano, que trabaja en las áreas de Prensa y Cultura de la Embajada del Japón en Argentina y cuyo conocimiento de literatura japonesa y del idioma en particular me iluminó en un momento muy dificultoso del libro. Sin la ayuda de Christian hubiera sido imposible entender la batalla de Kurikara y el despliegue de los ejércitos. Increíblemente, él había estado en el mismísimo lugar de los hechos. Sólo puedo desearle escribir la obra que sueña y que se conecta con estas reflexiones.

Como pasa con los vínculos del karma, la vida está marcada por una sucesión de hechos interrelacionados, aunque no sepamos cómo. El viaje a la guerra civil japonesa, conocida como Guerra de Gempei, es un viaje a la esencia del carácter de un pueblo que puede ayudar a iluminar al mundo con su sabiduría. La luz de la mente que es asiento del corazón resplandece aún en las sangrientas contiendas del siglo XII que cambió Japón para siempre. Este libro es una reflexión sobre el poder, sobre la grandeza y la desmesura. También es el intento de escribir una historia borrada, vaya a saber por qué.

Dejo las palabras finales para cuatro personas fundamentales. Mis editores Glenda Vieytes y Genaro Press. Ella, con su asombro generoso, tiene la habilidad de ayudarte a creer en lo que todavía no se escribió. Genaro, por su parte, creo que en otra vida fue japonés. Días atrás, cuando pensábamos en los mapas que ilustran este libro, me decía: "Dios, cómo me gusta este trabajo". Sentí el aleteo de la

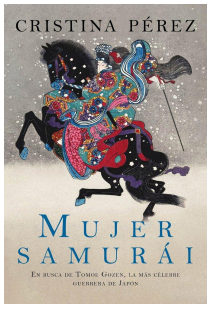
felicidad en el corazón. Genaro me ayudó a sentir y decodificar el hermetismo en que discurrimos para contar esta historia. Porque es una historia que busca en los ecos de una leyenda. El hermetismo del carácter japonés es otra cara de la profundidad con que abordan la vida misma. En esas honduras, la vida duele, lo bello duele.

Por último, quiero agradecerle a mi padre, José Antonio Perez Valiente, que atravesó su última lucha cuando yo empezaba a escribir este libro y me legó la enseñanza más palpable de lo que es el Honor y la Dignidad, aun en el final. Mi padre fue un guerrero en su ley y así partió. Llego a la conclusión de que el Honor real no puede partir de la Vanidad sino del Amor. El amor a la verdad. A ser uno y el mismo en acto y pensamiento.

Finalmente, le agradezco a mi marido, Luis Petri, un hombre de honor que me inspira cada día con su esfuerzo incansable y su conmovedor compromiso.

Gracias a todas las personas que inspiran las virtudes del Honor. Son la luz que vence a la oscuridad. Aunque no las conozca.

De los libros que escribí, *Mujer samurái* es el que más me representa, aunque jamás empuñé una espada. El camino de la espada es en su esencia el camino del honor y de la virtud. En cada paso está el desafío de seguirlo. Puede que no sea fácil.



La guerra entre los clanes Taira y Minamoto en el Japón feudal del siglo XII no sólo cambiaría el país para siempre, sino que dejaría, en las hazañas y en los infortunios, el nacimiento de una ética donde el honor era más que un código: era una manera de habitar el mundo.

Con su arco y su espada Tomoe Gozen podía enfrentar a un dios o a un demonio. Valía por mil hombres y peleó al lado del General del Sol Naciente como su principal comandante y como su mujer. Pero, aunque participó de la campaña militar más épica de la guerra de Genpei, su nombre sólo aparece en un breve relato que sin ella no podría contarse.

Buscar las huellas de esta mujer samurái es buscar en los ecos de una leyenda e indagar en el misterio que la dejó oculta en los pliegues de la historia a pesar de ser una guerrera sin par.

Con la sensibilidad y el rigor que la caracterizan, Cristina Pérez vuelve a rescatar a una mujer que desafió los límites de su tiempo. Como ya lo hizo con otras figuras femeninas silenciadas por la historia, en este libro procura descifrar a una mujer fundamental que se involucró en la guerra cuando eso era inadmisible para una de su género.

Quien lea estas páginas sentirá el llamado del Honor, el llamado de una estirpe: la de los Samuráis.



CRISTINA PÉREZ

Es periodista, escritora y actriz. Tiene una carrera en televisión y radio de más de tres décadas. Actualmente conduce *Siempre más*, su primer programa propio en La Nación+; *Cristina sin vueltas*, en Radio Rivadavia, que va por su cuarta temporada, y *El camino a casa*, en Telefe, donde se destacó al frente de Telefe Noticias durante más de veinte años. También condujo *Confesiones en la noche* por Radio Mitre de 2015 a 2021, fue colaboradora de BBC Mundo en 2016 y en 2010 lideró la primera mañana de Radio del Plata. Antes, condujo *Azul noticias* y *Zona de investigación* en Canal 9, donde inició su carrera en 1992 como reportera en *Nuevediario*. Participó en CBS Telenoticias. Ganó seis Martín Fierro por su trabajo en radio y televisión, incluyendo el de Oro por Telefe Noticias; cinco Premios Tato por su labor en televisión; un premio Women To Watch, Security, y el Golden Book 2024 de Keren Kayemeth Leisrael. Escribió en distintos medios como *Infobae*, revista *Noticias*, *Clarín*, *La Nación* y artículos de opinión y de crítica literaria en el suplemento "ADN". Publicó cuatro libros como autora de ficción en

P&J: *Tiempo de renacer* (2023), *La dama oscura* (2021), *El jardín de los delatores* (2015) y *Cuentos inesperados* (2013). En teatro se dedicó al estudio de personajes de William Shakespeare; interpretó roles principales durante cinco temporadas del Festival Shakespeare de Buenos Aires; adaptó *La dama oscura* para una puesta de lectura y prepara una versión para los escenarios. Es amateur de la fotografía; arte y género indispensable para contar la historia, las noticias y las almas de las personas, considera que hay fotografías que son biografías.

@cris_noticias

Foto de la autora: © Alejandra López

Otros títulos de Cristina Pérez en

penguinlibros.com



Pérez, Cristina
Mujer samurái / Cristina Pérez. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2025.
(Narrativa)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-792-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Imagen de tapa: © CPA Media / Alamy / Coloso Images
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-644-792-2

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Mujer samurái
Dedicatoria
Epígrafe
I. Tomoe
II. Flores de ciruela bajo la nieve
III. Una noche con los muertos
IV. La hija del vacío
V. ¿La Mariposa o el Bambú?
VI. El mismo rayo
VII. Un alto refugio
VIII. El zorro no cruza las grandes aguas
IX. Hielo y Fuego
X. Un mensaje de la diosa del Sol
XI. Un mensaje del dios de la guerra
XII. Las flores que tienen sentimientos
XIII. Un llamado ancestral
XIV. La fiebre y el karma
XV. ¿Acaso llora el Río Uji?
XVI. Juego de tronos
XVII. Secretos de la luna
XVIII. Hermanas
XIX. El que está más lejos puede llegar primero
XX. Una luciérnaga
XXI. Heike versus Genji
XXII. El asedio y el plan
XXIII. Lo que los ojos preferían no ver

XXIV. No caben dos soles en los cielos de Japón
XXV. Nadie queda fuera de la guerra
XXVI. El deber
XXVII. El lago y el dragón
XXVIII. Profanas traiciones y divinas señales
XXIX. Noche incógnita
XXX. Lo inimaginable
XXXI. “La calamidad se vuelve sobre nosotros”
XXXII. Extraños caminos del honor
XXXIII. General del Sol Naciente
XXXIV. Dos frentes
XXXV. Quietud e Inquietud
XXXVI. “No podemos permitirnos ignorar esto”
XXXVII. En la guerra no hay perdón
XXXVIII. Una cuestión de vida o muerte
XXXIX. La flecha está en el aire
XL. Un choque de dos mundos
XLI. Sueños de muerte
XLII. ¿Dónde está Tomoe?
XLIII. La recompensa del guerrero
XLIV. Shōgun
XLV. El Samurái que mira y espera
XLVI. ¿Dónde está Kiso?
XLVII. ¿Qué es el honor?
XLVIII. El peso de la armadura
XLIX. La última obediencia
L. Para qué vivir
LI. Lágrimas en las cumbres
LII. ¿Cuál era la mejor estrategia?
LIII. Entre lo sublime y lo sanguinario
LIV. “Yo sé quién eres”
LV. Nada deseaba más
LVI. Peligro extremo
LVII. “Debes irte”

LVIII. Una plegaria al instinto
LIX. Sin misericordia
LX. La misma falta, el mismo amor
LXI. La buscaban a ella
LXII. La sentencia
LXIII. “Debe morir”
LXIV. Morir
LXV. La recompensa
LXVI. Perplejidad
LXVII. El triunfo y la humillación
LXVIII. Un nuevo Japón
LXIX. Miedo y Temblor
LXX. El sueño del Shōgun
LXXI. Descendencia
LXXII. Hacia el poder total
LXXIII. La esposa de dos generales
LXXIV. Tiburones
LXXV. Mi imperio por un caballo
LXXVI. Ama-Shōgun
LXXVII. El poder detesta los vacíos
LXXVIII. Una batalla subterránea
LXXIX. El conocido rechinar de las armaduras
LXXX. Rebeldes y traidores
LXXXI. La espada del destiempo
LXXXII. ¿Cuál es la virtud de la espada?
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de Cristina Pérez
Créditos